

CRISTIANISMO ESOTÉRICO

Los Misterios de Jesús de Nazareth

Annie Besant

PRÓLOGO

"Al proceder a la consideración de los misterios del saber, debemos prestar nuestro asentimiento a las célebres y venerables reglas de la tradición, comenzando por el origen del universo, exhibiendo aquellos puntos de contemplación física que sean necesarios como premisas, y apartando todo lo que pueda ser obstáculo en la marcha, de modo que el oído se halle preparado para recibir la tradición de la Gnosis, y el terreno limpio de malas hierbas y en disposición de que la viña sea plantada; pues hay un conflicto antes del conflicto y misterios antes de los misterios." - SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA.

"Baste la muestra para los que tienen oídos. Pues no es necesario descubrir el misterio, sino sólo indicar lo que sea suficiente." - IBID.

"Aquel que tenga oídos para oír que oiga." - SAN MATEO.

El objeto de este libro es sugerir cierta clase de ideas acerca de las profundas verdades en que está basado el Cristianismo, verdades generalmente desatendidas y con bastante frecuencia negadas. El noble deseo de hacer a todos partícipes de lo que es precioso, de divulgar verdades grandes e inapreciables, de no excluir a nadie de la luz del verdadero conocimiento, ha sido causa de un celo indiscreto que ha producido el Cristianismo vulgar, presentando sus enseñanzas en una forma que el corazón repele a menudo y que se divorcia del entendimiento. El mandato de "predicar el Evangelio a todas las criaturas" (1) -de dudosa autenticidad-, se ha interpretado como prohibición de la enseñanza de la Gnosis a los pocos, y ha desvanecido, en apariencia, el dicho menos popular del Gran Maestro: "No deis lo santo, a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos" (2).

Ese sentimiento espurio -que se niega a reconocer la desigualdad evidente de las inteligencias y de las aptitudes morales y que, por tanto, rebaja la enseñanza de los más desarrollados al nivel de los que han adelantado menos en la evolución, sacrificando lo superior a lo inferior de un modo perjudicial para los unos y los otros-, no cabía en el varonil sentido de los primeros cristianos. San Clemente de Alejandría dice con ruda claridad, aludiendo a los Misterios: "Aun ahora temo, como vulgarmente se dice, el echar margaritas a puercos, para que las pisoteen, y volviéndose, nos despedacen; pues

es difícil exponer las sentencias realmente puras y transparentes acerca de la verdadera Luz a un auditorio soez y sin educación apropiada" (3) .

Sólo con las antiguas restricciones podrá el verdadero conocimiento de la Gnosis formar de nuevo parte de las enseñanzas cristianas; la idea de rebajarse al nivel de la capacidad de los menos desarrollados, tiene que ser definitivamente abandonada. Para restaurar los conocimientos ocultos hay que dar enseñanzas que estén por encima del entendimiento de los poco evolucionados, y empezar por el estudio de los Misterios Menores antes de proceder al de los Mayores. Los Mayores jamás serán dados a la prensa; sólo pueden comunicarse por el Maestro al discípulo "de la boca al oído". Pero los Misterios Menores, revelación parcial de profundas verdades, pueden restablecerse desde ahora, siendo el objeto del presente libro dar un bosquejo de ellos y mostrar la naturaleza de las enseñanzas que hay que profundizar. Donde sólo se hacen alusiones, la meditación tranquila sobre las verdades apuntadas hará visibles sus contornos, proporcionando el continuado pensar una luz mayor que las mostrará gradualmente más y más claras. La meditación aquietta la mente inferior, siempre ocupada en objetos externos; sólo cuando la mente inferior está en reposo, puede ser iluminada por el Espíritu. El conocimiento de las verdades espirituales debe obtenerse de dentro y no de fuera, del Espíritu divino, cuyo templo somos (4) , y no de instructores externos. Estas cosas son "discernidas espiritualmente" por el Espíritu que mora en lo íntimo, por esa "Mente de Cristo", de que habla el gran Apóstol (5) , por esa luz interna que se vierte sobre la mente inferior. Este es el camino de la Sabiduría Divina, de la verdadera TEOSOFÍA. Esta no es, como algunos creen, una versión atenuada del Hinduismo, del Budismo, del Taoísmo o de cualquiera otra religión. Es el Cristianismo Esotérico, tan verdadero como el Budismo Esotérico, el cual pertenece igualmente a todas las religiones, no siendo exclusivo de ninguna. Tal es el origen de las indicaciones que se hacen en este pequeño volumen, para ayuda de los que buscan la Luz, esa "Luz verdadera que alumbrá a todo hombre que viene al mundo" (6) , aunque la mayor parte no ha abierto aún sus ojos a ella. El no trae la Luz, sólo dice: "¡Mirad la Luz!", pues así lo hemos oído. Sólo se dirige a los pocos que están hambrientos de otra cosa que lo que les da la enseñanza esotérica. Para aquellos que están por completo satisfechos con las enseñanzas esotéricas, no se ha escrito; ¿por qué ha de darse por fuerza el pan a aquellos que no tienen hambre? Es sólo para los hambrientos, a quienes ha de saber como pan y no como piedra.

Notas del prólogo

(1) S. Marcos XVI, 15.

(2) S. Mateo VII, 6.

(3) Ante-Nicene Christian Library de Clarke, vol. IV. Clement of Alexandria. Stromata, lib. I, cap. XII.

(4) I Cor., III, 16.

(5) I Cor.,II, 14-16

(6) S. Juan I, 9.

CAPITULO PRIMERO

EL LADO OCULTO DE LAS RELIGIONES

Muchos, quizá la mayor parte de los que lean el título de este libro, se sentirán desde luego contrarios suyo, negando que exista nada valdero que con justicia pueda llamarse "Cristianismo Esotérico." Existe la idea muy extendida, y por tanto popular, de que no hay tal enseñanza oculta relacionada con el Cristianismo, y que los Misterios, ya sean Menores o Mayores, eran puramente una institución pagana. El nombre mismo de "Los Misterios de Jesús", tan familiar a los oídos de los cristianos primitivos, causará sorpresa a sus modernos sucesores y si se les dijese que expresan una institución especial y definida de la Iglesia de los primeros siglos se provocaría en ellos una sonrisa de incredulidad.

Se ha asegurado, efectivamente, en son de alabanza, que el Cristianismo no tiene secretos, que lo que tiene que decir, lo dice a todos, y que lo que tiene que enseñar, lo enseña a todos. Se supone que sus verdades son tan sencillas "que un hombre cualquiera, aun siendo tonto, no incurrirá en errores respecto a ellas." El "sencillo Evangelio" se ha convertido en una frase sacramental.

Es, pues, necesario probar con toda claridad que, por lo menos en la Iglesia Primitiva, el Cristianismo no iba a la zaga de ninguna de las otras grandes religiones, por lo que hace a la posesión de un aspecto oculto, y que guardaba, como tesoro inapreciable, los secretos que sólo se revelaban a pocos escogidos para sus Misterios. Pero antes conviene considerar esta cuestión del lado oculto de las religiones, y ver por qué debe existir tal aspecto para que la religión pueda ser fuerte y estable; pues de este modo se verá que su existencia en el Cristianismo es lógica y procedente, y las referencias que en tal sentido se hacen en los escritos de los Padres Cristianos, aparecerán sencillas y naturales y de ningún modo sorprendentes e ininteligibles, y si, como hecho histórico, la existencia de este esoterismo es demostrable, se probará a la vez que, intelectualmente considerado, es una necesidad.

La primera cuestión que tenemos que plantear es la siguiente: ¿Cuál es el objeto de las religiones? Se dan al mundo por hombres más sabios que la masa humana, a la cual se dirigen con el objeto de apresurar su evolución. Para hacer esto con eficacia, tienen que llegar a los individuos e influir sobre ellos. Ahora bien; todos los hombres no se encuentran en el mismo nivel de evolución, pudiendo considerarse ésta como una escala ascendente, con individuos colocados en todos sus peldaños. Los más altamente desarrollados se hallan muy por encima de los que lo están menos, tanto por lo que hace a la inteligencia como al carácter, variando en cada grado la capacidad, así para comprender como para obrar. Es, por tanto, inútil dar a todos la misma enseñanza religiosa; lo que ayudaría al hombre intelectual, sería totalmente incomprensible para el estúpido, al paso que lo que pondría en éxtasis a un santo, no haría mella alguna en el criminal. Por otra parte, si la enseñanza es apropiada a las gentes de poca inteligencia, resulta intolerablemente grosera e indigesta para el filósofo, al paso que la que redimiese al criminal, sería por completo inútil al santo. Sin embargo, todos los tipos necesitan una religión, a fin de que cada cual pueda lograr una vida más elevada que la que tiene, y ningún tipo o grado debe ser sacrificado al otro. La religión debe ser tan graduada como la evolución, porque de lo contrario no podrá realizar su objetivo.

Preséntase luego la cuestión siguiente: ¿De qué modo tratan las religiones de apresurar la evolución humana? Las religiones se proponen desenvolver la naturaleza moral y la intelectual, y ayudar a la naturaleza espiritual a desarrollarse.

Considerando al hombre como un ser complejo, procuran tocar cada punto de su constitución, y por lo tanto, buscar mensajes propios para cada cual, enseñanzas adecuadas a los seres humanos más diversos. Así, pues, las enseñanzas deben adaptarse a las mentes ya los corazones a que se dirigen. Si una religión no alcanza y domina la inteligencia, si no purifica e inspira las emociones, fracasa en su objeto respecto a la persona interesada.

No sólo se dirige de este modo a la inteligencia y a las emociones, sino que trata, como se ha dicho, de estimular el desarrollo de la naturaleza espiritual. Responde a ese impulso interno que existe en la humanidad y que siempre está impeliendo a la raza hacia adelante. Porque en lo más hondo del corazón de todos -a menudo cubierta por condiciones transitorias, ahogada muchas veces por intereses y ansiedades apremiantes- existe la constante aspiración hacia Dios. "Así como el ciervo busca jadeante el arroyo, así el hombre siente anhelos por la Divinidad" (1). La aspiración se interrumpe por un tiempo y el anhelo parece desvanecido. Ocurren en la civilización y en el pensamiento fases en que este grito del espíritu humano por lo divino -buscando su origen como el agua busca su nivel, según el símil de Giordano Bruno-, este anhelo del espíritu humano por lo que es de su misma especie en el universo, de la parte por el todo, parece acallado, destruido; pero no obstante, el ansia vuelve a mostrarse, y otra vez lanza el espíritu el mismo grito. Por más que aparezca esta tendencia olvidada y deshecha en algún tiempo, vuelve a levantarse potente una vez y otra con persistencia inextinguible, se repite en una y otra ocasión, sin que importe las veces que se la reduzca al silencio, y de este modo prueba que es una tendencia inherente a la naturaleza humana, un constituyente indestructible de la misma. Los que declaran en son de triunfo "que está muerta", la encuentran de nuevo frente a frente con vitalidad no disminuida. Los que construyen sin tener esto en cuenta, ven más tarde sus bien construidos edificios resquebrajados como si hubiesen sufrido un terremoto.

Los que creen que ha desaparecido, ven las más extravagantes supersticiones suceder a su negación. Y de tal modo forma parte integrante de la humanidad, que el hombre quiere obtener una respuesta cualquiera a sus preguntas; prefiere una respuesta, aunque sea falsa, al mutismo. Si no puede encontrar verdades religiosas, adoptará errores religiosos, antes que quedarse sin religión, y aceptará los ideales más toscos e incongruentes, antes que admitir que el ideal no existe.

La religión, pues, responde a este anhelo, y apoderándose del constituyente de la naturaleza humana que lo produce, lo educa, lo vigoriza, lo purifica y lo guía hacia su propia finalidad: la unión del espíritu humano con lo divino, a fin de "que Dios pueda estar todo en todos" (2).

La cuestión que después se nos presenta en nuestro estudio es: ¿Cuál es el origen de las religiones? A esta pregunta se han dado dos contestaciones en los tiempos modernos: la de los autores de mitología comparada y la de los que se inspiran en la comparación de las religiones positivas. Unos y otros apoyan sus contestaciones en el mismo fundamento de hechos admitidos. La investigación ha probado de un modo incuestionable, que las religiones del mundo son, de un modo notorio, similares en sus enseñanzas principales, en la ostentación de poderes sobrehumanos y de una elevación moral extraordinaria de sus fundadores, en sus preceptos éticos, en el empleo de medios para ponerse en contacto con los mundos invisibles y en los símbolos con que expresan sus creencias fundamentales. Esta semejanza, que en muchos casos llega a la identidad, prueba, según ambas escuelas, un origen común.

Pero sobre la naturaleza de este origen común están en desacuerdo las dos escuelas. Los mitólogos sostienen que el origen común es la común ignorancia, y que las doctrinas religiosas más elevadas son sencillamente expresiones refinadas de las crudas y

bárbaras conjeturas de salvajes, de hombres primitivos, al considerarse a sí mismos ya lo que les rodeaba.

Animismo, fetichismo, culto de la naturaleza, culto del sol; éstos son los constituyentes de la primitiva arcilla, de la cual se ha desarrollado el lirio espléndido de la religión. Krishna, Buda, Lao- Tse, Jesús, son, aunque altamente civilizados, los descendientes directos de los curanderos rotativos de las primitivas tribus salvajes (3). Dios es una fotografía compuesta de los innumerables dioses que personificaban las fuerzas de la naturaleza y así sucesivamente.

Todo esto se resume en la frase: Las religiones son ramas de un tronco común: la ignorancia humana.

Los religiólogos consideran, por su parte, que todas las religiones han tenido su origen en las enseñanzas de Hombres Divinos que dan de tiempo en tiempo a las diferentes naciones del mundo aquella parte de las verdades fundamentales de la religión que las gentes son capaces de asimilar, enseñando siempre la misma moralidad, inculcando el empleo de medios semejantes, aplicando los mismos y significativos símbolos. Las religiones salvajes -el animismo y las demás- son degeneraciones, los resultados de la decadencia, descendientes desfigurados y empequeñecidos de verdaderas creencias religiosas. El culto del sol y las formas puras del culto a la naturaleza fueron en su tiempo religiones nobles, altamente alegóricas, y llenas de profunda verdad y conocimiento.

Los grandes Instructores -según se alega por los indos, por los budistas y por algunos religiólogos, tales como los teósofos- constituyen una perenne Fraternidad de hombres que se han elevado por encima de la humanidad, que aparecen en ciertas épocas para iluminar al mundo y que son los custodios espirituales de la raza humana. Esta opinión puede resumirse en la frase: "Las religiones son ramas de un tronco común: la Sabiduría Divina".

Esta Sabiduría Divina es llamada la Sabiduría, la Gnosis, la Teosofía, y algunos hombres, en diferentes épocas del mundo, han querido determinar de tal modo su creencia en esta unidad de las religiones, que han preferido el nombre ecléctico de teósofos a cualquiera otra designación más estrecha.

El valor relativo de la contienda de estas dos opuestas escuelas debe juzgarse por la fuerza de las pruebas que cada una aduce. La apariencia de la forma degenerada de una noble idea puede asemejarse mucho a la del producto refinado de una idea grosera, y el único método para decidir entre la degeneración y la evolución, sería el examen, a ser posible, de antecesores remotos intermedios. Las pruebas que presentan los creyentes en la Sabiduría, son de esta clase: que los fundadores de las religiones, juzgados por los anales de sus enseñanzas, estaban muy por encima del nivel de la humanidad ordinaria; que las Escrituras de las religiones contienen preceptos morales, ideales sublimes, aspiraciones poéticas, declaraciones filosóficas profundas, a las que ni tan siquiera pueden compararse en hermosura y elevación los escritos posteriores de las mismas religiones; esto es, que lo antiguo es más elevado que lo nuevo, en vez de ser lo contrario; que no puede mostrarse caso alguno del proceso refinador y progresivo, que se dice es el origen de las religiones actuales, al paso que pueden exhibirse muchos ejemplos de degeneración de enseñanzas puras; que aun entre los salvajes, si sus religiones se estudiasen con cuidado, se encontrarían muchas huellas de ideas elevadas, ideas que desde luego se vería que están por encima de la capacidad productora de los salvajes mismos.

Esta idea ha sido exployada por M. Andrew Lang; quien, a juzgar por su libro *The Making of Religion*, debe ser clasificado entre los religiólogos comparativos en lugar de

entre los mitólogos comparativos. Señala la existencia de una tradición común, la cual, dice, no ha podido ser evolucionada por los salvajes mismos, por ser hombres cuyas creencias ordinarias son de las más rudas y cuyas mentes están poco desarrolladas. Las deidades que adoran son, en su mayor parte, verdaderos demonios; pero detrás de esto, más allá de todo esto, existe una Presencia nebulosa, pero superior, pocas veces o nunca nombrada, pero que se vislumbra como origen de todo, como poder, amor y bondad, demasiado amante para causar terror, demasiado buena para necesitar súplicas. Es evidente que semejantes ideas no pueden haber sido concebidas por los salvajes entre los cuales se encuentran, y son testigos elocuentes de las revelaciones de algún gran Instructor -de quien generalmente puede también descubrirse alguna tradición confusa que fue un Hijo de la Sabiduría y que comunicó algunas de las enseñanzas en una época remotísima.

La razón y verdaderamente, la justificación del punto de vista de los mitólogos comparativos, es patente. Encuentran en todas direcciones formas inferiores de creencias religiosas existentes en tribus salvajes, formas que se ven acompañadas de la falta general de civilización. Considerando al hombre civilizado como evolucionado del salvaje, ¿qué cosa más natural que atribuir la religión civilizada a una evolución de la no civilizada ? Esta es la primera idea evidente. Sólo un estudio ulterior más profundo puede demostrar que los salvajes de hoy no son el tipo de nuestros antecesores, sino la descendencia degenerada de grandes troncos civilizados de antaño, y que el hombre en su infancia no fue abandonado para que creciera sin educación, sino que fue criado y enseñado por sus hermanos mayores, que fueron sus primeros guías, así en lo que se refiere a la religión, como a la civilización en general. Esta opinión se halla sustentada por hechos como los que Lang aduce, dando margen a la cuestión: ¿Quiénes eran esos hermanos mayores de quienes habla la tradición en todas partes? Avanzando más en nuestra investigación, tropezamos luego con esta otra cuestión: ¿A qué gentes se dieron las religiones? Y aquí nos encontramos desde luego con la dificultad con que ha tenido que tropezar todo fundador de una religión, dificultad que se refiere al objeto primario de la religión misma, el apresuramiento de la evolución humana, con su corolario de que todos los grados de la humanidad en evolución debían tenerse en cuenta por él. Los hombres se hallan en todos los grados desarrollados; hay hombres de inteligencia elevada, pero también los hay de una mentalidad de las menos desarrolladas; en un sitio encuéntrase una civilización compleja y altamente evolucionada, en otro una constitución sencilla y ruda. Aun en medio de una misma civilización, se ven los tipos más variados, los más ignorantes y los más educados, los más pensadores y los más superficiales, los más espirituales y los más abyectos, y, sin embargo, a cada uno de estos tipos hay que llegar, y cada uno tiene que ser auxiliado tal como es. Si la evolución es una verdad, esta dificultad es inevitable, y el Instructor divino tiene que hacerle frente y resolverla, porque de lo contrario su obra resultaría un fracaso. Si el hombre evoluciona como evoluciona todo lo que le rodea, estas diferencias de desarrollo, estos diversos grados de inteligencia, tienen que ser una característica de la humanidad en todas partes, y cada religión del mundo debe atender a ella.

De este modo nos encontramos con una situación tal, que no puede haber una sola y misma enseñanza religiosa ni aún para una misma nación, y, por tanto, menos aún para una civilización ni para el mundo todo. Si no hubiese más que una enseñanza, un gran número de aquellos a quienes se dirige escaparían a su influencia. Si se hace a propósito para los de inteligencia limitada, de moralidad elemental, de percepción obtusa, a fin de auxiliarles y educarles de suerte que pueda evolucionar, se dará una religión por completo inservible: para aquellos hombres que, viviendo en la misma nación y formando parte de la misma sociedad, tengan percepciones morales finas y delicadas,

una inteligencia brillante y sutil y una espiritualidad desarrollada. Pero si, por el contrario, esta última clase es la que ha de ser ayudada, si se da a la inteligencia una filosofía que pueda considerarse admirable, si las percepciones morales delicadas han de refinarse más, si los albores de la naturaleza espiritual han de llegar a la plenitud del día perfecto, entonces la religión será tan espiritual, tan intelectual y moral, que al ser predicada a la otra clase, no hará mella alguna ni en sus mentes ni en sus corazones; será para ellos una serie de frases sin sentido, incapaces de despertar sus inteligencias embrionarias, ni de darles motivo alguno para una conducta que les ayude a desarrollar una moralidad más pura.

Considerando, pues, estos hechos respecto de la religión, teniendo en cuenta su objeto, sus medios, su origen, la naturaleza y diversidad de necesidades de las gentes a quienes se dirige, reconociendo la evolución de las facultades espirituales, intelectuales y morales del hombre, y la necesidad de que cada cual sea educado con arreglo al estado de evolución que ha alcanzado, tenemos como consecuencia inevitable, que forzosamente se requiere una enseñanza religiosa, diversa y graduada que responda a las diferentes exigencias y auxilie a cada hombre conforme a su estado anímico.

Hay todavía otra razón para que la enseñanza esotérica sea necesaria respecto a cierta clase de verdades. Es un hecho evidéntísimo, en lo que se refiere a esta clase, que "saber es poder." La pública promulgación de una filosofía profundamente intelectual, suficiente para educar inteligencias altamente desarrolladas, y para atraer las mentes elevadas, no puede perjudicar a ninguno. Puede predicarse sin vacilación, pues no atrae al ignorante, el cual se aparta de ella considerándola seca, dura y sin interés. Pero hay enseñanzas que tratan de la constitución de la naturaleza, que explican leyes recónditas y arrojan luz en procesos ocultos, cuyo conocimiento implica dominio sobre energías naturales, a quienes se puede dirigir a ciertos fines, como lo hace el químico con el producto de los elementos con que trabaja. Semejante conocimiento puede ser muy útil a los hombres de gran desarrollo, aumentando su capacidad para servicio de la especie humana. Pero si este conocimiento se hiciese público, podría ser y sería mal empleado, como lo fue el conocimiento de venenos sutiles en la Edad Media por los Borgias y otros. Pasaría a manos de gente de inteligencia poderosa, pero de deseos no refrenados, hombres impelidos por instintos de separatividad, que buscan el beneficio de sus yo separados, ya quienes nada importa el bien común. Estos serían atraídos por el deseo de obtener poderes que los elevasen por encima del nivel general, poniendo a merced suya a la humanidad ordinaria, y se lanzarían a adquirir los conocimientos que colocan a sus poseedores en una jerarquía sobrehumana. Con su posesión se harían aún más egoístas, afirmándose en sus sentimientos de separación; su orgullo sería alimentado, y su inclinación al apartamiento se pronunciaría más; y de este modo serían inevitablemente impelidos en la senda diabólica, el Sendero de la Izquierda, cuya meta es el aislamiento y no la unión. Y no sólo se perjudicarían ellos en su naturaleza interna, sino que se convertirían en una amenaza para la Sociedad, que ya sufre bastante por obra de los que tienen más desarrollada la inteligencia que la moral. De aquí arranca la necesidad de conservar ciertas enseñanzas ocultas para aquellos que moralmente no están aún en disposición de recibir las, y esta necesidad se impone a los Instructores que pueden comunicar semejantes conocimientos.

Ellos desean darlos a los que están dispuestos a emplear los poderes que confieren, en pro del bien general, para apresurar la evolución humana, pero se retraen de comunicarlos a quienes los habrían de aplicar en su propio engrandecimiento y a costa de los demás.

Y no se trata de una simple teoría, según los Anales Ocultos que dan los detalles aludidos en el Génesis VI y sig. Estos conocimientos eran dados en aquellos remotos

tiempos y en el Continente de los Atlantes, sin ninguna condición rigurosa respecto de la elevación moral, pureza y desinterés de los candidatos. Los calificados intelectualmente para ello eran enseñados, lo mismo que se enseña la ciencia ordinaria en los tiempos modernos. La publicidad, tan imperiosamente exigida hoy, se concedió entonces, dando por resultado que los hombres se convirtieran en gigantes del conocimiento, pero también en gigantes de la maldad, hasta que la tierra gimió bajo sus opresores, y el grito de la humanidad pisoteada vibró a través de los mundos. Entonces vino la destrucción de los Atlantes, la sumersión de aquel vasto continente bajo las aguas del Océano, algunos de cuyos particulares consignan las Escrituras hebreas en el relato del diluvio de Noé, y las Escrituras indas del lejano Oriente en el relato de Vaivasvata Manu.

Experimentado el peligro de permitir que seres impuros se apoderasen del conocimiento que es poder, los grandes Instructores impusieron condiciones rigurosas en lo que respecta a la pureza, desinterés y dominio propio a todos los candidatos a tales enseñanzas. Ellos rehúsan claramente comunicar conocimientos de esta naturaleza a ninguno que no consienta en someterse a una rígida disciplina, encaminada a suprimir toda separación de sentimientos e intereses. Ellos miden la fuerza moral del candidato aún más que su desarrollo intelectual, pues la enseñanza misma desarrolla la inteligencia al paso que refrena la naturaleza moral. Es preferible que los Grandes Seres sean atacados por los ignorantes a causa de su supuesto egoísmo en reservar conocimientos, a que precipiten al mundo en una nueva catástrofe como la atlante.

Tales son las razones que justifican la necesidad de un aspecto oculto en todas las religiones. Cuando de la teoría se pasa a los hechos, ocurre naturalmente preguntar: ¿Ha existido este aspecto Oculto en el pasado, formando parte de las religiones del mundo? La contestación debe darse inmediatamente y sin vacilar en sentido afirmativo; toda gran religión ha tenido una doctrina secreta, declarándose el depósito del conocimiento místico teórico y del conocimiento místico práctico u oculto. La explicación mística de la enseñanza popular era pública, y se presentaba en alegrías, dando un significado aceptable a las toscas narraciones ya las pueriles y poco racionales historias. Tras del misticismo teórico, como igualmente tras del misticismo popular, existía el misticismo práctico; una enseñanza espiritual oculta, la cual se comunicaba solamente bajo condiciones definidas, condiciones conocidas y públicas, que cada candidato tenía que cumplir. San Clemente de Alejandría menciona esta división de los Misterios. "Después de la purificación –dice–, vienen los Misterios Menores, en los cuales hay algún fundamento de instrucción y de preparación que sirven de preliminar para lo que ha de venir después: los Grandes Misterios, en los cuales nada se deja de enseñar acerca del universo, quedando sólo el contemplar y comprender la naturaleza de las cosas" (4) .

Imposible es disputar esta actitud a las antiguas religiones. Los Misterios de Egipto fueron la gloria de aquel país, adonde se dirigían los hijos más esclarecidos de Grecia, tales como Platón, para ser iniciados en Sais y en Tebas por los Maestros de Sabiduría. Los Misterios de Mithra en Persia, los Misterios de Orfeo y de Baco, los Misterios Menores de Eleusis, y los de Samotracia, de Escitia, y de Caldea, son conocidos y aun familiares, al menos en el nombre. El valor de los Misterios Eleusinos, a pesar de su extrema atenuación, fue grandemente alabado por los hombres más eminentes de Grecia, tales como Píndaro, Sófocles, Isócrates, Plutarco y Platón.

Se les consideraba especialmente útiles con relación a la existencia post mortem, porque el iniciado aprendía lo que aseguraba su dicha futura. Sopater alegaba además, que la iniciación establecía un parentesco entre el alma y la Naturaleza divina; y en el himno esotérico a Demetrio se hacen encubiertas referencias al santo niño Jacco y a su muerte y resurrección, según se las consideraba en los Misterios (5).

De Jámblico, el gran teúrgico de los siglos III y IV de nuestra Era, puede aprenderse mucho acerca del objeto de los Misterios. La teurgia era magia, "la última parte de la ciencia sacerdotal" (6), y se practicaba en los Grandes Misterios para evocar la aparición de seres superiores. La teoría en que se fundaban estos Misterios, puede exponerse en breves palabras. Existe UNO, anterior a todos los seres, inmutable, que mora en la soledad de su propia unidad. De AQUELLO arranca el Dios Supremo, el Engendrado por Si Mismo, el Bien, el Origen de todas las cosas, la Raíz, el Dios de Dioses, la Causa Primera que se desenvuelve en luz (7). De El surge el Mundo Inteligente o universo ideal, a que pertenece la Mente Universal, el Nous, y los Dioses incorpóreos e intelectuales.

De El procede el Alma del Mundo, a la cual corresponden las "formas divinas intelectuales que están presentes en los cuerpos visibles de los Dioses" (8) . Luego siguen varias jerarquías de seres sobrehumanos: Arcángeles, Archones (Gobernantes) o Cosmocratores, Ángeles, Demonios, etc. El hombre es un ser de un orden inferior, cuya naturaleza está relacionada con aquellos, a los cuales es capaz de conocer; este conocimiento se adquiría en los Misterios y conducía a la unión con Dios (9).

Estas doctrinas se explicaban así en los Misterios: "la emanación de todas las cosas del Uno, su vuelta hacia el Mismo, y la completa dominación de El" (10) .

Además, aquellos Seres eran evocados y aparecían algunas veces para enseñar, otras para elevar y purificar con Su mera presencia. "Los Dioses -dice Jámblico-, benévolo y propicio, comunican su luz a los teúrgicos con profusión no envidiada, atrayendo sus almas, procurando unirlos a sí y acostumbrándoles, aun viviendo en el cuerpo, a separarse de él y a dirigirse hacia su eterno principio inteligente" (11). Porque "teniendo el alma una vida doble, la una en unión con el cuerpo y la otra separada de él" (12) , es de todo punto necesario conocer el modo de separarla, a fin de que así pueda unirse con los Dioses por medio de su parte intelectual y divina, y aprender los genuinos principios del conocimiento y las verdades del mundo de la inteligencia (13) . "La presencia de los Dioses nos comunica, realmente, la salud del cuerpo, la virtud del alma, la pureza de la inteligencia y, en una palabra, eleva todo nuestro ser a su naturaleza propia. Exhibe lo que no es cuerpo como cuerpo a los ojos del alma, por medio de los del cuerpo" (14) . Cuando aparecen los Dioses el alma obtiene "la libertad de las pasiones, una perfección trascendental, y una energía más excelente en todos conceptos, participando del amor divino y de una alegría inmensa" (15) .

De este modo alcanzamos una vida divina y nos hacemos divinos en realidad (16) .

El punto culminante de los Misterios era la conversión del Iniciado en un Dios, ya fuese por la unión con un Ser divino fuera de él, ya por la realización del Yo divino en él. Esto se llamaba éxtasis, estado al cual el Yogi llamaría Samadhi elevado, para lo cual ha de hallarse el cuerpo grosero en estado de trance, efectuando entonces el alma libertada su unión con el Gran Ser. El "éxtasis no es una facultad, sino un estado del alma, en el cual se transforma de tal modo, que percibe lo que antes estaba oculto para ella. Tal estado no será permanente hasta que nuestra unión con Dios sea irrevocable; aquí, en la vida terrestre, el éxtasis no es más que un relámpago... el hombre puede dejar de ser hombre y convertirse en Dios; pero no puede ser Dios y hombre al mismo tiempo" (17). Plotino declara que había alcanzado este estado, "pero sólo tres veces por entonces."

Proclo enseñaba también que la única salvación del alma era volver a su forma intelectual, con lo que escapa del "círculo de generación y del mucho vagar", y alcanza el verdadero Ser: "la energía simple y uniforme del período de identidad, en vez del período de excesivo y vago movimiento que se caracteriza por la diferencia." Esta es la vida que buscaban los iniciados por Orfeo en los Misterios de Baco y Proserpina, y éste es el resultado de la práctica de las virtudes purificadoras o catárticas (18).

Tales virtudes eran necesarias para los Misterios Mayores, porque se referían a la purificación del cuerpo sutil, en el que actuaba el alma cuando se hallaba fuera del cuerpo grosero.

Las virtudes políticas o prácticas pertenecían a la vida ordinaria del hombre, y hasta cierto punto se exigían antes que pudiera ser candidato para una Escuela como la que se ha descrito. Luego venían las virtudes catárticas, por cuyo medio el cuerpo sutil, el de las emociones y de la mente inferior, era purificado; en tercer lugar, lo intelectual, perteneciente al Augoeides, o la forma de luz del intelecto; después lo contemplativo o paradigmático, por medio de lo cual se realizaba la unión con Dios. Porfirio escribe: "Aquel que actúa con arreglo a las virtudes prácticas, es un hombre digno; pero aquel que actúa con arreglo a las virtudes purificadoras, es un hombre angélico o también un buen demonio. Aquel que actúa con arreglo a las virtudes intelectuales tan sólo, es un Dios; pero aquel que actúa con arreglo a las virtudes paradigmáticas, es el Padre de los Dioses" (19).

Dábase también mucha instrucción en los Misterios por medio de las jerarquías de arcángeles y otras; y de Pitágoras, el gran maestro, que fue iniciado en la India, y que dio el "conocimiento de las cosas que son" a sus discípulos juramentados, se dice que poseía tal conocimiento de la música, que la podía emplear para el dominio de las pasiones más salvajes del hombre y para el esclarecimiento de sus mentes. De esto presenta Jámblico ejemplos en su Vida de Pitágoras. Parece probable que el título de Theodidaktos dado a Amonio Saccas, el maestro de Plotino, se refería menos a la sublimidad de sus enseñanzas que a la instrucción divina que recibió en los Misterios.

Algunos de los símbolos que se usaban son explicados por Jámblico (20), el cual recomienda a Porfirio que aparte de su pensamiento la imagen de la cosa simbolizada y procure alcanzar su significado intelectual. Así, "cieno" significaba todo lo que era corporal y material; el "Dios sentado sobre el loto" significaba que Dios trascendía el cieno y el intelecto simbolizado por el loto, y estando sentado, se hallaba establecido en Si Mismo. Si se le presentaba "navegando en un barco", implicaba Su gobierno sobre el mundo, y así sucesivamente (21). Respecto de este uso de símbolos Proclo observa que "el método de Orfeo tenía por objeto revelar cosas divinas por medio de símbolos, método común a todos los escritores de cosas divinas" (22)

La Escuela pitagórica en la Gran Grecia, fue cerrada hacia el final del siglo VI antes de Cristo, debido a la persecución del poder civil, pero existían otras comunidades que conservaban la tradición sagrada (23). Mead declara que Platón la acomodó a la inteligencia, a fin de ponerla a cubierto de una profanación mayor, y que los ritos eleusinos conservaron algunas de sus formas, aunque habían perdido su sustancia.

"Los neo-platónicos fueron los herederos de Pitágoras y de Platón, y sus obras deben ser estudiadas por todos los que quieran comprender algo de la grandeza y hermosura guardada en los Misterios para el mundo.

La misma Escuela pitagórica puede servir como tipo de la disciplina que se imponía. Sobre este punto, Mead, da muchos pormenores interesantes (24), y observa que: "Los autores de la antigüedad están de acuerdo en que esta disciplina había logrado producir los más altos ejemplares, no sólo de castidad y purísimos sentimientos, sino también de una sencillez de maneras, de una delicadeza y de una afición a propósitos serios que nadie ha igualado jamás. Esto es admitido hasta por los escritores cristianos." Los discípulos de la escuela externa hacían vida común de familia, y a ellos se refiere la cita anterior.

En la escuela interna había tres grados: el primero, de oyentes, que estudiaban durante dos años en silencio, haciendo cuanto podían para profundizar la enseñanza; el segundo,

de matemáticos, que aprendían geometría y música, y la naturaleza del número, de la forma, del color y del sonido; el tercer grado era de físicos, a quienes se enseñaba la cosmogonía y la metafísica. De aquí se pasaba a los verdaderos Misterios.

Los que aspiraban a ingresar en la escuela, debían tener "reputación intachable y ánimo contento."

La gran identidad entre los métodos y los objetivos perseguidos en estos diversos Misterios y los de Yoga en la India, es cosa patente, para el observador más superficial. No debe suponerse por esto que las naciones de la antigüedad obtuviesen sus conocimientos de la India; todas los adquirirían por igual de la fuente única, la Gran Logia del Asia Central, la cual enviaba sus Iniciados a las diferentes naciones. Todos ellos enseñaban la misma doctrina, y seguían sistemas idénticos, conducentes a los mismos fines. Pero existían frecuentes comunicaciones entre los iniciados de los diversos países, y un lenguaje y un simbolismo comunes. Así Pitágoras vivió entre los indos, recibiendo una elevada cultura; y más tarde siguió sus pasos Apolonio de Tiana. También fueron completamente indas, así en la forma como en el fondo, las últimas palabras de Plotino: "Ahora procuro retrotraer mi Yo interno al Yo Todo" (25).

Entre los indos se mantenía con todo rigor el deber de enseñar el conocimiento supremo sólo a los dignos. "El misterio más profundo del fin del conocimiento... no es comunicable sino a un hijo o a un discípulo, cuya mente esté tranquila" (26). También, después de un bosquejo del Yoga, leemos: "¡Levantaos! ¡Despertad! ¡Habiendo encontrado a los Grandes, oíd! Es tan difícil andar por la senda como por el cortante filo de una navaja. Así dicen los sabios" (27). El instructor es necesario, porque la sola enseñanza escrita no basta. El "fin del conocimiento" es conocer a Dios -no es sólo creer en El, sino convertirse en uno con El-, no es sólo adorarlo desde lejos. El hombre debe comprender la realidad de la Existencia divina, y después conocer -no ya creer vagamente y esperar-, que su propio Yo más íntimo es uno con Dios, y que el objeto de la vida es realizar esta unidad.

La religión debe guiar al hombre a esa realización; de lo contrario, valdría tanto "como hacer sonar bronces o címbalos" (28).

Así también se aseguraba que el hombre debía aprender a abandonar el cuerpo grosero: "Separe el hombre su alma de su propio cuerpo con firmeza, como un tallo de hierba de su vaina" (29) . ¡Y se escribió!: "En la áurea y más elevada envoltura mora el immaculado e inmutable Brahman; El es la radiante y blanca Luz de luces, conocida de los que conocen el Yo" (30) . "Cuando el vidente mira al Creador de color de oro, al Señor, al Espíritu, cuya matriz es Brahman, entonces, habiendo desechado el mérito y el demérito, alcanza, immaculado y sabio, la unión más alta" (31).

Tampoco los hebreos carecían de conocimientos secretos y de Escuelas de Iniciación. La reunión de profetas en Najoth, presidida por Samuel (32) , constituía una Escuela de éstas, y la enseñanza oral era transmitida entre ellos. Escuelas semejantes existían en Bethel y Jericó (33) ; y en la Concordance de Cruden (34) hay la interesante nota siguiente: "Las Escuelas o Colegios de los profetas son las primeras (escuelas) de que se nos da noticia en la Escritura; donde los hijos de los profetas, esto es, sus discípulos, llevaban una vida retirada y austera, de estudio y meditación, instruyéndose en la ley de Dios. . . A estas Escuelas o Sociedades de los profetas sucedieron las Sinagogas." La Kabbala, que contiene la enseñanza semipública, es, tal cual hoy se conoce, una compilación moderna, siendo parte de ella obra del Rabbi Moisés de León, que murió en 1305 de la Era Cristiana. Consta de cinco libros: Bahir, Zohar, Sepher Sephiroth, Sepher Yetzirah y Asch Metzareth; y se asegura que habían sido transmitidos oralmente de tiempos muy antiguos -según se considera la antigüedad históricamente. El doctor Wynn Westcott dice que la "tradicción hebrea asigna a las partes más antiguas del Zohar

una fecha anterior a la construcción del segundo Templo" ; y se dice que el Rabbi Simeón ben Jochai escribió algo de él en el primer siglo de nuestra Era. El Sepher Yetzirah es mencionado por Saadjah Gaon, que murió el año 940, como "muy antiguo" (35). Algunas porciones de la antigua enseñanza oral han sido incorporadas a la Kabbala tal como es ahora, pero la verdadera sabiduría arcaica de los hebreos permanece bajo la custodia de unos pocos de los verdaderos hijos de Israel.

Breve como es este bosquejo, es suficiente para demostrar la existencia de un aspecto oculto de las religiones del mundo, sin contar el Cristianismo; y ahora podemos examinar la cuestión de si el Cristianismo era o no una excepción de esta regla universal.

Notas del capítulo 1

(1) Salmos XLI-II.

(2) I Cor. XV, 28.

(3) Entre los salvajes actuales, el médico o curandero es la personalidad prominente; a las funciones propias de este cargo reúne las de adivino y sacerdote de la tribu. Posee artes mágicas y se hipnotiza a sí mismo, girando rápidamente sobre los pies, hasta que cae al suelo desplomado. Así queda en condiciones de ejercer la adivinación. A estos individuos alude el texto, pues suponen los mitólogos que existían igualmente en los tiempos primitivos. - N. del T.

(4) Biblioteca Ante-Nicena, vol. XII. Clemente de Alejandría, Stromata, lib. V, capítulo XI.

(5) Véase el artículo sobre "Los Misterios", Encicl. Británica; novena edición.

(6) Psello, citado en Jámblico sobre los misterios. T. Taylor, pág. 343, nota de la pág. 25, segunda edición.

(7) Jámblico, como ante, pág. 301.

(8) Ibid, pág 72.

(9) El artículo sobre "Misticismo" de la Enciclopedia Británica, contiene lo siguiente sobre la enseñanza de Plotino (204-206 de la Era cristiana). "El Uno (el Dios Supremo antes mencionado) se eleva por encima del nous y de las "ideas"; trasciende por completo la existencia y no es asequible a la razón. Permanece en reposo y lanza, por decirlo así, rayos de su propia plenitud, una imagen de sí mismo, que es llamada nous, que constituye el sistema de ideas del mundo intelectual. El alma es a su vez la imagen o producto del nous, y el alma con su movimiento engendra materia corporal. El alma, de esta suerte, hace frente a dos direcciones: al nous, del cual nace, y a la vida material, que es su propia producción. El empeño ético consiste en repudiar lo sensible; la existencia material misma es separación de Dios. . . Para alcanzar la meta última hay que dejar atrás al pensamiento mismo, pues el pensamiento es una forma de movimiento, y el deseo del alma es el reposo propio del Uno. La unión con la divinidad trascendente no depende tanto del conocimiento o visión como del éxtasis, unión, contacto."

El neoplatonismo es, pues, "en primer término, un sistema de completo racionalismo; se presupone, en otras palabras, que la razón es capaz de tratar todo el sistema de las cosas. Pero desde el momento en que se afirma que Dios está por encima de la razón, el misticismo se convierte. en cierto sentido, en el complemento necesario del

racionalismo que pretende abarcarlo todo. Este sistema alcanza su apogeo en un acto místico."

- (10) Jámblico según Ante, pág. 73.
- (11) Ibid, págs. 55 y 56.
- (12) Ibid, págs. 118 y 119.
- (13) Ibid, págs. 118 y 119.
- (14) Ibid, págs. 96 y 100.
- (15) Ibid, pág. 101.
- (16) Ibid, pág. 330.
- (17) G. R. S. Mead, Plotino, pág. 42.
- (18) Jámblico, pág. 304, nota de la pág. 134.
- (19) G. R. S. Mead. Orpheus, págs. 285 y 286.
- (20) Jámblico, pág. 364, nota de la pág. 134.
- (21) Ibid, pág. 285 y siguientes.
- (22) G. R. S. Mead, Orpheus, pág. 59.
- (23) Ibid, pág. 50.
- (24) G. R. S. Mead, Orpheus, págs. 263. 271.
- (25) G. R. S. Mead. Plotinus, pág. 20.
- (26) Shvetaishvatarapanishat, VI. 22.
- (27) Kathopanishat, III, 14.
- (28) I Cor., XIII, I.
- (29) Kathopanishat, VI. 17.
- (30) Mundakopanishat, II. II, 9.
- (31) Mundakopanishat, III, I, 3.
- (32) I Sam., XIX, 20.
- (33) II Reyes, II, 2, 5.
- (34) Epígrafe "School"
- (35) Dr. Wynn Westcott, Sepher Yetzirah, pág. 9.

CAPITULO II

EL LADO OCULTO DEL CRISTIANISMO

(a) EL TESTIMONIO DE LAS ESCRITURAS

Después de haber visto que las religiones del pasado proclaman a una tener un lado oculto o ser guardianes de "Misterios", y que tal afirmación aparece certificada por los más grandes hombres, al buscar la iniciación, procede investigar ahora si el Cristianismo se halla fuera de este concepto de religiones, y si es la única que no tiene una Gnosis, ofreciendo al mundo sólo una creencia sencilla y no un conocimiento profundo. Si así fuese, sería, a la verdad, un hecho triste y lamentable, que probaría que el Cristianismo estaba destinado únicamente para una clase y no para todos los tipos de seres humanos. Pero que esto no es así, lo podemos demostrar fuera de toda posibilidad de duda racional.

De esta prueba tiene el Cristianismo grandísima necesidad en estos tiempos, porque la flor misma de la Cristiandad está pereciendo por falta de conocimiento. Si la enseñanza esotérica pudiera restablecerse y conquistar estudiantes pacientes y ardorosos, no tardaría mucho sin que lo oculto fuese también restaurado, Los discípulos de los Misterios Menores se convertirían en candidatos a los Mayores, y con la reaparición del conocimiento, se lograría otra vez la autoridad de la enseñanza.

Y, verdaderamente, la necesidad es muy grande, pues contemplando el mundo que nos rodea, vemos que la religión en Occidente está sufriendo por la dificultad misma que teóricamente debía esperarse encontrar. Habiendo perdido el Cristianismo su enseñanza mística y esotérica, va viendo desaparecer su influencia sobre gran número de las personas más altamente educadas, coincidiendo la vivificación parcial de los últimos años con la restauración de algunas enseñanzas místicas. Es cosa evidente para todo el que haya estudiado los últimos cuarenta años del siglo que ha terminado, que mucha gente moral y pensadora ha abandonado las iglesias porque las enseñanzas que en ellas recibían, eran un ultraje para su inteligencia y pugnaban con su sentido moral. Es inútil suponer que el muy extendido agnosticismo de esta época tuviese sus raíces en la falta de moralidad o en una deliberada perversión de la mente.

Todo el que estudie con atención los fenómenos indicados, convendrá en que personas de gran inteligencia se han alejado del Cristianismo por la rudeza de las ideas religiosas que les eran expuestas, por las contradicciones entre las autoridades de la enseñanza, por los puntos de vista acerca de Dios, del hombre y del universo, que ningún entendimiento educado podía admitir. Ni es posible tampoco sostener que una degradación, de cualquier clase que se suponga, fuese la causa fundamental de la rebelión contra los dogmas de la Iglesia. Los rebeldes no eran demasiado malos para su religión; al contrario, la religión era la que resultaba demasiado mala para ellos. La rebelión contra el Cristianismo popular era debida al despertar y al desarrollo de la conciencia; la conciencia era la que se revolvía, así como la inteligencia, contra enseñanzas que deshonran a Dios y al hombre igualmente; que presentan a Dios como un tirano y al hombre como esencialmente malo, obteniendo la salvación por medio de una sumisión servil.

La razón de esta rebeldía se halla escondida en el gradual rebajamiento de las enseñanzas cristianas para llegar a la llamada sencillez, con objeto de que los más ignorantes pudieran comprenderlas. Los protestantes afirmaban muy alto que no debía predicarse más que aquello que pudiesen comprender todos; que la gloria del Evangelio

estaba en su sencillez, y que el niño y el ignorante debían ser capaces de comprenderlo y aplicarlo a la vida.

Muy verdad, si con esto quería decirse que ciertas enseñanzas religiosas deben estar al alcance de todos, y que una religión fracasa si deja fuera de la esfera de su ennoblecedora influencia a los seres ínfimos, a los más ignorantes, a los más pobres.

Pero falso, completamente falso, si con esto se quiere significar que la religión no tiene verdades inaccesibles a la ignorancia, que es tan pobre y limitada que no tiene nada que enseñar que no esté por encima de las mentes rudas o de la estrechez de miras de la moralidad degradada. Falso, fatalmente falso, si tal es el sentido; pues a medida que esta opinión se extiende, ocupando los púlpitos y resonando en las iglesias, muchos seres nobles, cuyos corazones se han desgarrado al romper los lazos que les unían a su creencia primera, se retiran de los templos y dejan que su sitio sea ocupado por los hipócritas y los ignorantes. Pasan a un estado de agnosticismo pasivo, o, si son jóvenes y entusiastas, de agresión activa, no creyendo que pueda ser lo más elevado lo que así ofende al entendimiento y la conciencia, y prefiriendo la honradez de un descreimiento manifiesto, a la mistificación de la inteligencia bajo la férula de una autoridad en que no reconocen nada de divino.

Al estudiar así el modo de pensar del tiempo presente, comprenderemos que la cuestión de una enseñanza oculta relacionada con el Cristianismo, es de vital importancia. ¿Ha de sobrevivir el Cristianismo como la religión de Occidente? ¿Deberá existir en los siglos futuros y continuar desempeñando su papel en la formación del pensamiento de las razas occidentales en evolución? Si es así, tiene que recobrar el conocimiento que ha perdido y poseer de nuevo sus enseñanzas místicas y ocultas; debe presentarse otra vez como un instructor competente de verdades espirituales, investido de la única autoridad que vale algo: la autoridad del conocimiento.

Sí estas enseñanzas vuelven a obtenerse, su influencia se verá pronto en manifestaciones más amplias y profundas de la verdad; los dogmas que ahora aparecen como cascarones vacíos, sirviendo sólo de grillos, volverán a ser presentaciones parciales de realidades fundamentales. En primer término, el Cristianismo Esotérico será restaurado en el "Lugar Santo" del Templo, en forma que todo el que sea capaz de recibirlo, pueda seguir la dirección de su pensamiento público; y en segundo término, el Cristianismo Oculto descenderá de nuevo al Adytum, residiendo detrás del Velo que encubre el "Santuario de los Santuarios", donde sólo el Iniciado puede penetrar. Entonces volverá a estar la enseñanza oculta al alcance de los que sean calificados para recibirla conforme a las antiguas reglas, de los que en estos tiempos estén dispuestos a someterse, a las exigencias impuestas a los que deseaban conocer la realidad y verdad de las cosas espirituales.

Volvamos a la historia una vez más para ver si el Cristianismo era la única religión que no tenía enseñanza interna, o si era igual a las demás por la posesión de este tesoro oculto.

Esta es una cuestión de prueba, no de teoría, y debe decidirse por la autoridad de los documentos existentes, y no por el mero *ipse dixit* de los cristianos modernos.

Como hecho positivo tenemos que tanto el "Nuevo Testamento" como los escritos de la Iglesia primitiva, hacen idénticas declaraciones respecto a la posesión de tales enseñanzas, mostrándonos la realidad de la existencia de los Misterios -llamados los Misterios de Jesús o los Misterios del Reino-, las condiciones que se imponían a los candidatos, algo acerca de la naturaleza general de las enseñanzas que se daban, y otros detalles. Ciertos pasajes del "Nuevo Testamento" permanecerían por completo oscuros, si no fuese por la luz que sobre ellos arrojan las declaraciones definidas de los Padres y Obispos de la Iglesia; pero ¿con esa luz se hacen claros e inteligibles?

A la verdad, hubiera sido extraño que fuera de otro modo, si consideramos la estructura del pensamiento religioso que influyó sobre el Cristianismo primitivo. Emparentada con los hebreos, los persas y los griegos, matizada por las creencias aún más antiguas de la India, profundamente dotada de color por el pensamiento sirio y egipcio, esta última rama del gran brote religioso no podía menos que volver a afirmar las antiguas tradiciones, y poner al alcance de las razas occidentales todo el tesoro de las enseñanzas arcaicas. "La fe, un tiempo dada a los santos", hubiese sido ciertamente privada de su principal valor, si al ser transmitida al Occidente, se hubiera reservado la perla de la enseñanza esotérica.

El primer testimonio que debe examinarse es el del "Nuevo Testamento". Para nuestro objeto podemos prescindir de las enfadosas cuestiones sobre interpretaciones y autores, que corresponden de lleno a los eruditos. La crítica docta tiene mucho que decir respecto de la edad de los manuscritos, la autenticidad de los documentos y otros puntos; pero nosotros no tenemos para qué ocuparnos de esto. Podemos aceptar las Escrituras canónicas, por lo que respecta a las creencias de la Iglesia primitiva sobre las enseñanzas de Cristo y de sus discípulos inmediatos y ver lo que dicen acerca de la existencia de una enseñanza secreta comunicada tan sólo a los pocos.

Una vez examinadas las palabras que se ponen en boca del mismo Jesús, consideradas por la Iglesia de autoridad suprema, estudiaremos los escritos del gran apóstol San Pablo; luego nos ocuparemos en las declaraciones hechas por los herederos de la tradición apostólica, que guiaron la Iglesia durante los primeros siglos. A lo largo de esta línea no interrumpida de tradiciones y de testimonios escritos, puede hacerse la afirmación de que el Cristianismo tenía un lado oculto. Veremos, además, que puede seguirse el rastro de los Misterios Menores de interpretación mística a través de los siglos sucesivos, hasta llegar a los comienzos del XIX, y que, aun cuando no quedaron Escuelas de Misticismo, preparatorias de la Iniciación, después de la desaparición de los Misterios, sin embargo, de tiempo en tiempo hubo grandes místicos que alcanzaron los estados inferiores del éxtasis, por medio de sus propios esfuerzos sostenidos, ayudados indudablemente por Instructores invisibles.

Las palabras del Maestro mismo son claras y definidas, y fueron, según veremos, citadas por Orígenes, haciendo referencia a la enseñanza secreta conservada en la Iglesia. "Y cuando estuvo solo, los que estaban cerca de El con los doce, le preguntaron sobre la parábola y El les dijo: "A vosotros es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, todas las cosas se les comunican por parábolas." y más adelante: "Con muchas de estas parábolas les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír. Y sin parábola no les hablaba; y cuando estaban solos, El explicaba todas las cosas a sus discípulos" (1). Nótese las significativas palabras "cuando estaban solos" y la frase "aquellos que están fuera." Lo mismo sucede en la versión de San Mateo: "Jesús despidió a la multitud y entró en la casa, y sus discípulos con El." Estas enseñanzas dadas "en la casa", el significado más íntimo de sus instrucciones, se decía que eran transmitidas de maestro a maestro. El evangelio da, según puede observarse, las explicaciones místicas alegóricas, lo cual hemos llamado nosotros los Misterios Menores, pero el sentido más profundo se decía que sólo se daba a los Iniciados.

Además, aun a Sus mismos apóstoles dice Jesús: "Tengo todavía muchas cosas que deciros; mas ahora no las podéis llevar" (2).

Algunas de ellas las dijo probablemente después de Su muerte, cuando fue visto por Sus discípulos, "al hablar de cosas pertenecientes al reino de Dios" (3). Ninguna de ellas fue consignada en documento público, pero, ¿quién habrá que crea que se descuidaron u olvidaron y que no fueron transmitidas como tesoro inapreciable? En la Iglesia existía la

tradición de que El visitó a Sus apóstoles durante un tiempo considerable después de Su muerte, a fin de instruirlos -hecho a que nos referimos más adelante-; y en el famoso tratado gnóstico el Pistis Sophia, leemos: "Sucedió que cuando Jesús se levantó de entre los muertos, pasó once años hablando con Sus discípulos e instruyéndolos" (4) . Hay también la frase que muchos desean suavizar dándole otro sentido: "No déis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas a los puercos" (5). Precepto que verdaderamente es de aplicación general, pero que era considerado por la Iglesia primitiva como referente a las enseñanzas secretas. Debe tenerse presente que las palabras no sonaban en los antiguos tiempos tan duras como ahora; pues la palabra "perros" -como "el vulgo", "los profanos"- era aplicada a los de fuera por los que se hallaban dentro de determinado círculo, ya se tratase de una sociedad, o de una nación, como lo hacían los judíos respecto de todos los gentiles (6) . Algunas veces se usaba para designar a los que estaban fuera del círculo de Iniciados, y en este sentido la vemos empleada en la Iglesia primitiva; a aquellos que, por no haber sido iniciados en los Misterios, se consideraba como fuera del "reino de Dios" o del "Israel espiritual", se les aplicaba este nombre.

Había diversos nombres asignados exclusivamente al término "El Misterio" o "Los Misterios", los cuales se empleaban para designar el círculo sagrado de los Iniciados o de los relacionados con la Iniciación: "El Reino", "El Reino de Dios", "El Reino de los Cielos", "El Sendero Estrecho", "La Puerta Estrecha", "Los Perfectos", "Los Salvados", "Vida Eterna", "Vida", "El Segundo Nacimiento", "El Pequeño", "Un Niño pequeño". El sentido está aclarado por el uso de estas palabras en escritos cristianos primitivos, y en algunos casos hasta fuera de la comunión cristiana. Así el término "Los Perfectos" se usaba por los esenios, quienes tenían tres órdenes en sus comunidades: los Neófitos, los Hermanos y los Perfectos -estos últimos eran Iniciados, y en tal sentido es empleado generalmente este vocablo en los antiguos escritos.

"El Niño Pequeño" era el nombre usual para un candidato acabado de iniciar, esto es, que había logrado su "segundo nacimiento".

Después de conocido este uso, muchos pasajes oscuros, y de otro modo discordantes, se hacen inteligibles. Entonces uno le dijo: "Señor, ¿son pocos los que se salvan?" y El les dijo: ' Porfiad a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar y no podrán" (7). Si esto se aplica en la forma ordinaria de los protestantes a la salvación del fuego eterno del infierno, la declaración se hace increíble, repulsiva. No se puede suponer a ningún Salvador del mundo, haciendo la afirmación de que muchos de los que tratan de evitar el infierno y entrar en el cielo, no podrán verificarlo. Pero aplicado el concepto a la estrecha puerta de la Iniciación ya la liberación del renacimiento, es perfectamente verdadero y natural. Así también: "Entrad por la puerta estrecha, pues ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan" (8) . El aviso que sigue inmediatamente contra los falsos profetas, los instructores de los Misterios tenebrosos, es de gran aplicación en el asunto.

A ningún estudiante podrá pasar inadvertido el sonido familiar de estas palabras, empleadas en el mismo sentido en otros escritos. El "Antiguo camino estrecho" es familiar a todos; el sendero "difícil de andar como el agudo filo de una navaja" (9) que ya se ha mencionado; el pasar "de una muerte a otra" de aquellos que siguen el camino sembrado de flores de los deseos, los cuales no conocen a Dios; pues sólo se pacen inmortales y escapan de la ancha boca de la muerte, de la destrucción siempre repetida, aquellos hombres que han abandonado todo deseo (10). La alusión a la muerte se refiere, por supuesto, a los nacimientos repetidos del alma, a la existencia material

grosera, considerada siempre como "muerte" comparada con la "vida" de los mundos sutiles superiores.

La "Puerta Estrecha" era el ingreso en la Iniciación, y por ella el candidato entraba en "El Reino", y siempre ha sido y será verdad que sólo pocos pueden atravesar esa puerta, aunque miles de millones -"una inmensa multitud que nadie 'podría contar" (11) , no unos pocos-, entran en la dicha del mundo celeste. Así también habló otro gran Maestro, cerca de tres mil años antes: "Entre millares de hombres, escasamente uno se afana por la perfección; de los que se afanan y la logran, apenas uno me conoce en esencia" (12). Pues los Iniciados son pocos en cada generación: la flor de la humanidad; pero ninguna sentencia siniestra de desdicha eterna se pronuncia en esta declaración contra la gran mayoría de la raza humana. Los salvados son, como Proclo enseñaba (13), los que escapan del círculo de la generación dentro del cual se halla sujeta la humanidad.

A este propósito recordaremos la historia del joven que se acercó a Jesús, y dirigiéndose a El como "Buen Maestro", le preguntó cómo podía ganar la vida eterna -la bien conocida liberación del renacimiento por el conocimiento de Dios (14). "Su primera contestación fue el precepto regular esotérico: "Guarda los mandamientos". Pero cuando el mancebo contestó: "Todas esas cosas las he guardado desde mi juventud"; entonces a aquella conciencia libre de todo conocimiento de trasgresión, vino la respuesta del verdadero Maestro: "'Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoros en el cielo; y ven y sígueme." "Si quieres ser perfecto, conviértete en un individuo del Reino; debes abrazar la pobreza y la obediencia." y luego Jesús explica a Sus propios discípulos que un hombre rico difícilmente puede entrar en el Reino de los Cielos; que tal entrada es más difícil que para un camello pasar por el ojo de una aguja; para los hombres esto es imposible; para Dios todas las cosas son posibles (15). Sólo el Dios en el hombre puede pasar esa barrera.

Este texto ha sido diversamente explicado, siendo a todas luces imposible tomarlo en su sentido superficial, de que un hombre rico no puede entrar en un estado post mortem de dicha. El hombre rico puede alcanzar ese estado lo mismo que el pobre, y la práctica universal de los cristianos demuestra que no creen ni por un momento que la riqueza ponga en peligro su dicha después de la muerte. Pero si nos fijamos en el verdadero significado del Reino de los Cielos, tendremos la expresión de un hecho directo y sencillo. Porque ese conocimiento de Dios que es Vida Eterna (16) , no puede obtenerse hasta que se haya abandonado todo lo terrestre, no puede aprenderse hasta que se haya hecho sacrificio de todo. El hombre tiene que renunciar, no sólo a la riqueza terrena, que en lo sucesivo ha de pasar por sus manos como si fuese administrador de ella, sino que debe, además, abandonar su riqueza interna en cuanto la considere como suya propia frente al mundo; mientras no se haya despojado hasta la desnudez, no puede pasar por la angosta entrada. Tal ha sido siempre la condición exigida para la Iniciación; los candidatos a ella deben hacer voto de "pobreza, de obediencia y de castidad."

El "segundo nacimiento" es otro nombre, muy conocido, de la Iniciación; aun hoy en la India los individuos de las castas superiores son llamados "dos veces nacidos", y la ceremonia que los hace dos veces nacidos, es una ceremonia de la Iniciación -la mera corteza, a la verdad, en estos tiempos, pero "la muestra de las cosas del Cielo" (17). Cuando Jesús habla de Nicodemo, declara que "a menos que un hombre nazca otra vez, no puede ver el reino de Dios", y menciona este nacimiento como el "del agua y, del Espíritu" (18) ; esta es la primera Iniciación; otra posterior es la del Espíritu Santo y el fuego (19) , el bautismo del Iniciado en su virilidad, así como el primero es el del nacimiento, que le da la bienvenida como "el Niño Pequeño" que entra en el Reino (20) Cuán bien conocidas eran estas imágenes en la mística de los judíos, se demuestra por la sorpresa que manifestó Jesús cuando dijo a Nicodemo, confundido con su fraseología

mística: "¿Eres tú maestro en Israel y no conoces estas cosas?" (21). Otro precepto de Jesús que subsiste como "un dicho difícil de entender", dirigido a sus discípulos, es el de: "Sed, pues, Vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los Cielos es perfecto" (22). El cristiano ordinario sabe muy bien que no le es posible obedecer este mandato; lleno de fragilidades ordinarias humanas, ¿cómo podrá hacerse tan perfecto como Dios? Vista la imposibilidad de la empresa que le presentan, la pone tranquilamente a un lado y no piensa más en ella. Pero considerada como el esfuerzo final de muchas vidas de constante progreso, como el triunfo del Dios que está dentro de nosotros, sobre la naturaleza inferior, se coloca a una distancia calculable, haciéndonos recordar las palabras de Porfirio, de cómo el hombre que lleva a cabo "las virtudes paradigmáticas, es el Padre de los Dioses" (23), y que en los Misterios estas virtudes eran adquiridas.

San Pablo sigue los pasos de su Maestro, y habla exactamente en el mismo sentido, pero más explícito y con mayor claridad, como era de esperar de su obra organizadora de la Iglesia. El estudiante debe leer con atención los capítulos II y III y el versículo I del capítulo IV de la Primera Epístola a los Corintios, teniendo presente que las palabras iban dirigidas a individuos bautizados que formaban parte de la Iglesia, y que eran miembros completos de ella, desde el punto de vista moderno, aunque considerados como niños y como carnales por el Apóstol. No eran catecúmenos o neófitos, sino hombres y mujeres que estaban en plena posesión de todos los privilegios y responsabilidades de la comunidad cristiana, reconocidos por el Apóstol como apartados del mundo, y tenidos en la confianza de que no habrían de proceder como los hombres del mundo. Estaban, en una palabra, en posesión de todo lo que la Iglesia moderna da a sus miembros.

Resumamos las palabras del Apóstol: "Vine a vosotros trayendo el testimonio divino, no para halagaros con la sabiduría humana, sino con el poder del Espíritu. En verdad, hablamos de sabiduría entre aquellos que son perfectos, pero no es sabiduría alguna humana. Hablamos la sabiduría de Dios en un misterio, hasta la sabiduría oculta, que Dios ordenó antes que el mundo empezara, y que ni aún príncipe, alguno del mundo conoce. Las cosas de esta sabiduría están fuera del alcance del pensamiento de los hombres, pero Dios nos las ha revelado por medio de su Espíritu. . . las cosas profundas de Dios, que el Espíritu Santo enseña (24). Estas son cosas espirituales que sólo puede entender el hombre espiritual, en quien está la mente de Cristo y yo, hermanos, no podía hablaros como a espirituales, sino como a carnales, y aun como a niños de Cristo... Vosotros erais incapaces de llevarlo, y aun lo sois ahora. Porque todavía sois carnales. Como sabio maestro masón (25) he echado los cimientos, y vosotros sois el templo de Dios, y el Espíritu de Dios mora en vosotros. Haced que se os considere como ministros de Cristo, y mayordomos de los misterios de Dios."

¿Puede leer alguien este pasaje -en cuyo resumen sólo se ha puesto de manifiesto los puntos salientes- sin reconocer el hecho de que el Apóstol poseía una sabiduría divina, que enseñaba en los Misterios, la cual no podían aún recibir sus discípulos corintios? y obsérvese los términos empleados: la "sabiduría", la "sabiduría de Dios es un misterio", la "sabiduría oculta", sólo conocida del "hombre espiritual", hablada sólo entre los "perfectos", sabiduría de la que eran excluidos los no "espirituales", los "niños en Cristo", los "carnales", conocida del "sabio maestro masón"; el "mayordomo de los Misterios de Dios."

Una y otra vez vuelve a referirse a estos Misterios. Al escribir a los efesios cristianos dice: "por revelación (levantando el velo) me fue declarado el Misterio" ; de aquí su conocimiento del Misterio de Cristo; y le era dado aclarar a todos cuál sea la "dispensación del Misterio" (26) . "De este Misterio, repitió a los colosenses, había sido

hecho ministro", "el Misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, mas ahora ha sido manifestado a Sus Santos"; no al mundo, ni aun siquiera a los cristianos, sino sólo a los Santos. Para ellos fue alzado el velo "de la gloria de este Misterio"; ¿y qué era éste? "Cristo en vosotros" -frase significativa que, como pronto veremos, pertenecía a la vida del Iniciado; así cada hombre debe al fin aprender la sabiduría y llegar a ser "perfecto en Cristo Jesús" (27). A estos colosenses les pide que rueguen a "Dios que nos abra la puerta de la palabra para hablar el misterio de Cristo" (28), pasaje a que se refiere San Clemente, por ser uno en que el Apóstol "revela con claridad que el conocimiento no pertenece a todos" (29). Del mismo modo escribe a su amado Timoteo, recomendándole que escoja los diáconos entre aquellos que mantienen el "Misterio de la fe con una conciencia pura", ese gran "Misterio de la Piedad" que él había aprendido (30), cuyo conocimiento era necesario para los maestros de la Iglesia.

Ahora bien; la importancia de San Timoteo como representante de la siguiente generación de instructores cristianos, es indudable. Fue discípulo de San Pablo y designado por él para guiar y gobernar una parte de la Iglesia. Por lo visto, había sido iniciado en los Misterios por el mismo San Pablo, a lo cual se hace referencia, según resulta de las frases técnicas empleadas otra vez como clave. "Este cargo te doy, hijo Timoteo, con arreglo a las profecías que de ti se dijeron " (31): la solemne bendición del Iniciador que admitía al candidato; pero el Iniciador no estaba sólo presente: "No descuides el don que está en ti, el cual te fue dado por profecía, con la imposición de manos del Presbiterio" (32), de los Hermanos Mayores. y le recuerda que se atenga firmemente a esa "eterna vida, a la que también estás llamado, habiendo hecho una buena profesión delante de muchos testigos" (33) -los votos del nuevo Iniciado, hechos en presencia de los Hermanos Mayores y de la asamblea de Iniciados. El conocimiento que entonces se comunicaba, era el cargo sagrado que hace exclamar con tanta vehemencia a San Pablo: "¡Oh, Timoteo, guarda bien lo que te ha sido confiado!" (34): no el conocimiento que en común poseían los cristianos, respecto del cual ninguna obligación especial había contraído Timoteo, sino el sagrado depósito que se le había transferido como Iniciado, esencial a la prosperidad de la Iglesia. San Pablo, posteriormente, vuelve sobre lo mismo, poniendo particular empeño en asunto de tan suprema importancia, de un modo que resultaría exagerado, si tal conocimiento hubiese sido propiedad común de los cristianos: "Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste. . . Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que habita en nosotros" (35) - la más seria invocación que labios humanos pueden formular.

Además, era obligación suya el proveer a la debida transmisión de este sagrado depósito, para que fuese pasando de mano en mano a las futuras generaciones, y así la Iglesia no careciese jamás de verdaderos instructores: "Las cosas que has oído de mí ante muchos testigos" -las sagradas enseñanzas orales, en la asamblea de Iniciados, que atestiguan la exactitud de la transmisión- "esto encarga a hombres fieles, que sean idóneos para enseñar también a otros" (36).

El conocimiento, o si se prefiere otra palabra, la suposición de que la Iglesia poseía estas enseñanzas ocultas, arroja una gran luz sobre las diseminadas indicaciones que San Pablo hizo respecto a sí mismo, y cuando se las reúne, nos encontramos con un bosquejo de la evolución del Iniciado. San Pablo declara que, aun cuando se hallaba ya entre los perfectos, los iniciados -pues dice: " Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos", él no había aún "alcanzado", ni era, a la verdad, del todo "perfecto", porque no había aún ganado a Cristo, no había alcanzado todavía "la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús", "la virtud de Su resurrección, y la participación de Sus padecimientos, en conformidad a Su muerte" ; y procuraba "si en alguna manera llegase a la resurrección de los muertos" (37) . Porque esta era la

Iniciación que libraba, la que hacía al iniciado Maestro Perfecto, el Cristo Resucitado, libertándole finalmente de los muertos”, de la humanidad que se halla dentro del círculo de la generación, de los lazos que sujetan el alma a la materia grosera. Aquí se presentan de nuevo numerosos términos técnicos; y aún el lector más superficial encontrará patente que la “resurrección de los muertos” de que aquí se trata, no puede ser la común resurrección que profesa el Cristianismo moderno; pues considerándose ésta inevitable para todos los hombres, es evidente que no requiere ningún esfuerzo especial por parte de nadie para alcanzarla. A la verdad, la palabra misma "alcanzar" estaría fuera de lugar aplicada a un acontecimiento universal e ineludible. San Pablo no podía evitar esta resurrección, conforme al punto de vista del Cristianismo moderno. ¿Cuál era, pues, la resurrección para cuyo logro estaba haciendo tan vehementes esfuerzos? Una vez más la única respuesta procede de los Misterios. En ellos, cuando el Iniciado se aproximaba a la especial Iniciación que libraba del ciclo de las reencarnaciones, del círculo de la generación, era llamado "el Cristo que sufre"; entonces tomaba parte en los padecimientos del Salvador del mundo, era crucificado místicamente, "obraba en conformidad a su muerte", y así alcanzaba la resurrección, la intimidad con el Cristo glorificado, después de lo cual la muerte no tenía ningún poder sobre él (38).

Este era "el premio" por el cual acentuaba sus esfuerzos el gran Apóstol, impulsando "a todos los perfectos", y no a los creyentes ordinarios, a seguir el mismo empeño. Que no se contentasen con lo que habían conseguido, sino que pugnasen por avanzar.

Esta semejanza del Iniciado con Cristo es, ciertamente, el verdadero fondo de los Misterios Mayores, como veremos más particularmente cuando estudiemos "El Cristo Místico."

El Iniciado no debía ya considerar fuera de sí al Cristo: "Aun si a Cristo conocimos, según la carne, empero ahora ya no le conocemos" (39).

El creyente ordinario estaba "vestido de Cristo"; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos" (40). Entonces ellos eran los "niños en Cristo", a quienes ya se ha hecho referencia, y Cristo era el Salvador a quien acudían en demanda de socorro, teniendo conocimiento de El, "según la carne." Mas cuando ellos habían dominado la naturaleza inferior y dejaban de ser "carnales", entonces estaban a punto de entrar en un sendero más elevado, y de convertirse a sí mismos en Cristo. Esto, que el Apóstol había ya alcanzado, era lo que ansiaba para sus discípulos: "Hijitos míos, que vuelvo otra vez a estar de parto de vosotros, hasta que Cristo sea formado en vosotros (41). El era ya su padre espiritual, "que yo os engendré por el evangelio" (42), dice. Pero ahora quería darlos de nuevo a luz, conducirlos como madre a un segundo nacimiento. Entonces el niño Cristo, el Niño Santo, nacía en el alma, "el hombre del corazón que está encubierto" (43); así el Iniciado se convertía en este "Niño Pequeño"; en lo sucesivo debía vivir en su propia persona la vida del Cristo, hasta llegar a ser el "varón perfecto a la medida de la edad de la plenitud de Cristo" (44).

Entonces él, como lo estaba haciendo San Pablo, cumplía en su carne las aflicciones de Cristo (45), "llevando siempre por todas partes la muerte de Jesús en el cuerpo" (46), de suerte que podía decir en verdad: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo; no ya yo, mas vive Cristo en mí" (47).

Así sufría el Apóstol mismo; de ese modo se describía, y cuando ha terminado la lucha, cuán diferente es el reposado acento del triunfo del violento esfuerzo de los primeros años: "Yo ya estoy para ser ofrecido, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia" (48). Esta corona se daba "al que vencía", de quien decía el Cristo ascendido: "yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá fuera" (49) Porque después de la "Resurrección" el Iniciado se ha convertido en el

Hombre Perfecto, en el Maestro, y no vuelve ya a salir del Templo, sino que desde él sirve a los mundos y los guía.

Conviene indicar, antes de terminar este capítulo, que el mismo San Pablo autoriza el empleo de las enseñanzas místicas teóricas, para explicar los sucesos históricos consignados en las Escrituras. No considera la historia trazada en ellas como meros anales de acontecimientos ocurridos en el plano físico. Siendo un verdadero místico, veía en los sucesos físicos las sombras de las verdades universales desarrollándose constantemente en mundos más íntimos y elevados, y sabía que los sucesos escogidos para ser conservados en los escritos ocultos eran típicos, debiendo servir su explicación para instruir a los hombres. Así emplea la historia de Abraham, Sara, Agar, Ismael e Isaac, y afirmando que "estas cosas son dichas por alegoría" procede a dar la interpretación mística (50).

Refiriéndose a la huída de los israelitas de Egipto, habla del Mar Rojo como de un bautismo, del maná y del agua, como vianda y bebida espiritual, de la roca de donde fluía el agua, como Cristo (51). Ve el gran misterio de la unión de Cristo con Su Iglesia en la relación humana del marido y la mujer, y habla de los cristianos como la carne y los huesos del cuerpo de Cristo (52). El autor de la Epístola a los hebreos interpreta alegóricamente todo el culto judío. En el templo ve una copia del templo celestial; en el Sumo Sacerdote ve a Cristo; en los sacrificios, la ofrenda del Hijo sin mancha; los sacerdotes del templo no son sino "sombra y bosquejo de las cosas celestiales", del sacerdocio celestial que sirve en "el verdadero tabernáculo." Desde los capítulos tercero al décimo, ambos inclusive, se desarrolla una muy trabajada alegoría, dando a entender el autor que el Espíritu Santo quería significar así el sentido más profundo; todo era "figura de aquel tiempo presente".

Este concepto de los escritos sagrados no implica que los acontecimientos que se consignan, no hubiesen sucedido, sino que su realización física era cuestión de menor importancia.

Tal explicación equivale a levantar el velo de los Misterios Menores, que es la enseñanza mística que se permite dar al mundo.

No es esto como muchos creen, un mero juego imaginativo, sino el resultado de una verdadera intuición que ve los modelos en el plano celeste, y no ya sólo las sombras que aquellos proyectan sobre el bastidor del tiempo terrestre.

Notas del capítulo 2

(1) San Marcos IV, 10, 11, 33, 34. Véase también San Mateo XIII, 11, 34, 36 y San Lucas VIII, 10.

(2) San Juan XVI, 12.

(3) Hechos I, 3.

(4) Loc. cit. Trad. por G. R. S. Mead. III.

(5) San Mateo VII, 6.

(6) Como con la mujer griega: "No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos". San Marcos VII, 27.

(7) San Lucas XIII, 23, 24.

(8) San Mateo VII, 13, 14.

(9) Kathopanishat II, IV, 10, 11.

(10) Brihadhranyacopanishat IV, IV, 7 ,

(11) Apoc. VII, 9.

- (12) Bhagavad Cita VII, 3.
- (13) Ante, pág. 26.
- (14) Debe tenerse presente que los judíos creían que todas las almas imperfectas volvían a vivir otra vez en la tierra.
- (15) San Mateo XIX, 16, 26.
- (16) San Juan XVII, 3.
- (17) Heb. IX. 23.
- (18) San Juan III. 3, 5.
- (19) San Mateo, III, 11.
- (20) San Mateo XVIII, 3.
- (21) San Juan III, 10.
- (22) San Mateo V, 48.
- (23) Ante, pág. 28.
- (24) Obsérvese cómo esto se relaciona con la promesa de Jesús en San Juan XVI, 12-14: "Tengo todavía muchas cosas que deciros, mas ahora no las podéis llevar. Pero cuando viniere aquel Espíritu de Verdad. El os guiará en toda verdad. "El os hará saber las cosas que han de venir. . . El tomará de lo mío y os lo hará saber."
- (25) Otro nombre técnico de los Misterios.
- (26) Efes., III, 3, 4, 9.
- (27) Col. I. 23, 25-28. Pero San Clemente en su Stromata traduce "cada hombre" como "todo el hombre". Véase lib. V, cap. X.
- (28) Col. IV, 3.
- (29) Biblioteca antenicena, vol. XII. Clemente de Alejandría. Stromata, lib. V, cap. X. Algunos dichos más de los Apóstoles pueden verse en las citas de San Clemente, demostrando, que significado tenían para los que sucedieron a aquellos, y vivían en la misma atmósfera de pensamiento.
- (30) I, Tim., III, 9, 16.
- (31) Ibid, I, 18.
- (32) Ibid, IV, 14.
- (33) Ibid, VI, 12.
- (34) I. Tim. 20.
- (35) II, Ibid. I. 13, 14.
- (36) Ibid, II, 2.
- (37) Filip. III, 8, 10-12, 14, 15.
- (38) Apoc. I, 18. "Yo soy El que vivo y he sido muerto; y he aquí que vivo por siglos de siglos. Amén."
- (39) II. Cor., VI. 16.
- (40) Gal. III, 27.
- (41) Gal.. IV, 19.
- (42) I, Cor., IV, 15.
- (43) I, San Ped., III, 4.
- (44) Ef., IV, 13.
- (45) Col., I, 24.
- (46) II, Cor., IV, 10.
- (47) Gal., II, 20.
- (48) II, Tim., IV, 6-8.
- (49) Apoc., III, 12.
- (50) Gal., IV, 22-31.
- (51) I, Cor., X, 1-4.
- (52) Ef., V, 23-32.

CAPITULO III

EL LADO OCULTO DEL CRISTIANISMO

(Final)

(b) EL TESTIMONIO DE LA IGLESIA

Algunos, quizá, admitirán sin dificultad que los Apóstoles y sus sucesores inmediatos tenían de las cosas espirituales un conocimiento más profundo que el corriente entre la masa de fieles que les rodeaban; pero serán pocos, probablemente, los que estén dispuestos a dar un paso más y abandonar el círculo encantado, aceptando los Misterios de la Iglesia primitiva como el depósito de su sagrado saber. Sin embargo, hemos visto a San Pablo cuidando a San Timoteo y dándole instrucciones para que a su vez iniciase a otros que debían oportunamente transferirla para que pasase de mano en mano.

Consta, pues, la provisión de cuatro generaciones sucesivas de maestros, mencionados en las Escrituras mismas, las cuales generaciones sobrevivieron con mucho a los escritores de la Iglesia primitiva que dan testimonio de la existencia de los Misterios; pues de ellos los hay discípulos de los mismos Apóstoles, si bien las declaraciones más terminantes son las de aquellos que se hallan separados de los Apóstoles por un escalón intermedio. Ahora bien; cuando estudiamos los escritos de la Iglesia primitiva, nos encontramos con alusiones que sólo son inteligibles, admitiendo la existencia de los Misterios, y más adelante hallamos declaraciones de que los Misterios existían. Esto debía esperarse, teniendo en cuenta el punto en que el Nuevo Testamento deja la cuestión; pero siempre es satisfactorio ver que los hechos responden a la previsión.

Los primeros testigos son los llamados Padres apostólicos, discípulos de los Apóstoles; pero quedan muy pocas obras suyas, y éstas son discutidas. No habiendo sido escritas con el carácter de controversia, sus declaraciones no son tan categóricas como las de los escritos posteriores. Sus cartas tienen por objeto animar a los creyentes. Policarpo, obispo de Esmirna y discípulo, lo mismo que Ignacio, de San Juan (1), manifiesta confianza en que las personas a quienes se dirige estén bien versadas en las Sagradas Escrituras y en que nada os sea oculto; pero a mí aún no se ha concedido este privilegio" (2), escribe, a lo que parece, antes de obtener la iniciación completa. Barnabas habla de comunicar "alguna parte de lo que yo mismo he recibido" (3), y después de exponer la interpretación mística de la Ley, declara que "nosotros, pues, entendiendo rectamente Sus mandamientos, los explicamos como el Señor quería". (4) Ignacio, obispo de Antioquía y discípulo de San Juan (5) dice de si mismo que "todavía no soy perfecto en Jesucristo, pues comienzo ahora a ser discípulo y os hablo como a mis condiscípulos" (6) , y se refiere a ellos como "iniciados en los misterios del Evangelio por Pablo, el santo, el mártir" (7).

También dice: "¿No podría yo escribiros cosas más llenas de misterio? Temo hacerlo, sin embargo, porque quizá os causara daño, pues no sois más que niños. Perdonad me en este particular, no sea que, incapaces de soportar tan pesada carga, seáis aplastados por ella. Yo mismo, aunque ligado (por Cristo) y capaz de comprender cosas del cielo, las jerarquías angélicas y las diferentes clases de ángeles y huestes, la diferencia entre poderes y dominios y las variedades de tronos y autoridades, el poder de los eones, la preeminencia de querubines y serafines, la sublimidad del Espíritu, el reino del Señor, y sobre todo la incomparable majestad del Dios Omnipotente, aunque versado en estas cosas, sin embargo, estoy muy lejos de ser perfecto y de ser un discípulo como Pablo o Pedro" (8) . Este pasaje es interesante, porque demuestra que la organización de las

jerarquías celestiales era uno de los asuntos que se enseñaban en los Misterios. Además habla del Sumo Sacerdote, el Hierofante, "que es el encargado del sancta sanctorum y el único a quien se han confiado los secretos de Dios" (9).

Nos encontramos en seguida con San Clemente de Alejandría y con su discípulo Orígenes, los dos escritores de los siglos II y III, que dicen más acerca de los misterios de la Iglesia primitiva. Aunque la atmósfera general está llena de alusiones místicas, estos dos son claros y categóricos en sus declaraciones de que los Misterios eran una institución reconocida.

Ahora bien; San Clemente, que era discípulo de Panteno, habla de éste y de otros dos, que, según conjeturas, eran probablemente Taciano y Teodoto, como "guardianes de la tradición de la bendita doctrina emanada directamente de los Santos Apóstoles Pedro, Santiago, Juan y Pablo" (10), mediando, por tanto, sólo un eslabón entre él y los Apóstoles.

El fue el jefe de la Escuela catequística de Alejandría en el año 189 de nuestra Era, y murió en 220. Orígenes, discípulo suyo, nació en 185, y fue quizá el más sabio de los Padres, y un hombre de la más rara belleza moral. Estos son los testigos de quienes hemos recibido las declaraciones más importantes acerca de la existencia de Misterios definidos en la Iglesia primitiva.

La Stromata o Misceláneas de San. Clemente constituye la fuente de nuestra información acerca de los Misterios en su tiempo. El mismo habla de estos escritos como de una "miscelánea de notas gnósticas con arreglo a la verdadera filosofía" (11); y también loS califica de memorándum de las enseñanzas que él mismo había recibido de Panteno. El pasaje es instructivo: "El Señor... nos permitió comunicar sus Misterios divinos y esa santa luz a aquellos que pueden recibirlos. El no descubrió, ciertamente, a los muchos lo que a los muchos no pertenecía, sino a loS pocos, a quienes él sabía que pertenecían, a los que eran capaces de recibirlos o de amoldarse a ellos. Pero las cosas secretas se confían a la palabra, no a la escritura, como hace Dios. y si alguno dice (12) que está escrito "que nada hay secreto que no deba ser revelado, ni nada oculto que no deba ser descubierto", que sepa también de nosotros que el que oye en secreto, hasta lo secreto le será manifestado. Esto es lo predicho por tal oráculo. Y para aquel que es capaz de observar en secreto lo que se le da, será descubierto como verdad lo que está velado; y lo que está oculto a los muchos, aparecerá manifiesto a los pocos. . . Los Misterios se revelan místicamente; lo que se habla puede estar en la boca del que habla; pero más bien que en su voz está en su intención... Estas memorias mías son deficientes si se las compara con aquel espíritu lleno de gracia que tuve el privilegio de escuchar. Pero serán una imagen para representar el arquetipo en la mente de aquel que haya sido tocado con el Tirso." Será oportuno explicar aquí que el Tirso era la vara que llevaban los Iniciados, con la cual tocaban a los candidatos durante la ceremonia de la Iniciación. Tenía un significado místico que simbolizaba la médula espinal y la glándula pineal en los Misterios Menores, y una Vara, conocida de los Ocultistas, en las Mayores. Por tanto, el decir "aquel que fue tocado con el Tirso", era exactamente lo mismo que decir "aquel que fue iniciado en los Misterios." Clemente prosigue: "Nosotros declaramos que no hacemos la explicación completa de las cosas secretas; lejos de esto, sólo suscitamos la memoria de ellas, ya sea porque hemos olvidado algo, ya sea que nos propongamos evitar que se olviden. Yo bien sé que muchas cosas se nos han borrado con el transcurso del tiempo, se nos han desvanecido por no estar escritas... Hay, pues, algunas cosas de que no hacemos memoria; ¡el poder de que estaban dotados los hombres benditos era tan grande!"

Este es un caso frecuente entre aquellos que son enseñados por los grandes Seres, porque Su presencia estimula y pone en actividad poderes que están normalmente

latentes y que el discípulo no puede despertar si no es ayudado. "Hay también algunas cosas que, desatendidas largo tiempo, al fin se han desvanecido; otras se borran desapareciendo por completo de la mente, por no ser tarea fácil para los inexpertos el retenerlas: éstas las hago revivir en mis comentarios. Algunas cosas omito deliberadamente, haciendo uso de una prudente selección, pues temo escribir lo que me guardo de hablar, no por falta de buena voluntad -lo cual sería culpable- sino por miedo que mis lectores tropiecen, interpretándolas en sentido erróneo; esto equivaldría, como dice el proverbio, a "entregar una espada a un niño". Es imposible que lo escrito deje de llegar a manos de alguien, aunque yo no lo publique. Y por más vueltas que se dé a la única voz de la escritura, nada responderá ésta al que le pregunte, más allá de lo escrito; pues se requiere necesariamente la ayuda de alguno, bien sea del que escribió o de otro que haya seguido sus pasos. Algunas cosas apuntará mi tratado; en otras se extenderá; otras apenas serán mencionadas. Hablará imperceptiblemente, mostrará en secreto y demostrará en silencio" (13).

Este pasaje solo basta para probar la existencia de una enseñanza secreta en la Iglesia primitiva. Pero no es el único que encontramos. En el capítulo XII de este mismo Libro I, titulado "Los Misterios de la Fe no son para todos", Clemente declara que, pues otros además de los sabios pueden leer su obra, "es forzoso encerrar en un Misterio la sabiduría hablada que enseñó el Hijo de Dios". Se requería lengua purificada en el que hablaba, oídos purificados en el que oía. "Tales eran los obstáculos en el camino de mi escrito. Y aún ahora temo, como vulgarmente se dice, "echar margaritas a puercos, para que las pisoteen y se vuelvan contra nosotros y nos destruyan." Porque es difícil poner de manifiesto las palabras realmente puras y transparentes que se refieren a la verdadera luz, a oyentes groseros y sin instrucción. Apenas podría encontrarse cosa más risible que ésta para las muchedumbres, así como, por el contrario, nada más admirable e inspirador para las naturalezas nobles. Los sabios no profieren con su boca lo que razonan en consejo. "Lo que recibáis al oído -dijo el Señor- proclamad lo en las casas"; ordenando así adquirir las tradiciones secretas del verdadero conocimiento y explicarlas clara y terminantemente; y conforme se las reciba al oído, transmitir las a quien es debido. Mas no nos ordena comunicar a todos sin distinción el sentido de lo que se le dice en parábolas. Por tanto, sólo consigo en las memorias un bosquejo que contiene la verdad muy esparcida, para que pueda escapar a la penetración de aquellos que recogen las semillas como los grajos; mas si tropiezan con un buen cultivador, cada una de ellas germinará y producirá grano."

Clemente pudo haber añadido que "proclamar en las casas" significaba proclamar o explicar en la asamblea de los Perfectos, de los Iniciados, y en modo alguno predicar en alta voz a la multitud en las calles.

En otra parte dice que los que "todavía son ciegos y mudos, y no tienen entendimiento, ni la visión penetrante y serena del alma contemplativa. . . deben permanecer fuera del coro divino. . . Por lo cual, conforme al método de ocultación, la Palabra realmente sagrada y divina, la más necesaria para nosotros, guardada en la urna de la verdad, se señalaba por los egipcios en lo que ellos llamaban el adyta y por los hebreos en el velo. Sólo a lo consagrados. . . les era dado penetrar allí. Platón también consideró ilícito que "los impuros tocasen lo puro." De aquí que las profecías y oráculos se expongan en enigmas, y que los Misterios no sean manifestados libremente a todos sin distinción, sino sólo después de ciertas purificaciones e instrucciones previas" (14). Después discurre largamente sobre los símbolos, explicando los pitagóricos, los hebreos y los egipcios (15), y luego observa que el hombre ignorante y sin instrucción no los comprende. "Pero los gnósticos los entienden. Por tanto, no conviene que todas las

cosas sean expuestas sin discreción a todos indistintamente, ni que los beneficios de la sabiduría sean comunicados a los que ni aun en sueños han sido purificados en el alma (pues no es permitido transmitir al primero que llega lo que se ha adquirido con tan penosos esfuerzos); ni son los Misterios de la Palabra para ser entregados al profano." Los pitagóricos y Platón, Zenón y Aristóteles tenían enseñanzas exotéricas y esotéricas. Los filósofos establecieron los Misterios; pues "¿no era más beneficioso para la santa y bendita contemplación de las verdades el que permaneciesen ocultas?" (16). Los Apóstoles también probaban el "que se velasen los Misterios de la Fe", "pues hay una instrucción para los perfectos", aludida en la Epístola a los Colosenses, I, 9-11 y 25-27. "Así, pues, de una parte están los Misterios que permanecieron ocultos hasta el tiempo de los Apóstoles, y que fueron transmitidos por ellos conforme los recibieron del Señor, los cuales, velados en el Antiguo Testamento, fueron manifestados a los santos. Y de otra parte están "las riquezas de la gloria del misterio en los gentiles", que es fe y esperanza en Cristo; a lo que él llamó en otro lugar el "cimiento." Cita a San Pablo para demostrar que este "conocimiento no pertenece a todos", y dice, refiriéndose a la Epístola a los Heb., V y VI, que "había ciertamente entre los hebreos algunas cosas reveladas que no estaban escritas"; y luego se refiere a San Barnabas, quien dice de Dios "que ha puesto en nuestros corazones la sabiduría y el entendimiento de Sus secretos", y añade que "a pocos es dado el comprender estas cosas", mostrando así un "rasgo de la tradición gnóstica." "Por lo que la instrucción que revela las cosas ocultas es llamada iluminación; pues solamente el maestro levanta la tapa del arca " (17) . Más adelante, refiriéndose a San Pablo, comenta su indicación a los romanos de que él "llevará con abundancia la bendición de Cristo" (18), y añade que así designa él "el don espiritual y la interpretación gnóstica, que, entretanto, desea participarles de palabra como "la plenitud de Cristo, según la revelación del Misterio, sellado desde tiempos eternos, y ahora manifestado por las Escrituras proféticas . . ." , (19) . Pero sólo a pocos de ellos es mostrado lo que son esas cosas contenidas en los Misterios.

Con razón, pues, dice Platón en las epístolas, tratando de Dios: "Nosotros estamos obligados a hablar en enigmas, a fin de que, si la tableta viene a caer, por cualquier accidente marítimo o terrestre, en poder de alguno, permanezca ignorante el que lea" (20).

Después de un maduro examen de los escritores griegos y de una detenida investigación filosófica, declara San Clemente que la Gnosis "comunicada y revelada por el Hijo de Dios, es sabiduría. . . y la Gnosis misma es lo que, de unos en otros, ha llegado hasta unos pocos, transmitida por los Apóstoles, sin consignarla en escritura alguna" (21). Hace San Clemente una extensa relación de la vida del Gnóstico, el Iniciado, y termina diciendo: "Basta lo dicho para los que tienen oídos; pues no es necesario descubrir el misterio, sino sólo indicar lo suficiente para que lo perciban aquellos que participan del conocimiento" (22) .

Considerando San Clemente la Escritura formada de alegorías y de símbolos para que permanezca oculto su sentido, a fin de estimular la investigación y de preservar al ignorante del peligro (23) , limita la instrucción superior a los sabios, como era natural. "Nuestros gnósticos han de ser profundamente instruidos" (24), dice. "Ahora bien, los gnósticos deben ser eruditos" (25). Los que habían adquirido aptitud por una educación previa, podían penetrar el conocimiento más profundo; pues, aunque "un hombre puede ser creyente sin instrucción, así también afirmamos que es imposible que un hombre sin instrucción pueda comprender las cosas que se declaran en la fe" (26). "Algunos que se consideran naturalmente dotados, no quieren aprender ni la filosofía ni la lógica, y aun más, ni siquiera la ciencia natural. Piden solamente la fe desnuda. . . Así también llamo verdaderamente instruido a aquel que todo lo somete a la piedra de toque de la verdad,

de suerte que extrayendo lo que hay utilizable en la geometría, en la música, en la gramática y en la misma filosofía, pone su fe a cubierto de todo género de asaltos. . .

¡Cuán necesario es para el que desea participar del poder de Dios, tratar los asuntos intelectuales filosóficamente!" (27).

"El gnóstico se aprovecha de las ramas del saber como ejercicios auxiliares preparatorios" (28). ¡Tan lejos estaba San Clemente de pensar que la enseñanza del cristianismo podía ajustarse a la ignorancia de las gentes que carecían de instrucción! "El que esté versado en todo linaje de sabiduría será preeminentemente un gnóstico" (29) . Así, al paso que daba la bienvenida al ignorante y al pecador, y encontraba en el Evangelio lo que respondía a sus necesidades, consideraba que sólo los instruidos y los puros eran candidatos a propósito para los Misterios. "El Apóstol llama a la fe común el cimiento, y algunas veces la leche (30), distinguiéndola así de la perfección gnóstica"; sobre ese cimiento debía construirse el edificio de la Gnosis, y al alimento de los niños debía sustituir el de los hombres. No había dureza ni desprecio alguno en la distinción que hacía, sólo sí el reconocimiento sabio y reposado de los hechos.

Aun el candidato bien preparado, el discípulo instruido y educado, podía únicamente alimentar esperanzas de avanzar paso a paso en las profundas verdades reveladas en los Misterios. Esto aparece claramente en sus comentarios sobre la visión de Hermes, en los cuales hace asimismo algunas alusiones sobre los métodos para leer las obras ocultas. "¿No le dio también el Poder que apareció a Hermes en la Visión, en la forma de la Iglesia, el libro que ella deseaba hacer conocer a los elegidos, para que lo transcribiese? y, según él dice, lo transcribió a la letra, sin encontrar el modo de completar las sílabas. Lo que significaba que la Escritura es clara para todos, leída en su sentido vulgar, y que ésta es la fe que ocupa el lugar de los rudimentos. De aquí también el empleo de la expresión figurada "leyendo conforme a la letra", al paso que, según sabemos, la declaración gnóstica de las Escrituras, cuando la fe ha alcanzado una posición avanzada, se halla en la lectura con arreglo a las sílabas. . . Ahora bien: que el Salvador enseñó a los Apóstoles la interpretación oral de lo escrito (las escrituras) es cosa que también se nos ha transmitido, impreso por el poder de Dios en corazones nuevos, conforme a la renovación del libro. Así, los griegos de mayor reputación dedican el fruto del granado a Hermes, de quien dicen ellos que es lenguaje, por razón de interpretarlo, pues el lenguaje encubre mucho. . . Por tanto, no sólo es tan difícil adquirir la verdad a los que leen sencillamente, sino que, según demuestra la historia de Moisés, aun a los que tienen la prerrogativa de su conocimiento, no les es concedido el contemplarla inmediatamente. Hasta que nos acostumbremos a fijar la mirada, como los hebreos en la gloria de Moisés, y como los profetas de Israel en la visión de los Ángeles, no seremos nosotros capaces de mirar frente a frente los esplendores de la verdad" (31).

Podríamos hacer mayor número de citas, pero bastan las consignadas para dejar establecido el hecho de que San Clemente conocía los Misterios de la Iglesia, habiendo sido iniciado en ellos, y que escribió para instrucción de los que, a su vez, fueron iniciados en los mismos.

El siguiente testigo es su discípulo Orígenes, aquella luz, resplandeciente entre todas, por su sabiduría, su valor, su santidad, su devoción, su mansedumbre y su celo, cuyas obras siguen siendo minas de oro de donde el estudiante puede extraer tesoros de conocimiento.

En su famosa controversia con Celso, los ataques dirigidos al Cristianismo le pusieron en el caso de defender la posición cristiana con frecuentes referencias a las enseñanzas secretas (32).

Había alegado Celso, como punto de ataque, que el Cristianismo era un sistema secreto. Orígenes lo refuta diciendo que, si bien ciertas doctrinas eran secretas, muchas otras

eran públicas, y que este sistema de enseñanza, exotérico y esotérico a la vez, adoptado por Cristianismo, era también de uso general entre los filósofos. El lector debe observar en el pasaje que sigue, la diferencia entre la resurrección de Jesús, considerada desde el punto de vista histórico, y el "misterio de la resurrección":

"Además, puesto que él (Celso) llama frecuentemente a la doctrina cristiana un sistema secreto (de creencias), debemos impugnar este punto también, pues casi todo el mundo está más versado en lo que predicán los cristianos que en las opiniones favoritas de los filósofos. Porque, ¿quién hay que ignore la declaración de que Jesús nació de una virgen, y que fue crucificado, y que su resurrección es un artículo de fe para muchos, y que se anuncia la celebración de un juicio general, en el cual los malos serán castigados, conforme lo merezcan, y los buenos serán debidamente recompensados? y, sin embargo, el Misterio de la resurrección, por no ser comprendido, se convierte para los incrédulos en objeto de ludibrio. En tales circunstancias, el hablar de la doctrina cristiana como sistema secreto, es del todo absurdo. Mas el que deba haber ciertas doctrinas, no dadas a conocer a la multitud, las cuales son (reveladas) después de enseñadas las exotéricas, no es cosa peculiar del Cristianismo solo, sino que corresponde también a los sistemas filosóficos, en donde unas verdades son exotéricas y otras esotéricas. Algunos de los oyentes de Pitágoras se contentaban con su ipse dixit, mientras que a otros se enseñaba en secreto aquellas doctrinas que no se consideraban propias para ser comunicadas a oídos profanos y no preparados. Por otra parte, no por ser mantenidos en el secreto los Misterios celebrados en toda la Grecia y en los países bárbaros, han sufrido descrédito alguno; así, pues, en vano trata él de calumniar las doctrinas secretas del Cristianismo, dado que no comprende exactamente su naturaleza" (33).

Es imposible negar que en este importante pasaje coloca Orígenes, de un modo claro, los Misterios Cristianos en la misma categoría que los del mundo pagano, y reclama el que no se convierta en asunto de ataque contra el Cristianismo lo que no se considera como un descrédito para otras religiones.

Continuando su polémica con Celso, declara que las enseñanzas secretas de Jesús fueron conservadas en la Iglesia; y al contestar a la comparación que hace Celso de "los Misterios internos de la Iglesia de Dios" con el culto egipcio de los animales, se refiere en particular a las explicaciones que dio aquél a sus discípulos acerca de sus parábolas. "No he hablado todavía de la observancia de todo lo que está escrito en los Evangelios, cada uno de los cuales contiene mucha doctrina difícil de comprender, no solamente para la multitud, sino aun para los más inteligentes, en lo cual hay que incluir una profundísima explicación de las parábolas que Jesús predicó a "los de fuera", de cuyo significado reservaba la exposición completa para aquellos que habían dejado atrás la etapa de la enseñanza esotérica y acudían a él privadamente en la casa. Y cuando se llegue a comprender esto, será de admirar la razón por qué se dice que algunos están "fuera" y otros "en la casa" (34).

Se refiere también con precaución a la "montaña" que ascendió Jesús, de la cual descendió para ayudar a "los que no podían seguirle hasta donde iban sus discípulos" (35). Se aludía a "la Montaña de la Iniciación", frase mística muy conocida, pues Moisés hizo también el tabernáculo con arreglo al modelo "que se le enseñó en la montaña" (36). Más adelante vuelve Orígenes a hacer referencia a lo mismo, al decir que, cuando Jesús estaba en la "Montaña", se mostró en su apariencia real muy diferente de como lo veían los que no podían "seguirle a lo alto" (37).

Del propio modo observa Orígenes en su comentario del Evangelio de Mateo, Cap. XV, y al ocuparse en el episodio de la mujer siro-fenicia: "Y quizá también entre las palabras de Jesús las hay que puedan darse a modo de panes sólo a los más racionales, como a hijos; y otras, cual si fueran mendrugos de la gran casa y de la mesa de los bien nacidos,

que podrán ser empleadas por algunas almas a manera de perros”.

Lamentándose Celso de que los pecadores fuesen llevados al seno de la Iglesia, contesta Orígenes que la Iglesia tenía medicinas para los que estaban enfermos, así como el estudio y el conocimiento de las cosas divinas para los que disfrutaban de salud. A los pecadores se enseñaba a no pecar, y sólo cuando se veía que habían progresado y que se habían "purificado por el Verbo", "entonces, y no antes, los invitamos a participar de nuestros Misterios. Porque nosotros hablamos la sabiduría entre aquellos que son perfectos" (38).

Los pecadores acuden para curarse: "Pues hay ayudas en la divinidad del Verbo para sanar los enfermos. . . Otras hay también que exhiben a los puros de alma y cuerpo la "revelación del Misterio", que se mantuvo secreto desde el principio del mundo, pero que ahora se ha hecho manifiesto por los escritos de los profetas y por la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual aparición es patente a todos los perfectos, e ilumina su razón para el verdadero conocimiento de las cosas" (39). Tales apariciones de seres divinos se verificaban, como hemos visto, en los Misterios paganos, y los de la Iglesia tuvieron a su vez iguales gloriosos visitantes. "Dios el Verbo", dice, "fue enviado como médico para los pecadores, y como instructor de los Misterios Divinos para los que están ya purificados y no pecan más (40). "La sabiduría no penetrará en el alma de un hombre bajo, ni morará en un cuerpo sumido en el pecado"; por tanto, estas enseñanzas más elevadas se dan sólo a los "atletas de la piedad y de todas las virtudes."

Los cristianos no admitían a los impuros a este conocimiento, sino que decían: "Quienquiera que tenga manos limpias y, por tanto, eleve a Dios manos santas. . . venga a nosotros. . . quienquiera que esté puro, no sólo de toda suciedad, sino también de lo que se considera como transgresiones menores, sea abiertamente iniciado en los Misterios de Jesús, que sólo se dan a conocer con propiedad a los santos y a los puros." Por esto, antes que empezase la ceremonia de la Iniciación, el Hierofante, que era aquel que actuaba como Iniciador con arreglo a los preceptos de Jesús, hacía la proclamación significativa "a los que han sido purificados en su corazón: Que aquel cuya alma no ha tenido conciencia de mal alguno en mucho tiempo, especialmente desde que se entregó a la purificación del Verbo, oiga las doctrinas que fueron expuestas por Jesús a Sus discípulos genuinos en privado."

Esta era la entrada en la "iniciación de los sagrados Misterios para los que estaban ya purificados" (41). Sólo éstos podían aprender las realidades de los mundos invisibles; sólo ellos podían entrar en los sagrados recintos, en donde, como antaño, eran ángeles los instructores, y en donde el conocimiento se comunicaba por medio de la vista además de la palabra. Es imposible que deje de llamar la atención la diferencia de tono entre estos cristianos y sus modernos sucesores. Para aquellos, la pureza perfecta de vida, la práctica de la virtud, el cumplimiento de la Ley divina en todos los pormenores de la conducta externa, la completa rectitud eran -lo mismo que para los paganos-, sólo el principio del sendero en lugar del bien. En los tiempos actuales se considera que la religión ha logrado gloriosamente su objeto, cuando ha formado al Santo; en los tiempos primitivos dedicaba sus elevadas energías a los Santos, y cogiendo a los puros de corazón, los conducía a la Visión Beatífica.

De nuevo se hace patente este mismo hecho de la enseñanza secreta, cuando discute Orígenes los argumentos de Celso sobre la cordura de sostener las costumbres de abolengo, que se fundaban en la creencia de que "las diversas partes de la tierra fueron asignadas desde el principio a distintos Espíritus directores, quedando así distribuidas entre ciertos Poderes gobernantes, en cuya forma se llevaba el gobierno del mundo" (42).

Después de censurar Orígenes las deducciones de Celso, prosigue: "Pero como creemos probable que este tratado caerá en manos de algunos de los que están acostumbrados a investigaciones más profundas, nos aventuraremos a exponer algunas consideraciones más hondas, que encierran una perspectiva mística y secreta respecto a la distribución original de las varias partes de la tierra entre diversos Espíritus directores" (43). Dice que Celso no comprendió los motivos más profundos del arreglo de los asuntos terrestres, de los cuales da razón la misma historia de Grecia. Cita luego el Deuteronomio, XXXII, 8-9: "Cuando el Altísimo dividió las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, estableció los términos de los pueblos conforme al número de los Ángeles de Dios; y la parte del Señor fue su pueblo Jacob, o Israel la cuerda de su heredad." Esta es la versión de los Setenta, no la de la traducción inglesa autorizada, pero es muy significativo que la denominación del "Señor" se considerara correspondiente sólo al Ángel Gobernador de los judíos, y no al "Altísimo", esto es, a Dios. Este concepto ha desaparecido por ignorancia, y de aquí la impropiedad de muchas declaraciones relativas al "Señor", al ser aplicadas al "Altísimo", como, por ejemplo, la consignada en el libro de los Jueces, I, 19.

Después refiere Orígenes la historia de la Torre de Babel, y continúa diciendo: "Más sobre estos asuntos muy místicos puede decirse, con lo cual tiene relación lo siguiente: "Es conveniente tener secreto de rey", Tobías, XII, 7, a fin de que la doctrina de la entrada de las almas en los cuerpos (no la de la trasmigración de un cuerpo a otro) no pueda ponerse delante de las inteligencias vulgares, ni lo que es santo sea echado a los perros, ni las margaritas a los puercos. Pues tal proceder sería impío y equivalente a hacer traición a las declaraciones misteriosas de la sabiduría de Dios. . . Basta, sin embargo, presentar en la forma de una narración histórica lo que se desea que contenga un significado secreto bajo el ropaje de la historia, para que los que son capaces, puedan desentrañar por sí mismos lo que se relaciona con el asunto" (44). Luego desarrolla más extensamente el relato de la Torre de Babel y dice: "Ahora bien, si alguno tiene capacidad para ello, entienda que lo que asume la forma de historia, contiene algunas cosas que son literalmente verdad, al paso que encierra un significado más profundo. . ." (45).

Después de esforzarse en demostrar que el "Señor" era más poderoso que los otros Espíritus directores de las diferentes partes del mundo, y que sometió a su pueblo a la penalidad de vivir bajo el dominio de los otros poderes, reclamándolo luego en unión de todas las naciones menos favorecidas que podían ser redimidas, Orígenes concluye diciendo: "Según hemos observado anteriormente, debe entenderse que hacemos estas indicaciones con un significado oculto para señalar el error de los que aseguran. . ." (46) como hizo Celso.

Indica Orígenes que "el objeto del Cristianismo" es que nos hagamos sabios" (47), y luego prosigue: "Si leéis los libros escritos después del tiempo de Jesús, veréis que aquellas multitudes de creyentes que oyen las parábolas, están por decirlo así, "fuera", y sólo son dignas de las doctrinas esotéricas, al paso que los discípulos aprenden en privado la explicación de las parábolas. Pues privadamente mostraba Jesús todas las cosas a sus discípulos, estimando como superiores a la multitud a los que deseaban conocer su sabiduría. Y promete a los que creen en El, enviarles hombres sabios y escribas. . . También Pablo, en el catálogo de "Charismata", suministrado por Dios, colocó en primer término "el Verbo de Sabiduría"; en segundo, como inferior a ella, "la palabra de conocimiento"; mas en tercero, y aun debajo, "la fe". Y como consideraba "el

Verbo" superior a los poderes milagrosos, coloca por ende "el obrar milagros" y "los dones curativos" en lugar inferior a los dones del Verbo (48).

El Evangelio ayudaba ciertamente al ignorante, "pero el haber sido educado, el haber estudiado las mejores opiniones y el ser sabio no son impedimentos para el conocimiento de Dios, sino por el contrario, una ayuda" (49). Por lo que hace a los no inteligentes, "trato de hacerlos adelantar cuanto puedo, si bien no desearía construir la comunidad cristiana con semejantes materiales. Pues busco con preferencia a los más hábiles y agudos, porque son capaces de comprender el significado de las sentencias difíciles" (50) . Aquí vemos francamente determinada la antigua idea cristiana de completo acuerdo con las consideraciones expuestas en el Cap. I de este libro. El ignorante tiene puesto en el Cristianismo, mas éste no fue destinado para ellos solamente, sino que tiene también enseñanzas profundas para los "hábiles y agudos."

En consideración a éstos hace un trabajo ímprobo para demostrar que las Escrituras judías y cristianas tienen significados secretos, ocultos bajo el velo de narraciones cuyo sentido externo las hace tan repelentes como absurdas; y así alude a la serpiente y al árbol de la vida y "a las demás declaraciones subsiguientes, las cuales podrían conducir por sí mismas, aún al más cándido lector, a la creencia de que todas estas cosas tienen, no sin razón, un significado alegórico" (51). Destina muchos capítulos a estos significados alegóricos y místicos, ocultos detrás de las palabras del Antiguo y Nuevo Testamento, y declara que Moisés y los egipcios producían historias cuyo sentido era secreto (52). "El que lee ingenuamente las narraciones" -este es el canon general de interpretación de Orígenes- "y desea además prevenirse contra el error a que ellas pudieran inducirle, deberá ejercitar su juicio, tratando de distinguir a qué declaraciones debe prestar su asentimiento, y cuáles debe aceptar en sentido figurado, y procurar descubrir la intención de los autores de tales invenciones, para hacerse cargo de las manifestaciones en que no debe creer, por haber sido escritas para satisfacción de determinadas personalidades solamente. y hemos dicho esto por vía de anticipación a toda la historia referida en los Evangelios acerca de Jesús" (53). Una gran parte de su Libro Cuarto está dedicada a poner en claro las explicaciones místicas de los relatos de las Escrituras. El que desee conocer el asunto debe leerlo. En el libro De Principiis expone Orígenes, como enseñanza corriente en la Iglesia, "que las Escrituras fueron redactadas por el Espíritu de Dios, y que tienen, no sólo el sentido que a primera vista parece, sino también otro que se escapa a la observación de la mayor parte de la gente. Pues aquellas palabras que están escritas, son las formas de ciertos Misterios, e imagen de cosas divinas. Respecto de lo cual existe la opinión en toda la Iglesia de que la totalidad de la leyes ciertamente espiritual; pero que el significado espiritual que la ley encierra no es conocido de todos sino sólo de aquellos a quienes es concedida la gracia del Espíritu Santo por medio de la palabra de sabiduría y conocimiento" (54). Los que recuerden lo ya citado, verán en la "palabra sabiduría" y en la "palabra de conocimiento", las dos instrucciones místicas típicas: la espiritual y la intelectual.

En el libro cuarto De Principiis, explica Orígenes a la larga su manera de ver a propósito de la interpretación de la Escritura. Tiene un "cuerpo", que es el sentido común e histórico; un "alma", el sentido figurado que hay que descubrir con el ejercicio del intelecto; y un "espíritu", el significado íntimo y divino, que sólo pueden conocer los que tienen "la mente de Cristo". Considera que se han introducido en la historia cosas incongruentes e imposibles, para estimular al lector inteligente y obligarle a buscar una explicación más profunda, al paso que la gente sencilla continuará leyendo sin apreciar las dificultades (55).

El cardenal Newman, en su libro *Arians of the Fourth Century*, hace algunas observaciones interesantes sobre la Disciplina Arcani; pero con el escepticismo

profundamente arraigado del siglo XIX, no pudo creer por completo en las "riquezas de la gloria del Misterio", o, lo que es más probable, no concibió, ni por un momento, la posibilidad de la existencia de realidades tan espléndidas. Era él, sin embargo, un creyente en Jesús, y las promesas de Jesús fueron claras y definidas: "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. Aun un poquito de tiempo y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, y vosotros también viviréis.

En ese día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros" (56). La promesa fue ampliamente cumplida, pues El vino a ellos y los instruyó en Sus Misterios; entonces le vieron ellos, aunque el mundo no le vio más, y reconocieron a Cristo en sí mismo y la vida de Cristo como la suya propia.

El cardenal Newman confiesa la existencia de una tradición secreta transmitida por los Apóstoles, pero la cree constituida por las doctrinas cristianas divulgadas más tarde, olvidándose de que aquellos de quienes se había declarado que no eran todavía aptos para recibirla, no eran paganos, ni aun siquiera catecúmenos que estuviesen sometidos a instrucción, sino individuos que comulgaban plenamente dentro de la Iglesia Cristiana. De aquí que declare que esta tradición secreta fue más tarde "autorizadamente divulgada y perpetuada en forma de símbolos", incorporándose la "en los credos de los primitivos Concilios" (57). Pero como las doctrinas de los credos se encuentran claramente expresadas en los Evangelios y en las Epístolas, tal posición es completamente insostenible, pues todas ellas habían sido ya predicadas al mundo en general, y los miembros de la Iglesia estaban ciertamente bien instruidos en todas. Las repetidas declaraciones sobre el secreto pierden, pues, todo sentido, si se las explica de este modo. El cardenal dice, sin embargo, que lo que "no se haya hecho auténtico de este modo, ya se trate de informaciones proféticas, ya de comentarios sobre los pactos hechos por Dios con el hombre, está, por las circunstancias del caso, perdido para la Iglesia" (58). Esto es muy probable, y de hecho mucha verdad en lo que se refiere a la Iglesia, mas no por eso ha de considerarse imposible el adquirir de nuevo su posesión.

Comentando a Ireneo, que en su obra *Contra las Herejías* sostiene con gran empeño la existencia de una Tradición Apostólica en la Iglesia, el cardenal escribe: "Pasa él luego a hablar de la claridad y evidencia de las tradiciones conservadas en la Iglesia, como informadoras de la verdadera sabiduría de los perfectos de que habla San Pablo, y que los Gnósticos pretendían poseer. Y, a la verdad, aun sin pruebas formales de la existencia de una tradición apostólica y de su autoridad en los tiempos primitivos, es claro que ha debido existir una tradición, dado que los Apóstoles hablaban, y que sus amigos conservaban su recuerdo, como acontece a los demás hombres.

Es de todo punto inconcebible que no se hubiesen considerado en el caso de ordenar la serie de doctrinas reveladas de modo más sistemático que como las consignaron en las Escrituras, desde el momento en que sus convertidos se vieron expuestos a los ataques y falsedades de los herejes, a no ser que les estuviese prohibido hacerlo: suposición que no puede sostenerse.

Sus declaraciones, de tal manera producidas, se habrían conservado seguramente en unión de esas otras verdades secretas, pero menos importantes, a que San Pablo parecía aludir, y que, poco o mucho, reconocen los escritores primitivos, ya sea como concernientes a los tipos de la Iglesia Judía, ya sea como relativas a la suerte futura de la Cristiana. y semejantes recuerdos de la enseñanza apostólica serían evidentemente obligatorios para la fe de los que fueron instruidos en ellos, a menos que se suponga que, aunque provenían de instructores inspirados, no eran de origen divino" (59). En una parte de la sección que trata del método alegórico, escribe, refiriéndose al sacrificio de Isaac, etcétera, como "típico de la revelación del Nuevo Testamento": "Para corroborar esta observación, hay que hacer presente que parece haber habido (60) en la

Iglesia una explicación tradicional de estos tipos históricos, proveniente de los Apóstoles pero conservada entre las doctrinas secretas, como peligrosa para la mayor parte de los oyentes; y por cierto que en la Epístola a los hebreos nos ofrece San Pablo un ejemplo de tal tradición, tanto por lo existente como por lo secreto (aunque se demuestre que es de origen judía), cuando deteniéndose primero e inquiriendo la fe de sus hermanos, les comunica, no sin vacilación, el propósito evangélico del relato de Melquisedec, al ser introducido en el libro del Génesis" (61).

Las convulsiones sociales y políticas que acompañaron la muerte del Imperio Romano, comenzaron a trabajar su enorme fábrica, y hasta los cristianos mismos se vieron envueltos en el torbellino de intereses egoístas puestos en lucha. Aún entonces encontramos referencias aisladas de enseñanzas especiales que se transmitían a los jefes e instructores de la Iglesia: conocimiento de las jerarquías celestes, instrucciones dadas por ángeles y otras por el estilo. Pero la falta de discípulos aptos fue causa de que los Misterios dejasen de tener la existencia de una institución conocida del público, y de que la enseñanza se diese cada vez con mayor sigilo a las almas más y más raras que, por su instrucción, devoción y pureza, se mostraban capaces de recibirla. Ya no se encontraban escuelas donde se diesen las enseñanzas preliminares, y con la desaparición de éstas "se cerró la puerta."

Sin embargo, pueden rastrearse en el Cristianismo dos corrientes, cuyo origen eran los desvanecidos Misterios. Era una la corriente de instrucción mística, que emanaba de la Sabiduría, de la Gnosis, comunicada en los Misterios; la otra era la corriente de contemplación mística que formaba igualmente parte de la Gnosis, y que llevaba al éxtasis, a la visión espiritual. Empero divorciada esta última del conocimiento, rara vez alcanzaba el verdadero éxtasis, y tendía a extraviarse en el tumulto de las regiones inferiores de los mundos invisibles, o a perderse en medio de la multitud abigarrada de las formas sutiles suprafísicas, asequibles como apariencias objetivas a la visión interna -prematuramente forzada por los ayunos, las vigilias y la atención intensa-, pero nacidas en gran parte de las emociones y pensamientos del vidente. Aun cuando las formas observadas no fuesen pensamientos exteriorizados, veíanlas a través de una atmósfera con torcida de ideas y creencias preconcebidas, razón por la cual no ofrecían la debida confianza. Esto no obstante, algunas de las visiones eran realmente de asuntos celestiales; Jesús se aparecía verdaderamente de vez en cuando a sus fervientes adoradores, y en ocasiones los ángeles iluminaban con su presencia las celdas de los monjes de ambos sexos y las soledades de los que se entregaban al arrobamiento y de los que pacientemente buscaban a Dios. El negar la posibilidad de tales hechos sería asestar golpes a la raíz misma de "las más firmes creencias" de todas las religiones, de las cuales también participan, por sus conocimientos, todos los Ocultistas: la comunicación entre los espíritus sumidos en la carne y aquellos otros más sutilmente revestidos; el contacto de mente con mente a través de las barreras de la materia; la manifestación de la Divinidad que anida en el hombre; la certidumbre de una vida más allá de las puertas de la muerte.

Echando una mirada sobre los pasados siglos, no encontramos época alguna en que el Cristianismo haya estado totalmente privado de misterios. "Probablemente hacia el final del siglo quinto, en los momentos en que la filosofía antigua desaparecía de las escuelas de Atenas, fue cuando la filosofía especulativa del neoplatonismo hizo su morada definitiva en el pensamiento cristiano, mediante las falsificaciones literarias del Pseudo-Dionisio. Las doctrinas del Cristianismo estaban por aquel entonces tan firmemente establecidas, que la Iglesia podía contemplar sin inquietudes cualquiera interpretación mística o simbólica de ellas. El autor de la *Theologica Mystica* y de las demás obras que llevan el nombre del Areopagita, procede, pues, a desarrollar las doctrinas de Proclo,

con muy ligeras modificaciones, dentro de un sistema de Cristianismo esotérico. Dios es el Uno que no tiene nombre, que está sobre toda esencia y aun por encima de la bondad misma. De aquí que la "teología negativa", que sube de la criatura a Dios, abandonando uno tras otro todos los atributos determinados, nos conduzca más cerca de la verdad. La vuelta a Dios es la consumación de todas las cosas y la meta indicada por las enseñanzas cristianas. Estas mismas doctrinas fueron predicadas con más fervor eclesiástico por Máximo el Confesor (580-622). Máximo representa acaso la última actividad especulativa de la Iglesia griega; pero la influencia de los escritos del Pseudo-Dionisio fue transmitida a Occidente en el siglo noveno por Erigena, de cuyo espíritu especulativo toman su origen tanto el escolasticismo como el misticismo de la Edad Media. Erigena tradujo a Dionisio al latín, juntamente con los comentarios de Máximo, y su sistema se funda esencialmente sobre el de aquellos. La teología negativa es adoptada, y se declara que Dios es un Ser sin predicados, por encima de todas las categorías, y, por tanto, no impropriamente se le llama Nada (esto es, Ninguna Cosa). De esta Nada o esencia incomprensible surge eternamente la creación del mundo de las ideas o causas primordiales. Este es el Verbo o el Hijo de Dios, en quien existen todas las cosas, en tanto y en cuanto tienen existencia substancial. Toda existencia es una teofanía, y, así como Dios es principio de todas las cosas, asimismo es su fin. Erigena enseña la restitución de todas las cosas bajo la forma de la adunatio o deificatio de Dionisio.

Estos son los contornos permanentes de lo que puede llamarse la filosofía del misticismo de los tiempos cristianos; y es de notar la poca variación con que son repetidos de una en otra edad" (62).

En el siglo once Bernardo de Clairvaux (1091-1153) y Hugo de San Víctor prosiguieron la tradición mística, así como Ricardo de San Víctor en el siglo siguiente, y San Buenaventura, el Doctor Seráfico, y el gran Santo Tomás de Aquino (1227 -1274) en el siglo trece. Tomás de Aquino dominó la Europa de la Edad Media, no menos por la fuerza de su carácter que por su sabiduría y piedad. Confirma la "Revelación" como una fuente de conocimiento, de la cual son la tradición y la Escritura los canales por donde discurre; la influencia del Pseudo-Dionisio, notoria en sus escritos, lo liga a los neoplatónicos. La segunda fuente es la Razón, y sus canales, la filosofía platónica y el sistema de Aristóteles: esta última una no buena alianza que hizo el Cristianismo, pues Aristóteles vino a ser un obstáculo para el avance del pensamiento más elevado, como se hizo manifiesto en las luchas de Giordano Bruno el pitagórico. Tomás de Aquino fue canonizado en 1323; y aun hoy es este gran dominicano el tipo de la unión entre la teología y la filosofía, que fue la aspiración de su vida. Todos ellos pertenecen a la gran Iglesia de la Europa Occidental, y sostuvieron el derecho de aquella a ser considerada como transmisora de la sagrada antorcha del saber místico. Alrededor de ella surgieron también muchas sectas, calificadas de heréticas, y que profesaban, sin embargo, tradiciones verdaderas de la enseñanza secreta; los Cátaros y otros muchos fueron perseguidos por una Iglesia celosa de su autoridad y temerosa de que las perlas santas cayesen en manos profanas. En el mismo siglo también brilló Santa Isabel de Hungría por su dulzura y pureza, en tanto que Eckhart (1260-1329) da muestras de ser digno heredero de la escuela alejandrina. Eckhart enseñó que "La Deidad suprema es la Esencia absoluta (Wesen), incognoscible, no sólo para el hombre, sino para sí misma; es tinieblas y absoluta indeterminación: Nicht, en contraposición a Icht, o existencia definida incognoscible. Sin embargo, es la potencialidad de todas las cosas; y su naturaleza, a través de un proceso triádico, alcanza la conciencia de sí misma como Dios trino.

La creación no es un acto temporal, sino una necesidad eterna de la naturaleza divina. Eckhart se complace en decir:

"Yo soy tan necesario a Dios, como Dios me es necesario a mí. Dios se conoce y se ama a sí mismo en mi conocimiento y en mi amor" (63).

En el siglo catorce siguieron a Eckhart, Juan Tauler y Nicolás de Basel, "el Amigo de Dios en la Tierra". De ellos tomó origen la Sociedad de los Amigos de Dios, verdaderos místicos y seguidores de la tradición antigua. Mead hace notar que Tomás de Aquino, Tauler y Eckhart siguieron al Pseudo-Dionisio, quien había seguido a Plotino, Jámblico y Proclo, los cuales habían seguido a su vez a Platón y a Pitágoras (64). Así están eslabonados los secuaces de la Sabiduría de todas las edades. Un "Amigo" fue probablemente el autor de *Die Deutsche Theologie*, libro de devoción mística que tuvo la curiosa suerte de ser aprobado por Staupitz, el Vicario General de los Agustinos, quien lo recomendó a Lutero, el cual lo aprobó también y lo publicó en 1516, como libro que debía colocarse en lugar inmediato a la Biblia y a los escritos de San Agustín de Hipona. Otro "Amigo" fue Ruysbroeck, a cuya influencia con Groot fue debida la fundación de los Hermanos de la Suerte Común o de la Vida Común, sociedad que será por siempre memorable, por contar entre sus miembros a aquel príncipe de los místicos, Tomás de Kempis (1380-1471), el autor de la inmortal *Imitación de Cristo*.

El aspecto intelectual del misticismo se exhibe en los dos siglos siguientes con más vigor que el estático -tan dominante en aquellas sociedades del siglo catorce- y aparecen el cardenal Nicolás de Cusa, Giordano Bruno, el mártir caballero andante de la filosofía, y Paracelso, el muy calumniado sabio, que derivó sus conocimientos, no de los canales griegos sino de la fuente directa original de Oriente.

El siglo décimo sexto vio nacer a Jacobo Bohme (1575-1624), el "inspirado chapucero", de cierto, un Iniciado en la oscuración, cruelmente perseguido por gentes incultas. Después apareció Santa Teresa, la muy oprimida y paciente mística española, y San Juan de la Cruz, llama viva de intensa devoción, y San Francisco de Sales. Sabia fue Roma al canonizarlos, más sabia sin duda que la Reforma, que persiguió a Bohme; pero el espíritu de la Reforma fue siempre acentuadamente contrario al misticismo: su hálito, como el sirocco, marchitó las hermosas flores del misticismo, por do quiera que pasara. Roma, que, aunque canonizó a Teresa muerta, viva la fatigó sañudamente, trató de mala manera a Mme. de Guyon (1648-1717), verdadera mística, y a Miguel de Molinos (1627 -1696), digno de figurar al lado de San Juan de la Cruz, el cual mantuvo flagrante en el siglo diecisiete la elevada devoción del místico convertida a una forma especial pasiva: el "Quietismo".

En este mismo siglo se estableció en Cambridge la escuela de los platónicos, entre los cuales figura, como ejemplar notable, Henry More (1614-1687) ; asimismo son dignos de citarse Tomás Vaughan y Roberto Fludd, el Rosacruz. Constituyese también la Sociedad Filadélfica, apareciendo en actividad durante el siglo diez y ocho y William Law (1686-1761) y aun sobrepujando a St. Martin (1743-1803), cuyos escritos han fascinado a tantos espíritus estudiosos del siglo decimonono (65).

No debemos omitir a Christian Rosenkreutz (muerto en 1484), en cuyo nombre se fundó en 1614 la Sociedad mística de la Rosa Cruz, que sostuvo el conocimiento verdadero, y cuyo espíritu renació en el "Conde de San Germain", figura misteriosa que aparece y desaparece entre sombras, iluminada por los relámpagos amenazadores del último tercio del siglo diez y ocho. Místicos fueron también algunos cuáqueros, la muy perseguida secta de los Amigos, que buscaban los fulgores de la Luz Interna y procuraban siempre oír la Voz Intima. Muchos más místicos hubo, "de quien el mundo no fue digno", bien así como la sabia y encantadora Madre Juliana de Norwich, del siglo catorce: joyas de la Cristiandad, muy poco conocidas, pero que justifican al Cristianismo ante el mundo.

Sin embargo, aun guardando todo acatamiento a estos Hijos de la Luz, esparcidos por todas las centurias, nos sentimos forzados a reconocer en ellos la falta de aquella unión de aguda inteligencia y devoción elevada que producía la enseñanza de los Misterios; y mientras nos maravillamos de que hubiesen volado tan alto experimentamos cierto deseo de haber visto cómo se hubiesen desarrollado tan raras dotes bajo la influencia de aquella magnífica disciplina arcani.

Alfonso Luis Constant, más conocido por su pseudónimo de Eliphaz Levi, ha expuesto con exactitud la pérdida de los Misterios y la necesidad de su restablecimiento. "Una gran desgracia sucedió al Cristianismo. La traición hecha a los Misterios por los falsos gnósticos -pues los gnósticos, esto es, aquellos que saben, eran los Iniciados del Cristianismo primitivo-, fue causa de que la Gnosis fuese rechazada y de que la Iglesia se hiciese extraña a las supremas verdades de la Kabbala, la cual contiene todos los secretos de la teología trascendental... Vuelvan a ser la ciencia más absoluta y la razón más elevada el patrimonio de los directores del pueblo; empuñen de nuevo el arte sacerdotal y el arte regio el doble cetro de las antiguas iniciaciones, y el mundo social saldrá otra vez del caos. No sigáis arrojando a las llamas las imágenes santas; no destruyáis más los templos: templos e imágenes son necesarios a los hombres; pero echad a los mercaderes de la casa de oración; que los ciegos no continúen siendo guías de los ciegos sino reconstruid la jerarquía de la inteligencia y de la santidad, reconociendo sólo a los que saben como instructores de los que creen" (66) .

¿Volverán las Iglesias actuales a la enseñanza mística, a los Misterios Menores, preparando así a sus hijos para el restablecimiento de los Misterios Mayores, atrayendo de nuevo a los Ángeles como Maestros, y logrando por Hierofante a Jesús, el Instructor Divino? De la contestación a esta pregunta depende el porvenir del Cristianismo.

Notas del capítulo 3

(1) Vol. I, El Martirio de Ignacio, cap. III. Las traducciones tenidas a la vista son las de la Biblioteca Ante Nicena de Clarke, compendio utilísimo de la antigüedad cristiana. El número del volumen que aparece en primer término en las citas, es el volumen de esa serie.

(2) Ibid, Epístola de Policarpo, cap. XII.

(3) Ibid, Epístola de Barnabas, cap. I.

(4) Ibid, cap. X.

(5) Ibid, El Martirio de Ignacio, cap. I.

(6) Ibid, Epístola de Ignacio a los Efesios, cap. III.

(7) Ibid, cap. XII.

(8) Ibid, a los Tralianos, cap. V.

(9) Vol. I, a los Fíladelfos, cap. IX.

(10) Vol. IV. Clemente de Alejandría. Stromata, lib. I, cap. I.

(11) Vol. IV, Stromata, lib. I. cap. XXVIII.

(12) ¡Parece que aun en aquellos tiempos había quien hiciese objeciones a la enseñanza secreta de ciertas verdades!

(13) Vol. IV. Stromata, lib. I, cap. I.

(14) Stromata, lib. V, cap. IV.

(15) Ibid, cap. V-IV.

(16) Ibid, cap. IX.

- (17) Stromata, lib. V, cap. X.
- (18) Lug. cit. XV, 29.
- (19) Lug. cit. XVI, 25 y 26. La versión citada difiere en las palabras, pero no en el sentido, de la versión inglesa autorizada.
- (20) Stromata, lib. V, cap. X.
- (21) Ibid, lib. VI, cap. VII.
- (22) Ibid, lib. VII, cap. XIV.
- (23) Stromata, lib. VI, cap. XV.
- (24) Ibid. lib. VI. X.
- (25) Ibid, lib. VI, VII.
- (26) Lug. cit., lib. I. cap. VI.
- (27) Ibid, cap. IX.
- (28) Ibid, lib. VI, cap. X.
- (29) Ibid. lib. I. cap. XIII.
- (30) Vol. XII, Stromata, lib. V, cap. IV.
- (31) Vol. XII, Stromata, lib. VI, cap. XV.
- (32) El libro I. Origen Against Celsus, se encuentra en el vol. X de la Biblioteca Ante Nicena. Los libros restantes está en el volumen XXIII.
- (33) Vol. X, Origen Against Celsus, lib. I, cap. VII.
- (34) Ibid.
- (35) Ibid.
- (36) Ex. XXV, 40, XXVI, 30 y compárese en Heb. VIII, 5 y IX, 23.
- (37) Origen Against Celsus. lib. IV, cap. XVI.
- (38) Ibid, lib. III, cap. UX.
- (39) Ibid, cap. LXI.
- (40) Ibid, cap. LXII.
- (41) Origen Against Celsus, cap. LX.
- (42) Vol. XXIII, Origen Against Celsus, lib. V, cap. XXV.
- (43) Ibid, cap., XXVIII.
- (44) Origen Against Celsus, cap. XXIX.
- (45) Ibid, XX, XI.
- (46) Ibid, cap. XXXII.
- (47) Ibid, cap. XLV.
- (48) Ibid, cap. XL VI.
- (49) Ibid, caps. XL VII-LIV ,
- (50) Origen Against Celsus, cap. LXXIV.
- (51) Ibid, lib. IV, cap. XXXIX.
- (52) Ibid, Vol. X, lib. I, cap. XVII y otros.
- (53) Ibid, cap. XLII.
- (54) Vol. X, De Principiis. Prefacio, pág. 8.
- (55) Ibid, cap. I.
- (56) San Juan, XIV, 18-20.
- (57) Lugar cit., cap. I, sec. III, pág. 55.
- (58) Ibid, cap. I. sec. III, págs. 55-56.
- (59) Lugar cit., cap. I, págs. 54-55.
- (60) “Parece haber habido” es una expresión un tanto débil, después de lo dicho por Clemente y Orígenes, de lo cual se ha dado en el texto algunos ejemplos.
- (61) Lugar cit.,pág. 62.
- (62) Artículo sobre “Misticismo” – Enciclopedia Británica
- (63) Artículo citado - Enciclopedia Británica

(64) Orpheus, págs. 53 y 54.

(65) Debemos consignar aquí nuestro reconocimiento por el artículo de la Encyc. Brit. titulado "Misticismo", aunque esta publicación no salga responsable de las opiniones expresadas en ella.

(66) The Mysteries of Magic, trad. por A. E. Waite, páginas 58 y 60.

CAPITULO IV

EL CRISTO HISTÓRICO

En el primer capítulo hablamos ya de la identidad de todas las religiones del mundo, y vimos que el estudio de esta identidad, por lo que se refiere a creencias, simbolismo, ritos, ceremonias, historias y fiestas conmemorativas, ha producido una escuela moderna que asigna a todo ello un origen común: la ignorancia humana, y la explicación primitiva de los fenómenos naturales. De esta identidad se han sacado armas para herir de muerte a cada religión en particular; y los ataques más rudos contra el Cristianismo y contra la existencia histórica de su fundador han partido de este campo. Así es que para hacer el estudio de la vida de Cristo y de los ritos del Cristianismo, de sus sacramentos y de sus doctrinas, resultaría fatal la ignorancia de los hechos tal cual se presentan ordenados por los autores de Mitología Comparada. Bien comprendidos, pueden ser de provecho más bien que dañosos.

Hemos visto que los Apóstoles y sus sucesores interpretaban el Antiguo Testamento con la mayor libertad, atribuyéndole un sentido alegórico y místico, mucho más importante que el histórico, aunque no negasen éste en modo alguno; y no hacían escrúpulos de enseñar al creyente instruido que algunas de sus narraciones, históricas al parecer, eran en realidad puramente alegóricas. En ningún otro caso, quizá, es más necesario hacerse de esta inteligencia, que cuando se trata del estudio de la historia de Jesús, llamado el Cristo; pues si no desenredamos los enmarañados hilos, y no vemos dónde han sido tomados los símbolos como sucesos y las alegorías como historias, perderemos la mayor parte de la instrucción encerrada en el relato y mucho de su rarísima belleza. Nunca insistiremos lo bastante en afirmar que el Cristianismo tiene que ganar y nada que perder, añadiendo a la fe y a la virtud el conocimiento, conforme lo ordenaron los Apóstoles (1). Temen los hombres que el Cristianismo se debilite si se le mira a la luz de la razón, y consideran "peligroso" el admitir que los sucesos que se han considerado históricos, tienen el alcance más profundo de un significado mítico o místico. Pero es al contrario, pues se fortalece; y el que así lo estudia, ve con alegría que la perla de gran valor brilla con una luz más clara y más pura, cuando se la despoja de la cubierta de ignorancia, y saltan a la vista sus múltiples matices.

Hay al presente dos escuelas, diametralmente opuestas, que sostienen una contienda acerca de la historia del gran Maestro hebreo. Según una, los relatos de su vida sólo contienen mitos y leyendas creados para explicar fenómenos naturales: restos de un método pintoresco de enseñanza de ciertos hechos de la Naturaleza, encaminado a imprimir en las mentes incultas determinadas clasificaciones de acontecimientos naturales, importantes en sí mismos, y que se prestaban a la educación moral. Forman los que así opinan; una escuela bien definida, en la que figuran hombres de gran erudición y elevado entendimiento, en derredor de los cuales se amontona una turba menos instruida, que se pronuncia con cruda vehemencia, aportando las teorías más destructoras.

A esta escuela se opone la de los cristianos ortodoxos, que sostienen que la vida entera de Jesús es histórica, sin mezcla de leyendas ni de mitos. Afirman que se trata de la historia de un hombre que nació hace diecinueve siglos en Palestina, y que pasó por todas las vicisitudes y acontecimientos expresados en los Evangelios, sin que la narración tenga otro significado que el de una vida divina y humana.

Están, pues, las dos escuelas en completo antagonismo, asegurando la una que todo es leyenda, y declarando la otra que todo es historia. Median entre ellas pensadores de muchos y diversos matices, que en general son llamados "librepensadores", los cuales

consideran la narración de aquella vida, legendaria en parte, y en parte histórica, pero no ofrecen método alguno definido y racional de interpretación, ni alguna explicación adecuada del complicado conjunto. Y asimismo encontramos dentro de la comunión cristiana un número considerable y siempre creciente de fieles y devotos creyentes, cuya inteligencia es refinada, su fe ardiente y sus aspiraciones sinceramente religiosas, y que ven en la narración de los Evangelios algo más que la historia de un solo y particular Hombre divino. Al defender su posición, en lo que se refiere a las escrituras recibidas, declaran que la historia de Cristo tiene un sentido más profundo y trascendental que el que aparece en la superficie, y aún sosteniendo el carácter histórico de Jesús, afirman que EL CRISTO es más que el hombre Jesús, y que tiene un significado místico. En su apoyo mencionan frases tales como la de San Pablo, donde dice: "Hijitos míos que vuelvo otra vez a estar de parto de vosotros hasta que Cristo sea formado en vosotros" (2); y es notorio, en verdad, que en este pasaje no pudo referirse San Pablo a un Jesús histórico, sino a cierta florescencia del alma humana, que para él constituía la formación de Cristo en ella. Este mismo maestro declara también que, aunque había conocido a Cristo según la carne, en adelante no volvería a conocerle más así (3); con lo que sin duda daba a entender que, si bien reconocía al Cristo de carne -a Jesús-, había alcanzado, sin embargo, un punto de vista más alto, desde el cual el Cristo histórico le aparecía en la penumbra.

Este es el punto de vista tras el que andan muchos en estos nuestros tiempos; suspensos frente a los hechos puestos en claro por la Mitología Comparada, perplejos a la vista de las contradicciones contenidas en los Evangelios y confundidos al reconocer su incapacidad para resolver tales problemas, mientras permanezcan ligados al mero superficial sentido de las Sagradas Escrituras, gritan desesperadamente proclamando que la letra mata y que sólo el espíritu vivifica; y, entretanto, ponen todo su esfuerzo en rastrear algún significado amplio y profundo en una narración tan antigua como las religiones del mundo, y centro y vida de cada una de ellas, conforme han ido apareciendo. Estos asendereados pensadores, demasiadamente indefinidos y desligados entre sí para que pueda considerárseles formando escuela, tienden una mano a los que juzgan que todo es leyenda, sugiriéndoles la aceptación de una base histórica; la otra tienden a sus compañeros cristianos, avisándoles del peligro que corren, y que aumenta por días, de que se pierda por completo el sentido espiritual, si continúan apegados a la mera significación literal, indefendible ya frente a los conocimientos invasores de la edad en que vivimos. Hay peligro de que se pierda "la historia del Cristo", juntamente con la idea del Cristo, que ha sido la inspiradora y ha servido de arrimo, así en Oriente como en Occidente, a millones de almas nobles, sean cuales fueren los nombres con que al Cristo se conozca y las formas en que se le adore. Sí, se corre el riesgo de que la perla de gran precio se escape de nuestras manos, y quede el hombre por siempre más pobre. Para desvanecer el peligro, es necesario desenredar los diferentes hilos de la historia del Cristo y colocarlos uno al lado de otro con la debida separación: el hilo de la historia, el hilo de la leyenda, el hilo del misticismo. Los tres fueron torcidos en una sola cuerda, para confusión de los hombres pensadores; mas, al desenredarlos, nos encontramos con que la narración se hace más valiosa con el conocimiento que se le añade; y mientras más clara sea la luz que se arroje sobre ella, tanto mayor será su belleza, como pasa con todo lo que tiene la verdad por fundamento.

Estudiaremos primero el Cristo histórico, después el Cristo mítico. Y en tercer lugar el Cristo místico, y veremos que al Jesucristo de las Iglesias lo forman elementos sacados de todos ellos. Todos entran en la composición de la grandiosa y patética figura que domina los pensamientos y emociones de la Cristiandad: el hombre de las amarguras, el Salvador del mundo, el amoroso Señor del género humano.

EL CRISTO HISTÓRICO O JESÚS EL SANAOR y EL MAESTRO

El hilo de la narración histórica de la vida de Jesús puede desenredarse sin gran dificultad de los demás con que se halla entretelado. Para este estudio debemos utilizar la ayuda que pueden prestarnos esos anales del pasado que son capaces de comprobar las personas experimentadas en su averiguación, anales de los que se han extraído y publicado ciertos detalles relativos al Maestro hebreo, por H. P. Blavatsky y por otros peritos en la investigación oculta. Ahora bien; esta palabra "perito", con relación al Ocultismo, es a propósito para suscitar una recusación en el ánimo de muchos. Sin embargo, sólo indica una persona que por sus estudios especiales y por su especial educación, ha acumulado conocimientos especiales también y ha desarrollado facultades o poderes que le permiten emitir una opinión, fundada en su propio conocimiento individual sobre el asunto de que se trata. Así como calificamos a Huxley de perito en biología, al Mayor Wrangler de perito en matemáticas, y a Lyell de perito en geología, de igual modo podremos muy bien llamar perito en Ocultismo al individuo que, por haber primero dominado intelectualmente ciertas teorías fundamentales de la constitución del hombre y del universo, y por haber después desarrollado en sí mismo ciertos poderes que están latentes en todos los hombres -y que pueden desenvolverse por los que se dedican a estudios apropiados-, adquiere facultades que le ponen de manifiesto los procesos más oscuros de la Naturaleza. Así como un hombre puede nacer con disposiciones para las matemáticas, y, ejercitándolas año tras año, puede aumentar enormemente su aptitud, asimismo puede nacer un hombre con ciertas facultades que corresponden al Alma, las cuales le es dado desarrollar por medio de la educación y de la disciplina. Si después de desarrolladas, las aplica al estudio del mundo invisible, este individuo llega a ser perito en la Ciencia Oculta, y puede, a voluntad, pasar revista a los anales a que antes me he referido. Semejante revista se halla tan fuera del alcance del hombre vulgar, como lo está un libro escrito con los símbolos de las altas matemáticas, respecto a los profanos en tales ciencias. Nada hay exclusivo en el conocimiento, salvo en lo que toda ciencia es exclusiva; los que nacen con una facultad y la educan, pueden dominar la ciencia que le sea apropiada, al paso que los que vienen a la vida sin facultad alguna o los que, poseyéndola, no la desarrollan, tienen que contentarse con permanecer ignorantes. Estas son las reglas para obtener el conocimiento en todo: lo mismo en Ocultismo que en cualquiera otra ciencia. Los anales ocultos, en parte confirman la narración de los Evangelios y en parte no; nos muestran la vida de Jesús, y de este modo nos facilitan el separarla de los mitos que con ella están entrelazados.

El niño, cuyo nombre judío se ha transformado en el de Jesús, nació en Palestina 105 años antes de nuestra Era, siendo cónsules Publio Rutilio Rufo y Gnae Mallio Máximo. Sus padres, de linaje distinguido, aunque pobres, le educaron en el conocimiento de las Escrituras hebreas. Mas su ferviente devoción y su gravedad, que no emparejaba con sus años, resolvieron a aquéllos a dedicarle a la vida religiosa y ascética; y como poco después, en una visita que hizo a Jerusalén, mostrase su extraordinaria inteligencia y su afán de saber, yendo en busca de los doctores del templo, le enviaron a adquirir la enseñanza de una comunidad de esenios que habitaba el desierto meridional de Judea. A la edad de diecinueve años entró en el monasterio esenio situado en las proximidades del Monte Serbal, instituto muy visitado por los sabios que desde Persia y la India iban a Egipto, y donde existía una magnífica biblioteca de obras ocultas, indas muchas de ellas, de las regiones más allá del Himalaya. Desde este lugar de místico saber, pasó más tarde a Egipto. Había sido plenamente instruido en las doctrinas secretas que constituían entre los esenios la verdadera fuente de vida; y en Egipto fue iniciado como

discípulo de esa sublime Logia de donde salen los Fundadores de todas las grandes religiones, pues Egipto ha seguido siendo uno de los grandes centros que hay en el mundo, para la guardia de los Misterios verdaderos de los cuales sólo son débiles y lejanos reflejos todos los Misterios semi-públicos. Los Misterios históricamente calificados de egipcios eran sombras de los asuntos de que realmente se trataba "en la Montaña", y allí fue consagrado el joven hebreo de un modo solemne que le preparó para el Sacerdocio Regio, a que llegó más tarde. Era su pureza tan sobrehumana y tan grande su devoción, que en su edad viril, llena de gracia, aventajaba con mucho a los severos y algún tanto fanáticos ascetas con quienes se había educado, derramando entre los adustos judíos que le rodeaban, la fragancia de una sabiduría suave y tierna, como rosa que plantado por modo extraño en un desierto, esparciera sus perfumes sobre la estéril llanura. La majestuosa gracia y hermosura de su nítida pureza formaban en torno suyo radiante aureola, y sus cortas palabras, dulces y amorosas, despertaban aún en los más duros temporal gentileza, y en los más rígidos pasajera ternura. Así vivió veintinueve años de vida mortal, creciendo de gracia en gracia.

Con pureza y devoción tan sobrehumanas, estaba en condiciones para servir de templo a un Poder más elevado, para ser la morada de una Presencia poderosa. Había sonado la hora de que se realizase una de las Manifestaciones Divinas que de tiempo en tiempo vienen en auxilio de la humanidad, cuando -para apresurar la evolución espiritual se necesita un nuevo impulso, cuando la Aurora de una nueva civilización va a despuntar. Estaba entonces el mundo occidental en la matriz del tiempo, a punto de nacer, y estaba la superraza teutónica dispuesta a empuñar el cetro del imperio que se caía de las manos trémulas de Roma; pero antes que emprendiese su jornada, debía aparecer un Salvador del Mundo y colocarse junto a la cuna del Hércules niño y bendecirlo.

Un poderoso "Hijo de Dios" debía encarnar en la tierra, un Instructor supremo, "lleno de gracia y de verdad" (4), que poseía la Sabiduría Divina en su más plena medida, que era en realidad "el Verbo" encarnado, Luz y Vida desbordadas, Fuente positiva de Aguas vivas. Señor de Compasión y de Sabiduría -éste era Su nombre-, que desde Sus estancias en los Lugares Ocultos bajó al mundo de los hombres.

Mas necesitaba un tabernáculo terrestre, una forma humana, el cuerpo de un hombre. ¿Quién más a propósito para ceder su cuerpo con voluntad y alegría, en servicio de Uno ante el cual ángeles y hombres se humillaban con la más profunda reverencia, que este hebreo, el más noble y puro entre "los Perfectos", cuyo cuerpo y alma inmaculados eran lo mejor que la humanidad podía ofrecer? El hombre Jesús se entregó voluntario al sacrificio, "se ofreció sin mancha" al amante Señor, que tomó para sí aquella forma pura como tabernáculo, y vivió en ella tres años de vida mortal.

En las tradiciones contenidos en los Evangelios se encuentra esta época señalada por el Bautismo de Jesús, cuando se vio al Espíritu "que descendió del cielo como paloma y reposó sobre El" (5), y una voz celestial le proclamó el Hijo muy amado a quien los hombres debían prestar oído. Y era él, en verdad, el Hijo amado en quien el Padre tiene su complacencia (6) ; y desde entonces "comenzó Jesús a predicar" (7), y fue aquel grande misterio: "Dios se ha manifestado en la carne" (8). Mas no fue único en ser Dios, porque: "¿No está escrito en vuestra ley; Yo dije, Dioses sois? Si dijo Dioses a aquellos a quienes fue dada la palabra de Dios, y la escritura no puede ser quebrantada, ¿a mí, a quien el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?" (9). De cierto, todos los hombres son Dioses por el Espíritu que llevan dentro; pero no en todos está manifestado el Dios supremo como lo estaba en aquel su muy amado Hijo.

Esta Presencia manifestada puede llamarse correctamente "el Cristo," Ella fue quien vivió y anduvo por las colinas y llanuras de Palestina, bajo la forma del hombre Jesús,

enseñando, curando enfermos y reuniendo en torno suyo como discípulos algunas almas más desarrolladas. El encanto extraordinario de Su Amor Real, que irradiaba de Sí como el Sol sus rayos, atraía a Su lado a los que sufrían, a los fatigados, a los oprimidos; y la magia tierna y penetrante de Su gentil sabiduría purificaba, dulcificaba y ennoblecía aquellas vidas que se ponían en contacto con la Suya. Enseñaba con parábolas y luminosas imágenes a las ignorantes multitudes que alrededor de El se apiñaban, y, haciendo uso de las facultades del Espíritu en libertad, sanaba muchos enfermos con la palabra y el tacto, multiplicando las energías magnéticas de Su cuerpo puro con la fuerza impulsiva de Su vida interna. Rechazáronle Sus hermanos esenios, entre los cuales trabajó al principio, porque comunicaba a las gentes la sabiduría espiritual -en la historia de la tentación están sintetizados los argumentos empleados en contra de Su vida dedicada a una obra de amor-, la sabiduría espiritual que ellos guardaban con orgullo como su secreto tesoro, y porque su amor anchísimo, dirigido siempre al Yo Divino, presente así en los elevados como en los humildes, atraía dentro de su esfera a los degradados ya los proscritos. Por esto vio muy pronto cómo se condensaban sobre Su cabeza las negras nubes de la sospecha y del odio. Los instructores y gobernantes de Su nación vinieron presto a mirarle con celos y rabia; Su espiritualidad era la constante censura de su materialismo; Su poder, la continua, aunque muda, prueba de su impotencia. Tres años habían transcurrido apenas de Su bautismo, cuando estalló la tempestad que venía formándose, y el cuerpo humano de Jesús sufrió castigo por llevar en sí la gloriosa Presencia de un Instructor sobrehumano.

El pequeño círculo de discípulos escogidos que había elegido como guardadores de 'Su enseñanza, fue privado así de la presencia física de su Maestro, antes que le fuese dado asimilarse Sus instrucciones; pero eran ellos almas avanzadas de elevado tipo, aparejados para el aprendizaje de la Sabiduría, y aptos para transmitirla a hombres de menores vuelos. Entre todos, el más abierto a la enseñanza fue aquel "discípulo que Jesús amaba", joven, entusiasta, ferviente, profundamente devoto de su Maestro y copartícipe de Su espíritu de amor amplísimo. En la centuria que siguió a la desaparición de Cristo del mundo físico, fue el representante de la devoción mística que va tras el éxtasis, tras la visión divina, tras la unión con lo Supremo; mientras que el último gran Apóstol, San Pablo, representó el aspecto de la Sabiduría de los Misterios.

El Maestro no olvidó la promesa que les hizo de venir a ellos después que el mundo hubiese dejado de verle (10), y por más de cincuenta años les estuvo visitando con Su cuerpo sutil espiritual, prosiguiendo las enseñanzas que había comenzado cuando entre ellos vivía, y adoctrinándolos en el conocimiento de las verdades ocultas. Ellos vivieron bastante tiempo reunidos en un lugar apartado de los confines de Judea, sin llamar la atención entre las muchas comunidades aparentemente similares de aquel entonces. Estudiaban las profundas verdades que El les enseñaba, y adquirían "los dones del Espíritu".

Estas instrucciones íntimas, comenzadas en su vida física y continuadas después de abandonado el cuerpo constituyeron el fundamento de los "Misterios de Jesús", que hemos visto en la historia de la Iglesia primitiva, y que formaron su vida interna: núcleo a que se fueron adhiriendo los materiales heterogéneos que al cabo formaron al Cristianismo eclesiástico.

En el notable fragmento, llamado Pistis Sophia, figura un documento del mayor interés, el cual se refiere a la enseñanza oculta, y está escrito por el famoso Valentino. En él se dice que las lecciones de Jesús a sus discípulos llegaron en los once años que siguieron a Su muerte, tan sólo a "las regiones de los primeros estatutos, al primer misterio dentro del velo (11).

Hasta entonces no habían aprendido la distribución de los órdenes angélicos, de lo cual habla en parte Ignacio (12). Después Jesús, estando "en la Montaña" con Sus discípulos, que recibieron Su Vestidura mística, el conocimiento de todas las regiones y las Palabras de Poder para entrar en ellas, les enseñó más aún, prometiéndoles: "Yo os perfeccionaré en toda la perfección, desde los misterios del interior a los misterios del exterior; yo os colmaré de Espíritu de suerte que seáis llamados espirituales, perfectos en todas las perfecciones" (13)

y los instruyó acerca de lo que era Sophia, la Sabiduría, y de su caída en la materia, en su intento de elevarse a lo más Alto, y de sus clamores a la Luz en quien había puesto su confianza. y del envío de Jesús para redimirla del caos, y de su coronación con la luz de Aquél, y de su liberación de la servidumbre. Y aún siguió más adelante, hablándoles del más elevado Misterio, el inefable, el más sencillo y claro de todos, aunque el más alto, el que sólo debía ser conocido de aquel que renunciare el mundo de un modo completo (14); por este conocimiento los hombres ,se convertían en Cristos, pues tales "hombres son yo mismo, y yo soy esos hombres", pues Cristo es ese Misterio más elevado (15). Conocimiento de que los hombres son transformados en pura luz y llevados dentro de la luz" (16). Y celebró para ellos la gran ceremonia de la Iniciación, el bautismo, "que conduce a la región de la verdad ya la región de la luz", y les mandó celebrarlo para otros que fuesen dignos: "Pero ocultad este misterio, no lo comunicéis a todos, sino a aquellos solamente que hagan todas las cosas que os he señalado en mis prescripciones" (17).

Después de esto, los apóstoles, instruidos por completo, salieron a predicar, ayudados siempre de su Maestro.

Además, tanto ellos mismos como sus primitivos compañeros, trasladaron de su memoria a la escritura todos los discursos públicos y las parábolas que a su Maestro habían oído, y de igual modo, reuniendo con gran cuidado todas las noticias que pudieron recoger, las pusieron por escrito y las hicieron circular entre los que se iban adhiriendo a su pequeña comunidad. Formáronse varias colecciones, escribiendo cada cual lo que recordaba, y añadiendo lo más selecto de los relatos de los demás. Las enseñanzas íntimas dadas por Cristo a Sus elegidos, no se escribieron, sino que fueron transmitidas oralmente a los dignos de recibirlas, a discípulos constituidos en pequeñas comunidades para hacer vida retirada, aunque siempre en contacto con el cuerpo central. Es, pues, el Cristo histórico un Ser glorioso que forma parte de la gran jerarquía cuyo cometido es guiar la evolución espiritual de la humanidad; el cual ocupó por espacio de tres años enseñando públicamente por toda la Judea y Samaria, curó enfermos, llevó a cabo obras ocultas señaladas, y reunió en torno Suyo una pequeña agrupación de discípulos a quienes comunicó las verdades más profundas de la vida del espíritu, y con rara ternura, singular amor y preciosa sabiduría conquistó los ánimos de las gentes, y acabó su carrera terrestre muriendo como blasfemo, que tal fue considerado, por la honda doctrina de la Divinidad. inherente a Sí mismo y a todos los hombres, que predicara. Vino a dar al mundo un nuevo impulso de vida espiritual, a resucitar las íntimas enseñanzas referentes a esta vida, a apuntar de nuevo al antiguo estrecho sendero. a proclamar la existencia del "Reino de los Cielos", de la Iniciación, que da acceso al conocimiento de Dios que es vida eterna, ya dar entrada en este Reino a unos pocos capaces de ser maestros. Alrededor de esta Figura gloriosa se acumularon los mitos que la enlazaban con la larga serie de Sus predecesores, mitos alegóricos de sus vidas, que simbolizan la obra del Logos en el Kosmos y la evolución superior del alma individual humana.

Mas no se crea que la labor del Cristo en pro de Sus seguidores quedó terminada con el establecimiento de los Misterios, ni que se limitara a aparecer en ellos rara vez. Aquella

Poderosa Entidad que usó del cuerpo de Jesús como vehículo, y cuya solicitud tutelar abarca toda la evolución espiritual de la quinta raza humana, dejó a cargo del santo discípulo que le había provisto de cuerpo, el cuidar de la Iglesia naciente. Jesús, habiendo dado cima a su evolución humana, "llegó a ser uno de los Maestros de Sabiduría y, habiendo aceptado el encargo especial de la Cristiandad, procura siempre guiarla por derecho derrotero y escudarla y protegerla y proveerla de alimento. El fue el Hierofante de los Misterios Cristianos, el Instructor directo de los Iniciados. Suya fue la inspiración que mantuvo viva la Gnosis en la Iglesia, hasta que la flotante masa de ignorancia llegó a tener tal magnitud, que ahogó la llama aún aventada por Su poderoso aliento. Suya fue la paciente labor que reforzó un alma tras otra para resistir la lóbreguez de las tinieblas, y alimentar dentro de sí la chispa de la aspiración mística, el anhelo en buscar el Dios escondido.

Suyo fue el continuo imprimir la verdad en todo cerebro preparado para ella, de modo que la antorcha del conocimiento pasase de mano en mano a través de los siglos sin que jamás se extinguiese. Suya era la Figura enhiesta detrás del tormento y de las llamas, que alentaba a Sus confesores ya Sus mártires, y suavizaba las angustias de su muerte y colmaba de paz sus corazones. Suyo el impulso expresado en la voz de trueno de Savonarola, en la sabiduría sosegada de Erasmo, en la ética profunda del teomaníaco Espinosa. Suya la energía de Roger Bacon, de Galileo y de Paracelso en sus investigaciones de la Naturaleza. Suya la belleza que sedujo a Fra Angelico, a Rafael y a Leonardo da Vinci, que inspiró el genio de Miguel Ángel, que brilló ante los ojos de Murillo, que comunicó el poder de erigir las maravillas del Duomo de Milán, de San Marcos de Venecia y de la Catedral de Florencia, las sonatas de Beethoven, los oratorios de Handel, las fugas de Bach, el austero esplendor de Brahms. Suya la Presencia que animaba a los solitarios místicos, a los perseguidos ocultistas, a los pacientes investigadores de la verdad. El fue siempre el que por la persuasión o por la amenaza, por la elocuencia de San Francisco o por los sarcasmos de Voltaire, por la dulce sumisión de Tomás de Kempis o por la ruda virilidad de Lutero, trató de instruir o despertar a los hombres, de ganarlos a la santidad o de fustigarlos si, sordos, permanecían en el mal. En tantos siglos ha trabajado y luchado, y aun llevando encima el enorme peso de las Iglesias, no ha descuidado jamás ni dejado sin consuelo a alma humana que a El haya acudido. Ahora pone todo su empeño en convertir en beneficio de la Cristiandad parte de la grande oleada de Sabiduría que se está haciendo fluir para renovar el mundo, y busca en las Iglesias quien tenga oídos para oír la Sabiduría, quien responda a su llamamiento de mensajero, para llevarlo a su rebaño: "Aquí estoy; enviadme."

Notas del capítulo 4

- (1) II, San Pedro I, 5.
- (2) Gal., IV, 19.
- (3) II, Cor., V, 16.
- (4) San Juan I, 14.
- (5) Ibid, I, 32.
- (6) S. Mateo III, 17.
- (7) Ibid, IV, 17.
- (8) I. Timoteo III, 16.
- (9) S. Juan X, 34-36.
- (10) S. Juan XIV, 18, 19.

- (11) Valentino. Trad. por G. R. S. Mead. Pistis Sophia, lib. I, I.
- (12) Antes, pág. 52
- (13) Antes, 60.
- (14) Ibid, lib. II, 218.
- (15) Ibid, 230.
- (16) Ibid, 357.
- (17) Ibid, 377.

CAPITULO V

EL CRISTO MITICO

Hemos visto en qué forma se han aplicado los estudios de la Mitología Comparada a la destrucción de las religiones; pues bien; algunos de sus más demoledores ataques se han dirigido en contra del Cristo. Su nacimiento de una Virgen en "Navidad", la matanza de Los inocentes, sus milagros y enseñanzas, su crucifixión, resurrección y ascensión, acontecimientos todos de la historia de su vida, se hallan también consignados en las narraciones de otras vidas, y en su consecuencia, se rechaza su existencia histórica, por considerarse tales identidades como imposibles. Por lo que hace a los milagros y a las enseñanzas, contestaremos en breves palabras. La mayor parte de los grandes Maestros han realizado hechos que en el plano físico aparecen como milagros a los ojos de sus contemporáneos, pero que los ocultistas reconocen como fenómenos naturales, producidos mediante el ejercicio de poderes que desarrollan todos los Iniciados que están por encima de cierto grado. Y por lo que respecta a las enseñanzas de Jesús, confirmamos que no son originales; pero cuando los profesores de Mitología Comparada creen haber probado que ninguna procede de inspiración divina, porque las mismas doctrinas morales salieron de los labios de Manu, de los de Buda y de Jesús, el argumento les da en el rostro, pues precisamente repitió Jesús las enseñanzas de sus predecesores, porque era un mensajero de la misma Logia. Las profundas verdades del Espíritu divino y humano eran tan ciertas veinte mil años antes de que Jesús naciera en Palestina, como después que nació; y decir que el mundo estuvo abandonado sin estas enseñanzas, y que el hombre fue entregado a las tinieblas morales desde el principio del mundo hasta hace veinte siglos, es asegurar que hubo una humanidad sin Maestros, hijos sin Padre, almas humanas que clamaban por luz en una oscuridad que ninguna respuesta les daba: conceptos todos tan blasfemos de Dios como desesperantes para el hombre; conceptos a que dan un mentís solemne las apariciones de Sabios tales, así como la potente literatura, las nobles vidas de las edades sin cuento anteriores a la venida de Cristo.

Reconociendo, pues, en Jesús, al gran Maestro de occidente, al Mensajero enviado por la Logia para dirigir el mundo occidental, vamos a examinar la dificultad que ha destruido esta creencia en el ánimo de mucha gente. ¿Cómo es que se encuentran en las religiones anteriores al Cristianismo las festividades conmemorativas de la vida de Jesús? ¿Cómo se celebran en aquéllas idénticos acontecimientos aplicados a las vidas de otros Maestros?

La Mitología Comparada, que en los tiempos modernos ha encaminado la atención pública hacia estos asuntos, cuenta apenas un siglo de existencia, pues tuvo origen cuando aparecieron la Historia Abreviada de los Diversos Cultos, de Dulaure, el Origen de todos los Cultos, de Dupuis, el Panteón Hindú, de Moor, y el Anacalypsis, de Godfrey Higgins. A estas obras siguieron otras muchas, cada vez más científicas y severas en la recolección y comparación de los hechos, hasta el punto de llegar a hacer imposible que una persona culta se atreva tan siquiera a discutir las identidades y semejanzas que por todos lados se ponen de manifiesto. Ya no se encuentran cristianos dispuestos a sostener que los símbolos, ritos y ceremonias del Cristianismo sean únicos, a excepción -ni hay que decirlo- de la gente ignorante, pues aun vemos la sencillez de las creencias mano a mano con la ignorancia de los hechos. Pero aparte de esta gente, no encontramos, ni siquiera entre los cristianos más devotos, quien niegue que el Cristianismo tenga mucho de común con religiones más antiguas. Después de todo, es bien sabido que en los siglos "siguientes a Cristo" tales semejanzas eran cosa corriente,

no haciendo, pues, la moderna Mitología Comparada más que repetir con gran precisión lo que en la Iglesia primitiva universalmente se reconocía. Justino Mártir, por ejemplo, atestó sus obras de referencias a las religiones de su tiempo; y si cualquier moderno impugnador del Cristianismo deseara hacer numerosas citas de los casos en que las enseñanzas cristianas son idénticas a las de religiones más antiguas, no encontraría seguramente depósito más abundante de ellas que los escritos de los apologistas del siglo segundo. Citan ellos enseñanzas, narraciones y símbolos paganos, y alegan que la identidad que con éstos tienen los cristianos, debería ser motivo bastante para que los últimos no fuesen rechazados desde luego como increíbles. Justino Mártir da de esta semejanza una razón muy curiosa que, a la verdad, no encontrará muchos valedores en los tiempos modernos. Dice así: "Los que enseñan los mitos formados por los poetas, no exponen prueba alguna a los jóvenes que los aprenden. Nosotros demostraremos que son debidos a la influencia de los demonios perversos, atentos a engañar y descarriar a la especie humana. Sabedores éstos de los anuncios de los profetas sobre la futura venida de Cristo y sobre el castigo de los malvados por el fuego, crearon muchos hijos de Júpiter, con la intención de despertar en los hombres la idea de que las cosas dichas de Cristo eran cuentos de maravillas, ni más ni menos que las que los poetas decían..." "Y los diablos, por cierto, cuando oyeron al profeta publicar la ablución, indujeron a los que iban a sus templos y les rendían culto con libaciones y holocaustos, a que también se rociasen; y asimismo hacen que se laven por completo antes de marcharse..." "La cual (la Cena del Señor) han imitado los malvados diablos en los misterios de Mithra, ordenando que se haga lo mismo..." (1).

"En cuanto a mí, cuando descubrí el perverso disfraz que los malos espíritus habían puesto a las divinas enseñanzas de los cristianos, para impedir que otros las aceptasen, me eché a reír" (2).

Como se ve, pues, las semejanzas eran tenidas por obra de los demonios, copias de los originales cristianos, ampliamente difundidas por el mundo antes del Cristianismo, en previsión de su venida y con el fin de crearle obstáculos.

Cosa escabrosa es sin duda y difícil de aceptar, eso de que las enseñanzas más antiguas sean copias, y sus originales las aducidas en época relativamente moderna. Pero, así y todo, no tratamos de discutir con Justino Mártir sobre si las copias precedieron al original o el original a las copias, contentándonos con aceptar su testimonio respecto de la existencia de estas identidades entre las creencias que florecían en su tiempo en el Imperio romano y la nueva religión que estaba comprometido a defender.

Con la misma sencillez se explica Tertuliano al afrontar la objeción que por aquel entonces se hacía también al Cristianismo, de que "las naciones extrañas a toda inteligencia de los poderes espirituales, atribuían a sus ídolos la inmersión en agua como igualmente eficaz." "Así lo hacen -contesta con toda franqueza-, pero ellos se engañan a sí mismos con aguas que son viudas. La ablución es el medio por el cual son iniciados en algunos ritos sagrados de cierta Isis o Mithra conocidos; y a los Dioses mismos honran con abluciones..."

En los juegos Apolinarios y Eleusinos son ellos bautizados; y suponen que esto tiene por efecto regenerarlos y remitirles las penas debidas a sus perjurios. y al par que reconocemos la realidad del hecho, reconocemos también el celo del demonio en emular las cosas divinas, pues hace practicar el bautismo a los que le están sujetos" (3).

Para desatar el nudo de estas semejanzas, vamos a estudiar el Cristo Mítico, el Cristo de los mitos o leyendas solares; pues estos mitos constituyen las formas pictóricas en que ciertas profundas verdades fueron dadas al mundo.

Ahora bien; un "mito" no es lo que se imagina la mayor parte de la gente, esto es, una historia fantástica fundada en un hecho real, y aun ajena por completo a toda realidad.

Un mito contiene bastante más realidad que una historia; pues una historia es sólo narración de sombras, mientras que un mito hace referencia de las substancias que proyectan esas sombras.

Como lo de arriba, así es lo de abajo; y primero es lo de arriba, y lo de abajo después. Existen grandes principios, conforme a los cuales nuestro sistema está constituido; existen ciertas leyes que regulan el desarrollo de estos principios en detalle; existen grandes Seres cuya constitución son los principios, y sus funciones las leyes; existen huestes de entidades inferiores que actúan como vehículos de estas funciones: son agentes, instrumentos; y vienen, por último, los Egos humanos, que, mezclados con todos ellos, son copartícipes en el desenvolvimiento del gran drama cósmico. Estos diversos trabajadores de los mundos invisibles proyectan sus sombras sobre la materia física, y estas sombras son "cosas"; los cuerpos, los objetos de que el universo físico está constituido. Las sombras dan sólo una pobre idea de los objetos que las lanzan, bien así como lo que aquí abajo llamamos sombras, dan una idea muy pobre de los objetos que las producen; son meras siluetas de fondo oscuro, desprovistas de pormenores, con longitud y latitud, pero sin profundidad.

Es la historia una narración muy imperfecta, y a veces desconcertada, de la danza de estas sombras en el mundo umbrío de la materia física. El que haya visto funcionar una linterna mágica y haya hecho comparación de lo ejecutado por un hábil jugador detrás del lienzo con lo que sobre él es percibido, podrá obtener una vívida idea de la naturaleza ilusoria de las acciones umbrosas y deducir de ello analogías no descaminadas (4).

El mito refiere cómo se mueven los que hacen las sombras, y el lenguaje usado para ello es lenguaje de símbolos. Así como nosotros tenemos palabras que significan cosas - ejemplo, la palabra "mesa", que es símbolo de un objeto conocido de cierta especie - así los símbolos significan objetos de planos más elevados. Cada uno con su significación propia, constituyen un alfabeto pictórico, el cual emplean todos los escritores de mitos. Todo símbolo lleva adaptada la designación de determinado objeto, a la manera con que las palabras se usan entre nosotros para distinguir una cosa de otra; por tanto, el conocimiento de los símbolos es necesario para la lectura de los mitos. Los expositores originales de los grandes mitos son siempre Iniciados, hechos a manejar el lenguaje simbólico y a emplearlo, por de contado, de un modo invariable y reconocido.

Cada símbolo tiene un significado principal y además otros varios subalternos que guardan relación con el primero.

Por ejemplo, el Sol es el símbolo del Logos, y éste es su significado principal o primario. Pero también significa una encarnación del Logos, o sea de los grandes Mensajeros que Lo representan temporalmente, al modo que un embajador representa a su Rey. Los altos Iniciados que para misiones especiales toman carne humana y viven entre los hombres por algún tiempo, como Directores o Maestros, son designados por el símbolo del Sol; pues aunque éste no sea su símbolo propio en un sentido individual, se convierte en tal por razón de su cargo.

Todos los Seres a quienes este símbolo designa, se distinguen de un modo notorio: sus condiciones características son especiales; determinadas las situaciones por que pasan; singulares las acciones que ejecutan. El Sol es la sombra física o cuerpo del Logos, y así se le llama; de aquí que su curso anual en la naturaleza sea un reflejo de la actividad del Logos, en la forma parcial en que una sombra es capaz de representar la actividad del objeto que la proyecta. En suma: es el curso anual del Sol la sombra del Logos, "del Hijo de Dios", cuando desciende a la materia; y esta es la significación del Mito Solar. De aquí procede, también, el que cualquiera encarnación del Logos o sea uno de Sus altos emisarios, represente asimismo en su cuerpo mortal esa actividad, a manera de

sombra. Por esto han de producirse necesariamente las semejanzas que se ofrecen en las historias de esos emisarios; y, consiguientemente, donde se note la falta de tales identidades, está la prueba de que la personalidad de que se trata, no tuvo plenos poderes: su misión fue de un orden inferior.

Es, pues, el Mito Solar una narración que, representando en primer lugar la actividad del Logos o el Verbo en el Cosmos, viene en lugar secundario a resumir la vida de una individualidad que es una encarnación del Logos, uno de Sus excelsos embajadores. El Héroe del mito es presentado comúnmente como Dios o Semidios, y su vida, según se comprenderá por lo que va dicho, ha de ser trazada conforme a la carrera del Sol, que es la sombra del Logos. La parte de carrera consumida durante la vida humana es la comprendida entre el solsticio de invierno y la llegada al zenit en el verano.

El Héroe nace en el solsticio de invierno, muere en el equinoccio de primavera, y, venciendo a la muerte, se eleva en medio del cielo.

A este respecto son interesantes las siguientes observaciones, aunque se refieren al mito de un modo más general, como una alegoría que semeja verdades internas: "Alfredo de Vigny ha dicho que la leyenda a veces contiene más verdad que la historia, porque la leyenda no da cuenta de los hechos, a menudo incompletos y abortivos, sino del genio mismo de los grandes hombres y de los grandes pueblos. Este hermoso pensamiento es sobre todo aplicable al Evangelio, pues en él no se contiene la mera narración de lo que ha sido, sino además el relato sublime de lo que es y de lo que siempre será. Siempre será el Salvador del mundo adorado por los reyes de la inteligencia que representan los Magos; siempre El multiplicará el pan de la eucaristía para alimento y fortaleza de nuestras almas; cuando en negra noche y en medio de la tormenta le invoquemos, vendrá siempre a nosotros, andando sobre las aguas, y extenderá siempre Su mano para ayudarnos a caminar sobre las olas; siempre acudirá en los desórdenes de nuestra mente, y devolverá a nuestros ojos la luz perdida; y luminoso y transfigurado se presentará siempre en el Tabor a sus devotos, interpretando la ley de Moisés y desplegando el celo de Elías" (5).

Ya veremos que los mitos están íntimamente relacionados con los misterios, pues parte de éstos eran la vívida representación pictórica de lo que ocurre en los más elevados mundos, la cual venía al cabo a tomar la forma de mito. En los Pseudo-Misterios las reproducciones pictóricas de los misterios verdaderos se representaban mutiladas en un drama, ejecutado por actores; y muchos de los mitos secundarios son estos mismos dramas puestos en escritura.

El amplio bosquejo de la historia del Dios Sol es muy claro: su accidentada vida se comprende dentro de los primeros seis meses del año solar; los seis restantes se dedican a la protección y conservación general. Nace siempre en el solsticio de invierno, después del día más corto del año, a la media noche del 24 de Diciembre, cuando el signo de Virgo se eleva sobre el horizonte; nacido en tal coyuntura, nace siempre de una virgen después de haber dado a luz a su Hijo Sol, como el signo celeste de Virgo sigue inmutable e inmaculado cuando el Sol surge de él en el cielo. Débil y desvalido como niño ha venido a la vida durante los días más cortos y las noches más largas -para nosotros que estamos al Norte del ecuador-, se encuentra rodeado de peligros en su infancia. El reino de las tinieblas es mucho más largo que el suyo en sus primeros días. Pero vive a pesar de todos los peligros que le amenazan; los días se prolongan hacia el equinoccio de primavera, y llega el momento de pasar de uno a otro extremo, de cruzar -la crucifixión-, cuya fecha varía con cada año. A veces se encuentra al Dios Sol esculpido dentro del círculo del horizonte, con la cabeza y los pies tocando la circunferencia al Norte y al Sur, y, extendidos los brazos, toca con las manos el Este y el

Oeste. -"El está crucificado." Después de esto se eleva triunfante y sube a los cielos, y madura el grano y el racimo, dándoles de su vida misma para que se forme su sustancia, y, mediante ella, la de sus adoradores. El Dios nacido al amanecer del 25 de Diciembre, es crucificado siempre en el equinoccio de primavera, y siempre entrega su vida para alimento de sus adoradores-. Estos son los distintivos más salientes del Dios Sol. Lo fijo de la fecha del nacimiento y lo variable de la muerte tienen significación muy grande, cuando observamos que la primera es la de una posición fija del Sol, y la segunda la de una posición variable del mismo. "La Pascua de Resurrección" es movable, y se calcula por las posiciones relativas del Sol y de la luna: cosa impropia para fijar el aniversario de un acontecimiento histórico pero muy natural e inevitable cuando se trata de calcular una festividad del Sol. Fechas variables que no indican la historia de un hombre, sino que apuntan al Héroe de un mito solar.

Estos sucesos están reproducidos en las vidas de los diversos Dioses Solares, de cuyas imágenes hay ejemplos abundantes en la antigüedad. La Isis de Egipto, como María de Bethlehem, era nuestra Señora Inmaculada, Estrella del Mar, Reina del Cielo, Madre de Dios. Representábasela de pie sobre la media luna, y coronada de estrellas, dando de mamar a su hijo Horus, y con la cruz detrás del niño sentado en la falda de su madre. El signo de Virgo del Zodíaco se encuentra representado en antiguos dibujos por una mujer amamantando un niño; éste es el tipo de todas las futuras Madonas con sus divinos hijos, el cual muestra el origen del símbolo. Así se ve también la figura de Devaki con el divino Krishna en sus brazos, y así la de Mylitta, o Istar, de Babilonia, con la especial corona de estrellas y su hijo Tammuz en las rodillas; Mercurio y Esculapio, Baco y Hércules, Perseo y los Dioscuros, Mithra y Zarathustra, tuvieron todos nacimientos divinos y humanos.

La relación del solsticio de invierno con Jesús es también significativa. El nacimiento de Mithra se celebraba en el solsticio de invierno con grandes regocijos, y Horus nacía también por entonces: "Su nacimiento es uno de los mayores misterios de la religión (egipcia). Sus representaciones aparecían pintadas en los muros de los templos. . . Era el hijo de la Divinidad. En la época de las pascuas, o sea en la correspondiente a esta festividad nuestra, su imagen se sacaba del santuario con ceremonias peculiares, lo mismo que la imagen del niño Bambino se saca y se exhibe todavía en Roma" (6).

Sobre la fijación del 25 de Diciembre como la fecha del nacimiento de Jesús, dice Williamson lo que sigue: "Todos los cristianos saben que el 25 de Diciembre es ahora el día designado para la festividad del nacimiento de Jesús, pero pocos están enterados de que no siempre ha sido así. Dícese que han habido ciento treinta y seis fechas distintas asignadas a tal hecho por las diversas sectas cristianas. Lightfoot da la del 15 de Septiembre, otros la de Febrero o Agosto. Epifanio menciona dos sectas, una que lo celebraba en Junio y otra en Julio. La cuestión fue resuelta al fin por el papa Julio I en el año 337; y San Crisóstomo escribía en 390: "Este día (esto es, el 25 de Diciembre) también se fijó últimamente en Roma para el nacimiento de Cristo, con el propósito de que mientras los paganos estuviesen ocupados en sus ceremonias (las Brumalias en honor de Baco), pudiesen los cristianos celebrar tranquilamente sus ritos." Gibbon, en su obra *Decline and Fall of the Roman Empire*, escribe: "Los (cristianos) romanos, tan ignorantes como sus hermanos de la verdadera fecha del nacimiento de Cristo, fijaron la solemne festividad el 25 de Diciembre, día de las Brumalias o del solsticio de invierno, en el cual celebraban anualmente los paganos el nacimiento del Sol." King, en sus *Gnostics and their Remains*, dice también: "La antigua fiesta del 25 de Diciembre en honor del natalicio del Uno Invencible (7), celebrada con grandes juegos en el Circo, fue en adelante transferida a la conmemoración del nacimiento de Cristo, cuya fecha precisa confiesan muchos Padres de la Iglesia que era entonces desconocida."

Y al presente el canónigo Farrar dice que: "es inútil todo intento para descubrir el mes y día de la natividad; no existen datos con que poderlos determinar ni aun siquiera de un modo aproximado." De todo lo cual resulta que la gran festividad del solsticio de invierno se venía celebrando desde tiempos antiguos y en países apartados para honrar la memoria del nacimiento de un Dios, a quien casi invariablemente se designa como un "Salvador", y a cuya madre se llama una virgen pura. Las notables semejanzas que se han señalado, no sólo en lo que respecta al nacimiento, sino también en lo que se refiere a la vida de estos Dioses Salvadores, son demasiado numerosas para que se las considere como una mera coincidencia". (8)

También vemos un mito relacionado con la personalidad histórica del Señor Buda. Bien conocida es la narración corriente en la India sobre su vida, donde la historia del nacimiento se presenta en forma sencilla y humana. Pero en las relaciones chinas nace de una virgen, Mayadevi con lo que el mito arcaico hace de El un nuevo Héroe.

Asimismo dice Williamson que los pueblos celtas encendían y aun encienden hogueras en las colinas el 25 de Diciembre, que entre los montañeses de Irlanda y Escocia llevan todavía el nombre de Bheil o Baaltine: esto es la denominación de su antigua Deidad, Bel, Bal o Baal, el Dios Sol, aunque ahora las enciendan en honor de Cristo (9).

Bien pensado, las fiestas de Navidad deberán ofrecer a los amantes de Cristo nuevos motivos de santificación y de regocijo, al considerarlas como continuación de una antigua solemnidad celebrada en todo el mundo desde los tiempos más remotos. Ciertamente, las campanas anunciadoras de tal festividad suenan a través de toda la historia humana, pues su armonioso repique sale del fondo de las tinieblas de las edades más primitivas. El sello de la verdad se encuentra en la aceptación universal, no en la posesión del exclusivismo.

Ya hemos dicho que la fecha de la muerte no es fija como la del nacimiento. La primera se calcula de conformidad con las posiciones relativas del Sol y de la Luna en el equinoccio de primavera, variando, por tanto, en cada año; y en tal relación vemos celebrarse la fecha de la muerte de todos los Héroes Solares. El animal elegido por símbolo del Héroe es el signo del Zodíaco en que está el Sol en el equinoccio primaveral del año correspondiente, el cual varía con la precesión de los equinoccios. Oannes de Asiria tenía el signo de Piscis, el Pez, y en esta forma se le representaba. Mithra tenía el de Tauro, por lo cual figura montado en un toro; y a Osiris se rendía culto como Osiris-Apis, o Serapis, el Toro. Merodach de Babilonia era adorado como un toro, y así lo fue también Astarte de Siria. Cuando el Sol está en el signo de Aries, el carnero o cordero, vemos otra vez a Osiris como carnero, e igualmente a Astarte y a Júpiter Ammon. Este mismo animal vino a ser el símbolo de Jesús -el Cordero de Dios.

El empleo del Cordero como símbolo suyo con frecuencia puesto en la cruz, es muy común en las esculturas de las catacumbas. Sobre esto dice Williamson: "Andando el tiempo fue el Cordero representado en la cruz, hasta que el sexto concilio de Constantinopla, celebrado hacia el año 680, ordenó que en lugar del antiguo símbolo se pusiese la figura de un hombre sobre la cruz. Confirmó este canon el papa Adriano I" (10). Fue también aplicado a Jesús el muy antiguo símbolo de Piscis, y así se le encuentra pintado en las catacumbas.

La muerte y resurrección del Héroe Solar en el equinoccio de primavera o cerca de él, se encuentran tan ampliamente difundidas, como su nacimiento en el solsticio de invierno. En tal época moría Osiris a manos de Tifón, y se le figuraba en el círculo del horizonte, con los brazos extendidos, como si estuviese crucificado -postura que originalmente significaba que bendecía, no que padecía sufrimientos. Llorábase anualmente la muerte de Tammuz en Babilonia y en Siria por el equinoccio de

primavera, así como también la de Adonis en Siria y Grecia, y la de Attis en Frigia, donde se hacía su efigie "como un hombre clavado con un cordero a sus pies" (11).

Igualmente se solemnizaba en Persia la muerte de Mithra. Y en Grecia la de Baco y Dionisio, que son uno mismo. En México reaparece la misma idea, como de ordinario acompañada de la cruz.

En todos los casos al duelo de la muerte sucedía inmediatamente los regocijos de la resurrección, y a este propósito es interesante observar que el nombre Easter (que es el nombre inglés de la Pascua de resurrección y que se pronuncia Ister) se remonta a la virgen madre del muerto Tammuz: Ishtar (12).

Es también interesante el hecho de que el ayuno que precede a la muerte en el equinoccio primaveral -la Cuaresma moderna- se encuentra en México, Egipto, Persia, Babilonia, Asiria, Asia Menor, y en algunos casos definitivamente por cuarenta días (13).

En los Pseudo-Misterios se ponía en drama la historia del Dios Sol, y en los antiguos Misterios el Iniciado constituía su vida con ella: de aquí que los "mitos" solares y los grandes hechos de la Iniciación viniesen a quedar estrechamente enlazados. Por esto cuando el Cristo Maestro llegó a ser el Cristo de los Misterios, las leyendas de los Héroes más antiguos de estos Misterios se agruparon en torno suyo, y de nuevo se aplicaron al último Instructor divino las historias que, como representante del Logos en el Sol, le correspondían.

Entonces el festival de su natalicio se fundió en la fecha inmemorial cuando el 'Sol nació de la Virgen, cuando a la media noche, las tinieblas del espacio, se llenaron de regocijadas huestes de seres celestiales, y

Muy temprano, muy temprano nació Cristo,

Cuando se le aplicó la gran leyenda del Sol, fue adoptado el signo del Cordero para Su crucifixión, así como el de la Virgen se habría adoptado para su nacimiento. Hemos visto que el Toro fue consagrado a Mithra y el Pescado a Oannes; por idéntica razón fue el Cordero consagrado a Cristo; era el signo del equinoccio de primavera en el período de la historia en que cruzó el gran círculo del horizonte, en que fue "crucificado en el espacio."

Estos mitos solares, siempre repetidos a través de los siglos, con un Héroe de diferente nombre en cada nueva aparición, no pueden quedar inadvertidos para el hombre estudioso, aunque los ignore, como es natural, el simple devoto; y cuando se les emplea como arma para mutilar o destruir la majestuosa figura de Cristo, hay que hacerles frente, no para negar los hechos sino para comprender el significado más profundo de las narraciones: las verdades espirituales que las leyendas expresan bajo su velo.

¿Por qué se han mezclado estas leyendas con la historia de Jesús, condensándose en torno suyo como personaje histórico? Son éstas, en realidad, narraciones que no incumben de modo particular a un individuo llamado Jesús, sino que pertenecen al Cristo universal, a un Hombre que simbolizaba a un Ser Divino y que representaba una verdad fundamental de la Naturaleza; a un Hombre que cumplió cierto cometido y tuvo una posición característica respecto de la humanidad, guardando con ella especial parentesco, renovando una edad tras otra, conforme las generaciones sucedían a las generaciones y las razas daban lugar a otras razas. De aquí que Cristo, como todos los otros, fuese el "Hijo del Hombre", título peculiar y distintivo, el título de un cargo, no de un individuo.

El Cristo del Mito Solar fue el Cristo de los Misterios; y así encontramos el secreto del Cristo mítico en el Cristo místico.

Notas del capítulo 5

- (1) Vol. II, Justino Mártir, Apología Primera, párrafos LIV, LXII y LXVI.
- (2) Ibid, Apología Segunda, pár. XIII.
- (3) Vol. VII, Tertuliano. Sobre el Bautismo, cap. V.
- (4) El lector estudioso puede ver la narración de la "Cueva" y de sus habitantes de Platón, teniendo presente que era un Iniciado. República, lib. VII.
- (5) Eliphaz Levi. *The Mysteries of Magic*, pág. 48.
- (6) Bonwick. *Egyptian Belief*, pág. 157. Citado en *Great Law*, página 26, por Williamson.
- (7) La festividad "Natalis Solis Invicti", natalicio del Sol Invencible.
- (8) Williamson. *The Great Law*, págs. 40-42. Los que deseen estudiar este asunto de las Religiones Comparadas, no pueden hacer nada mejor que leer *The Great Law*, cuyo autor es profundamente religioso y cristiano.
- (9) Ibid. págs. 36-37.
- (10) *The Great Law*, pág. 116.
- (11) Ibid, pág. 58.
- (12) Ibid, pág. 56.
- (13) *The Great Law*, págs. 120-123.

CAPITULO VI

EL CRISTO MISTICO

Ya nos acercamos a ese aspecto más profundo de la historia del Cristo que le da su más positiva influencia sobre los humanos corazones. Ya nos acercamos a esa vida eterna que brota de manantial invisible, y cuya espléndida corriente de tal modo envuelve a su representante, que deslumbra a los mortales y los agolpa en torno suyo, antes dispuestos a repeler aún los mismos hechos históricos, que a rechazar una verdad que como esencia de la vida superior intuitivamente reconocen. Nos acercamos al sagrado recinto de los Misterios, donde levantaremos una punta del velo que oculta el santuario.

Hemos visto que retrocediendo a la antigüedad cuan lejos es posible, siempre encontramos reconocida en todas partes la existencia de una enseñanza oculta, de una doctrina secreta transmitida por los Maestros de Sabiduría en condiciones rigurosas y ceñidas a candidatos aprobados. Eran estos candidatos iniciados en "Los Misterios", nombre que en la antigüedad comprendía, según hemos visto, lo más espiritual de la religión, lo más profundo de la filosofía, lo más valioso de la ciencia. Por estos Misterios pasaron todos los grandes Instructores de los tiempos antiguos, entre los cuales eran los más grandes los Hierofantes. Los que se dieron a la luz del mundo para hablar del Universo invisible, atravesaron antes el portal de la Iniciación y aprendieron allí el secreto de los Santos Seres de sus propios labios; todos ellos vinieron acompañados de la misma historia de la cual son versiones los mitos solares, idénticos en sus rasgos esenciales, y distintos sólo en el color local.

Esta historia es en su origen la del descenso del Logos a la materia; y el Dios Sol es su símbolo propio, puesto que el Sol es su Cuerpo, por lo que con frecuencia se le señala como "Aquel que mora en el Sol". Bajo cierto aspecto, el Cristo de los Misterios es el Logos que desciende a la materia, siendo el gran Mito del Sol la enseñanza popular de esta verdad sublime. Como en los casos anteriores, el Divino Maestro que trajo la Antigua Sabiduría y la publicó de nuevo en el mundo, fue considerado como una manifestación especial del Logos, y así fueron sucesivamente aplicadas al Jesús de las Iglesias las narraciones pertenecientes a este gran Ser; de este modo vino a quedar identificado en el lenguaje cristiano, con la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Logos o la palabra de Dios (1) , y los acontecimientos salientes referidos en el mito del Dios Sol, vinieron a ser los acontecimientos salientes de la historia de Jesús, considerado como la Divinidad encarnada, el "Cristo mítico". Y así como en el macrocosmo, o sea el Cosmos, el Cristo de los Misterios representa al Logos, o Segunda Persona de la Trinidad, así también en el microcosmo, o sea el individuo humano, representa el segundo aspecto del Espíritu Divino en el hombre; por donde en éste se le llame "el Cristo" (2) . El segundo aspecto del Cristo de los Misterios es, pues, la vida del Iniciado, la vida en que se entra a la gran Iniciación primera; durante ella, el Cristo nace en el hombre, y más tarde se desarrolla en él. Para comprender esto mejor, se hace preciso examinar las condiciones que al candidato a la Iniciación se imponen, y estudiar además la naturaleza del Espíritu del hombre.

Sólo aquéllos podían considerarse candidatos a la Iniciación que fuesen ya buenos, según entienden la bondad los hombres, conforme a la medida estricta de la ley. Puros, santos, sin mancha, libres de pecado, su vida sin trasgresión, eran frases empleadas para señalarlos (3). Debían también ser inteligentes, tener bien desarrollado su entendimiento y ser bien educados (4). La evolución realizada en el mundo, una vida tras otra, por el desarrollo y amaestramiento de los poderes mentales, de las emociones y del sentido moral, por las enseñanzas adquiridas de las religiones esotéricas, por el cumplimiento de

los deberes y por el esfuerzo hecho para ayudar y elevar a los demás, cosa ésta perteneciente a la vida ordinaria del hombre que está en curso de desenvolverse. Cuando todo esto se ha logrado, el hombre se ha hecho "un hombre bueno" –el Chrístos de los griegos- y todo esto ha de alcanzarse, antes que pueda ser el Chrístos, el Ungido. Después que ha llegado al colmo de la vida buena exotérica, está a punto de ser candidato a la esotérica, y entonces comienza a prepararse para la Iniciación, mediante el cumplimiento de determinadas condiciones.

Estas condiciones señalan los términos de los atributos que debe adquirir, y en tanto trabaja para darles vida, va andando por el Sendero Probatorio, que así suele llamarse el Sendero que conduce a la "Puerta Estrecha", más allá de la cual está el "Camino Angosto" o "Sendero de Santidad": el "Camino de la Cruz". No es indispensable que lleve a la perfección el desarrollo de estos atributos, pero sí que haya hecho ciertos progresos en todos ellos, para que el Cristo pueda nacer en él. Tiene que preparar una morada pura para el Divino Niño que en él ha de desarrollarse.

De estos atributos, mentales y morales todos, es el primero el Discernimiento; significa esto que el aspirante debe poner por obra el apartar en su mente lo Eterno de lo Temporal, lo Real de lo Ilusorio, lo Verdadero de lo Falso, lo Celestial de lo Terreno. "Las cosas que se ven son temporales" -dice el Apóstol- "mas las cosas que no se ven son eternas" (5). Viven los hombres constantemente sometidos al espejismo de lo que se ve, el cual los ciega para lo que no se ve. El aspirante debe aprender a distinguirlos, de modo que lo que para el mundo no es real, sea real para él, y lo que es real para el mundo, le aparezca ilusorio; pues sólo así es posible "andar por fe, no por vista" (6). Y así también debe el hombre llegar a ser uno de aquellos a quienes señalaba el Apóstol como de edad cumplida, aquellos, "que, por la costumbre, tienen ya los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal" (7). Seguidamente este sentido de la falta de realidad ha de producir en él Disgusto por lo ilusorio y pasajero, meras cortezas de la vida, impropias para satisfacer el hambre, a no ser el hambre de los cerdos (8). Esta etapa del desarrollo se halla enérgicamente presentada por Jesús con su lenguaje enfático, encaminado a impresionar vivamente el ánimo de su auditorio, en estas palabras: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre y madre, y mujer e hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo" (9). Dura es, en verdad, esta sentencia, y, sin embargo, de semejante aborrecimiento, traído al discurso como antítesis de los afectos egoístas y exclusivos, tales como los entiende el mundo, ignorante de la Unidad Suprema que todo lo funde en un afecto único y sumo, habrá de surgir un día un amor más profundo y verdadero; etapa es ésta ineludible en el camino hacia la "Puerta Estrecha". Luego el aspirante debe adquirir el Dominio de sus pensamientos, lo que le llevará al Dominio de sus acciones, pues para el ojo interno es el pensamiento lo mismo que la acción: "Cualquiera que mira la mujer para codiciarla, ya adulteró con ella su corazón" (10). También ha de lograr el Sufrimiento, pues los que aspiran a andar "el Camino de la Cruz", tienen que afrontar penalidades amargas y duraderas, y deben aperebirse para sostenerse en ellas "como viendo al invisible" (11). A esto añadirá la Tolerancia, si quiere ser hijo del Padre "que hace que su sol salga sobre malos y buenos, y llueva sobre justos el Equilibrio descrito por el Apóstol (12). Finalmente, debe adquirir la Fe, para la cual nada hay imposible (13). Además, debe sólo buscar "las cosas de arriba" (14) y aspirar con ansia a la bienaventuranza de la visión de Dios y de su unión con El (15).

El hombre que ha logrado estas cualidades en su carácter, es tenido por apto para la Iniciación, y entonces los Guardianes de los Misterios le abren la Puerta Estrecha. Así, y sólo así, logrará ser el candidato dispuesto.

Ahora bien; el Espíritu que en el hombre mora, es don de la Suprema Deidad, que en sí contiene los tres aspectos de la Vida Divina (Inteligencia, Amor, Voluntad), por ser imagen de Dios. A medida que evoluciona, desarrolla en primer lugar el aspecto Inteligencia, esto es, desarrolla el intelecto, lo cual se verifica, en la vida ordinaria del mundo.

Realizado esto en alto grado, y unido al desarrollo moral, se eleva el hombre a la condición de candidato. El segundo aspecto del Espíritu es Amor, y su evolución es la evolución del Cristo. Este desarrollo se obtiene en los Misterios verdaderos; la vida del discípulo constituye el Drama del Misterio, y las Grandes Iniciaciones señalan sus diversos actos. Para mostrar los Misterios en el plano físico, se acostumbraba representarlos de un modo dramático, ajustándose las ceremonias, bajo muchos respetos, "al modelo" siempre seguido "en la Montaña", como sombras de las grandiosas Realidades del mundo espiritual: única cosa perceptible en tiempos degenerados.

Es, pues, doble el concepto del Cristo Místico: el Logos, la Segunda Persona de la Trinidad en su descenso a la materia, y el Amor, o el segundo aspecto del Espíritu Divino desarrollándose en el hombre. El uno representa procesos cósmicos que han tenido lugar en el pasado: es la raíz del Mito Solar. El otro representa un proceso que se realiza en el individuo, la etapa final de su evolución humana: es el origen de muchos de los pormenores del Mito. Ambos contribuyeron a las narraciones evangélicas, y juntos constituyen la Imagen del "Cristo Místico".

Consideremos primero al Cristo cósmico, la Divinidad envuelta en materia, la encarnación del Logos, el Dios hecho carne.

Cuando la materia que había de formar nuestro sistema solar fue separada del océano infinito de materia que llena el espacio, la Tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, vertió su vida en ella para animarla y, en su consecuencia, hacerla apta para ser modelada. Esta función, o sea el agregarle y el darle forma, corresponde a la vida del Logos, la Segunda Persona de la Trinidad, la cual se sacrificó, imponiéndose las limitaciones de la materia, y constituyéndose en el "Hombre Celeste", en cuyo Cuerpo todas las formas existen, como partes integrantes suyas. Esta era la historia cósmica mostrada en los misterios a modo de drama -se entiende en los verdaderos Misterios, donde se representa conforme ocurrió en el espacio, pues en los Misterios del plano físico se representa por medios mágicos o de otra especie, y a veces con la intervención de actores.

Los procesos escritos están expuestos con gran claridad en la Biblia. Cuando el "Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas", las tinieblas reinaban "sobre la haz del abismo" (16); el gran abismo de materia no exhibía forma alguna, estaba vacío; era el principio. La Forma la dio el Logos, el Verbo,

del cual está escrito: "Todas las cosas por El fueron hechas; y sin El nada de lo que se ha hecho, fue hecho" (17). C. W. Leadbeater lo ha expresado muy bien: "El resultado de esta gran emanación primera (el "movimiento" del Espíritu) es el despertamiento de esa admirable y gloriosa vitalidad que compenetra toda la materia y electriza sus átomos en los diversos planos, los cuales, por más inertes que aparezcan a nuestra turbia mirada física, desarrollan, en su virtud, toda suerte de atracciones y repulsiones, antes latentes, y entran en combinaciones de todo género" (18).

Sólo cuando esta obra del Espíritu se hubo terminado, pudo el Logos, el cósmico Cristo Místico, revestirse de materia, entrando en el que es, a la verdad, el vientre de la Virgen, la matriz de la Materia, virgen todavía, -improductiva. Esta materia había sido vivificada por el Espíritu Santo, el cual, cobijando a la Virgen, vertió en ella Su vida, disponiéndola así para recibir la vida del Segundo Logos, que "tomó esta materia para

vehículo de sus energías. Esta es la encarnación del Cristo, su hacerse carne- "Tú no desdeñaste el vientre de la Virgen."

En las versiones latina e inglesa del texto original griego del Credo de Nicea, han sido cambiadas las preposiciones de la frase que describe este aspecto del descenso, con lo cual se "ha cambiado también su sentido. El original dice: "y fue encarnado del Espíritu Santo y de la Virgen María"; mas la traducción dice: "y fue encarnado por el Espíritu Santo de la Virgen María" (19). El Cristo "tomó forma, no de la materia "Virgen" solamente, sino de la materia ya impregnada y palpitante con la vida del Tercer Logos (20), de modo que entrambas, vida y materia, Le envuelven como una vestidura" (21).

Este es el descenso del Logos a la materia, descrito como el nacimiento del Cristo de una Virgen; en el Mito Solar se convierten en el nacimiento del Dios Sol, cuando aparece el signo de Virgo.

Comienzan luego los esbozos de la obra del Logos en la materia, simbolizados con propiedad en la infancia de que habla el mito. Sus majestuosos poderes se someten a todas las debilidades de la infancia, manifestándose muy poco a través de las tiernas formas que anima. La materia aprisiona y aun parece amenazar de muerte a su Rey niño, cuya gloria está velada por las limitaciones que se ha impuesto. Mas El la moldea lentamente en prosecución de altos fines, y la eleva a la virilidad, y se extiende entonces sobre ella en cruz, para verter desde allí todos los poderes de Su entregada vida. Este es el Logos de quien dijo Platón que estaba en forma de cruz sobre el universo; este es el Hombre Celeste, fijo en el espacio, los brazos extendidos en actitud de echar bendiciones; este es el Cristo crucificado, cuya muerte sobre la Cruz de la materia, la llena toda con Su vida. Muerto al parecer realmente y sepultado; mas se levanta de nuevo, revestido de la materia misma en que pareció sucumbir, y eleva al cielo Su ya resplandeciente cuerpo, y allí recibe la fluyente vida del Padre, y se constituye en vehículo de la vida inmortal del hombre, cuya alma el Logos envuelve a Su propia vida, haciéndole cesión de ella para que pueda existir a través de las edades, y desarrollarse y crecer hasta lograr Su misma estatura. En verdad, de El estamos revestidos, primero de un modo material, y después espiritualmente. El se sacrificó para llevar muchos hijos a la gloria, y con nosotros está siempre, hasta la consumación de los siglos.

Así, pues, la crucifixión de Cristo es parte del gran sacrificio cósmico; y la representación alegórica de él en los Misterios físicos, y el sacro símbolo del hombre crucificado en el espacio fueron materializados en una muerte real por crucifixión, y en un crucifijo con una forma humana moribunda; después esta historia, convertida ya en la historia de un hombre, fue aplicada al Divino Maestro Jesús, viniendo a ser la historia de Su muerte física; así como el nacimiento de una Virgen, la infancia rodeada de peligros, la resurrección y la ascensión vinieron también a ser incidentes de Su vida humana. Los Misterios desaparecieron, pero sus grandiosas y gráficas representaciones de la obra cósmica del Logos circundaron y realizaron la muy amada figura del Maestro de Judea; y así, el Cristo cósmico de los Misterios, con el perfil del Jesús histórico, llegó a constituir la Figura Central de la Iglesia Cristiana.

Pero no fue esto todo; faltaba el último toque para hacer arrebatadora la figura del Cristo, y éste lo dio a su historia otro Cristo de los Misterios, íntimo y caro al corazón del hombre: el Cristo del Espíritu humano, el Cristo que está en todos nosotros, que nace, vive, y es crucificado, y resucita de entre los muertos, y sube a los cielos en cada "Hijo del Hombre" sufrido y triunfante.

La biografía contenida en los Evangelios es la relación de la vida de todos los iniciados en los verdaderos Misterios, en los Misterios celestes, consignada en sus rasgos más prominentes. Por eso habla San Pablo, como hemos visto (22), del nacimiento del Cristo en el discípulo, y de Su evolución y completo crecimiento en él. Cada hombre es un

Cristo en potencia, y el desarrollo de la vida del Cristo en un hombre sigue los rasgos de la historia evangélica en sus más notables incidentes, los cuales son universales, y no particulares, según hemos observado.

Cinco grandes Iniciaciones hay en la vida de un Cristo, cada una de las cuales señala una etapa en el desarrollo de la Vida de Amor. En la actualidad se imponen, como en los tiempos antiguos; y la última determina el triunfo final del hombre que ha trascendido la naturaleza humana, que ha logrado la divina, que se ha convertido en Salvador del mundo.

Vamos a dar un bosquejo de la historia de esta vida, repetida una y otra vez en las existencias que se entregan a la espiritualidad, y veremos cómo el iniciado va pasando por la vida del Cristo.

A la primera gran Iniciación el Cristo nace en el discípulo; entonces, por vez primera, encuentra en sí mismo la explicación de lo que significa el saturarse del Amor divino, pues experimenta el maravilloso cambio de sentirse uno con todo lo que alienta. Esto es el "Segundo Nacimiento", por el cual se regocijan las huestes celestiales, pues él ha nacido en "el reino de los cielos", como un "pequeñuelo", como "un niño", nombres siempre atribuidos a los nuevamente iniciados. Esto significan las palabras de Jesús, de que un hombre tiene que volverse niño para entrar en el reino de los cielos (23).

Gran sentido tiene lo dicho por algunos de los primitivos escritores cristianos de que Jesús "nació en una cueva" -"establo" en la narración evangélica. La "Cueva de la Iniciación" es una frase antigua muy conocida, y el Iniciado nace siempre en ella; sobre esta cueva, "donde está el tierno niño", brilla la "Estrella de la Iniciación", la Estrella que aparece al Oriente siempre que nace un niño Cristo. Cada uno de estos niños está rodeado de peligros y amenazas, extraños riesgos que no corren otros niños, pues aquéllos están ungidos del crisma del segundo nacimiento, y los Poderes Tenebrosos del mundo invisible ponen todo su empeño en destruirlos. Mas, a despecho de todas sus asechanzas, alcanzan la virilidad, porque el Cristo, una vez nacido, no puede perecer; una vez comenzado su desarrollo, tiene que llegar al término de su evolución; y su preciosa vida se ensancha y crece, y su sabiduría y talla espiritual van siempre en aumento, hasta que le llega la hora de recibir la segunda gran Iniciación -el Bautismo del Cristo por el Agua y el Espíritu-, que lo invierte de los poderes necesarios, para ser Maestro y ofrecerse al mundo, y trabajar en él como "el Hijo muy Amado".

Entonces desciende sobre él en amplia medida el Espíritu divino, y la gloria del Padre invisible in envuelve con sus irradiaciones purísimas; pero a partir de este momento de dicha suprema, es llevado por el Espíritu al desierto, y puesto una vez más a prueba de fieras tentaciones. Pues como entonces los poderes del Espíritu están desarrollándose en él, los Seres Tenebrosos hacen esfuerzos para deslumbrarlo y apartarle de su camino, procurando seducirlo con sus poderes mismos, a fin de que los emplee en provecho propio, en vez de entregarse a su Padre con paciente confianza. En las rápidas y súbitas transiciones que ponen a prueba su fortaleza y su fe, el Tentador encarnado murmura en sus oídos tan pronto como ha sonado la voz del Padre, y las ardientes arenas del desierto abrasan sus pies, poco antes bañados en las frescas aguas del río Santo. Vencedor de estas tentaciones, pasa al mundo de los hombres, para ayudarlos con el ejercicio de los poderes que no quiso emplear en la satisfacción de sus necesidades; y el que se resistió a convertir en pan una piedra, para calmar sus apremiantes deseos, alimenta "a cinco mil hombres, más las mujeres y los niños", con unos cuantos panes.

En su vida de sacrificio incesante goza de otro breve período de gloria: sube "a una alta Montaña apartada" -la sagrada Montaña de la Iniciación-, y allí se transfigura, y se reúne con algunos de sus grandes Predecesores, los Seres Poderosos de los antiguos tiempos, que anduvieron los caminos que él está andando. De este modo pasa por la

tercera gran Iniciación, y entonces se le aparece la sombra de su Pasión cercana, a pesar- de la cual, rechazando las palabras tentadoras de uno de sus discípulos, se dirige con firmeza a Jerusalén, donde le aguarda el bautismo del Espíritu Santo y del Fuego.

Después del Nacimiento, la persecución de Herodes; después del Bautismo, la tentación en el desierto; después de la Transfiguración, la sombra del último trance en el Camino de la Cruz. Las pruebas siguen a los triunfos hasta que se alcanza la meta.

Sigue aún creciendo la vida de amor, más completa y perfecta cada día, y cada vez con mayor notoriedad sigue el Hijo del Hombre apareciendo como el Hijo de Dios, hasta que, acercándose el momento de la lucha final, la cuarta gran Iniciación lo lleva en triunfo a Jerusalén, a la vista de Getsemani y del Calvario. En esa hora es el Cristo dispuesto a ser ofrecido, pronto para el sacrificio de la cruz. Tiene que afrontar entonces la amarga agonía del Jardín, cuando hasta sus elegidos duermen, mientras él, en la zozobra de su mortal angustia, ruega por un momento que la copa sea apartada de sus labios; pero al fin triunfa su voluntad poderosa, y, extendiendo su brazo, coge la copa y la apura, en tanto que un el se le aparece en su soledad y le fortifica, como hacen los ángeles siempre que ven un Hijo del Hombre abrumado bajo el peso de su agonía. Al salir de allí, otras bebidas amargas se le ofrecen: la traición, la negación, el abandono; y solo entre enemigos que le escarnecen, entra en la prueba extrema.

Atormentado por el dolor físico, herido por la espina cruel de la duda, despojado de sus hermosas vestiduras de pureza a los ojos del mundo, entregado en manos enemigas, y abandonado, al parecer, de Dios y los hombres, sufre con paciencia cuanto le sucede, esperando con ansia alguna ayuda en el último trance. Expuesto todavía al sufrimiento, crucificado para morir a la vida de la forma, para desprenderse de toda la vida que al mundo inferior corresponde, rodeado de enemigos triunfantes que se burlan de él, se ve envuelto por el último horror del negro abismo, y allí, en la oscuridad, se encuentra enfrente de todas las fuerzas del mal; su visión interna ha cegado; se siente solo, completamente solo; hasta el punto de que su corazón valiente, sumido en la desesperación, grita a su Padre, de cuyo amparo se considera privado; y su alma humana, en absoluto aislamiento, experimenta la terrible agonía de la aparente derrota. Sin embargo, reuniendo toda la fuerza del "invencible espíritu", se desprende de la vida inferior, cuya muerte acepta voluntariamente; y abandonando el cuerpo de deseo, el Iniciado "desciende a los infiernos", para no dejar sin recorrer región alguna del universo donde pueda prestar su ayuda, para que no haya nadie tan proscrito que no pueda alcanzar su amor, que todo lo abarca. y luego, surgiendo de las tinieblas, ve la luz una vez más, se siente de nuevo el Hijo inseparable de su Padre, se eleva a la vida que no tiene fin, radiante con la conciencia de haber afrontado y vencido a la muerte, poderoso para auxiliar en todo extremo a cualquier hijo de hombre y capaz de derramar su vida en toda alma atribulada. Permanece algún tiempo entre sus discípulos para instruirlos, revelándoles los misterios de los mundos espirituales, y preparándoles además para hollar el sendero que él ha seguido; y agotada su vida terrestre, sube a su Padre, y en la quinta gran Iniciación se convierte en Maestro triunfante, lazo entre Dios y el hombre.

Tal es la historia realizada en los verdaderos Misterios de los tiempos antiguos y modernos, y representada dramáticamente por medio de símbolos en los Misterios del plano físico, mitad velados, mitad manifiestos. Tal es el Cristo de los Misterios en Su doble aspecto cósmico e individual. Logos y hombre. ¿Es, pues, de maravillar, que esta historia, vagamente sentida por el místico, aun cuando la ignore, se haya enredado en el corazón, y haya servido de inspiradora a toda vida noble? El Cristo del corazón es, para la mayor parte, Jesús considerado como el Cristo místico humano, luchando, sufriendo, muriendo y, al fin, triunfando: el Hombre en quien la humanidad se ve crucificada y

vuelta a la vida, cuyo triunfo es promesa de victoria para todo aquel que, como El, sea leal en la muerte y aun más allá: Cristo que jamás será olvidado mientras nazca una y otra vez entre los hombres, y el mundo necesite Salvadores, y los Salvadores se entreguen por el mundo.

Notas del capítulo 6

(1) Véase sobre este punto el principio del Evangelio de San Juan I, 1- 5. El nombre de Logos, adscrito al Dios manifestado, dando forma a la materia -"todas las cosas fueron hechas por El"- es platónico, y por tanto, se deriva directamente de los Misterios; siglos antes de Platón se usaba entre los hindúes la palabra Vák, Voz, derivada del mismo origen.

(2) Véase Antes, pág. 82.

(3) Ibid, pág. 64.

(4) Ibid, pág. 59.

(5) II. Cor., IV, 18.

(6) Ibid, V, 7.

(7) Heb., V, 144.

(8) San Lucas, XV, 16.

(9) Ibid. XIV, 26.

(10) San Mateo, V, 28.

(11) Heb., XI, 27.

(12) II. Cor., VI, 8-10.

(13) San Mateo, XVII, 20.

(14) Col., III, I.

(15) San Mateo, V, 8 y San Juan, XVII, 21.

(16) Gen. I, 2.

(17) San Juan I, 3.

(18) The Christian Creed, pág. 29. Es éste un librito de los más valiosos e interesantes, que versa sobre el significado místico de las creencias.

(19) The Christian Creed, pág. 42.

(20) Otro nombre del Espíritu Santo.

(21) Ibid, pág. 43.

(22) Antes, pág. 82.

(23) S, Mateo XVIII, 3.

CAPITULO VII

LA REDENCION

Vamos ahora a estudiar ciertos aspectos de la Vida de Cristo, según aparecen en las doctrinas de las iglesias. Tales aspectos figuran en las enseñanzas exotéricas atribuidos solamente a la personalidad de Cristo; mientras en las esotéricas, si bien se consideran propiedad suya, tienen, sin embargo, su significado primario más completo y más profundo, pues forman parte de la actividad del Logos, desde el cual se reflejan en el Cristo, como así mismo en toda alma que ha desarrollado el Cristo y que sigue el sendero de la Cruz. Así considerados, se verá la profunda verdad que encierran: mientras que en su forma exotérica suelen extraviar la inteligencia y perturbar los sentimientos.

Entre ellos está en primera línea la doctrina de la Redención. Esta enseñanza cristiana no sólo ha sido objeto de rudos ataques por parte de los que se hallan fuera de la comunión sino que, además, ha sido un tormento para muchas conciencias sensibles dentro de ella. Algunos de los más profundos pensadores cristianos de la última mitad del siglo diez y nueve han experimentado las angustias de la duda a propósito de la enseñanza de las iglesias sobre este punto, y han puesto todo su empeño en considerarlo y exponerlo de modo que suavice o explique las nociones más crudas, que se fundan en la lectura, no entendida, de algunos textos profundamente místicos.

En ninguna parte será quizá más oportuna que aquí la advertencia de San Pedro: "Nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito también casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas, entre las que hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras escrituras, para perdición de sí mismos" (1). Pues los textos que hablan de la identidad del Cristo con Sus hermanos los hombres, han sido tergiversados, suponiendo una substitución legal suya por ellos, con lo que les han servido de escape a las resultas del pecado, en vez de inspiración para obrar rectamente.

Era la enseñanza general de la primitiva Iglesia sobre la doctrina de la Redención, que Cristo, como representante de la humanidad, hizo frente y venció a Satán, representante de los poderes tenebrosos, que tenía esclavizada a la especie humana, y arrancando de sus manos la cautiva, la puso en libertad. Mas andando el tiempo, conforme los instructores cristianos fueron perdiendo de vista las verdades espirituales, y reflejando su propia intolerancia y su dureza en el concepto del Padre amante y puro de las enseñanzas de Jesús, presentaron a Aquél encolerizado con los hombres, llegando así paulatinamente a imaginar a Cristo salvándolos de la ira de Dios, en vez de la esclavitud del mal. Introdujéronse entonces frases legales que materializaron más y más la idea espiritual de otros tiempos, y el "sistema de la redención" quedó bosquejado en términos forenses. "Anselmo le puso el sello en su grande obra. Cur Deus Homo, (¿Por qué Dios se hizo hombre?), y la doctrina que paso a paso fue tomando cuerpo dentro de la teología cristiana, llevó desde entonces la firma de la Iglesia. Al tiempo de la Reforma, protestantes y católicos romanos creían igualmente en el carácter de subrogación y de substitución de la obra redentora de Cristo.

Sobre este punto no hubo disputa entre ellos. Pero dejemos a los teólogos cristianos que expongan por sí mismo el carácter de la redención. . . Lutero enseña que "Cristo real y verdaderamente experimentó por toda la especie humana la cólera de Dios, la maldición y la muerte." Flavel dice que "Cristo fue entregado por la cólera de un Dios puro e infinito, a los tormentos mismos del infierno, y esto por mano de su propio padre." La homilía anglicana predica que "el pecado fue el que impelió del cielo a Dios, para

hacerle sentir los horrores y tormentos de la muerte", y que el hombre, tizón del infierno, y esclavo del diablo, "fue rescatado por la muerte de su muy amado y único hijo" ; el "fuego de su ira", "su ardiente cólera" solamente pudo ser "aplacada" por Jesús: "tan grato le fue el sacrificio y oblación de la muerte de su hijo." Más lógico, Edwards juzgó por gran injusticia que el pecado fuese castigado dos veces, y que se impusiese la pena del infierno: castigo del pecado infligido así dos veces; primeramente a Jesús; sustituto de la humanidad, y luego a los condenados, parte de esa humanidad. Por esto se sintió impulsado, en unión de la mayor parte de los calvinistas, a limitar la redención a los elegidos, declarando que Cristo sobrellevó los pecados, no de todo el mundo, sino de los escogidos de entre el mundo; que sufrió, "no por el mundo, sino por aquéllos que tú has puesto en mis manos." Pero Edwards se adhiere firmemente a la creencia de la substitución, y repugna la redención universal, fundado en que "creer que Cristo murió por todos, es el modo más seguro de probar que no murió por nadie, en el sentido en que los cristianos lo han creído hasta hoy."

Declara que "Cristo fue víctima de la cólera divina por los pecados de los hombres"; que "Dios lanzó sobre el pecado su cólera merecida, y que Cristo por el pecado sufrió las penas del infierno." Owen considera las penalidades de Cristo como "una completa y valiosa compensación a la justicia divina por todos los pecados" de los elegidos, y "dice que sufrió el castigo que. . . ellos mismos estaban obligados a sufrir" (2).

En prueba de que estas opiniones fueron autorizadamente enseñadas en las iglesias, escribí más adelante: "Stroud presenta a Cristo apurando "la copa de la cólera divina." Jenkyn dice: "Sus sufrimientos fueron los de aquel a quien Dios despoja y reprueba y abandona." Dwight considera que sufrió "el odio y el desprecio" de Dios. El obispo Jeune nos dice que "después que el hombre hubo hecho todo el mal que pudo, quedóle a Cristo la carga de lo peor: caer en manos de su Padre." El arzobispo Thomson proclama que "las nubes de la cólera divina se condensaron sobre toda la especie humana, mas descargaron sobre Jesús sólo." El "viene a ser para nosotros una maldición y un vaso de ira." Liddon repite el propio concepto: "Los apóstoles enseñan que los hombres son esclavos, y que Cristo pagó en la cruz su rescate. Cristo crucificado fue voluntariamente condenado y maldecido" ; hasta llega a expresarse así: "el preciso cúmulo de ignominia y dolor que la redención requería; y dice que la "víctima divina" satisfizo más de lo que era absolutamente necesario" (3).

Tales son las opiniones contra las cuales el sabio y profundamente religioso Dr. Mc-Leod Cambell escribió su muy conocida obra, *On the Atonement*, libro que contiene muchos pensamientos verdaderos y hermosos; y F. D. Maurice y otros varios cristianos han tratado de librar al Cristianismo del peso de una doctrina tan destructora de las verdaderas ideas acerca de las relaciones entre Dios y el hombre.

A pesar de todo esto, al dirigir una mirada retrospectiva sobre los efectos producidos por esta doctrina, observamos que la creencia en ella, aun en su forma legal -para nosotros exotérica y cruda-, guarda íntima trabazón con algunos de los más elevados desarrollos de la conducta cristiana, y que muchos de los más nobles ejemplares de los creyentes en Cristo han sacado de ella su fortaleza, su inspiración y sus consuelos.

Sería injusto no reconocerlo así. Y, pues, tropezamos con un hecho que nos sorprende por su incongruencia, será bien que nos detengamos en él y tratemos de comprenderlo. Porque si esta doctrina no contuviese más de lo que sus impugnadores de dentro y fuera de las iglesias han visto en ella, si en su verdadero significado fuese tan repulsiva al entendimiento y a la conciencia, como muchos pensadores cristianos pretenden, no hubiese podido ejercer fascinación impulsiva sobre las mentes y los corazones humanos, no hubiese podido ser causa de heroicas abnegaciones, de sacrificios conmovedores y patéticos en pro de la humanidad. Algo más de lo que aparece en la

superficie debe de haber en ella: algún núcleo oculto de vida, misteriosamente transfundida a las almas que de ella han sacado su inspiración. Y en efecto: al estudiarla como uno de los Misterios Menores, daremos con la vida oculta que han absorbido, sin saberlo, esas nobles almas; marchaban al unísono con esa vida que no por la forma en que estaba velada, podría serles repulsiva.

Cuando la estudiemos como uno de los Misterios Menores, nos daremos cuenta de que, para comprenderla, se requiere algún desarrollo espiritual; se necesita tener ya un tanto abiertos los ojos del alma. El asirla exige que su espíritu se haya desenvuelto, siquiera sea de un modo parcial, en nuestra vida.

Sólo aquellos que conocen prácticamente algo de lo que en la abnegación se encierra, son capaces de atisbar el vislumbre de lo que la enseñanza esotérica de esta doctrina expone como manifestación típica de la Ley de Sacrificio. Y aplicada a Cristo, sólo podremos entenderla cuando la veamos como una especial manifestación de la ley universal, como una reflexión aquí abajo del original de arriba, mostrándonos en una vida humana concreta lo que el sacrificio significa.

La Ley de Sacrificio es fundamental en nuestro sistema y en todos los sistemas, y los universos todos son contruidos sobre ella. Se halla en la raíz misma de la evolución, que sólo por ella se hace inteligible. Y en la doctrina de la Redención asume una forma concreta, referente a los individuos que han llegado a cierto grado del desarrollo espiritual, por el que son capaces de aunarse con la especie humana, y convertirse, de hecho y en verdad, en Salvadores de los hombres.

Todas las grandes religiones del mundo han declarado que el universo comienza por un acto de sacrificio, y han introducido la idea .del sacrificio en sus ritos más solemnes. El Hinduismo enseña que el amanecer de la manifestación es obra del sacrificio (4) , que la humanidad es emanada con sacrificio (5) , y que la Divinidad es quien se sacrifica (6). El objeto del sacrificio es la manifestación. La Divinidad no puede manifestarse, sino realizando un acto de sacrificio; y pues, nada puede manifestarse hasta que Ella se manifieste (7), el acto de sacrificio se llama "el amanecer" de la creación.

En la religión de Zoroastro se enseñaba que en la Existencia infinita, incognoscible e inefable se verificó un sacrificio, y apareció el Dios manifestado; Ahura-mazda nació de un acto de sacrificio (8).

En la religión cristiana está indicada la misma idea en la frase: "el Cordero fue muerto desde el principio del mundo" (9), muerto en el origen de las cosas. No cabe referir estas palabras sino a la importante verdad de que no puede formarse un mundo hasta tanto que la Divinidad haya llevado a cabo un acto de sacrificio. Este acto es la limitación de Sí Misma para hacerse manifiesta. "La Ley de Sacrificio pudiera quizá llamarse con más exactitud la Ley de Manifestación o la Ley de Amor y de Vida, pues en todo el universo, desde lo más alto a lo más bajo, es la causa de la manifestación y de la vida (10).

"Ahora bien; si observamos este mundo físico, como más a propósito para nuestro estudio, veremos que en él toda vida, todo crecimiento, todo progreso, así pata las unidades como para las colectividades, dependen de un sacrificio continuo y del sufrimiento y del dolor. El mineral es sacrificado al vegetal, el vegetal al animal, y uno y otro al hombre, y los hombres a los hombres, y todas las formas superiores se quiebran de nuevo para reforzar una vez más con sus constituyentes esparcidos los reinos inferiores. Serie no interrumpida de sacrificios, desde lo más bajo a lo más alto, donde la muestra más señalada de progreso es la conversión del sacrificio involuntario y forzoso en sacrificio espontáneo y apetecido, donde los hombres más grandes y más amados son los sufridores supremos, los espíritus heroicos que trabajan, sufren y mueren para que la humanidad se aproveche de sus dolores. En consecuencia, si el

mundo es obra del Logos, y el progreso del mundo, en conjunto y en detalle, es sacrificio, la Ley de Sacrificio debe responder a algo que radica en la naturaleza del Logos, debe tener su fundamento en la Naturaleza Divina.

Pero avancemos un poco más, y advertiremos que, si ha de existir un mundo, si ha de haber un universo, es preciso que la Existencia Única se condicione a Sí misma, porque sólo así es posible la manifestación; y veremos también que el Logos es el Dios que se limita a Sí mismo. Se limita, por tanto, para manifestarse, y se manifiesta para producir un universo. Mas limitación y manifestación tales no pueden menos de ser un acto de supremo sacrificio. ¿Qué maravilla, pues, que a cada paso muestre el mundo la señal de su origen, y que la Ley de Sacrificio sea la ley del ser, la ley de las vidas derivadas?"

"Además, puesto que se trata de un sacrificio que tiene por fin el que surjan existencias que participen de la felicidad divina, resulta en realidad un acto de verdadera subrogación, un acto ejecutado en substitución y para bien de otros; de aquí el hecho antes indicado de que el progreso es notorio cuando el sacrificio es voluntario y de propia elección; y así tenemos por cierto que la humanidad llega a la perfección en el hombre que se da del todo a sus semejantes, y a costa de sus sufrimientos adquiere para la especie humana excelsos bienes".

"Aquí, en las más altas regiones, está la íntima verdad del sacrificio subrogatorio; y por más desfigurado que se le presente, y por muy degenerado que se le haga aparecer, esta elevada verdad interna lo hace indestructible, eterno, fuente de donde mana la energía espiritual que, en múltiples formas y por innumerables vías, redime al mundo del mal y lo retrotrae a su morada divina" (11).

Cuando el Logos surgió "del seno del Padre" en aquel "Día" en que se dice que fue "engendrado" (12), al amanecer del Día de la Creación o de la Manifestación, en que Dios por Su medio "hizo el universo" (13), El, por Su propia voluntad, se limitó a Sí mismo, formando una esfera (por decirlo así) que contuviera la Vida Divina, y exhibiéndose como orbe radiante de la Divinidad: la Sustancia Divina -interiormente Espíritu, limitación o Materia por fuera. Este es el velo de materia que hace posible el nacimiento del Logos, es María, la Madre del Universo, mediadora indispensable para que lo Eterno se manifieste en el tiempo, para que la Divinidad se exteriorice y construya los mundos.

Esta circunscripción voluntaria, esta limitación de Sí mismo, es el acto de Sacrificio, acción espontánea, ejecutada por razón de amor, para que otras vidas pudiesen producirse en El.

Tal manifestación se ha reputado como una muerte; pues el confinamiento en la materia, comparado con la no imaginable vida de Dios en Sí Mismo, puede, en verdad, llamarse muerte.

Se ha considerado, según hemos visto, como una crucifixión en la materia, y así se ha representado: verdadero origen del símbolo de la Cruz, ya en la conocida forma griega, donde se significa la vivificación de la materia por el Espíritu Santo, ya en la forma latina donde se figura el Hombre Celeste, el Cristo supremo (14).

Al rastrear en la prehistoria más remota el simbolismo de la cruz latina, o más bien del crucifijo, pensaban los investigadores que habrían de tropezar con que la figura desaparecía, quedando sólo atrás lo que imaginaban ser el primitivo emblema: la cruz. ¿Pero cuál no sería su sorpresa al ver exactamente lo contrario? La cruz se había desvanecido del todo, quedando la figura solamente, con los brazos levantados. No hay ya en esta figura apariencia alguna de dolor o sufrimiento, aunque todavía expresa sacrificio; es ya más bien el símbolo de la alegría más pura que el mundo pueda ofrecer: la alegría de entregarse por propia voluntad; pues representa al Hombre Divino ocupando el espacio con los brazos alzados en actitud de echar bendiciones, de derramar

sobre la humanidad entera sus inestimables presentes, de prodigarse voluntariamente a Sí Mismo en todas direcciones, descendiendo al "espeso mar" de la materia, para encerrarse y reducirse en ella, a fin de que, mediante su descenso, pudiésemos nosotros tener existencia" (15).

El sacrificio es perpetuo, pues en cada forma de este universo de variedad infinita se halla esa vida envuelta, constituyendo en realidad su corazón, el "Corazón del 'Silencio' del ritual egipcio, el "Dios Oculto". Este sacrificio es el secreto de la evolución. La Vida Divina, encerrada en la forma, la empuja siempre hacia fuera para que se expanda; mas su presión es suave, por no quebrar la forma antes que haya alcanzado el límite extremo de su expansión. Con paciencia infinita, tacto y discreción, el Uno Divino persiste en su impulso de continuo ensanche, con determinadas fuerzas a fin de que no produzcan roturas. En todas las formas, en el mineral, en el vegetal, en el animal, en el hombre, está la energía expansiva del Logos obrando sin cesar. Ella es la fuerza evolutiva, la vida elevadora que anida en las formas, la energía impulsiva que vislumbra la ciencia, sin saber de dónde procede. El botánico habla de una energía dentro de la planta que la impele hacia arriba; él no sabe cómo ni por qué, pero le da un nombre, la llama *vis a fronte*, porque allí la encuentra, o, por decir mejor, porque ve allí sus resultados. Al modo que es ella vida en la planta, así lo es también en otras formas, haciéndolas cada vez más expresivas de la vida que mora en su interior.

Cuando una forma llega a su límite, cuando no puede crecer más, no es de provecho para su alma, para ese germen que, como suyo propio, el Logos cobija. Entonces El, no teniendo nada que granjear de la forma, le retira su energía, y la forma se deshace. A esto llamamos decaer y morir. El alma, en tanto, sigue con El, que modela una nueva forma para ella, y la muerte de la forma es así el nacimiento del alma a una vida más llena. Si mirásemos con los ojos del Espíritu y no con los de la carne, en vez de gemir ante la forma que perece, ante el cadáver que devuelve los materiales de que fue construido, nos regocijaríamos por la vida que marcha adelante a ocupar una forma más noble y más apta para el desarrollo proseguido, sin cesar, de sus poderes latentes.

Mediante este perpetuo sacrificio del Logos, todas las vidas existen; esta es la vida a cuyo influjo el universo cambia de continuo. Vida Única, envuelta en miríadas de formas, que lleva siempre unidas, venciendo gentilmente su resistencia; Es de este modo la fuerza unificadora que hace que las vidas separadas gradualmente sean conscientes de su unidad, y trabaja para desarrollar en cada cual la conciencia de sí misma que finalmente le hará reconocerse como una con todas las demás, y descubrir su raíz Una y divina.

Este es el primario y no interrumpido sacrificio, derrame de Vida que el Amor origina, voluntario y gozoso vertiendo del Yo para que se formen otros yo. Este es el gozo de tu Señor (16) en que entra el siervo fiel: sentencia cuyo significado es manifiesto por la declaración que sigue, de que El tiene hambre y sed, y es huésped, y está desiluido, y está enfermo y en prisión en cada uno de los hijos de los hombres.

Para el Espíritu libre el entregarse es regocijo; mientras más se difunde, con más intensidad siente su propia vida.

Cuando más da, crece más; pues es ley del crecimiento de la vida desarrollarse por la difusión, no por la adquisición -dar, no tomar-. Es, pues, el Sacrificio un gozo en su significación primaria; para hacer un mundo, se esparce el Logos, y al ver el parto de Su alma, queda satisfecho (17).

Pero con esta idea ha venido a asociarse el sufrimiento; y así se ve que en todos los ritos religiosos de sacrificio se presenta algún sufrimiento, aun cuando no sea más que una ligera pérdida del sacrificador. Conviene saber cómo se ha verificado este cambio, pues

siempre que se habla de "sacrificio", nos asalta de modo instintivo el pensamiento de algo penoso.

La explicación se encuentra cuando pasamos de la Vida que se manifiesta, a las formas en que se encarna, y miramos la cuestión del sacrificio desde el punto de vista de esas formas.

Mientras que la vida de la Vida consiste en dar, la vida o persistencia de las formas consiste en tomar, pues éstas se gastan con el uso, se menoscaban con el ejercicio. Para durar, tienen que extraer de fuera de sí materiales nuevos con qué reparar sus pérdidas; de lo contrario, decaen y se deshacen. La forma tiene que tomar y guardar, y construir en sí misma con lo que ha escogido; de no hacerlo así, es imposible que persista; la ley de crecimiento de la forma es tomar y asimilarse lo que le ofrece el universo amplísimo. y como la conciencia se identifica a sí misma con la forma, considerándola como a sí misma, de aquí que el sacrificio adquiera aspecto penoso; claramente se percibe que dar o perder lo ganado quebranta y socava la duración de la forma; de este modo la Ley de Sacrificio viene a ser ley de sufrimiento en vez de ley de regocijo.

El hombre tenía que aprender de la constante destrucción de las formas y del sufrimiento que le es inherente, que no debe identificarse a sí mismo con tales cosas, mudables y quebradizas, sino con la vida creciente y duradera. Lección ha sido ésta, no sólo de la naturaleza externa, sino también de los Maestros que, al dar las religiones, la incluyeron en sus enseñanzas.

En estas religiones nos es dado distinguir cuatro grandes etapas de la enseñanza de la Ley de Sacrificio. Primeramente fue enseñado el hombre a sacrificar parte de sus bienes materiales, para conseguir mayor prosperidad material; y, en su virtud, hizo sacrificios en caridad de sus prójimos y en holocausto a sus Dioses, según lo vemos por las escrituras de los hindúes, mazdeístas y judíos, y aun de todo el mundo. El hombre daba algo de lo que tenía en estima, para asegurar su prosperidad futura y la de su familia, comunidad y nación.

Sacrificaba en el presente, para ganar en el porvenir.

En segundo lugar viene una lección algo más dura de aprender; en vez de la prosperidad física y de los bienes terrenales, es la dicha celestial el premio que hay que ganar con el sacrificio. Hay que conquistar el cielo; la felicidad ha de gozarse más allá de la muerte - tal es la recompensa de los sacrificios hechos mientras se vive en la tierra. Grande fue el paso dado por el hombre cuando aprendió a desprenderse de las cosas que su cuerpo ansiaba, por la esperanza de un bien lejano que ni podía ver, ni demostrar. Aprendió a ceder lo visible por lo invisible, y al obrar así, se elevó en la escala del ser; pues es tan grande la fascinación de lo visible y tangible, que cuando el hombre llega a ser capaz de cederlo en gracia de un mundo no visto en que, sin embargo, cree, es porque ha adquirido una gran fuerza, y ha andado mucho camino para entender lo que es ese mundo velado. El martirio sufrido, la calumnia afrontada, la soledad resistida, y toda cuanta pena, vergüenza y miseria puede fraguar la humanidad, soportadas con paciencia ante la perspectiva de lo que está en el más allá de la tumba. Ciertamente en todo esto se ve todavía el deseo de la celeste gloria; pero no es poca cosa el poder estar solo en la tierra, sin otro amparo que el de una compañía espiritual, apegado firmemente a la vida interna, cuando la externa es una continua tortura.

La tercera lección vino cuando el hombre, considerándose parte de una vida más extensa, se sintió dispuesto a sacrificarse para bien del todo, y llegó a ser bastante fuerte para reconocer que el sacrificio era un deber, que una parte, un fragmento, una unidad de la suma de la vida ha de subordinarse a la totalidad. Aprendió entonces a obrar el bien, sin preocuparse del resultado respecto a su propia persona; a cumplir su deber, sin aspirar a cosa alguna para sí mismo; a sufrir, porque estaba obligado a ello y no para

merecer una corona; a dar, por que la humanidad era su acreedora, y no porque esperase recompensa del Señor. El alma héroe, así aleccionada, estaba en condiciones de recibir la cuarta lección: que el sacrificio de todo cuanto posee el fragmento separado, debe ofrecerse, porque el Espíritu no está realmente separado, sino que es parte de la Vida divina; y al no reconocer diferencia, al no sentir separación alguna, el hombre se vierte a sí mismo como parte de la Vida Universal, y como expresión de esta Vida, participa de la alegría de su Señor.

El aspecto doloroso del sacrificio sólo se da en las tres primeras etapas. En la primera, el sufrimiento es pequeño; en la segunda, la vida física y cuanto es capaz de dar la tierra, puede ser sacrificado; la tercera es la gran época de prueba, de esfuerzo, de crecimiento y de evolución del alma humana.

Porque en esta etapa el deber puede exigirle todo aquello que parece constituir la vida: y el hombre, identificado por el sentimiento con la forma, aunque sepa en teoría que la trasciende, ve que se le pide todo lo que siente ser su vida, y así se pregunta: "Si dejo ir esto, ¿qué me quedará?" Parece que la conciencia misma va a acabar con tal desprendimiento, pues debe desasirse de cuanto puede tocar, sin que del lado de allá vea cosa alguna de qué echar mano. Una convicción dominante, una voz imperiosa le manda hacer entrega de su propia existencia. Si retrocede, tornará al vivir mundano, al vivir de la sensación, de la inteligencia, y como allí sólo encuentra los goces que no tuvo el valor de renunciar, experimenta una decepción continua, un ansia constante, un disgusto y falta de placer no interrumpidos, comprendiendo al cabo cuán verdadero fue el dicho de Cristo de que "cualquiera que quisiera salvar su vida, la perderá" (18), y que la vida que amaba y por la que tanto apego sentía, ha huido de él en definitiva. Mientras que si lo arriesga todo para acudir al llamamiento de la imperiosa voz, si se desprende de su vida, entonces, perdiéndola, la encuentra en la vida eterna (19), y descubre que la vida que entregó, era sólo muerte en vida, que todo lo que cedió era ilusión, y que ha hallado la realidad.

En esta elección se prueba el metal del ama, y sólo el oro puro sale del ardiente horno donde parece que se entrega la existencia, pero donde, por el contrario, se conquista. A esto sigue el alegre descubrimiento de que la vida así conquistada, ha sido conquistada para todos, no para el yo separado; que el abandono de este yo separado ha venido a resultar el hallazgo del Yo Supremo en el hombre; y que la renuncia al límite, que parecía lo único que hacía posible la existencia, ha parado en esparcimiento de formas infinitas: vividez y plenitud no soñadas, "la virtud de la vida indisoluble" (20).

Tal es el bosquejo de la Ley de Sacrificio, fundada en el Sacrificio primario del Logos, en el que se reflejan todos los demás sacrificios.

Hemos visto cómo el hombre. Jesús, el discípulo hebreo, cedió su cuerpo alegremente para que un Poder excelso pudiese descender y encarnarse en la forma por El voluntariamente sacrificada, y cómo por tal acto llegó a ser un Cristo en toda su plenitud, para servir de Guardián al Cristianismo, y derramar Su vida en la gran religión fundada por el Ser Poderoso con quien Su sacrificio le había identificado. Hemos visto el Alma-Cristo pasar a través de las grandes Iniciaciones: nacer como un niño pequeño; entrar en la corriente de las penalidades del mundo, con cuyas aguas debía ser bautizado, para ejercer las funciones activas de su ministerio; transfigurarse en la Montaña; marchar al escenario del último combate; y triunfar de la muerte. Ahora veremos en qué sentido es él una expiación; de qué modo la Ley de Sacrificio encuentra una expresión perfecta en la vida del Cristo.

El principio de lo que pudiera llamarse el ministerio del Cristo llegado a la virilidad, está en aquella permanente e intensa simpatía con los humanos pesares que se simboliza en la entrada en el río. Desde ese momento puede resumir se su existencia en una frase:

"El se dedicó a hacer bien"; pues aquellos que sacrifican la vida separada para servir de canal a la Vida divina, no pueden tener otro interés en el mundo que ayudar a los demás. El aprende a identificarse con la conciencia de los que le rodean, a sentir con ellos, a pensar con ellos, a gozar cuando ellos gozan, a sufrir cuando ellos sufren, transportando así a su vida activa diaria el sentimiento de su unidad con los otros, que experimenta en las regiones más elevadas del ser. Debe desarrollar una simpatía que vibre en armonía perfecta con la cuerda de tonos múltiples de la vida humana y divina, y servir de mediador entre la tierra y el cielo.

El poder entonces se manifiesta en él, porque en él mora el Espíritu, y comienza así a aparecer a los ojos de los hombres como uno de los capaces de ayudar a sus hermanos menores a recorrer el sendero de la existencia. Conforme se juntan a él, sienten el poder que emana, la Vida divina en el Hijo reconocido del Altísimo. Las almas hambrientas acuden a él, y reciben como alimento el pan de vida; los enfermos de pecado se le acercan, y los sana con la palabra viva que cura la enfermedad y da salud al alma; los que la ignorancia tiene ciegos, le buscan, y él abre sus ojos con la luz de su sabiduría. Es nota capital de su ministerio que los más bajos y los más pobres, los más desesperados y abyectos sienten, al aproximársele, que no hay barrera que los separe de él; experimentan cuando se agolpan en torno suyo, algo como un saludo de bienvenida; jamás nada que les repela, pues irradia de él un amor que los entiende, y que, por tanto, no puede rechazarlos. Por rebajada que esté un alma, nunca siente al Alma-Cristo encima de sí, sino más bien a su lado, hollando con pie humano la tierra que ella pisa; pero, así y todo, lo siente poseído de un extraño poder que tira a lo alto, con el cual la eleva, y la colma además de nuevos impulsos e inspiraciones.

Así vive y trabaja, el Salvador verdadero de los hombres, hasta que es tiempo que aprenda otra lección, donde pierde por algún espacio la conciencia de aquella Vida divina, cuya expresión ha venido aumentando más y más la suya propia.

Lección que enseña que el verdadero centro de la Vida divina está dentro, no fuera. El Yo Supremo tiene su centro dentro de toda alma humana -ciertamente "el centro está en todas partes", pues Cristo está en todo, y Dios en Cristo- y ningún ser encarnado, nadie, "salvo " Eterno" (21), puede prestarle ayuda en su necesidad más tremenda. Tiene que aprender que la verdadera unidad del Padre y del Hijo debe encontrarse dentro y no fuera, lección que sólo puede recibir en el más extremado aislamiento, cuando se siente abandonado por el Dios que consideraba fuera de sí. Al ver cómo se acerca la prueba, grita a los que le acompañan, que permanezcan con él en vigilia durante la hora de las tinieblas; y entonces, rota toda humana simpatía, desvanecimiento del Dios exterior, que da lugar a la presencia del Dios interno. "¡Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado!", es su amargo grito de amor y de espanto. Está en el postrer aislamiento; el abandono y la soledad le anonadan. y sin embargo, nunca está el Padre más cerca del Hijo, que en la hora en que el Alma-Cristo siente su desamparo, pues cuando toca al extremo de su angustia, comienza a clarear la aurora del triunfo. Entiende entonces que es El mismo el Dios a quien clama, y al experimentar la última agonía de la separación, entra en la unidad eterna, ve dentro de sí la fuente de vida, se reconoce perdurable.

No se puede lograr la altura de un perfecto Salvador del mundo, ni alcanzar completa simpatía hacia todos los sufrimientos humanos, si no se ha hecho frente y dominado el pesar, el temor y la muerte por sí mismo, y sin otra ayuda que la del Dios que mora dentro de nosotros. Es fácil el sufrir cuando la conciencia se mantiene sin interrupción entre lo superior y lo inferior, o por mejor decir, no existe sufrimiento mientras esa conciencia sea continua, pues la luz de arriba hace imposible la oscuridad abajo, y el dolor no es tal dolor cuando es sobrellevado ante la sonrisa de Dios. Pero hay un sufrimiento que el hombre ha de afrontar, al que todo Salvador tiene que hacer cara: el

de la oscuridad de la conciencia a tientas, no da con mano alguna que agarrar. A tal oscuridad desciende todo Hijo de Hombre antes de elevarse triunfalmente; por esta experiencia, amarga entre las más amargas, tiene que pasar todo Cristo antes que "pueda salvar eternamente a los que por él se allegan a Dios" (22).

Semejante ser se ha hecho en verdad divino, Salvador de los hombres, con lo que toma a cargo la obra del mundo, para la cual todo esto ha sido una preparación. Dentro de él deben derramarse todas las fuerzas que actúan contra el hombre, a fin de que en él se transformen en fuerzas cooperadoras. Así se convierte en uno de los Centros de paz del mundo, que transmutan las fuerzas de combate, las cuales, de otro modo, aplastarían al hombre. Los Cristos son estos Centros de paz, en quienes se suman todas las fuerzas guerreadoras, para sufrir un cambio dentro de ellos, y difundirse luego como fuerzas creadoras de armonía.

Parte de los sufrimientos del Cristo, aun no perfecto, nacen de este trabajo de armonizar las fuerzas que ponen la discordia en el mundo. Aunque es un Hijo, está todavía aprendiendo mediante el sufrimiento, y así llega "a hacerse perfecto" (23). La humanidad se vería más trabajada de disensiones y más desgarrada de luchas, si no vivieran en ella discípulos de Cristo que convierten en armonía a muchas de las fuerzas contendientes.

Cuando se dice que Cristo sufre "por los hombres", que Su fortaleza, Su pureza y Su sabiduría reemplazan la debilidad, el pecado y la ignorancia de éstos, se dice verdad; pues de tal manera se hace el Cristo uno con los hombres, que ellos forman parte de El y El de ellos. No es cierto que se sustituyan en su lugar, sino que abarca sus vidas en la Suya propia, y vierte la Suya propia, en las de ellos. Elevado el plano de unidad, es capaz de repartir todo lo que ha adquirido, de dar todo lo que ha ganado. Estando por encima del plano de separatividad, y mirando desde allí a las almas sumidas en ella, puede llegar a cada una, mientras ellas no pueden llegarse unas a otras. El agua puede salir de un depósito por muchas llaves abiertas hacia él, mas cerradas por lo que respecta a la comunicación mutua; así puede el Cristo derivar Su vida hacia cada alma. Una condición solamente se requiere para que un Cristo pueda compartir su fuerza con un hermano más joven: que éste quiera abrir su conciencia humana a la divina, que quiera hacerse receptivo a la vida que le ofrece, y tome el presente que con liberalidad se le dona. Pues con tal reverencia mira a Dios a ese espíritu, que es El Mismo en el hombre, que no derramará corriente alguna de fuerza y de vida dentro del alma humana que se niegue a recibirla. Debe haber abajo la abertura por donde penetre lo que de arriba se vierta: receptividad en la naturaleza inferior, como hay voluntad de dar en la superior. Este es el lazo entre el Cristo y el hombre; esto es lo que han llamado las iglesias el derramar de la "divina gracia" ; esto es lo que significa la "fe" necesaria para que la gracia sea efectiva. Giordano Bruno dijo que el alma humana tiene ventanas que puede mantener cerradas. El sol brilla fuera con luz igual; si las ventanas se abren, el sol entrará a torrentes. La luz de Dios da en las ventanas de toda alma humana; cuando aquéllas se abren, el alma queda iluminada.

En Dios no hay cambio, sólo lo hay en el hombre: y no se puede forzar a su voluntad; de otro modo, se atascaría en él la debida evolución de la Vida divina.

Así, pues, con cada Cristo que surge, se eleva el nivel humano, y Su sabiduría aminora la ignorancia del mundo entero. Todo hombre es menos débil en razón de Su fortaleza, la cual se derrama sobre toda la humanidad, penetrando en las almas separadas. De esta doctrina, considerada de un modo estrecho, y, por tanto, trastrocada, nació la idea de la Redención subrogatoria, como transacción legal entre Dios y el hombre, y en ella se asignó a Jesús el puesto del pecador. No se comprendía cómo el Ser que alcanza tal altura, es, en verdad, uno con todos Sus hermanos; la identidad de naturaleza fue

tomada por sustitución personal, y así quedó desvanecida la verdad espiritual en la aspereza de una permutación jurídica.

"El llega a conocer entonces cuál es su puesto en el mundo, cuáles sus funciones en la naturaleza -ser un Salvador, y redimir a las gentes del pecado. Encuéntrase en lo íntimo del Corazón del mundo, en el Santuario de los Santuarios, con la investidura de Sumo Sacerdote de la Humanidad. Es uno con todos Sus hermanos, no por substitución, sino en virtud de la unidad de una vida común. ¿Hay alguien pecaminoso? El Cristo es pecador en él, para limpiarlo con su pureza. ¿Hay alguien apenado? El Cristo es en él el hombre de las amarguras; todo corazón destrozado rompe el suyo; su corazón sangra en todo corazón herido. ¿Hay algún ser alegre? Es Cristo quien se regocija, vertiendo en él toda su dicha. ¿Se muestra alguno ansioso? Pues es El quien siente la necesidad, para colmarlo de su mayor satisfacción. El posee todo, y como suyo, es de Sus hermanos. El es perfecto; pues ellos lo son con El.

El es fuerte; ¿quién habrá débil, si El está en ellos? Ascendió a su alto sitio, para prodigarse sobre todo lo de abajo; vive, para que todo pueda compartir su propia vida. El cuando asciende eleva consigo al mundo entero. Y pues El ha andado el camino, éste resulta más fácil para todos los hombres.

Todo hijo de hombre puede llegar a ser tal Hijo manifestado de Dios, tal Salvador del mundo. En cada Hijo de éstos está "Dios manifestado en carne" (24), la redención que ayuda a todo el género humano, el poder vivo que renueva todas las cosas. Una sola condición es necesaria para que ese poder ejerza su actividad en el alma individual: que ésta abra la puerta y Le dé entrada. Pues, aunque El todo lo compenetre, no puede abrirse camino forzando la voluntad de Su hermano; la voluntad humana puede mantener sus fueros igualmente contra Dios que contra el hombre; y es ley de evolución, que se asocie espontáneamente a la acción divina, y no que sea reducida a sumisión enojosa. Si la voluntad abre la puerta, la vida inundará el alma. Mas si aquella permanece cerrada, sólo podrá hacer que pasen al través ligeros soplos de su indecible fragancia, para que venzan con su dulzura allí donde no puede llegar la fuerza.

Esta es parte de la realidad de un Cristo; pero, ¿cómo podrá pluma mortal reflejar lo inmortal? ¿Cómo han de expresar las palabras lo que está más allá del poder de todo lenguaje? No hay lengua que pueda declarar, ni mente no iluminada que pueda concebir lo que es este misterio del Hijo que se ha hecho uno con el Padre, y que lleva en Su seno a los hijos de los hombres" (25).

Los que quieran prepararse a alcanzar la altura de una vida como ésta en el porvenir, deben comenzar, aun ahora, en la vida inferior, a marchar por el sendero que indica la Sombra de la Cruz, sin abrigar duda alguna sobre su propio poder para realizarlos, pues otra cosa sería dudar del Dios que convive en ellos, "Ten fe en Ti mismo", es lección que aprende el hombre cuando logra ejercitar su conciencia superior, pues esta fe recae realmente en el Dios interno. Para que la vida común del hombre se someta a la sombra protectora de la vida de Cristo, debe aquél ejecutar todos sus actos como un sacrificio, no por lo que pueda aprovecharle, sino por lo que pueda aprovechar a la comunicación mutua; así puede el Cristo derivar Su vida hacia otros; y así, cambiando de motivo en la vida diaria respecto a los pequeños deberes, a las acciones insignificantes, a los intereses estrechos, todo se cambia. No es preciso variar cosa alguna de la vida externa; en cualquiera situación se puede ofrecer el sacrificio; sean cuales fuesen las circunstancias, se puede servir a Dios. El desarrollo espiritual marca, no lo que el hombre hace, sino cómo lo hace; se cifra la oportunidad del crecimiento, no en las circunstancias, sino en la actitud del hombre frente a ellas. "Ya la verdad, este símbolo de la cruz puede ser para nosotros piedra de toque que nos haga distinguir el bien del mal en muchas dificultades. "Solamente aquellas acciones que el brillo de la cruz

penetra, son dignas de la vida del discípulo", dice un versículo de un libro de máximas ocultas; lo cual, interpretado, significa que cuanto haga el aspirante, ha de inducir lo la amorosa efusión del propio sacrificio. El mismo pensamiento aparece más adelante en este versículo: "Al entrar en el sendero, se pone el corazón sobre la cruz; cuando la cruz y el corazón se identifican, se ha llegado a la meta." Así, quizá, podremos hallar la medida de nuestros progresos, observando quién domina en nuestras vidas, si el egoísmo o la abnegación" (26).

La existencia empieza a conformarse de este modo, está construyendo la cueva en que ha de nacer el Niño Cristo, convirtiéndose en redención continua en: que lo divino prevalece más y más en lo humano. Tal vida crecerá hasta alcanzar las proporciones de un "Hijo muy amado", y en él obtendrá la gloria del Cristo. Todo hombre puede marchar en esta dirección, ejecutando sus actos y ejercitando sus facultades en son de sacrificio, hasta que el oro se limpie de la escoria, y quede sólo el metal puro.

Notas del capítulo 7

- (1) 2 San Pedro III, 15, 16.
- (2) Essay on the Atonement, por A. Besant.
- (3) Ibid.
- (4) Brihadáranyakopanishat, I. 1. I.
- (5) Bhagavad Gita, III, 10.
- (6) Brihadáranyakopanishat, I, II, 7.
- (7) Mundakopanishat, II, II, 10.
- (8) Haugh. Essays on the Parsis, págs. 12-14.
- (9) Apocalipsis, XIII, 8.
- (10) The Great Law, pág. 406, por W. Williamson.
- (11) A. Besant: Nineteenth Century, junio 1895. "The Atonement".
- (12) Heb., I. 5.
- (13) Ibid, I, 2.
- (14) The Christian Creed, por C. W. Leadbeater, págs. 54-56.
- (15) The Christian Creed, por C. W. Leadbeater, págs. 54-56.
- (16) San Mateo XXV, 21, 23, 31-45.
- (17) Is., LIII, 11.
- (18) San Mateo XVI. 25.
- (19) San Juan XII, 25.
- (20) Heb. VII, 16.
- (21) Luz en el Sendero
- (22) Heb. VII, 25.
- (23) Ibid, V, 8, 9.
- (24) I. Timoteo III. 16.
- (25) Theosophical Review, Diciembre 1898, págs. 344. 345, por Annie Besant.
- (26) The Christian Creed, págs, 61, 62, por C. W. Leadbeater.

CAPITULO VIII

RESURRECCION Y ASCENSION

Las doctrinas de la Resurrección y de la Ascensión de Cristo forman también parte de los Misterios Menores, y constituyen elementos integrales del "Mito Solar" y de la narración de la vida del Cristo en el hombre.

Es fundamento histórico de estas doctrinas, por lo que al mismo Cristo se refiere, el hecho de haber continuado enseñando a Sus apóstoles después de Su muerte física. Lo es asimismo Su aparición en los Grandes Misterios como Hierofante, desde que cesaron Sus instrucciones directas, hasta que Jesús ocupó Su puesto. En las leyendas míticas, la resurrección del héroe y su glorificación constituían invariablemente el remate de la relación de su muerte. En los Misterios el cuerpo del candidato sufría siempre en transición semejante a la muerte, mientras él, como un alma libre, recorría el mundo invisible, tornando a los tres días, y haciendo revivir su cuerpo. Por último, los dramas de la Resurrección y de la Ascensión se repiten en la vida del hombre que está a punto de ser un Cristo, según veremos al estudiarla.

Mas para comprender este asunto, es indispensable que nos demos cuenta de la constitución humana, y adquiramos el conocimiento de lo que es el cuerpo natural y el espiritual del hombre. "Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual", dice el Apóstol en I. Corintios, XV, 44.

Algunas gentes indoctas consideran todavía al hombre como mero dualismo formado de "alma" y "cuerpo", y emplean las palabras "alma" y "espíritu" como sinónimos, hablando igualmente de "alma y cuerpo" o de "espíritu y cuerpo"; con lo que dan a entender que el hombre está compuesto de dos constituyentes, de los cuales uno perece en la muerte, mientras el otro le sobrevive. Tosca división es ésta, suficiente para el hombre sencillo e ignorante; mas con ella no podemos profundizar los misterios de la Resurrección y de la Ascensión.

Todo cristiano que haya estudiado, aunque superficialmente, la constitución del hombre, reconoce en ella tres distintos elementos: Espíritu, Alma y Cuerpo. Esta división, si bien requiere una subdivisión para estudios más profundos, es correcta, y San Pablo la empleó en su plegaria, donde dice: "para que vuestro espíritu y alma y cuerpo sean guardados enteros sin reprensión" (1). Triple división aceptada en la teología cristiana. El Espíritu mismo es realmente una Trinidad, reflexión e imagen de la Trinidad Suprema, lo que estudiaremos en el capítulo siguiente (2). El hombre verdadero, el inmortal, que es el Espíritu, es la Trinidad en el hombre. Es a la vida y a la conciencia, a quienes corresponde el cuerpo espiritual: y cada aspecto de la Trinidad tiene su cuerpo apropiado. El alma es dual: comprende la mente y la naturaleza emotiva, con sus respectivas vestiduras. El Cuerpo es el instrumento material del Espíritu y del Alma. Hay un punto de vista cristiano que considera al hombre un ser duodécuplo, con seis modificaciones formando otro punto de vista que le atribuye catorce divisiones: siete correspondientes a modificaciones de la conciencia y siete a tipos de la forma. Esta última concepción es prácticamente idéntica a la estudiada por los Místicos, la cual se expone comúnmente como séptuple, pues consta en realidad de siete divisiones, cada una doble, respondiendo al aspecto de la forma.

Algo confusas y perplejas son tales divisiones y subdivisiones para los entendimientos rudos, por donde Orígenes y Clemente, como hemos visto (3), dieron gran importancia a la necesidad del desarrollo intelectual en todos aquellos que deseaban ser gnósticos. Después de todo, los que las encuentren dificultosas, pueden omitirlas sin censurar por

eso al estudiante entusiasta, que las considera, no sólo luminosas, sino absolutamente indispensables para entender con claridad los Misterios de la Vida y del Hombre.

La palabra Cuerpo significa vehículo, o instrumento de la conciencia: es decir, o que es como un vehículo que conduce a la conciencia, o que es el medio que la conciencia emplea para ponerse en contacto con el mundo externo, al modo que un mecánico emplea un instrumento. Ahora bien; nosotros podemos representárnoslo como un vaso en que la conciencia está contenida, al igual de un receptáculo que contenga un líquido. Es una forma usada por una vida; y, a la verdad, nosotros no conocemos nada de la conciencia, salvo en su conexión con las formas. Puede estar la forma construida de los materiales más raros y sutiles, puede ser tan diáfana que sólo nos demos cuenta de la vida que en ella mora; sin embargo, la forma existe, y está compuesta de Materia. Por el contrario, puede ser tan densa que oculte la vida que la habita, y entonces solamente nos daremos cuenta de la forma; sin embargo, la vida está allí, y está compuesta del opuesto de la Materia: Espíritu. El estudiante debe considerar una y otra vez este hecho fundamental: la dualidad de toda la existencia manifestada, la inseparable coexistencia del Espíritu y la Materia, así en un grano de polvo, como en el Logos, el Dios manifestado. Debe identificarse con esta idea; de lo contrario, haría mejor en abandonar el estudio de los Misterios Menores.

El Cristo, como Dios y Hombre, exhibe en la escala cósmica el mismo hecho de dualidad que la naturaleza repite en todas partes. Conforme a esta dualidad originaria está construido todo en el universo.

El hombre tiene un "cuerpo natural", formado de cuatro partes distintas y separables, y sujeto a la muerte. Dos de estas partes se componen de materia física, y nunca se separan; sin embargo, pueden causar su separación parcial los anestésicos o una enfermedad. A las dos reunidas se las puede llamar el Cuerpo Físico. En él ejerce el hombre su actividad consciente durante la vigilia; expresándonos en términos técnicos: es el vehículo de la conciencia en el mundo físico.

La parte tercera es el Cuerpo de Deseos, así llamado porque los sentimientos y la naturaleza pasional del hombre tienen en él su vehículo especial. Durante el sueño el hombre abandona el cuerpo físico, y muestra su actividad consciente en este otro cuerpo, el cual funciona en el mundo invisible inmediato a nuestra tierra visible. Es, por lo tanto, el vehículo de la conciencia en el mundo inferior de los suprafísicos, que es también el primer mundo a que pasa el hombre después de la muerte.

La cuarta parte es el Cuerpo Mental, llamado así porque en él funciona la naturaleza intelectual del hombre, siempre que se ejercite en el concreto. Es vehículo de la conciencia en el segundo de los mundos suprafísicos, que es a la vez el mundo celeste inferior, al que pasa el hombre después de la muerte, cuando ha quedado libre del mundo indicado anteriormente.

Estas cuatro partes de la forma que envuelve al hombre, compuesta por el doble cuerpo físico: el cuerpo de deseos y el cuerpo mental, constituyen el cuerpo natural de que habla San Pablo.

Este análisis científico no cabe dentro de la enseñanza cristiana ordinaria, la cual es vaga y confusa sobre este punto.

Esto no quiere decir que las iglesias lo hayan desconocido en todos los tiempos; muy al contrario, la constitución del hombre, así formulada, era parte de las enseñanzas de los Misterios Menores. La simple división de Espíritu, Alma y Cuerpo era exotérica: noción primera, superficial y de fácil comprensión para la enseñanza ordinaria, más a propósito como punto de partida. La subdivisión relativa al "Cuerpo" se daba en el curso de las instrucciones subsiguientes, como preliminar de la enseñanza que tenía por objeto

adquirir el poder de separar un cuerpo de otro, y usar de cada cual como vehículo de conciencia en su región propia.

No es difícil entender este concepto. Cuando un hombre necesita viajar por tierra, emplea un carruaje o un tren. Si quiere viajar por mar, cambia de vehículo y acude al barco. Y si necesita andar por el aire, hace un nuevo cambio, y adopta el globo. En cualquiera de los tres casos el hombre es el mismo, sólo que hace uso de tres vehículos diferentes, según la clase de materia a través de la cual tenga que andar. La analogía es tosca e inadecuada, mas no por eso induce a error.

Cuando el hombre actúa en el mundo físico, su vehículo es el cuerpo físico, y en él y por medio de él obra la conciencia.

Cuando pasa durante el sueño y después de la muerte al mundo que está inmediato al físico, es su vehículo el cuerpo de deseos, del que puede aprender a usar conscientemente, a la manera con que usa con pleno conocimiento de su cuerpo físico. Todos los días de su vida los emplea, sin saberlo, siempre que siente y desea; y asimismo se sirve de él todas las noches mientras duerme. Cuando después de la muerte entre en el mundo celeste, tiene por vehículo el cuerpo mental, del que usa también diariamente al pensar, pues no se produciría pensamiento alguno en el cerebro, si antes no se originase en el cuerpo mental.

Tiene el hombre además "un cuerpo espiritual", formado de tres partes separables, que corresponden y departen a las tres Personas de la Trinidad espiritual humana. San Pablo habla de uno que "fue arrebatado hasta el tercer cielo", "donde oyó palabras secretas que el hombre no puede decir" (4). Estas diversas regiones de los supremos mundos invisibles son conocidas de los Iniciados, quienes saben muy bien que los que pasan más allá del primer cielo, necesitan del verdadero cuerpo espiritual como vehículo, y que, según sea el desarrollo de las tres divisiones de éste, así será el cielo a donde puedan llegar.

De estas tres divisiones, la inferior se llama comúnmente Cuerpo Causal, por razones que sólo podrá entender del todo el que haya estudiado la doctrina de la Reencarnación - enseñada por la Primitiva Iglesia- en la que se da cuenta de cómo la evolución humana requiere muchas vidas sucesivas en la tierra, para que el alma en germen del salvaje pueda convertirse en el alma perfecta de un Cristo, y ya perfecta, como el "Padre que está en los Cielos es perfecto", (5), pueda realizar la unión del Hijo con el Padre (6). Es un cuerpo que persiste de vida en vida, y en él se acumula toda la memoria del pasado. De él salen las causas que construyen los cuerpos inferiores. Es el receptáculo de la experiencia humana, troje de las cosechas de nuestras vidas, asiento de la Conciencia, centro de la Voluntad.

De la segunda de las tres divisiones del cuerpo espiritual hace alusión San Pablo con estas significativas palabras: "Tenemos de Dios un edificio, una casa eterna en los cielos que no ha sido hecha de manos" (7). Este es el cuerpo de Felicidad, el cuerpo glorificado del Cristo, "el Cuerpo de Resurrección." No es cuerpo "hecho de manos", por el funcionamiento de la conciencia en los vehículos inferiores; no es obra de la experiencia, ni construcción de materiales que el hombre haya reunido en su larga peregrinación. Es un cuerpo que pertenece a la vida del Cristo, a la vida de la Iniciación, al desarrollo divino del hombre; es construcción de Dios mediante la actividad del Espíritu, y crece a través de las vidas del Iniciado, hasta hacerse perfecto en la "Resurrección."

La tercera división del cuerpo espiritual es fina película de materia sutil que separa el Espíritu individual como un Ser, y, no obstante, permite la compenetración de su totalidad por el todo, siendo así expresión de la unidad fundamental. En el día en que "el mismo Hijo se someterá al que le sometió todas las cosas, para que Dios sea todas las

cosas en todos" (8), esta película será trascendida, mas para nosotros seguirá siendo la suprema división del cuerpo espiritual, en la cual subiremos al Padre y nos uniremos a El.

El Cristianismo ha reconocido siempre la existencia de tres mundos o regiones por las que ha de pasar el hombre: primero, el mundo físico; segundo, un estado intermedio a donde pasa después de la muerte; y tercero, el mundo celeste. Los cristianos instruidos generalmente creen en estos tres mundos; no así los indoctos, que imaginan que el hombre va derecho desde su lecho de muerte a un estado definitivo de beatitud. Pero hay algunas discrepancias en cuanto a la naturaleza del mundo intermedio. Los católicos romanos le llaman Purgatorio, y creen que todas las almas van a él, excepto los Santos, o los hombres que han alcanzado la perfección, y también aquellos que mueren en "pecado mortal." La gran masa de la humanidad pasa a una región purificadora, donde se permanece durante un período que varía según sean los pecados cometidos, y de donde se sale para entrar en el mundo celeste, una vez obtenida la purificación. Las diversas comunidades denominadas protestantes discrepan en sus enseñanzas en cuanto a los detalles, y la mayor parte rechaza la idea de una purificación post mortem; pero generalmente concuerdan en la existencia de un estado intermedio, a veces llamado "Paraíso", a veces "período de espera".

El mundo celeste es considerado casi universalmente en la moderna Cristiandad como una posición definitiva pero sin que se dé una idea muy determinada o general respecto a los progresos o situación estacionaria de los que allí arriban. En el Cristianismo primitivo se consideraba al cielo como lo es en realidad: una etapa del progreso del alma; en el bien entendido ya, en una forma o en otra, se hallaba entonces generalizada la enseñanza de la reencarnación y de la preexistencia del alma. Resulta de ello, por de contado, que la estancia celeste era tenida por temporal, aunque muy larga en ocasiones, puesto que duraba "una edad", según se consigna en el texto griego del Nuevo Testamento; edad que concluía con el retorno del hombre, para emprender la nueva etapa de su vida y progreso no interrumpidos. Tal estancia, pues, no era eterna como se lee en la equivocada traslación inglesa, que corre con autoridad (9).

A fin de completar el bosquejo que se requiere para una mayor inteligencia de la Resurrección y de la Ascensión, tenemos que ver cómo se desarrollan estos diversos cuerpos, en la evolución superior.

El cuerpo físico está en constante estado de flujo y de reflujo, sus moléculas se renuevan sin cesar, su fábrica es continua. y como quiera que se construye del alimento que comemos, de los líquidos que bebemos, del aire que respiramos y de las partículas que atraemos de cuanto nos rodea, así de los seres animados como de las cosas, podremos purificarlo con la buena elección de los materiales, y convertirlo así en vehículo cada vez más a propósito para actuar por su medio, cada vez más receptivo a las vibraciones sutiles, cada vez más apto para responder a los deseos puros y a los pensamientos nobles y elevados. Por esto los que aspiraban a alcanzar los Misterios, quedaban sujetos a determinadas reglas para las comidas, abluciones, etc., y se les recomendaba un cuidado exquisito en lo tocante a las personas con que se reunían y a los sitios que frecuentaban.

De modo análogo cambia a su vez el cuerpo de deseos; mas los materiales que entran en su composición, se atraen y se expelen por el funcionamiento de los deseos que proceden de sentimientos, pasiones y emociones. Si éstos son groseros, groseros serán también los materiales constitutivos de dicho cuerpo, mientras que si aquéllos se purifican, cambiando los materiales, se hará el último más sutil, y más sensible a las influencias superiores, En proporción al dominio que el hombre ejerce sobre su naturaleza inferior, al desinterés de las aspiraciones y sentimientos, y a la medida del

amor que experimente por cuantos le rodean, se verifica la purificación de este vehículo más elevado de la conciencia. El resultado será que cuando esté fuera del cuerpo físico durante el sueño, obtendrá experiencias más puras, altas e instructivas; y cuando a la hora de la muerte lo abandone de un modo definitivo, pasará velozmente por el estado intermedio, pues el cuerpo de deseos se desintegrará con rapidez, y no podrá detenerle en su viaje hacia otras regiones.

El cuerpo mental se constituye de idéntica manera por los pensamientos. Será vehículo de la conciencia en las regiones celestiales; mas su construcción en la tarea actual de la imaginación, de la razón, del juicio, de las facultades artísticas, de las aspiraciones, y, en general, de todos los poderes mentales en ejercicio. Tal lo usa el hombre, cual la hace; por lo que la duración y esplendor de la estancia celeste dependen de la clase de cuerpo mental que se haya construido en la vida terrestre.

Conforme el hombre ingresa en la evolución más elevada, cobra este cuerpo actividad independiente aun del lado de acá de la muerte, y en medio del tumulto de la existencia mundana, va ganando por grados la conciencia de su vida celeste.

Conviértese entonces en "el Hijo del hombre que está en el cielo" (10), el cual puede hablar sobre las cosas celestiales con la autoridad del conocimiento. Cuando el hombre comienza a vivir la vida de Hijo, vive en el cielo, aun estando en la tierra, pues ha entrado en el Sendero de Santidad y ha adquirido la posesión y el uso conscientes de su cuerpo celeste. Y como quiera que el cielo no está lejos de nosotros, sino que por el contrario, nos envuelve por todos lados, hallándonos sólo apartados de él por razón de nuestra incapacidad para recibir sus vibraciones, no por su lejanía, y como quiera que esas vibraciones actúan sobre nosotros en todos los momentos de nuestras vidas, lo que necesitamos para estar en el cielo es hacernos conscientes de tales vibraciones, lo cual conseguiremos, organizando, vivificando y desarrollando este cuerpo mental que, constituido de materiales celestes, es apto para responder a las vibraciones de la materia de aquel mundo. De aquí que el "Hijo del hombre" esté siempre en los cielos. Mas nosotros sabemos que el "Hijo del hombre" es término que se aplica al Iniciado: no al Cristo ascendido y glorificado, sino al Hijo cuando todavía "se esta perfeccionando".

La primera división del cuerpo espiritual, o sea el Cuerpo Causal, se desarrolla rápidamente durante las etapas de la evolución que conducen al Sendero Probatorio y las que en éste se comprenden, y así le es posible al hombre, después de la muerte, elevarse al segundo cielo. Después del Segundo Nacimiento, esto es, el nacimiento del Cristo en el hombre, tiene principio la formación del Cuerpo de Felicidad "en los cielos."

Este es el cuerpo del Cristo, que se desarrolla en el tiempo de Su servicio en la tierra, y, a medida que se desarrolla, la conciencia del "Hijo de Dios" se hace más y más determinada, sintiéndose iluminado el Espíritu, en tal estado de desenvolvimiento, por la futura unión con el Padre.

En los Misterios cristianos, así como en los egipcios y caldeos antiguos y en varios otros, había un simbolismo externo que expresaba las etapas por los que el hombre iba pasando. Se le llevaba a la cámara de Iniciación, y se le colocaba en el suelo con los brazos extendidos, algunas veces sobre una cruz de madera, y otras simplemente sobre las losas del pavimento, quedando en la postura de un hombre crucificado. Entonces se le tocaba en el corazón con el tirso -la "lanza" de la crucifixión- y abandonando el cuerpo, que caía en profundo trance -la muerte del crucificado- pasaba a los mundos del más allá. El cuerpo se metía en un sarcófago de piedra, y allí quedaba cuidadosamente guardado. Entretanto, el hombre real recorría primeramente las extrañas y oscuras regiones llamadas "el corazón de la tierra", y después la celeste montaña, donde se revestía del cuerpo de felicidad perfectamente organizado ya del todo para ser vehículo

de la conciencia, y en él volvía al cuerpo carnal para reanimarlo. La cruz en que este cuerpo se había colocado, y, en el caso de no haberse empleado cruz, el cuerpo mismo, rígido y en estado de trance, se sacaba del sarcófago, y se ponía en una superficie inclinada, mirando al Oriente, en el instante de la salida del sol al tercer día.

En el momento en que los rayos del sol le daban en la cara, el Cristo, el Iniciado perfecto, o Maestro, entraba otra vez en el cuerpo, y lo glorificaba con el cuerpo de felicidad que traía, cambiándolo con este contacto, comunicándole nuevos poderes, aptitudes y propiedades distintas; en una palabra, transmutándolo en un cuerpo semejante al Suyo. Era esto la Resurrección del Cristo; en adelante el mismo cuerpo de carne transformado adquiriría una nueva naturaleza.

Por esto el sol se ha tomado siempre como símbolo del Cristo que resucita; por esto en los himnos de la Pascua de Resurrección se hace constante referencia al naciente Sol de Justicia. También está escrito del Cristo triunfante: "Yo soy el que vivo, y he sido muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos. Amén. y tengo las llaves del infierno y de la muerte" (11). Todos los poderes de los mundos inferiores han quedado bajo el dominio del Hijo que ha triunfado gloriosamente. La muerte no tiene ya poder sobre El. El tiene vida y muerte en Su potente diestra" (12). El es el Cristo resucitado, el Cristo triunfante.

La Ascensión del Cristo en el Misterio de la tercera parte del cuerpo espiritual, la adquisición de la Vestidura de Gloria que prepara la unión del Hijo con el Padre, del hombre con Dios, cuando el Espíritu recobra aquella gloria que tuvo "antes que el mundo fuese" (13). Entonces el triple Espíritu se hace uno, se reconoce eterno, y el Dios Oculto es encontrado. Esto es lo que se representa en la doctrina de la Ascensión, por lo que al individuo se refiere.

La Ascensión de la humanidad se llevará a cabo cuando toda la raza humana haya logrado la condición de Cristo, el estado de Hijo, y este Hijo se haya hecho uno con el Padre, y todo Dios esté en toda la humanidad. Esta es la meta, figurada de antemano en el triunfo del Iniciado, pero alcanzada solamente cuando la especie humana sea perfecta, cuando "la gran huérfana Humanidad" no sea ya tal huérfana, sino que se reconozca en plena conciencia como el Hijo de Dios. Estudiando así las doctrinas de la Redención, de la Resurrección y de la Ascensión, lograremos las verdades declaradas que en los Misterios Menores a ellas se refieren, y empezaremos a entender toda la realidad de la enseñanza apostólica sobre que el Cristo no era una personalidad única, sino "primicias de los que durmieron" (14), y que todo hombre habrá de ser un Cristo. En aquellos tiempos no se consideraba al Cristo como un Salvador externo, cuyos merecimientos debían salvar a los hombres de la cólera divina. Era doctrina corriente en la Iglesia la elevada e inspiradora enseñanza de que El era las primicias de la humanidad, el modelo que todos debían imitar, la vida que todos habían de compartir. Los Iniciados han sido siempre tenidos por tales primicias, como promesa del primitivo y viviente símbolo de su propia divinidad, el fruto glorioso de la semilla que llevaba en su propio seno. La enseñanza del Cristianismo esotérico, o de los Misterios Menores, no era el ser salvado por un Cristo externo, sino el ser glorificado en un Cristo interno. Del estado de discípulo debía pasarse al estado de Hijo. La vida del Hijo debía pasarla entre los hombres, hasta que fuese rematada por la Resurrección, y el Cristo glorificado se convirtiese en uno de los perfectos Salvadores del Mundo.

¡Cuánto más sublime es este Evangelio que el de los tiempos presentes! ¡Cuán estrecha y mezquina la doctrina exotérica de las iglesias, frente a este grandioso ideal del Cristianismo esotérico!

Notas del capítulo 8

- (1) I. Tesal, v. 23.
- (2) Véase cap. IX, "La Trinidad."
- (3) Antes, págs. 58, 67 y 68.
- (4) II. Cor., XII, 2, 4.
- (5) San Mateo, v. 48.
- (6) San Juan, XVII, 21-23.
- (7) II. Cor., V. I.
- (8) I. Cor., XV, 28.
- (9) La equivocación era natural, pues se hizo el traslado en el siglo XVII, cuando toda idea sobre la preexistencia y evolución del alma había desaparecido de la Cristiandad desde mucho tiempo antes, exceptuando las enseñanzas de algunas sectas, que la Iglesia Católica Romana perseguía, considerándolas heréticas.
- (10) San Juan, III, 13.
- (11) Apoc., 1. 18.
- (12) The Voice of the Silence, pág. 90, 5a edición, por H. Blavatsky.
- (13) San Juan, XVII, 5.
- (14) I. Cor. XV, 20.

CAPITULO IX

LA TRINIDAD

Para que sea provechoso el estudio de la Existencia Divina, hay que tomar como punto de partida su Unidad. Así lo han proclamado todos los sabios; así lo han afirmado todas las religiones; así lo consignan todas las filosofías: "solamente Uno sin segundo" (1). "Oye, Israel" -exclamó Moisés-. "El Señor Dios nuestro es el único Señor" (2).

"Nosotros, empero, no tenemos más de un Dios" (3) declara San Pablo. "No hay más Dios que Dios" -afirma el fundador del Islam- y de esta sentencia hace el símbolo de su fe. Una Existencia sin límites, sólo conocida de Ella misma en toda su plenitud. Eternas Tinieblas, de las cuales nace la Luz.

Pero en cuanto Dios Manifestado, el Uno aparece Trino. Trinidad de Seres Divinos: Uno como Dios, Tres como Poderes manifestados. Esto también ha sido declarado siempre; y es tan vital esta verdad, por lo que se relaciona con el hombre y su evolución, que en todos los tiempos ha sido parte esencial de los Misterios Menores.

Entre los hebreos se conservó secreta esta doctrina por razón de las tendencias antropomórficas de aquel pueblo, pero los rabinos estudiaban y adoraban al Anciano de los Días, de quien procede la Sabiduría, y de ésta el Entendimiento -Kether, Chochmah, Binah-, tales constituían la Trinidad Suprema: exhibición en el tiempo de lo Uno que está fuera del tiempo. El Libro de la Sabiduría de Salomón se refiere a esta enseñanza, haciendo de la Sabiduría un Ser. "Según Maurice, "El primer Sephiro, denominado Kether, (la Corona), Kadroon (la Luz pura), y En Soph (el Infinito) (4), es el Padre omnipotente del universo.". El segundo es Chochmah, el cual, según hemos comprobado por los escritos sagrados y por los rabínicos, es la Sabiduría creadora. El tercero es Binah o Inteligencia celeste, de donde los egipcios sacaron su Cneph, y Platón su Nous Demiurgos. Es el Espíritu Santo que "compenetra, anima y gobierna este universo sin límites" (5).

La influencia de esta doctrina sobre las enseñanzas del Cristianismo está indicada por el Deán Milman en su *History of Christianity*. Allí dice: "Este Ser (el Verbo o la Sabiduría) era impersonalizado de modo más o menos determinado, conforme a las nociones de los países y tiempos respectivos eran más populares o más filosóficas, más materiales o más abstractas. Estaba extendida esta doctrina desde el Ganges, y aun desde las orillas del Mar Amarillo, hasta el Iliso; era el principio fundamental de la religión y de la filosofía indas; era la base del Zoroastrianismo; era el platonismo puro; era el judaísmo platónico de la escuela de Alejandría. Podrían citarse muchos pasajes de Filon sobre la imposibilidad de que el primer Ser existente por sí llegue a ser conocido por el entendimiento humano; y no es dudoso que hasta en Palestina, Juan el Bautista y nuestro Señor mismo no expresaron ninguna doctrina nueva, sino más bien el común sentir de los más ilustres sabios, al declarar que "ningún hombre había visto jamás a Dios". De acuerdo con este principio, al interpretar los judíos las más antiguas Escrituras, en vez de la comunicación directa y sensible de la gran Divinidad Una, colocasen de mediadores uno o más seres intermedios. Según la autorizada tradición a que aludió San Esteban, la ley fue dada "por disposición de ángeles"; según otra, esta función fue conferida a un ángel solo, llamado a veces el Ángel de la Ley (véase Gal. III, 19), a veces el Metatron. Pero el más común representante de Dios, por decirlo así, cerca del sentido y mente del hombre, era el Memra o Verbo Divino, siendo de notar que este mismo hombre sé encuentra en los sistemas indostánico, persa, platónico y alejandrino. Con el mismo término designaron al Mesías los targumistas, primeros

comentadores judíos de las Escrituras; y no hay para qué indicar de qué modo se santificó, al introducirlo en el esquema cristiano" (6).

Como dice el sabio Deán, el concepto del Verbo, el Logos, era universal, y formaba parte de la idea de una Trinidad.

Los filósofos hindúes hablan de Brahman manifestando como Sat-Chit-Ananda: Existencia, Inteligencia y Felicidad.

En el concepto popular, el Dios manifestado es una Trinidad: Shiva, Principio y Fin; Vishnu, Conservador; Brahma, Creador del Universo. La religión mazdeista presenta una Trinidad semejante: Ahuramazda, el Gran Uno, el Primero; luego "los gemelos", la Segunda Persona dual -pues la segunda persona de la Trinidad es siempre dual, desfigurada en los tiempos actuales como un Dios y un Diablo opuestos-; y la Sabiduría Universal, Armaiti. En el Budismo del Norte vemos a Amitâbha, la Luz infinita; Avalokiteshvara, origen de las encarnaciones; y la Mente Universal, Mandjusri.

En el Budismo del Sur, la idea de Dios se ha desvanecido, pero con tenacidad significativa reaparece la triplicidad, como refugio a que se acoge el Budismo meridional: el Buda, el Dharma (la doctrina), el Sangha (la Orden). Pero el mismo Buda es a veces adorado como una Trinidad. En una piedra de Buda Gaya se halla inscrita una salutación dirigida a El, como a una encarnación del Eterno y dice: "¡Oh! Tú eres Brahma, Vishnu y Mahesha (Shiva)." "A Ti adoro, el que eres celebrado, con mil nombres y bajo diversas formas, en la figura de Buda, el Dios de Misericordia" (7).

En las religiones que han desaparecido, se encontraba la misma idea de la Trinidad. Ella dominaba todo el culto religioso de Egipto. Tenemos una inscripción jeroglífica en el Museo Británico que se remonta al reinado de Senecho en el siglo VIII antes de la Era Cristiana, la cual demuestra que la doctrina de la Trinidad en la Unidad formaba ya parte de su religión" (8). Así era la verdad desde una fecha mucho más antigua. Ra, Osiris y Horus formaban una Trinidad, cuyo culto se hallaba muy extendido. Osiris, Isis y Horus eran adorados en Abidos; con otros nombres recibían culto en diversas ciudades; y el triángulo era el símbolo usado comúnmente para representar al Dios Trino. La idea fundamental de estas Trinidades, como quiera que se las llamase, está manifiesta en un pasaje citado de Marutho, en el cual un oráculo, censurando el orgullo de Alejandro Magno, dice: "Primero Dios, después el Verbo, y con ellos el Espíritu" (9). En Caldea formaban la Trinidad Suprema Anu, Ea y Bel, siendo Anu el Origen de todo, Ea la Sabiduría, y Bel el Espíritu Creador. Respecto a China, observaba Williamson: "En la China antigua acostumbraban los emperadores sacrificar cada tercer año a "Aquel que es uno y tres." Había una sentencia china de que "Fo es una persona, pero tiene tres formas". En el elevado sistema filosófico, conocido en China por el Taoísmo, figura también una trinidad: "La razón Eterna produjo el Uno, el Uno produjo el Dos, el Dos produjo el Tres, y el Tres produjo todas las cosas"; lo cual, como Le Comte dice "parece demostrar que tenían algún conocimiento de la Trinidad" (10).

La doctrina cristiana de la Trinidad concuerda por completo con la de otras religiones en lo que se refiere a las funciones de las tres Personas Divinas, debiendo advertirse que la palabra Persona procede de la latina persona, máscara, lo que cubre algo, la máscara de la Existencia Una, la revelación de Sí mismo bajo una forma. El Padre es él Origen y el Fin de todo; el Hijo es de naturaleza doble, y es el Verbo o la Sabiduría; el Espíritu Santo es la Inteligencia creadora que, incubando la caótica materia primordial, la organiza en elementos adecuados para la construcción de las formas.

Esta identidad de funciones, con tal diversidad de nombres, demuestra que no se trata de una mera semejanza externa, sino de la expresión de una verdad íntima. Hay algo de que esta triplicidad es una manifestación, algo cuya huella debe encontrarse en la naturaleza y en la evolución, y que, al ser reconocido, haga inteligible el progreso

humano, las etapas del desarrollo de la vida. Además, en el lenguaje simbólico universal, las Personas se distinguen por ciertos emblemas, y por ellos pueden reconocerse bajo la diversidad de formas y de nombres.

Otro punto más debe recordarse antes de terminar el examen exotérico de la Trinidad, a saber: que en relación con todas estas Trinidades, hay una cuarta manifestación fundamental -el poder del Dios-, la cual tiene siempre una forma femenina. En el Hinduismo cada Persona de la Trinidad tiene Su Poder manifestado; por donde lo Uno y los seis aspectos indicados constituyen el sagrado Siete. Juntamente con muchas Trinidades aparece una forma femenina, especialmente relacionada con la Segunda Persona, y en este caso se da el sagrado Cuaternario.

Veamos ahora la verdad interna.

Lo Uno viene a manifestarse como el Ser Primero, el Señor que existe por Sí mismo, la Raíz de todo, el Padre Supremo; la palabra Voluntad, o Poder, parece la mejor para expresar esta primaria revelación de sí mismo, porque hasta que no haya Voluntad de manifestarse, no puede haber manifestación, y hasta que no haya Voluntad manifestada, falta impulso para desarrollos ulteriores. Puede decirse que el universo tiene sus cimientos en la Voluntad divina. Sigue luego el segundo aspecto de lo Uno: la Sabiduría. El Poder es guiado por la Sabiduría; por eso está escrito que "sin El nada de lo que es hecho, fue hecho" (11). La Sabiduría es de naturaleza doble, como se verá pronto. Cuando los aspectos Voluntad y Sabiduría se han revelado, un tercer aspecto debe seguir, para hacer a aquéllos efectivos: la Inteligencia Creadora, la mente divina en Acción. Un profeta judío escribió: "El que hizo la tierra con Su Poder, compuso el mundo con su Sabiduría, y extendió los cielos con Su Inteligencia" (12). La referencia a las tres funciones es muy clara (13). Estos Tres son inseparables, indivisibles; tres aspectos del Uno. Sus funciones pueden imaginarse separadamente para mayor claridad, pero no pueden desunirse. Cada una es necesaria y está presente en las demás. En el Primer Ser la Voluntad, el Poder, predomina como característica, pero la Sabiduría y la Acción Creadora están también presentes; en el Segundo Ser la Sabiduría es predominante, pero el Poder y la Acción Creadora no le son menos inherentes; en el Tercer Ser predomina la Acción Creadora, mas también se hallan en El el Poder y la Sabiduría. y aunque se haga uso de las palabras Primero, Segundo y Tercero, porque los Seres se manifiestan así en el orden del tiempo, en la sucesión del propio desenvolvimiento, sin embargo, en relación a la Eternidad se les considera iguales y en dependencia mutua.

"Ninguno es mayor ni menor que el otro" (14). Esta Trinidad es el Yo divino, el Espíritu divino, el Dios Manifestado, El que "era, y que es, y que ha de venir" (15); y es la raíz de la triplicidad fundamental de la vida, de la conciencia.

Pero hemos visto que hay una cuarta Persona femenina -en algunas religiones una segunda Trinidad-, la Madre.

Es ésta la que hace posible la manifestación; es la que constituye en lo Uno la eterna raíz de la limitación y de la división, la cual, cuando se manifiesta, es llamada Materia. Es el No Yo divino, la Materia divina, la Naturaleza manifestada.

Considerada como Uno, hace el Cuarto, el cual posibilita la actividad de los Tres, de cuyas operaciones constituye el campo, por razón de su infinita divisibilidad; y es a la vez "la Sierva del Señor" (16) y también la Madre, pues da su sustancia para formar el Cuerpo de Aquél, el Universo, cuando la virtud del Altísimo la cobija (17). Examinada con atención, se ve que también Ella es triple, que tiene tres aspectos inseparables, sin los cuales no podría existir. Estos son: Estabilidad (Inercia o Resistencia), Movimiento y Ritmo; se les llama las cualidades fundamentales o esenciales de la Materia. Sólo ellas pueden hacer efectivo el Espíritu, y por esto se las ha considerado como los Poderes

manifestados de la Trinidad. La Estabilidad o Inercia suministra la base, el punto de apoyo de la palanca; el Movimiento se manifiesta en seguida, pero sólo podría hacer el caos; entonces se impone el Ritmo, y he aquí la Materia en vibración, apta para ser modelada y recibir forma. Cuando las tres cualidades están en equilibrio, es lo Uno: la Virgen Madre improductiva. Cuando la virtud del Altísimo la cobija, y "el aliento del Espíritu viene sobre ella, las cualidades se desequilibran, y entonces se hace Ella la divina Madre de los mundos.

La primera acción mutua acontece entre Ella y la Tercera Persona de la Trinidad; por la acción de ésta adquiere aquélla aptitud para producir formas. Entonces se revela la Segunda Persona, quien se reviste de los materiales así proveídos, y de este modo se constituye en Mediador, enlazando en su propia Persona el Espíritu y la Materia, el Arquetipo de todas las formas. Sólo por Su medio se revela la Primera Persona como Padre de todos los Espíritus.

Ahora es ya posible entender cómo la Segunda Persona de la Trinidad del Espíritu es siempre dual; Ella es quien se reviste de Materia, apareciendo en Ella, por lo tanto, las mitades gemelas de la Divinidad en unión, no como uno. De aquí que sea también Ella Sabiduría; pues la Sabiduría del lado del Espíritu es la Razón Pura que se reconoce a sí misma como el Yo Uno, ya todas las cosas en su Yo, y del lado de la Materia es Amor, que mantiene unidas las formas de diversidad infinita, y de cada forma constituye una unidad, no un mero cúmulo de partículas; es el principio de atracción que sostiene los mundos y todo cuanto en ellos existe, en orden perfecto y equilibrio. Esta es la Sabiduría de la cual se ha dicho que "potente y suavemente ordena todas las cosas" (18), que sostiene y conserva el universo.

En el sistema de símbolos que en todas las religiones se encuentra, se ha considerado el Punto -lo que sólo tiene posición- como símbolo de la Primera Persona de la Trinidad. A propósito de esto observa San Clemente de Alejandría, que si sustraemos de un cuerpo sus propiedades, luego su profundidad, después su longitud y en seguida su latitud, el punto que queda es una unidad que, por decirlo así, tiene posición; si de él sustraemos la posición quedará el concepto de unidad" (19). El brilla en el fondo de las Tinieblas infinitas, Punto de Luz, centro de un futuro universo, Unidad en la cual todo existe sin separación. La materia que ha de formar el universo, campo de Su labor, es determinada por la vibración oscilatoria del Punto en todas direcciones: vasta esfera limitada por Su Voluntad, por su Poder. Este es el hacer "la tierra con su poder" que dijo Jeremías (20). Así, el símbolo pleno es un Punto dentro de una esfera, representado comúnmente por un punto dentro de un círculo. La Segunda Persona se representa por una Línea, un diámetro de un círculo, una simple vibración completa del Punto: línea que atraviesa igualmente la esfera en toda dirección. Esta línea al dividir el círculo en dos mitades, simboliza también Su dualidad; esto es, que en la Segunda Persona la Materia y el Espíritu -que constituyen una unidad en la Primera Persona- son visiblemente dos, aunque unidas. La Tercera Persona se representa por una Cruz formada de dos diámetros que se cortan en ángulo recto dentro del círculo; la segunda línea de la Cruz separa la parte superior del círculo de la inferior.

Esta es la Cruz griega (21).

Cuando se representa la Trinidad como una Unidad, se emplea el Triángulo o bien inscrito en un círculo, o bien libre. El universo se simboliza por dos triángulos unidos: el que representa la Trinidad del Espíritu, con el ápice hacia arriba; y el que representa la Trinidad de la Materia, con el ápice hacia abajo; cuando se les figura con colores, el primero es blanco, amarillo, dorado o del color de la llama, y el segundo negro o de algún color oscuro.

Ahora podrá seguirse el proceso cósmico sin dificultad. El Uno se ha hecho Dos, y el Dos Tres, y la Trinidad se revela. La materia del universo ha quedado demarcada y aguardando la acción del Espíritu. Esto es "el principio" del Génesis, cuando "creó Dios el cielo y la tierra" (22): expresión más adelante aclarada por las repetidas frases de que "El echó los cimientos de la tierra" (23); sólo quedaba hecho el amojonamiento del material -un mero caos, "sin forma y vacío" (24).

Después comenzó la obra de la Inteligencia Creadora, el Espíritu Santo, que "era llevado sobre las aguas" (25) -el vasto océano de materia. Así El fue la primera actividad, aun que era la Tercera persona; punto éste de la mayor importancia.

Esta obra se declaraba a menudo en los Misterios, mostrándose la preparación de la materia del universo, la formación de los átomos, la constitución de sus agregados, la reunión de éstos en elementos, y la agrupación a su vez de estos últimos en sus compuestos gaseosos, líquidos y sólidos. Labor que abarca no sólo la clase de materia llamada física, sino también la correspondiente a todos los estados más sutiles de los mundos invisibles. Además, El, como "Espíritu de la Inteligencia", concibió las formas en que aquélla había de modelarse; mas no construyó las formas, sino que, en función de Inteligencia Creadora, produjo las Ideas de ellas, los prototipos celestes, como comúnmente se las llama. Esta es la tarea descrita cuando se dice: El "extendió los cielos con Su Inteligencia" (26).

La obra de la Segunda Persona sigue a la de la Tercera. Por virtud de Su Sabiduría "compuso el mundo" (27), construyendo los globos y todas las cosas que en ellos hay, "todas las cosas por él fueron hechas" (28). Ella es la Vida organizadora de los mundos, y todos los seres tienen en Ella su raíz (29). La vida del Hijo, así manifestada en la materia preparada por el Espíritu Santo -otra vez el gran "Mito" de la Encarnación-, es la vida que construye, conserva y sostiene todas las formas, porque El es el Amor, la fuerza atrayente que da cohesión a las formas, haciéndolas capaces de crecer sin desmoronarse -Conservador, Sostenedor, Salvador. Por eso todas las cosas han de ser sujetadas al Hijo (30), todo ha de reunirse en El; por eso "nadie viene al Padre sino por El" (31).

Porque la obra de la Primera Persona sigue a la de la Segunda, como la de ésta a la de la Tercera. A la primera se llama "Padre de los Espíritus" (32), "Dios de los Espíritus de toda carne" (33), y Suyo es el don del Espíritu divino, el verdadero Yo del hombre. El espíritu humano es la Vida divina del Padre vertida, derramada en el vaso que el Hijo construye de los materiales vivificados por el Espíritu. y este espíritu del hombre, proviniendo del Padre -de quien proceden el Hijo y el Espíritu Santo- es, como El mismo, una Unidad, con los tres aspectos en Uno; así está el hombre verdaderamente hecho "a nuestra imagen y semejanza" (34), y así es capaz de hacerse "perfecto, como vuestro- padre que está en los cielos es perfecto" (35).

Tal es el proceso cósmico, repetido en la evolución humana: "como arriba, así es abajo." La Trinidad espiritual del hombre, hecha a semejanza de la divina, tiene que exhibir las divinas características; y así encontramos en él el Poder que, ora en su forma más elevada de Voluntad, ora en su forma inferior de Deseo, da impulso a su evolución. También encontramos en él la Sabiduría -la Razón Pura, cuya expresión en el mundo de las formas es el amor; y finalmente la Inteligencia o Mente, la energía activa modeladora. Asimismo vemos que la manifestación de estas características en la evolución humana, procede de la tercera a la segunda y de la segunda a la primera. La masa de la humanidad está desarrollando la mente, evolucionando la inteligencia, cuya acción separadora podemos observar en todas partes aislando los átomos humanos, por así decirlo, y desarrollando a cada uno separadamente, a fin de que lleguen a ser

materiales apropiados para la construcción de una Humanidad divina. Solamente este punto ha alcanzado hasta ahora la especie humana, y en él está aún trabajando.

Si nos fijamos en una exigua minoría de nuestra raza, veremos cómo está despuntando en ella el segundo aspecto del Espíritu divino del hombre, al cual se refiere el Cristianismo al hablar del Cristo en el hombre. Su evolución se verifica, como hemos visto, después de la primera de las Grandes Iniciaciones, por lo que la Sabiduría y el Amor son los distintivos del Iniciado, los cuales brillan más y más, conforme se va desarrollando este aspecto del Espíritu. Entonces se hace cierto una vez más que "nadie viene al Padre sino por Mí", pues sólo cuando la vida del Hijo está tocando a su plenitud puede El rogar: "Ahora, pues. Padre glorifícame Tú cerca de ti mismo, con aquella gloria que tuve cerca de Ti antes que el mundo fuese" (36). Y sube el Hijo al Padre, y se hace uno con El en la gloria divina; y manifiesta su existencia propia, la existencia inherente a su naturaleza divina, desarrollada desde la semilla a la flor, porque "como el Padre tiene vida en Sí mismo, así dio también al Hijo que tuviese vida en Sí mismo" (37). El se convierte en Centro vivo de conciencia en la Vida de Dios, Centro capaz de existir como tal, no sujeto ya a las limitaciones de su existencia primitiva, ensanchándose en conciencia divina, mientras conserva fija la identidad de su vida, como Centro vivo de fuego dentro de la Llama divina.

En tal evolución entra la posibilidad de Encarnaciones divinas en el porvenir, del mismo modo que una evolución idéntica en el pasado hizo posibles las divinas Encarnaciones en nuestro propio mundo. Estos Centros vivos no pierden Su identidad ni la memoria de su pasado, ni cosa alguna de lo que han experimentado en su larga subida; y tales Seres, conscientes de Sí mismos, pueden surgir del Seno del Padre y revelarse para ayuda de la humanidad. Han conservado en Sí la unión del Espíritu y la Materia, dualidad de la Segunda Persona, por lo que las Encarnaciones divinas de todas las religiones están relacionadas con la Segunda Persona de la Trinidad; de aquí que puedan con facilidad volver a revestir para la manifestación física, y hacerse hombres de nuevo. Han conservado esta naturaleza de Mediadores, constituyéndose así en eslabón entre la Trinidad celeste y la terrestre; "Dios con nosotros", (38) han sido siempre llamados.

Estos Seres, frutos gloriosos de anteriores universos, pueden venir al mundo actual con las perfecciones de Su Sabiduría y Amor divinos, con la memoria de Su pasado, capaces, por esta razón, de ser perfectos ayudadores de todos los seres vivos, pues conocen todos los pasos del progreso, por haberlos ellos andado, y hábiles para auxiliarlos en cualquier coyuntura, pues las han pasado todas. "Por cuanto El mismo padeció, al ser tentado, es poderoso para socorrer también a los que son tentados" (39).

A una humanidad posterior a Ellos corresponde la posibilidad de Su Encarnación divina. Ellos descienden, después de haber subido, a fin de ayudar a otros que suban a su vez.

Conforme entendemos estas verdades y algo del sentido de la Trinidad arriba y abajo, lo que un tiempo era duro e ininteligible dogma, se convierte en verdad viva y vivificadora. Sólo por la existencia de la Trinidad en el hombre se hace inteligible la evolución humana, dejándonos ver cómo se desenvuelve la vida de la inteligencia y luego la vida del Cristo. En este hecho está fundado el misticismo y la esperanza cierta de que conoceremos a Dios. Así lo han enseñado los Sabios. Y a medida que recorremos el Sendero que ellos nos han mostrado, reconocemos la verdad de su testimonio.

Notas del capítulo 9

- (1) Chhándogyopanishat, VI. 11. I.
- (2) Deut., VI, 4.
- (3) I. Cor. VIII, 6.
- (4) Esto es erróneo. En, o Ain, Soph no es un elemento de la Trinidad, sino la Existencia Una, manifestada en los Tres; ni tampoco es Kadmon, o Adam Kadmon, uno de los Sephiros, sino el conjunto de todos.
- (5) Citado en The Great Law, de Williamson, páginas 201, 202.
- (6) The History of Christianity, 1867, págs. 70 y 72, por H. H. Milman.
- (7) Asiatic Researches, I, 285.
- (8) Egyptian Mythology and Egyptian Christology, pág. 14, por S. Sharpe.
- (9) Véase The Great Law, pág. 196, de Williamson.
- (10) Lug. cit., págs. 208. 209.
- (11) San Juan, I, 3.
- (12) Jer. LI, 15.
- (13) Véase Antes, págs. 115-116.
- (14) Credo de Atanasio.
- (15) Apos. IV, 8.
- (16) San Lucas, I, 38.
- (17) Ibid,35.
- (18) Libro de la Sabiduría, VIII, I.
- (19) Vol. IV. Biblioteca Ante-Nicena. San Clemente de Alejandría. Stromata, lib. V, cap. II.
- (20) Véase Antes, pág. 164.
- (21) Véase Antes, págs. 131-132.
- (22) Gén. I. 1.
- (23) Job. XXXVIII, 4. Zach. XII, I, etc.
- (24) Gén. I, 2.
- (25) Gén. I, 2.
- (26) Véase Antes, pág. 164.
- (27) Idem, id.
- (28) San Juan 1. 3.
- (29) Bhagavad Gita, IX, 4.
- (30) I. Cor. XV, 27-28.
- (31) San Juan, XIV, 6. Véase el alcance más amplio de este texto en la página siguiente.
- (32) Heb. XII, 9.
- (33) Núm. XVI, 22.
- (34) Gén. I, 26.
- (35) San Mateo, V, 48.
- (36) San Juan, XVII, 5.
- (37) San Juan, V, 26.
- (38) San Mateo, I, 23.
- (39) Heb., II, 18.

CAPITULO X

LA PLEGARIA (1)

Gran oposición muestra el llamado "espíritu moderno" a la plegaria, pues no alcanza a ver la relación de causa y efecto entre la emisión de una súplica y la realización de un suceso. Mientras tanto, tan apegado a ella se mantiene el espíritu religioso, que en la plegaria funda su misma vida.

Sin embargo, aun las personas religiosas sienten a veces ciertas dudas sobre si debe considerarse la plegaria cosa racional.

¡Cómo! -piensan- ¿ha de darse lecciones al QUE TODO LO SABE? ¿Ha de instarse beneficencia del QUE ES TODO BONDAD? ¿Ha de alterarse la voluntad de AQUEL en quien "no hay mudanza, ni sombra de variación"? (2). A pesar de esto, "saben, por experiencia propia y ajena, que hay plegarias con respuesta"; resultas definidas de una súplica, realización de lo pedido.

Muchas de ellas no están relacionadas con experiencias del género subjetivo, sino con hechos reales del que se llama mundo objetivo. Un hombre hace plegarias por dinero, y el correo le trae la cantidad requerida; una mujer dirige sus súplicas por alimento, y el alimento llama a su puerta. En la historia de las asociaciones de caridad hay multitud de casos de necesidades apremiantes en que el remedio ha acudido inmediatamente a las oraciones en que se pedía auxilio. Mas, por otra parte, hay multitud de ejemplos en que los ruegos han quedado sin contestación: hambrientos que han desfallecido hasta morir, madres a quienes una enfermedad ha arrancado a sus hijos de los brazos, a despecho de los más apasionados llamamientos a la bondad divina. Un estudio serio de la plegaria debe tener en cuenta todos estos hechos.

Y aún hay más. Muchos casos se ofrecen en la materia que extrañan y confunden. Plegarias hay triviales que encuentran su respuesta, al paso que resultan fallidas otras sobre importantes asuntos; una pena pasajera es aliviada, y mientras tanto, súplicas encaminadas a salvar la existencia puesta en peligro de seres muy amados, se malogran. Imposible parece que el común investigador descubra la ley conforme a la cual la plegaria ha de ser o no provechosa.

Lo primero que se requiere para entender esta ley, es un análisis de la plegaria misma; pues comúnmente se hace uso de esta palabra para expresar actividades diversas de la conciencia, y no es cosa de considerar a las plegarias como si formasen un simple conjunto. Hay plegarias que consisten en demandas de determinadas ventajas mundanas, de satisfacciones de necesidades físicas: suplicaciones de alimento, de vestido, de dinero, empleos, buen suceso en los negocios, cura de enfermedades. Estas pueden agruparse en una clase que llamaremos A. Vienen luego las plegarias por las que se pide auxilio en las dificultades de un orden moral o intelectual, o por las que se requiere ayuda para el desarrollo espiritual: ruegos dirigidos para dominar las tentaciones, para adquirir fortaleza, visión interna, iluminación. A éstas las agruparemos en la clase B. Finalmente, hay plegarias por las que nada se pide, mera concentración en lo Supremo, adoración de la Perfección divina, aspiración intensa a unirse con Dios: el arrobamiento del santo, el éxtasis del místico, la contemplación del sabio. Es ésta la verdadera "comunidad entre lo Divino y lo humano", cuando el hombre se espacia en veneración y amor por AQUELLO que es atrayente de suyo, que promueve la efusión del alma. A estas plegarias llamaremos clase C.

Existen en los mundos invisibles Inteligencias de especies múltiples y varias que tienen deudas con la humanidad y son la verdadera escala de Jacob, por donde los ángeles de Dios suben y bajan, sobre la cual se apoya el Señor mismo (3). Algunas de estas

Inteligencias son poderosos Seres espirituales; otras son entidades muy limitadas, cuya conciencia es inferior a la humana. Todas las religiones reconocen la realidad de este aspecto oculto de la Naturaleza, del cual trataremos en breve con más extensión (4). Todo el mundo está lleno de seres vivos, invisibles a los ojos de la carne. Nuestro mundo visible está compenetrado por mundos que no se ven, y cuyas muchedumbres de inteligentes moradores nos rodean por todas partes. De ellos hay que son accesibles a los ruegos humanos; otros hay que son dúctiles a la imposición de nuestra voluntad. El Cristianismo reconoce la existencia de las clases más elevadas de estos Seres, bajo la denominación general de Ángeles, y enseña que ellos son "espíritus administradores, enviados para ministerio" (5) ; pero lo que se entiende por este ministerio, la naturaleza de su labor, su parentesco con la humanidad, eran asuntos que se trataban en la instrucción recibida en los Ministerios Menores, así como la comunicación efectiva con tales Espíritus se verificaba en los Mayores: verdades todas éstas que en los tiempos modernos han quedado en la penumbra, excepción hecha de lo poco que se enseña en las comuniones Griega y Romana, pues para la Protestante, "el ministerio de los ángeles" es ya casi una frase.

A más de lo dicho, existen otros seres invisibles creados sin cesar por las vibraciones que los pensamientos y deseos humanos ponen en acción sobre la materia sutil de los mundos suprafísicos, con lo que se modelan en esta materia formas que tienen a modo de alma los pensamientos o deseos que les han dado origen, creándose así el hombre un enjambre de servidores invisibles que, ocultos a su vista, discurren, sin embargo, por el espacio, tratando de realizar su voluntad, de la cual se ha derivado la única vida que los anima.

Hay también en esos mundos seres humanos compasivos que trabajan allí en sus cuerpos sutiles durante el reposo de sus cuerpos físicos en el sueño profundo, y cuyo atento oído logra percibir algún angustioso acento en demanda de socorro.

Y finalmente, por remate y coronamiento está la omnipresente y omnisciente Vida Divina que a todo responde poderosa en cualesquiera términos de sus reinos, la Vida de Aquel sin cuyo conocimiento ni un pajarillo cae a tierra (6), ni ser viviente se estremece de pena o de alegría, ni pequeñuelo gime o sonrío: Vida y Amor que todo lo compenetra, todo lo abarca, a todo sostiene, y en quien vivimos y nos movemos y somos (7). Así como nada de lo que causa placer o dolor, puede tocar el cuerpo humano, sin que al punto los nervios sensores lleven el mensaje del contacto a los centros cerebrales, y de ellos parta a través de los nervios motores la respuesta de bienvenida o de repulsa, del mismo modo toda vibración producida en el Universo, que es el Cuerpo de Dios, llega a Su Conciencia y de ella arranca una acción por respuesta.

Células nerviosas, hilos nerviosos, fibras musculares pueden ser agentes del sentir y del moverse; pero el hombre es quien siente y obra. Así pueden ser agentes miríadas de Inteligencias, pero es Dios quien conoce y responde. Nada puede haber tan pequeño que deje de afectar a Su delicada Conciencia omnipresente; nada puede haber tan vasto que la trascienda. Tan estrecha es nuestra limitación, que la sola idea de una conciencia que todo lo abarca, nos pone confusos y perturba; tal quedaría el mosquito, si por acaso pudiese aventurarse a medir la conciencia de Pitágoras. El profesor Huxley ha consignado en notable pasaje la posibilidad de que existan seres cuya inteligencia, subiendo más y más alto, cuya conciencia, ensanchándose sin cesar, alcance un nivel tan elevado por encima de la del hombre, como la del hombre lo está por encima de la del escarabajo (8). No es esto un vuelo de la imaginación científica, sino descripción de un hecho. Hay un Ser del cual la conciencia, presente en todos los puntos de Su universo, puede ser, por ende, afectada desde cualquiera de ellos. Conciencia es esta, no sólo inmensa por el campo que abarca, sino inconcebiblemente aguda además; pues al

extenderse en todas direcciones de su vasta área, no merma su delicada capacidad para dar respuestas; es más sensible a la interrogación, más exacta en hacerse cargo que las conciencias más restringidas y limitadas. No es cierto que mientras más excelso sea el Ser, sea más difícil llegar a Su conciencia, sino al contrario: mientras más elevado esté el Ser, será su conciencia más fácilmente afectada.

Ahora bien: esta Vida, inmanente en todo, se sirve de las vidas a que ha dado origen, como medios de comunicación en el extenso Cosmos, pudiendo así cualquiera de ellas ser utilizada como ministro de Su Voluntad omnisciente. Para que esta Voluntad se manifieste en el mundo externo, se hace preciso un medio de expresión; y ofreciéndole aquellas vidas en proporción a su receptividad, se convierten en obreros intermediarios entre dos puntos del universo, sean cuales fuesen.

Ellas funcionan como los nervios motores de Su cuerpo, llevando a cabo la acción requerida. Pasemos ya revista a las diversas clases en que hemos dividido las plegarias, y veamos las distintas maneras en que pueden obtener respuesta.

Cuando se hace una plegaria de la clase A, puede ser contestada de varios modos. Supongamos un hombre de natural sencillo, que tenga de Dios un concepto también sencillo, según es la etapa de la evolución en que se encuentra. Considera a Dios como su providencia, en contacto inmediato con sus necesidades diarias y, por tanto, se dirige a El en busca de su ración cotidiana con la misma naturalidad que un niño se dirige a su madre pidiéndole pan. Ejemplo típico de esto es el caso de Jorge Müller, de Bristol, antes de que fuese conocido como filántropo, cuando comenzaba su empresa caritativa, y no tenía amigos ni dinero. Oraba en demanda de alimento para las infelices criaturas que de todo, excepto de su liberalidad, estaban desprovistas, y siempre obtenía dinero suficiente para las necesidades más apremiantes. Pero ¿qué es lo que sucedía? Su plegaria consistía en un deseo potente que creaba una forma cuya vida y energía directora era el deseo mismo. Esta entidad viva y vibradora tenía una sola idea: la idea que le servía de alma; hace falta ayuda, hace falta alimento; y en condiciones tales, se lanzaba al espacio, persiguiendo su fin. Había en alguna parte un hombre caritativo que deseaba socorrer la miseria, y que andaba en busca de ocasiones oportunas para ello. Como el imán al hierro era este individuo para la forma de deseo: la atraía. Ella transmitía al cerebro del tal sus propias vibraciones: Jorge Müller, sus huerfanitos, sus necesidades; y entonces aquél encontraba salida para sus impulsos caritativos; sacaba un cheque y lo enviaba. Natural es que Jorge Müller dijese que a este individuo le había tocado Dios en el corazón para que diese el socorro que se necesitaba. Esto es cierto en el sentido más profundo de la palabra, pues no hay vida ni energía en el Universo que no vengan de Dios; mas la agencia mediadora, conforme a las leyes divinas, era la forma de deseo creada por el suplicante,

El mismo resultado podría obtenerse, sin oración alguna, por la persona que, conociendo el mecanismo correspondiente y su modo de funcionar, ponga su voluntad deliberada en el asunto. Para ello pensaría con toda claridad en lo que necesitaba, se atraería después la clase de materia sutil más adecuada a su propósito, con el fin de revestir con ella su pensamiento, y mediante un impulso deliberado de su voluntad, lanzaría esta forma hacia un individuo determinado a quien deseara hacer presente su necesidad; y en el caso de no fijarse en ninguno, la haría recorrer su vecindad para que fuese atraída por alguien que estuviese predispuesto a prestar ayuda al menesteroso. En esto no hay plegaria; sólo hay un ejercicio consciente de la voluntad y del conocimiento. La mayor parte de las gentes, que ignoran las fuerzas de los mundos invisibles, y no predispuestos a ejercitar la voluntad, logran más fácilmente la concentración del pensamiento y la vehemencia del deseo indispensable para un resultado fructuoso, elevando una plegaria que no haciendo un deliberado esfuerzo mental para hacer actuar

su propia energía, pues quizás desconfíen de sus propios poderes, aun habiéndose hecho cargo de la teoría, y la duda es fatal siempre que se trata de ejercitar la voluntad. El que la persona que ora, desconozca por completo el mecanismo que pone en movimiento, no afecta en lo más mínimo el resultado. El niño que, extendiendo el brazo, ase un objeto cualquiera, no necesita entender cómo funcionan sus músculos, ni saber los cambios químicos y eléctricos verificados con el movimiento de aquellos y de los nervios, ni necesita tampoco calcular la distancia a que el objeto se halla, midiendo el ángulo formado por los ejes ópticos; quiere coger el objeto que desea, y el aparato de su cuerpo obedece a su voluntad, aunque desconoce la existencia del uno y de la otra. Así el hombre que ruega, aun ignorando la fuerza creadora de su pensamiento, construye una entidad viva, y la envía a realizar su mandamiento. Obra tan inconscientemente como el niño, y como el niño coge lo que desea. En ambos casos es Dios el Agente primario, pues todo poder de El emana; en ambos casos también la obra efectiva ha sido hechura del aparato proveído por Sus leyes.

Mas no es éste el único camino por donde pueden recibir contestación las plegarias de esta clase. La voz del que pide auxilio, puede ser oída por alguno que, estando fuera de su cuerpo físico temporalmente, se dedique a trabajar en los mundos invisibles; puede asimismo ser oída por un Ángel que pase cerca del que dirige la súplica; y entonces uno u otro, movido de compasión, se apresura a inspirar el pensamiento de enviar la ayuda requerida a alguna persona caritativa. Tal persona diría: "La idea de que Fulano está necesitado, me ha ocurrido de improviso esta mañana; paréceme que le vendría bien recibir algún dinero." Y muchas plegarias reciben su respuesta de este modo, constituyéndose alguna Inteligencia invisible como medianera entre la necesidad y su satisfacción.

Parte es ésta del ministerio de los Ángeles inferiores, quienes acuden tanto al socorro de las necesidades personales, como prestan su cooperación en las empresas caritativas.

El fracaso de estas plegarias se debe a otra causa oculta.

Todo hombre ha contraído deudas que es forzoso que pague. Sus pensamientos torcidos, sus deseos perversos, sus acciones injustas han levantado obstáculos en su camino, que a veces hasta le cercan por todas partes como las murallas de una prisión. La deuda de los males hechos ha de ser amortizada por medio de sus propios sufrimientos; el hombre tiene que experimentar las consecuencias de sus entuertos. En vano elevará vehementes súplicas si está condenado a morir de hambre por sus maldades de otros tiempos; la forma de deseo que crea con sus intensas oraciones, buscará una y otra vez almas piadosas, sin jamás encontrarlas, pues tropezará con corrientes determinadas por sus pasadas fechorías, que la desviarán de su ruta, sin dejarla tocar al término de su destino. En esto, como en todo, hemos de reconocer que vivimos en los dominios de la Ley. Las fuerzas pueden ser modificadas o neutralizadas del todo por otras fuerzas que con ellas se pongan en contacto. Si de dos bolas exactamente iguales, impulsadas respectivamente por dos fuerzas también iguales entre sí, la una no es afectada en su camino por ninguna fuerza distinta, mientras la otra recibe el choque lateral de una nueva fuerza, es indudable que la primera llegará al término deseado, en tanto que la segunda se saldrá fuera de su curso primitivo. Así sucede con dos plegarias iguales: la una puede seguir su rumbo sin oposición alguna y alcanzar su objeto, al paso que la otra puede ser herida de costado por la fuerza más poderosa de un pasado de iniquidades. Una plegaria es contestada, la otra no. En ambos casos, sin embargo, el resultado es obra de la Ley.

Consideremos ahora la clase B. Las plegarias elevadas para pedir ayuda en las dificultades morales e intelectuales tienen un doble resultado: obran directamente para obtener la ayuda, y reaccionan además sobre la persona que ruega. Atraen la atención de

los Ángeles y de los discípulos que trabajan fuera de sus cuerpos físicos, y que andan siempre en busca de mentes desoladas a quienes prestar auxilio. En consecuencia, imprimen consejos en la conciencia cerebral, le dan alientos, y la iluminan, siendo ésta la respuesta más directa a la plegaria.

"Y El se apartó. . . y puesto de rodillas oró. . . y se le apareció un ángel del cielo, confortándole" (9). Se sugiere ideas que esclarecen una dificultad intelectual, se arroja luz sobre un oscuro problema moral, se vierte dulce consuelo en el corazón apenado, suavizando su consternación y calmando sus ansias.

Y si ningún ángel cruzase el espacio, el grito de angustia llegaría al "Secreto Corazón de los cielos", desde donde sería enviado un mensajero a mitigar la pena, a infundir ánimos: algún ser celestial, siempre dispuesto a volar al socorro del afligido, portador de la voluntad divina para prestar auxilio.

También acontece lo que alguna vez se llama respuesta subjetiva a esta clase de plegarias: la reacción de la súplica sobre el que la hace. La plegaria coloca al corazón ya la mente en una actitud receptiva, que acalla la naturaleza inferior, permitiendo que la fuerza y el poder iluminador de la más alta penetre en ellos sin obstáculos. Las corrientes normales de energía que fluyen del Hombre Interno, son, por lo general, encaminadas al mundo externo, y aprovechadas por la conciencia cerebral en el funcionamiento de su actividad para la realización de los asuntos ordinarios de la vida. Pero cuando esta conciencia cerebral abandona el mundo exterior. Y cerrando todas las puertas que a él se abren, fija su atención en el interior, cuando se abstrae de lo externo y se concentra en lo interno, se convierte en vaso capaz de recibir y retener, en vez de mero tubo de desagüe entre aquellos dos mundos. En el silencio que sucede a la cesación de los ruidos y tumultos de las actividades físicas, puede hacerse oír la "callada vocecita" del Espíritu, y la mente, en su atención reconcentrada, es capaz de percibir el suave murmullo del Yo Intimo.

Más notoria es la entrega de la ayuda, tanto de la parte externa como de la interna, cuando por la plegaria se demanda luz y crecimiento espiritual. No sólo hay deseo por parte de los auxiliadores angélicos y humanos de favorecer todo progreso espiritual, para lo cual aprovechan cuantas oportunidades puedan ofrecerles las almas que aspiran a lo alto, sino que además por el anhelo de tal crecimiento se emite energía de una especie elevada, que recaba para las aspiraciones espirituales una moción correspondiente en el reino del Espíritu. Una vez más se confirma la Ley de las vibraciones simpáticas: la nota de las altas aspiraciones hace sonar su nota similar por la liberación de energía de su misma especie, por la vibración sincrónica.

La Vida divina desde arriba ejerce presión continua sobre los límites que la cercan, y cuando la fuerza dirigida desde abajo hacia lo alto, choca en esos límites, el muro divisorio queda roto, y la Vida divina inunda el Alma. El hombre que siente la invasión de esta oleada espiritual, exclama: "Mi plegaria ha obtenido respuesta: Dios ha enviado Su Espíritu a mi corazón," y verdaderamente es así; sólo que rara vez entiende que este Espíritu está siempre tratando de entrar; pero " viniendo a lo que era suyo, los suyos no le recibieron " (10). "He aquí que estoy a la puerta, y llamo: si alguno oyere mi voz, y abriere la puerta, entraré a él" (11).

El principio general a que se ajustan las plegarias de esta clase, es que, la respuesta de la vida más amplia que está dentro y fuera de nosotros será proporcionada a la postergación de la personalidad ya la intensidad de la aspiración hacia arriba. Somos nosotros mismos los que nos apartamos. Si cesamos en nuestro alejamiento, y nos hacemos uno con lo más grande, veremos cómo fluyen dentro en nosotros luz, vida y fortaleza. Cuando la voluntad separada vuelve la espalda a sus peculiares designios, y se pone a servir los propósitos divinos, la energía divina se vierte en ella. El hombre que

nada contra la corriente, adelanta poco, pero el que va a favor de ella, se siente llevado por su fuerza. En todas las regiones de la Naturaleza están obrando las energías divinas; y cuanto hace el hombre lo efectúa sirviéndose de las energías que funcionan en la dirección en que él desea obrar. Sus mayores proezas las lleva a cabo, no por energías propias, sino por la habilidad con que elige y combina las fuerzas que han de ayudar a sus intentos, neutralizando los contrarios o los mismos con las favorables. Fuerzas que nos arremolinarían como a pajas el viento, se convierten en nuestras humildes esclavas si marchamos con ellas. ¿Será, pues, de admirar que las divinas energías se asocien al hombre que en sus plegarias muestra su empeño de cooperar en la labor Divina?

Esta forma más elevada de la plegaria de la clase B es un paso casi imperceptible dentro de la clase C, donde ya la plegaria pierde su carácter de petición, y se convierte en meditación o adoración de Dios. Meditación es la firme y reposada fijación de la mente en Dios, con lo cual la mente inferior se sosiega, y permanece en tal quietud, que el Espíritu puede escapar de ella, y elevarse a la contemplación de la Divinidad, para reflejar en sí mismo la divina Imagen. "La meditación es plegaria muda o no pronunciada, o como dijo Platón: "el fervoroso tornarse del Alma hacia lo Divino, no en demanda de algún bien particular (como en la común plegaria), sino en consideración del bien mismo, del Bien Supremo Universal" (12).

Tal plegaria, porque liberta al Espíritu, es el medio adecuado del hombre para unirse a Dios. Por la acción ineludible de las leyes del pensamiento, el hombre se convierte en aquello que piensa; así, pues, si medita sobre las perfecciones divinas, reproduce gradualmente e, sí mismo aquello en que su mente está fija. Esta mente, modelada conforme a lo más alto y no a lo más bajo, no puede ya contener al Espíritu, que al verse libre, se eleva a su origen. La plegaria se ha convertido en unión; la separación se ha dejado atrás.

La adoración ferviente, ajena a toda idea de súplica, e inspirada sólo en el puro amor de lo Perfecto, que vagamente se vislumbra, es también medio eficaz de unirse a Dios, y el más sencillo, por cierto. Durante ella la conciencia, desde la estrechez de los órganos cerebrales, contempla en mudo éxtasis la imagen que se forma de Aquel que es superior a todo poder imaginativo; y es caso frecuente el de individuos que, arrebatados por la intensidad de su amor más allá de los límites del intelecto, se encuentran como espíritus libres en regiones donde, trascendidos aquellos límites, sienten y comprenden mucho más de lo que a su vuelta pueden descubrir por medio de palabras o expresar en forma alguna.

Así ve el Místico en la Visión Beatífica; así reposa el Sabio en las profundidades de la Sabiduría que se escapan al conocimiento; así contempla a Dios el Santo que alcanza la pureza. En esta plegaria el orante se torna luminoso, y cuando desde la montaña en que se verifica tan alta comunión, desciende a las llanuras de la tierra, su rostro resplandece con luz suprema, como una transparencia de la llama que arde en su interior. ¡Feliz aquel cuyos ojos han visto "al Rey en Su gloria"! (13). Ellos recordarán, ellos comprenderán.

Entendida así la plegaria, se hace patente su necesidad, que siempre han sentido todos los cultos religiosos, y también es claro el porqué ha sido tan recomendada su práctica por todos los que se aplican a conocer la vida más elevada. Los que estudian los Misterios Menores, deben hacer plegarias de las comprendidas en la clase B, poniendo además empeño en ascender a la meditación pura ya la adoración de la clase última, y excusando del todo plegarias de la clase inferior. A éstos vendrá bien tener una idea de las enseñanzas de Jámblico sobre el asunto. Dice Jámblico que las plegarias "establecen una comunión sagrada e indisoluble con los Dioses", y pasa luego a dar algunos pormenores interesantes acerca de la plegaria, según se la considera en el Ocultismo

práctico. "Cosa es esta, por su naturaleza, digna de ser sabida, pues perfecciona la ciencia que atañe a los Dioses. Diré, pues, que la primera especie de plegaria requiere el Recogimiento, que a la par que nos pone en contacto con la divinidad, despierta en nosotros su conocimiento. La segunda especie es lazo de armoniosa Comunión, por cuya virtud se promueven, antes que la energía de lenguaje, los dones que los Dioses comparten con nosotros, y se perfeccionan nuestras obras antes que los conceptos intelectuales.

Es la tercera y más acabada especie, sello de la inefable Unión con las deidades, en quienes la plegaria cifra todo su poder y autoridad, con lo que da al alma descanso en ellas, como en puerto de seguridad inalterable. Pero de estos tres actos, suma de todas las medidas divinas, granjea quien con adoración suplica, no sólo la amistad de los Dioses, sino también tres frutos, y éstos en grado máximo, los cuales son otras tantas manzanas de oro del jardín de las Hespérides. El primero se refiere a la iluminación; el segundo a una comunidad de obra; mas con la virtud del tercero se recibe la perfecta plenitud del divino fuego. . . Ninguna operación puede tener buen suceso en la esfera de lo sagrado, como no medie la plegaria. Finalmente, su ejercicio continuo vigoriza el entendimiento, y hace al receptáculo del alma mucho más apto para la comunicación con los Dioses. De igual modo es la llave divina que abre al hombre la puerta del santuario de aquellos; nos habitúa a mirar las espléndidas corrientes de la suprema luz; en corto espacio purifica nuestros más escondidos, senos, y los dispone para el contacto y abrazo indecible de los Dioses, y no cesa hasta dejarnos en la más alta cima. De igual modo, por grados y en silencio, endereza las costumbres del alma, despojándola de toda cosa extraña a una naturaleza divina, y revistiéndola de las perfecciones de los Dioses. Establece asimismo una comunión y amistad indisolubles con la divinidad, alimenta el amor hacia ella, y enardece la parte divina del alma. Lo que en ésta haya de contrario y opuesto, lo redime y purifica; y expulsa todo lo que a la generación propenda y cuantos residuos de mortalidad permanezcan en su espíritu etéreo y luminoso. Da la última mano a la esperanza ya la fe en la recepción de la divina luz; y en resumen, convierte a los que la emplean en domésticos y familiares de los Dioses" (14).

De tal estudio y de tal práctica se deriva un resultado inevitable, tan pronto como el hombre comienza a entender, ya darse cuenta del género de vida humana más amplio que se despliega ante su vista. Echa de ver que con el conocimiento se ha hecho más poderoso, pues se contempla rodeado de fuerzas que es capaz de comprender y manejar; y advierte además que sus poderes aumentan en la proporción que aumenta su sabiduría. Aprende luego que dentro de sí mismo lleva oculta la Divinidad, a la cual nada efímero puede satisfacer, cuyos anhelos sólo puede calmar la unión con lo Uno, con lo perfecto. Gradualmente se despierta en él entonces la voluntad de marchar al unísono con lo Divino, y deja de buscar con vehemencia las mudanzas, y de arrojar, por tanto, nuevas causas sobre la corriente de efectos que constituyen su vida mundana, y que son el producto de aquellas otras causas que en anteriores existencias engendrara. Se reconoce más gerente que dueño, más servidor que amo: no fuente, sino canal; y en consecuencia, procura descubrir los designios divinos para obrar con ellos de consuno.

Cuando un hombre ha llegado a tal punto, está por encima de toda plegaria -salvo la que consiste en meditación y adoración- pues nada tiene que pedir, ni en este mundo ni en otro alguno; y así, permanece sereno, tratando sólo de servir a Dios. Este es el estado de Hijo, donde Su voluntad es una con la del Padre, y donde la sosegada entrega se verifica: "He aquí que vengo para hacer tu voluntad, Dios mío. Quíselo; y tu ley está en medio de mi corazón" (15). Toda plegaria, entonces, se considera innecesaria; toda petición impertinente. No es posible desear cosa alguna que no esté ya en los propósitos

de esta Voluntad, los cuales se traducen en manifestación activa, a medida que los agentes de esa Voluntad se van perfeccionando en la tarea.

Notas del capítulo 10

- (1) Gran parte de este capítulo se publicó antes en otra obra de la misma autora, titulada *Same Problems of Life*.
- (2) Santiago, I, 17.
- (3) Gén. XXVIII, 12, 13.
- (4) Véase el capítulo XII.
- (5) Heb. I, 14.
- (6) San Mateo, X, 29.
- (7) Hechos, XVII, 28.
- (8) T. H. Huxley. *Essays on some Controverted Questions*, página 36.
- (9) San Lucas, XXII. 41, 43
- (10) San Juan, I, II.
- (11) Apocalipsis, III, 20.
- (12) "Clave de la Teosofía", pág. 10, por H. P. Blavatsky.
- (13) Isaías, XXXIII, 17.
- (14) En los Misterios, sección V, cap. 26.
- (15) Salmo XXXIX, 8 y 9. (Vulgata latina). - En el original se cita: Ps. XL, 7, 8. Prayer Book versión.

CAPITULO XI

EL PERDON DE LOS PECADOS

"Creo en . . . el perdón de los pecados." "Reconozco un bautismo para remisión de los pecados." Estas palabras pronuncian los fieles de todas las comuniones cristianas, cuando recitan los familiares credos llamados de los Apóstoles y de Nicea. Entre los dichos de Jesús es frecuente éste: "Tus pecados te son perdonados"; y es digno de notarse que tal sentencia es siempre compañera del ejercicio de sus poderes curativos, resultando así simultáneas las liberaciones de las enfermedades física y moral. Directamente mostró en cierta ocasión la cura de un parálítico como señal de que tenía derecho a declarar a un hombre que sus pecados le eran perdonados (1).

También dijo a una mujer: ". . . sus muchos pecados son perdonados porque amó mucho." (2). En el famoso tratado gnóstico, Pistis Sophia, se dice que el verdadero propósito de los Misterios es la remisión de los pecados. "Aunque ellos hayan sido pecadores, aunque hayan vivido en todos los pecados e iniquidades del mundo, si cambian de vida y se arrepienten y hacen la renuncia que acabo de describiros, declaradles los misterios del reino de la luz; no se los ocultéis de modo alguno. Por razón del pecado he traído estos misterios al mundo: para remisión de todos los pecados que ellos han cometido desde el principio. Por esto otra vez os he dicho: "Yo no he venido a llamar al justo." Así, pues, he traído los misterios para que puedan ser remitidos los pecados de los hombres, y ellos llevados al reino de la luz. Porque estos misterios representan el don del misterio primero: el de la destrucción de los pecados e iniquidades de todos los pecadores" (3).

En estos Misterios la remisión del pecado se hace por el bautismo, conforme con el Credo de Nicea. Jesús dice: "Sabed, además que yo puedo declararos de qué tipo es el misterio del bautismo que remite pecados. . . Cuando un hombre recibe los misterios del bautismo, tales misterios vienen a ser poderoso fuego, vehemente en exceso, hábil, el cual consume todos los pecados; penetran aquéllos en el alma ocultamente, y devoran los pecados que la falsificación espiritual ha ingerido en ella." Y después de nuevas explicaciones sobre el procedimiento de la purificación, añade Jesús: "Este es el modo como los misterios del bautismo remiten los pecados y toda iniquidad" (4).

"El perdón de los pecados" aparece, en una forma u otra, en la mayoría de las religiones, si no en todas. Y dondequiera que tal concierto de opiniones se encuentra, podemos concluir con toda seguridad, conforme al principio ya expuesto, que existe en la naturaleza algún hecho que le sirve de fundamento.

La naturaleza humana responde también a esta idea de que los pecados son perdonados. Se ve que el hombre sufre bajo la presión de la conciencia de sus malas obras, y que cuando se descarga de su pasado y se desata el apretado nudo del remordimiento, marcha con alegre corazón y visión clara, que antes obscurecían las tinieblas. Siente algo semejante al quitarse un peso de encima, al removerse de un obstáculo en su camino.

"La sensación del pecado" ha desaparecido, y con ella la pena roedora; y reconoce el advenimiento de la primavera del alma, la palabra de poder que todo la renueva. Entona entonces de corazón un canto de gratitud que sube a lo alto; ha llegado el tiempo del cantar de las aves, de que haya "alegría entre los Ángeles." Este cambio, nada raro por cierto, suele causar sorpresa a la persona que lo experimenta en sí, o que lo advierte en otro; y comienza a preguntarse qué es lo que ha sucedido en realidad, qué es lo que ha producido en la conciencia una mudanza cuyos efectos son tan manifiestos.

Los modernos pensadores, identificados por completo con la idea de que toda clase de fenómenos es producto de leyes invariables, y después de haber estudiado el funcionamiento de estas leyes, repugnan a primera vista cualquier teoría sobre el perdón de los pecados, por considerarla incompatible con aquella verdad fundamental, del mismo modo que los hombres de ciencia, penetrados de la idea de inviolabilidad de la ley, rechazan todo concepto que con ella sea incompatible. Y están en lo cierto los unos y los otros, al construir sobre el cimiento de una ley inalterable, pues la ley no es más que la expresión de la Naturaleza divina, donde no cabe variación ni aun sombra de mudanza. Así, pues, el concepto que adoptemos sobre el perdón de los pecados, no deberá chocar con esta fundamental idea, tan necesaria a las ciencias éticas como a las físicas. "Faltaría la base de todo", si no pudiésemos reposar seguros en el perdurable abrazo de la Buena Ley.

Mas prosiguiendo nuestras investigaciones, nos encontramos sorprendidos con que los Maestros mismos que con más insistencia proclaman el invariable funcionar de la Ley, afirman de modo enfático el perdón de los pecados. En cierta ocasión dice Jesús: "que toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio" (5); y otra vez dice: "Confía, hijo: tus pecados te son perdonados" (6). Asimismo en el Bhagavad Gita se trata constantemente de las ligaduras de la acción: que "el mundo está atacado por la acción" (7), y que el hombre "recobre las características de su cuerpo anterior" (8); y sin embargo, dice en otra parte: "aun el más pecador, si me rinde culto con ánimo reconcentrado, será tenido también en el número de los santos" (9).

Parece, pues, que lo significado en las Sagradas Escrituras del mundo en la frase "el perdón de los pecados" no se consideraba por los más aptos Conocedores de la ley como cosa opuesta al inviolable eslabonamiento de causa y efecto.

Si examinamos aun la más cruda idea que prevalece en nuestros días acerca del perdón de los pecados, echaremos bien de ver que los que creen en ella no entienden que el pecador perdonado haya de escapar en este mundo a las consecuencias de sus malas obras. El borracho, por ejemplo, cuyo pecado ha obtenido perdón por virtud de su arrepentimiento, tiene que sufrir, sin embargo, el temblor de sus nervios, sus malas digestiones y la falta de confianza que sus semejantes le muestran.

Bien consideradas las declaraciones que a tal perdón se refieren, se contraen en último término a las relaciones del pecador I arrepentido con Dios, ya las penalidades que, conforme a las creencias del declarante, habrán de corresponder después de la muerte al pecado no remitido; mas no comprenden en modo alguno la idea de que hayan de eludirse las consecuencias terrenales del mal llevado a cabo. La pérdida de la creencia en la reencarnación y de un concepto sólido sobre la continuidad de la vida, así en lo que se refiere a su prosecución en este mundo como en los dos que le son inmediatos (10), ha dado origen a muchas incongruencias y aseveraciones insostenibles, entre las cuales figura la idea terrible y blasfema de los eternos tormentos del alma humana por pecados cometidos en el corto espacio de una sola vida sobre la tierra. Para librarse de esta pesadilla, idearon los teólogos un perdón que relevase al pecador de la tremenda prisión de un infierno perpetuo. Pero jamás se supuso que tal perdón le excusase en este mundo de las consecuencias naturales de sus malas obras, ni tampoco se sostuvo -a excepción de las modernas comunidades protestantes- que quedase exento de dilatados sufrimientos purgatoriales, resultando forzoso el pecado después de la muerte del cuerpo físico. La ley seguía su curso así en la tierra como en el purgatorio, y la pena iba tras el pecado, como las ruedas de la carreta tras los bueyes. Solo las torturas eternas - que únicamente en la imaginación nebulosa de los creyentes existían - habrían de eludirse con el perdón de los pecados; no siendo aventurado el presumir que después de haber afirmado los dogmatizadores la existencia de un infierno eterno como resultado

monstruoso de errores transitorios, se sintieran compelidos a buscar escapatoria de tan injusto e increíble destino, y, en su consecuencia, afirmaran más adelante la realidad de un perdón increíble e injusto también. Los sistemas elaborados por la especulación humana sin tener en cuenta los hechos de la vida, son abonados para meter al especulador en ciénagas mentales, de donde sólo le es dado salir dando tumbos a través del lodo en una dirección opuesta. Un perdón superfluo sirvió de contrapeso a un superfluo infierno eterno, y de este modo la desequilibrada balanza de la justicia fue repuesta en el fiel. Pero dejemos ya estas aberraciones de inteligencias sin luz, y tornemos a la región de los hechos y de la recta razón.

Cuando el hombre ejecuta una mala obra, él mismo se liga a una aflicción -planta que siempre brota de la semilla del pecado-. Aun es más exacto decir que pecado y aflicción, más que dos sucesos separados, constituyen los dos lados de un acto único. Al modo que todos los objetos tienen dos lados, anverso y reverso, a la vista el uno, y encubierto el otro a nuestra mirada, así también todo acto tiene dos lados que no pueden verse a la vez en el mundo físico. El bien y la felicidad, o el mal y la desdicha, se ven en otros mundos como anversos y reversos correspondientes a los actos.

A esta correlación se llama karma, voz original sánscrita, cuyo uso oportuno se ha extendido mucho; literalmente significa acción, y expresa la conexión o identidad explicadas; de aquí que le llame al sufrimiento resultado kármico de una obra mala. Este resultado, el reverso, no puede seguir inmediatamente, ni aun acaecer siquiera en la misma encarnación, pero más tarde o más temprano tiene que aparecer, estrechando al pecador en su doloroso abrazo. Ahora bien: un resultado en el mundo físico, un efecto experimentado por nuestra conciencia física, es la operación final de una causa puesta en acción en el pasado; es el fruto llegado a madurez; en él una fuerza particular se manifiesta y se extingue. Esta fuerza ha venido obrando hacia fuera, y antes que aparezca en el cuerpo, han desaparecido de la mente sus efectos. Su manifestación corporal, su aparición en el mundo físico, señala el término de su carrera (11). Si en tal momento, cuando el karma del pecado se ha agotado, se encontrase el pecador, por una circunstancia cualquiera, en presencia de uno de esos sabios que ven en el pasado como en el presente, que ven lo que para otros es invisible, lo mismo que lo que les es visible, podría suceder que, al distinguir semejante Ser el final de determinado karma, al percibir que la sentencia se halla cumplida, declare al cautivo en libertad. Ejemplo de este evento, y típico por cierto, es el caso del parálítico, antes aludido. Una dolencia física es la última expresión de pasado entuerto; el proceso mental y moral ha llegado ya a su término; alguna entidad celestial, ejerciendo sus funciones como ministro de la ley, induce al paciente a colocarse al paso de uno de aquellos Seres que son capaces de sanar enfermedades físicas mediante la aplicación de una energía superior. El Iniciado declara primero que los pecados de aquel hombre están perdonados, y luego, para justificar lo profundo de su vista interna, pronuncia las autoritarias palabras: "Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa." De no haberse encontrado allí un Ser de luz tan supremo, la enfermedad habría desaparecido al toque restaurador de la naturaleza, con la aplicación de la fuerza adecuada por Inteligencias angélicas invisibles que tienen el cargo de las operaciones de la ley kármica en el mundo. Pero cuando el Uno superior es quien actúa, esta fuerza adquiere mayor y más rápida eficacia; pues instantáneamente pone a las vibraciones físicas en el tono propio de la armonía que constituye el estado de salud. Tales perdones de pecados pueden llamarse declaratorios: el karma está agotado, y uno que lo conoce declara el hecho. La declaración alborozó el ánimo al modo que la orden de libertad al prisionero, orden que es tanta parte de la ley como la sentencia condenatoria; pero entre uno y otro alborozo hay esta diferencia: que el del hombre que

así es notificado de la extinción de su mal karma, es más intenso, por no ver de antemano el punto en que su acción se remata.

Es de advertir que estas declaraciones de perdón van siempre unidas a la manifestación de que el paciente tuvo "fe", sin lo cual nada hubiera podido hacerse; esto significa que el verdadero agente en la terminación del karma es el pecador mismo. En el caso de la "mujer que había sido pecadora", las dos declaraciones son conjuntas: "Los pecados te son perdonados. . . Tu fe te ha salvado: ve en paz" (12). Es esa fe el surgir en el hombre de su propia esencia divina que va en busca del divino océano de su esencia similar; y cuando sale de la naturaleza inferior que la detiene, como brota el agua de la tierra rompiendo por las capas que estorban su salida, el poder, así liberado, ejerce su acción sobre la naturaleza toda, poniéndola en armonía consigo mismo. El hombre del poder no llega a tener conciencia de él, hasta tanto que su fuerza quiebra la corteza kármica del mal; y esta alegría conciencia de un poder dentro de sí que le era desconocido, y que se le ha manifestado tan pronto como el mal karma se ha extinguido, es la parte principal en el regocijo, consuelo y nuevos ánimos que siguen al sentimiento de que el pecado está "perdonado", de que sus resultas se han desvanecido.

Y esto nos lleva al corazón mismo del asunto, o sea a tratar de los cambios que se verifican en la naturaleza íntima del hombre, desconocidos para aquella parte de la conciencia que actúa dentro de los límites del cerebro, hasta que de improviso se afirman a sí mismos dentro de esos límites, sin que, en la apariencia, vengan de parte alguna, como caídos "de las nubes", de procedencia ignorada. ¿Qué maravilla, pues, que el hombre, confundido por su aparición repentina, ignorante de los misterios de su propia naturaleza y "del Dios interno", que es realmente él mismo, se imagine que procede del exterior lo que de hecho procede del interior, e inconsciente de su Divinidad propia, piense sólo en las Divinidades que le son exteriores? y este error es tanto más posible cuanto que el toque final, la vibración que rompe la aprisionante corteza, es a menudo obra de la Divinidad que mora en otro hombre o en algún ser sobrehumano, la que responde al insistente grito de la Divinidad que está dentro de él mismo; con frecuencia reconoce la fraternal ayuda, pero no sabe que fue él quien la promovió: la voz de socorro lanzada por su naturaleza íntima. Así como la explicación de un individuo más sabio que nosotros puede aclarar a nuestra mente una dificultad intelectual, y sin embargo, es nuestra mente misma la que con tal ayuda encuentra la solución; así como la voz animadora de una persona más pura que nosotros puede avivarnos para realizar un esfuerzo moral que acaso considerábamos fuera de nuestro alcance, y no obstante, es nuestro poder propio quien lo efectúa, así también un Espíritu superior al nuestro, un Ser más consciente de su Divinidad, nos ayuda a poner en acción nuestra propia energía divina, pero, en realidad, es el funcionamiento de esta misma energía quien nos levanta a una esfera más elevada. Todos vivimos ligados por un encadenamiento de fraternales auxilios que de igual modo nos enlaza a los que nos están por encima que a los que nos están por debajo. ¿Por qué, pues, si nos juzgamos capaces de ayudar en su desarrollo a seres más atrasados, hemos de dudar de la posibilidad de que recibamos ayuda semejante de otros más adelantados, y de que con tal auxilio sean más rápidos nuestros progresos?

Ahora bien; entre los cambios que, encubiertos a la conciencia inferior del hombre, se realizan en su íntimo ser, háyanse los relativos al funcionamiento de su voluntad. El Ego contempla su pasado, y al efectuar el balance de sus resultados, afligido bajo el peso de sus equivocaciones, se resuelve a cambiar de actitud, a hacer mudanza en su modo de obrar. Mientras su vehículo inferior sigue sometido a sus antiguos impulsos, entregado a actividades que le llevan a fieras colisiones con la ley, el Ego hace determinación de encaminar su conducta en dirección opuesta. Hasta entonces había

mirado con la vehemencia del deseo a lo animal: los placeres del bajo mundo le tenían encadrado; de hoy en adelante les vuelve la espalda, y da la cara a la verdadera meta de la evolución: se decide a trabajar por más elevados goces. Ve que el universo entero está evolucionando, y que si se coloca en contra de tan formidable corriente, será arrojado a la orilla con gran quebranto suyo; mientras que si sigue su curso, ella misma lo empujará hacia adelante, envuelto en su seno, hasta ponerlo en la deseada tierra.

Se resuelve, pues, a cambiar de vida, vuelve decididamente sobre sus pasos, torna el rostro a otro camino. Gran perturbación y angustia grande son el resultado inmediato de esfuerzos espasmódicos por el mejoramiento; más frustrados por nuevo rumbo. Los hábitos contraídos a influjo de las antiguas miras, resisten tenazmente los impulsos que de las nuevas proceden, y un amargo conflicto se produce en consecuencia. Paulatinamente va aceptando la conciencia que obra en el cerebro, los propósitos formados en los planos superiores, y entonces, mediante el reconocimiento de la ley que aquéllos implican, se da cuenta del pecado." El sentimiento del error crece, el remordimiento hace presa en el alma; síganse esfuerzos espasmódicos por el mejoramiento; más frustrados por las costumbres viejas, decaen repetidas veces, hasta que el hombre, abrumado bajo el peso del dolor por el pasado y de la desesperación por el presente, se siente sumergir en una oscuridad de la cual no percibe la salida. El sufrimiento, siempre creciente, arranca, al fin, al Ego un grito de socorro, que es contestado desde las profundidades de su propia naturaleza por el Dios que está así dentro como alrededor de él: la vida de su misma vida. y con esta ocasión vuelve la espalda a la naturaleza inferior que le estorba, y mira a la superior que es su íntimo ser; abandona el yo separado que le da tormento, y se dirige al Yo Uno que es el corazón de todo.

Este cambio de frente significa que ha vuelto la cara de las tinieblas a la luz. La luz estuvo allí siempre, pero él le daba la espalda; ahora mira al sol, cuya irradiación alegra su vista y colma de deleite todo su ser. Su corazón estaba cerrado; ahora está de par en par abierto, y el océano de vida lo invade con sus risueñas olas que llevan envueltas delicias que ofrecerle. Elevándole van por grados oleada tras oleada de la nueva vida, en tanto que experimenta el regocijo del alba. Como pasado contempla ya a su pasado, pues tiene puesta su voluntad en más alto sendero, y se cura poco de los sufrimientos que ha heredado de aquél, en la seguridad de que no ha de transmitir la amarga herencia a su futuro. Este sentimiento de paz, de alegría y de libertad, es el que se indica como resultado del perdón de los pecados. Han sido removidos los obstáculos que entre Dios en lo interno y el Dios en lo externo había atravesado la naturaleza inferior; ella, sin embargo, reconoce con dificultad que el cambio se ha verificado en ella misma, no en el Alma superior. Como un niño que de cara a la pared, después de haber rechazado la guiadora mano de su madre, puede creerse solo y abandonado, hasta que, volviéndose con un grito, se encuentra rodeado de los brazos maternos, que nunca estuvieron más de un palmo de él distanciados, así es el hombre que, rechazando, obstinado, el amante abrazo de la divina Madre de los mundos, encuentra al fin, tornando el rostro, que jamás estuvo fuera de su sombra protectora, y que dondequiera que haya podido vagar, su guardián amor le ha seguido siempre amparando.

La clave de este cambio constitutivo del "perdón", está consignada en el verso del *Bhagavad-Gítá* ya en parte citado: "Aun el más pecador, si me rinde culto con ánimo reconcentrado, será tenido también en el número de los santos, pues él ha resuelto derechamente." A esta derecha resolución se sigue un resultado inevitable: "Rápidamente se convierte en cumplidor del deber y vive en paz" (13). Tan pronto como se hace el cambio, tan pronto como el Ego pone su voluntad separada al unísono con la voluntad que trabaja por la evolución, el hombre "es contado entre los santos" en

el mundo donde querer es hacer, en el mundo donde se ven los efectos presentes en sus causas. En los planos inferiores se seguirán inevitablemente los efectos; "rápidamente se convertirá en cumplidor del deber" de hecho, el que ya se ha convertido en cumplidor del deber en la voluntad. Nosotros juzgamos aquí abajo por las acciones, hojas muertas del pasado; allá arriba se juzga por las voliciones, semillas germinadoras del futuro. Por eso el Cristo decía siempre a los moradores del bajo mundo: "No juzguéis" (14).

Aun después de adoptada definitivamente la nueva dirección y de constituida en hábito normal de la vida, sobrevienen tiempos de caídas, a los cuales hace alusión el Pitis Sophia en la pregunta dirigida a Jesús, sobre si puede ser admitido de nuevo en los Misterios el hombre que, habiéndolos abandonado, vuelve otra vez arrepentido. La respuesta de Jesús fue afirmativa, pero declara que tal vez puede acontecer que una nueva admisión está fuera del alcance de todo poder que no sea el del más elevado Misterio, el cual perdona siempre. "Amén, amén, os digo que cualquiera que reciba los misterios del primer misterio y luego se vuelve atrás y claudica aunque sea dos veces, y otras tantas vuelve a arrepentirse, ofreciendo su plegaria en el misterio del misterio primero, este tal debe ser perdonado. Mas si claudica después de la duodécima vez, si se vuelve atrás y claudica de nuevo, nunca deberá hacersele remisión para que pueda tornar a su misterio, sea éste cual fuere. El no tiene medio de arrepentirse, a menos que haya recibido los misterios del inefable que en todos tiempos siente compasión, y por siempre jamás perdona los pecados" (15).

Tales restauraciones subsiguientes a fracasos, las cuales llevan consigo "la remisión del pecado", acontecen en la vida humana, especialmente en las etapas más adelantadas de la evolución. Si a un hombre se ofrecen oportunidades, que, aprovechadas, han de proporcionarle nuevos medios de crecimiento, y las deja escapar, queda fuera de la posición que había ganado y que habían hecho posibles esas nuevas coyunturas de mayor avance. Por lo pronto, el camino de ulteriores progresos le queda interceptado; se ve reducido a poner todo su esfuerzo en recorrer fatigosamente el camino ya andado, y en conquistar de nuevo la posición perdida, afirmando en ella sus pies, y solamente cuando haya realizado esto, oirá la voz gentil que le dice que el pasado se ha gastado ya, que la debilidad se ha vuelto fortaleza y que la puerta está abierta de nuevo para que pase. En esto es el "perdón", una vez más, La declaración tan sólo del estado real de las cosas, hecha por una voz autorizada: la apertura de la puerta al competente, su clausura al incompetente. Para el que ha caído y ha experimentado los consiguientes sufrimientos, esta declaración sonará a "bautismo para remisión de pecados", que vuelve a admitir al aspirante el goce de un privilegio por culpa propia perdido, y de cierto suscitará en él sentimientos de paz y de alegría, consuelos por el relevo de la carga del dolor, barruntos de haber sacudido de sus pies el lodo del pasado. Una cosa hay segura que jamás debe ponerse en olvido: vivimos en un océano de luz, de amor y de dicha que en todo momento nos circunda -la Vida de Dios. Como el sol invade la tierra con su radiación, así esta Vida lo ilumina todo; mas este Sol del mundo nunca deja de iluminar parte alguna de él. Nosotros interceptamos su luz a nuestra conciencia con el egoísmo, el desamor, la impureza, la intolerancia; pero él nos alumbró siempre lo mismo, bañándose a través del muro por nosotros levantado. Cuando el alma derriba el obstáculo, fluye la luz dentro de ella, anegándola en sus resplandores, y dándole a respirar el venturoso ambiente de los cielos. "Pues el Hijo del hombre está en los cielos", aunque no lo conozca, y sus brisas aventarán sus sienes, sólo con que las exponga al curso de su soplo. Dios respeta siempre la individualidad del hombre, no queriendo entrar en su conciencia hasta tanto que esté dispuesta a darle la bienvenida: "He aquí que estoy a la puerta y llamo" (16) es la actitud de toda Inteligencia espiritual hacia el alma humana en evolución. Este aguardar a que la puerta se abra, no entraña

falta de simpatía, sino la sabiduría más profunda.

El hombre no debe ser compelido; ha de permanecer libre. No es un esclavo sino un Dios en el obrar; su crecimiento no puede ser forzado, sino apetecido. Sólo cuando la voluntad presta su consentimiento -así lo enseñó Giordano Bruno-, influye Dios en el hombre, aunque "está en todas partes, pronto a prestar ayuda a quienquiera que hacia El se torne por acto de su inteligencia, y que sin reservas se presente con voluntad decidida" (17). "La potencia divina, que está entera en cualquier dosis, no se ofrece ni se niega, salvo por asimilación o repulsión de uno mismo" (18). "Se obtiene con la rapidez de la luz solar, sin vacilación; y se hace presente a cualquiera que hacia ella se vuelve ya ella se abre. . . abiertas las ventanas, el sol entre al momento; igual es la que pasa en este caso" (19). La sensación de "perdón" es, pues, el sentimiento que colma el corazón de júbilo cuando la voluntad del hombre concuerda con la divina, cuando el alma abre todas sus ventanas y se siente inundada por la corriente de amor, de luz y de dicha que en ella penetra, cuando la parte se da cuenta de su unidad con el todo y adquiere el convencimiento de que la Vida Una discurre por sus venas. Esta es la noble verdad que vivifica hasta el concepto más rudo del "perdón de los pecados", y que, a despecho de su deficiencia intelectual, lo hace a menudo inspirador de las más puras y espirituales existencias y ésta es también la verdad que en los Misterios Menores se enseña.

Notas del capítulo 11

(1) San Lucas, V, 18-26.

(2) Ibid, VII, 47.

(3) Traducción de G. R. S. Mead. Lugar citado, libro II, 260-261.

(4) Traducción de G. R. S. Mead. Lugar citado, libro II, Idem.

(5) San Mateo, XII, 36.

(6) Ibid, IX. 2.

(7) Lugar citado, III, 9.

(8) Ibid, VI, 43.

(9) Ibid, IX, 30.

(10) Véase Antes, cap. VIII.

(11) Esta es la razón de la paciencia y dulzura con que soportan sus desdichas las almas puras. Han aprendido la lección del sufrimiento, y se abstienen de engendrar al mal karma de nuevo, como sucedería si se dejasen dominar de la Impaciencia ante el mal karma del pasado que está extinguiéndose.

(12) San Lucas, VII, 48-50.

(13) Lugar citado, IX, 31.

(14) San Mateo, VII, I.

(15) Lugar citado, lib. II, § 305.

(16) Apocalipsis III, 20.

(17) G. Bruno, traducción inglesa de L. Williams. *The Heroic Enthusiasts*, vol. I, pág. 133.

(18) G. Bruno, traducción inglesa de L. Williams. *The Heroic Enthusiasts*, vol. II, págs. 27 y 28.

(19) Ibid, págs. 102 y 103.

CAPITULO XII

SACRAMENTOS

En todas las religiones existen ciertas ceremonias o ritos a que los creyentes respectivos atribuyen vital importancia, afirmando que confieren determinados beneficios a los que en ellos toman parte. Tales ritos se designan con el nombre de Sacramentos o con otros semejantes y todos ellos participan del mismo carácter. Por lo que hace a su naturaleza y significación, pocas han sido las explicaciones exactas que hasta ahora se han dado, siendo asunto de antiguo reservado a la instrucción de los Misterios Menores.

Las características peculiares de un Sacramento residen en dos de sus propiedades. En primer lugar aparece la ceremonia exotérica, que es una alegoría pictórica, la representación de algo mediante determinados actos y substancias. No se trata de una alegoría verbal, esto es, de la enseñanza de una verdad comunicada por medio de la palabra, sino de una representación que se ejecuta empleando de un modo especial cosas materiales definidas. El fin a que se encaminan así la elección particular de los materiales, como el conjunto de las ceremonias que se efectúan para emplearlos, es imprimir en las mentes de los circunstantes alguna verdad, presentándola como en un cuadro. Esta es la primera y más ostensible propiedad de un "Sacramento, la cual le diferencia de otras" cualesquiera formas de la meditación y del culto. Diríjese a aquellos que sin tales imágenes dejarían de aprender verdades sutiles, por lo que se les muestran en forma vívida y gráfica, dado que de otro modo se les escaparían. Así, pues, cuando se estudia un Sacramento, debe considerársele en primer término desde el punto de vista de una alegoría pictórica. Las cosas esenciales que hay que estudiar en él, serán, por tanto: los objetos materiales que entran en la alegoría, el modo en que se hace uso de ellos, y la significación que se trata de dar al conjunto.

La segunda propiedad característica de un Sacramento corresponde a realidades de los mundos invisibles, por lo cual es objeto de estudio para la ciencia oculta. La persona que oficia en los Sacramentos, debe poseer esta clase de conocimientos, pues gran parte de la eficacia de tales ceremonias depende del conocimiento del oficiante. Los Sacramentos ligan al mundo material con las regiones sutiles e invisibles, con las que este mundo está relacionado: son lazos entre lo visible y lo invisible. Y no sólo constituyen lazos entre éste y otros mundos, sino que, por su mediación, las energías del mundo invisible se transmutan en actividades del mundo físico: son en realidad métodos efectivos para cambiar energías de una especie en otras de especie distinta, ni más ni menos que como en la célula galvánica se truecan en eléctricas las energías químicas. La esencia de todas las energías es una y siempre la misma, así en el mundo visible como en el invisible; mas las energías difieren conforme al grado de materia a través del cual se manifiestan. Es un Sacramento a modo de crisol en que se hace alquimia espiritual. Colocada en este crisol- una energía y sometida a ciertas manipulaciones, resulta de expresión diferente. Así, una energía de especie sutil, perteneciente a una de las regiones más elevadas del universo, puede ser puesta en relación directa con gentes que viven en el mundo físico, haciendo que las afecte en él de la manera misma que obra en su propio reino. Los Sacramentos facilitan un puente entre lo invisible y lo visible, y por tanto, hacen posible el que las energías de allá sean directamente aplicadas a los que llenan acá las condiciones necesarias y toman parte en ellos. Los sacramentos de la Iglesia Cristiana perdieron mucho de su dignidad y de la conciencia de su poder oculto entre, aquellos que se separaron de la Iglesia Católica Romana al tiempo de la "Reforma." El cisma que se produjo entre Oriente y Occidente, poniendo a un lado la Iglesia Ortodoxa Griega y al otro la Romana, no afectó en manera alguna las creencias

sobre los Sacramentos. En ambas Comunidades continuaron reconocidos como lazos entre los mundos aquende y allende de la percepción física, y siguieron santificando la vida de los creyentes desde la cuna al sepulcro. Los Siete Sacramentos del Cristianismo abarcan la vida entera, desde la bienvenida del Bautismo hasta la despedida de la Extrema Unción. Fueron establecidos por Ocultistas, hombres que conocían los mundos invisibles; y las substancias que se usan, las palabras que se profieren y los signos que se hacen, se escogieron y arreglaron deliberadamente para la obtención de ciertos resultados.

Las Iglesias disgregadas, que con la Reforma sacudieron el yugo de Roma, no tuvieron por guías Ocultistas sino hombres vulgares del mundo, buenos unos y malos otros, pero profundamente ignorantes todos ellos de los hechos de las religiones invisibles, y concedores tan sólo de la corteza del Cristianismo, de la letra de sus dogmas, de las exterioridades de su culto. Consecuencia de esto fue que los Sacramentos perdiesen el lugar supremo que ocupaban en el culto católico, y que en las más de las comunidades protestantes quedasen reducidos a dos: el Bautismo y la Eucaristía. La naturaleza sacramental de los restantes no fue negada de modo explícito en las Iglesias separadas más importantes, pero aquellos dos fueron colocados aparte de los otros cinco, pues se les declaró únicos obligatorios para todos los que quisiesen ser reconocidos en la plenitud de la comunión religiosa.

La definición general que del Sacramento se da en el catecismo de la Iglesia Anglicana, puede considerarse exacta, si se suprimen las palabras "instituido por el Mismo Cristo", las cuales huelgan, a no ser que se tome el "Cristo" en su sentido místico. Allí se dice que es el Sacramento "señal externa y visible del otorgamiento de una gracia interna y espiritual, instituido por el Mismo Cristo para que, por su medio, obtengamos aquello, ya la vez nos sea prenda de haberla recibido."

Encontramos expresados en esta definición los dos caracteres peculiares que, según lo antes expuesto, distinguen al Sacramento. La "señal externa y visible" es la alegoría pictórica; y la sentencia "para que por su 'medio obtengamos' una gracia interna espiritual", responde a la segunda propiedad.

Estas últimas frases debieron ser cuidadosamente advertidas y detenidamente pensadas por aquellos miembros de las comuniones protestantes que miran los Sacramentos como meras formas y ceremonias externas, pues en ellas de un modo claro se testifica ser el Sacramento en realidad el canal por donde fluye la gracia, lo cual presupone que sin él no ha de pasar aquélla de la misma manera desde el mundo espiritual al físico. Todo ello es reconocimiento patente de que el Sacramento en su segundo aspecto es medio por el cual se atraen poderes espirituales a la actividad terrestre.

Para entender los Sacramentos hemos de reconocer decididamente que en la Naturaleza existe un lado oculto. A este aspecto se llama vida, conciencia de la Naturaleza y aun con más exactitud, su mente. Base de toda función sacramental es el hecho de que el mundo invisible ejerce una influencia poderosa sobre el visible, por lo que, para conocer el alcance de los Sacramentos, es indispensable saber algo de lo relativo a las Inteligencias invisibles, que administran al Universo. Ya al estudiar la doctrina de la Trinidad aprendimos que el Espíritu se manifiesta como el Yo triple, en tanto que la Materia es el campo de Su manifestación, el aspecto de la Naturaleza que constituye la forma, considerado a menudo y con propiedad, como la Naturaleza misma. Ahora bien, para comprender los Sacramentos tenemos que estudiar estos dos aspectos: el lado de la vida y el lado de la forma.

Entre la Trinidad y la especie humana existen muchos grados y jerarquías de seres invisibles. Los más elevados de todos son los Siete Espíritus de Dios, los Siete Fuegos, las Siete Llamas que están delante del trono de Dios (1).

Cada uno de éstos se halla a la cabeza de una inmensa hueste de Inteligencias, todas las cuales participan de Su naturaleza y actúan bajo Su dirección: están distribuidas en multitud de grados, y son los Tronos, Potestades, Principados, Dominaciones, Arcángeles y Ángeles que mencionan los escritos de aquellos Santos Padres que estaban versados en los Misterios. Hay, pues, siete grandes huestes de tales Seres, los cuales representan con sus inteligencias peculiares la Mente divina en la Naturaleza. 'Se encuentran en todas las regiones del universo y son el alma de las energías naturales.

Desde el punto de vista del Ocultismo no existe fuerza muerta ni materia muerta. Fuerza y materia son igualmente vivas y activas, y una energía o un grupo de energías es sólo el velo de una Inteligencia o Conciencia, es sólo su expresión exterior, constituyendo la materia en que tal energía se mueve, una forma de la cual aquella Inteligencia es alma y guía. Quien no mire así las realidades del Universo, excuse la enseñanza esotérica, pues seguirá siendo para él libro sellado.

Sin estas Vidas angélicas, sin estas Inteligencias invisibles que van más allá de toda cuenta, sin estas Conciencias que son alma de la fuerza y la materia (2) que a la Naturaleza informan y dan el ser, no sólo permanecería esta Naturaleza misma ininteligible, sino que quedaría además fuera de toda relación, así con la Vida divina que dentro de ella y alrededor de ella se mueve, como con las vidas humanas que en su seno están desenvolviéndose. Tales Ángeles innumerables ligan los mundos en uno, y siguen evolucionando, a la vez que ayudan a evolucionar a otras entidades inferiores a ellos. Esto entendido, la evolución se nos presenta por nueva luz iluminada, y en ella contemplamos a la humanidad en perfecta formación dentro del organismo universal, constituyendo uno de los grados infinitos de la inmensa jerarquía de los seres inteligentes.

Los ángeles son "los hijos de Dios" nacidos antes que nosotros, aquellos que "se regocijaron" cuando fueron echados los cimientos de la tierra entre loores de los Astros de la Mañana (3). Otros seres hay más bajos que nosotros en la evolución -animales, plantas, minerales y vidas elementales-, así como los Ángeles están por encima de nosotros; y conforme proseguimos nuestros estudios con tal sentido, se despierta en nosotros la idea de una Rueda enorme de Vida, formada de existencias innumerables, relacionadas entre sí y necesarias las unas a las otras, ocupando el hombre en ella sitio apropiado como viviente Inteligencia, como ser consciente de sí mismo. Gira sin cesar la Rueda por la Voluntad divina, ya obrar de consuno con esta Voluntad van aprendiendo consecutivamente las Inteligencias vivas que la forman; mas ¡ ay! si en el funcionar de estas Inteligencias se producen quiebras por resistencia o abandono; voltará entonces la Rueda torpemente, avanzará arrastrando, y el carro de la evolución de los mundos andará lento y pesado su camino. Estas vidas infinitas, superiores e inferiores al hombre, se ponen en contacto con la conciencia humana por muy diversas vías, entre las cuales son de notar los sonidos y colores. Todo sonido produce una forma en los mundos invisibles, y las combinaciones de sonidos crean en ellos figuras muy complicadas (4). En la materia sutil de aquellos mundos aparecen los sonidos acompañados de colores, construyendo formas de múltiples matices, y a la vez hermosas en extremo. Las vibraciones que se producen en el mundo físico al sonar una nota, repercuten en los mundos invisibles en vibraciones tales, que cada cual tiene su peculiar carácter específico, y es causa, por ende, de singulares efectos. Para establecer comunicación con las Inteligencias subhumanas que están relacionadas con el mundo inferior invisible y con el físico, así como para ejercer dominio sobre ellas y dirigirlas a

voluntad, han de emplearse sonidos especiales, apropiados a la consecución de los resultados que se desea obtener, del mismo modo que entre nosotros empleamos lenguajes definidos, formados de sonidos determinados. Y así también para la comunicación con los Seres más elevados, hay sonidos a propósito que crean una atmósfera armoniosa, acomodada al funcionamiento de su actividad, y que a la vez predispone a nuestros cuerpos sutiles a la más fácil recepción de sus influencias. Este efecto sobre los cuerpos sutiles es uno de los más importantes asuntos con que está relacionado el empleo oculto de los sonidos. Tales cuerpos, igualmente que el físico, se hallan en constante movimiento vibratorio, cambiando las vibraciones, con cada pensamiento y cada deseo nuestro: y como quiera que estas vibraciones, irregulares por razón de sus continuas mudanzas, efectuadas al son de nuestros variados y transitorios pensamientos y deseos, ofrezcan un obstáculo a cualquiera nueva vibración que proceda de fuera, se hace preciso, para que dichos cuerpos sean susceptibles a influencias más elevadas, el empleo de sonidos que reduzcan las vibraciones irregulares a un ritmo uniforme, de naturaleza igual a la del ritmo de la Inteligencia con quien se desea comunicar. El objeto de ciertas sentencias que se recitan repetidas veces, es conseguir este resultado, a la manera que los músicos de una orquesta repiten la misma nota una y otra vez, hasta lograr que todos los instrumentos estén en el mismo tono. Los cuerpos sutiles deben templarse conforme al diapason del Ser cuya ayuda se solicita, a fin de que su influencia encuentre vía libre a través de la naturaleza de la persona devota; y esto ha sido siempre práctica religiosa, desde los tiempos más remotos efectuada mediante el uso de ciertos sonidos. De aquí que la música haya constituido en todas las edades parte integrante del culto, y que determinadas cadencias se hayan conservado con cuidado exquisito y se hayan transmitido sin interrupción de siglo en siglo.

En todas las religiones existen ciertos sonidos de carácter especial que tienen nombre de "Palabras de Poder", y consisten en sentencias formuladas en un lenguaje particular y cantadas de un modo determinado. Consérvanse celosamente en los diversos cultos tales sentencias, constituidas por sucesiones de sonidos invariables, para, las cuales se va generalizando el apelativo de "mantras", importado de Oriente, donde la ciencia que les corresponde ha sido muy cultivada. No es necesario que el mantra, o sea la serie de sonidos dispuestos en orden especial para producir un resultado definido, haya de pronunciarse en un idioma exclusivo. Cualquier idioma puede servir para el objeto -si bien hay algunos más acomodados que otros-, con tal que la persona que construya el mantra sea versada en los conocimientos ocultos indispensables. Hay centenares de mantras en lengua sánscrita, que los ocultistas del pasado hicieron, familiarizados como estaban con las leyes de los mundos invisibles. Estas palabras determinadas, ordenadas y cantadas de una manera, fija, han pasado de una generación a otra. La razón del cantarlas es que se produzcan así en el mundo físico como en el suprafísico, ciertas vibraciones que a su vez crean determinadas formas, dependiendo del conocimiento y pureza del que la canta, la alteza de los mundos a donde el canto es capaz de alcanzar. Si su conocimiento es extenso y profundo, si su voluntad es fuerte y su corazón puro, apenas tendrán límite los poderes que son aptos para poner en ejercicio, al hacer uso de algunos de estos antiguos mantras.

Repetimos que no es necesario que se expresen en determinado idioma. Lo mismo puede emplearse el sánscrito que cualquier otro lenguaje de que hayan podido servirse los hombres de conocimiento para confeccionarlos.

En esto se verá la razón por qué la Iglesia Católica Romana usa siempre de la lengua latina en los actos importantes del culto. No se usa de ella como lengua muerta, como idioma que "el pueblo no entiende", sino como una fuerza viva en los mundos invisibles. No se emplea con el fin de ocultar conocimientos al pueblo, sino para

producir ciertas vibraciones en aquellos mundos, las cuales no podrían provocarse con las lenguas vulgares de Europa a menos que algún gran Ocultista compusiese con sus respectivas voces las necesarias sucesiones de sonidos. Transmutar un mantra es hacer una transmutación de una "Palabra de Poder" a una sentencia ordinaria; al cambiar los sonidos, se construyen formas de sonidos diferentes. Algunas de las coordinaciones de voces latinas cantadas con la música que les está asignada en el culto cristiano, producen resultados muy notorios en los mundos suprafísicos. Un individuo que sea sensitivo perfecto, podrá ver los efectos peculiares del canto de algunas de las sentencias más sagradas, y en especial de la Misa y cualquier persona que, sentada y tranquila, procure sostenerse en situación receptiva, percibirá los efectos vibratorios tan pronto como algunas de estas sentencias salen de los labios del sacerdote o de los coristas. Al mismo tiempo se producen efectos en los mundos superiores, los cuales, directamente y en la forma antes descrita, afectan a los cuerpos sutiles de los que ejercitan el culto, a la vez que llaman la atención de las Inteligencias que en tales mundos residen, con un sentido tan definido, ya sea en son de plegaria, ya en son de demandamiento, como el de las palabras que en el mundo físico se dirigen unas personas a otras. Los sonidos que, con formas reales, hienden aquellos mundos como relámpagos, ejercen su acción sobre las conciencias de sus habitantes, y hacen que algunos de ellos presten los servicios requeridos por los que toman parte en los oficios religiosos.

Tales mantras son arte esencial de todo Sacramento. La subsiguiente parte esencial de un Sacramento se refiere a su forma exterior y visible, y consiste en ciertos movimientos expresivos, llamados Signos, Sellos o Marcas: tres palabras que tienen el mismo significado con relación a un Sacramento. Cada signo tiene un sentido propio, y señala la dirección que el oficiante desea imponer a las fuerzas invisibles que está manejando, ya procedan de sí mismo, ya les sirva de intermediario para difundirlas. En todo caso, tales acciones son indispensables para conseguir el resultado apetecido, por lo que son elemento principalísimo del rito sacramental. Al signo se llama "Signo de Poder", como al mantra "Palabra de Poder".

Gran interés tienen los pasajes de las obras ocultas de la antigüedad, donde se hace referencia a estos hechos, tan positivos y verdaderos entonces como ahora. En el *Libro de los Muertos*, egipcio, se describe la jornada del Alma *post-mortem*. Allí vemos cómo se la detiene y pone a juicio en diversas etapas de su viaje. Los Guardianes de las puertas de cada uno de los sucesivos mundos que tiene que recorrer, le dan el alto y la arguyen. Dos cosas ha de conocer el Alma para atravesar la puerta y seguir su camino adelante: ha de pronunciar una palabra -la Palabra de Poder- y ha de hacer un signo -El Signo de Poder- Pronunciada esta Palabra y hecho este Signo, caen las barreras de la puerta, y los Guardianes se hacen a un lado para que el Alma pase. Descripción parecida nos ofrece el gran Evangelio místico cristiano, *Pistis Sophia*, de que ya se ha hablado (5). No se trata en ella del paso del Alma a través de los mundos, cuando por razón de la muerte ha quedado libre del cuerpo, sino del Iniciado que voluntariamente se desprende de él en el curso de la Iniciación. Hay grandes Poderes, los Poderes de la Naturaleza que le estorban el camino, y hasta que el Iniciado no da la Palabra y Signo, le impiden el paso por los portales de sus dominios. Se exigía, pues, este doble conocimiento -pronunciar la Palabra de Poder y hacer el Signo de Poder. Sin esto, todo progreso quedaba, interrumpido, y sin esto, un Sacramento no es tal Sacramento.

Además, en todos los Sacramentos se hace uso -o debe hacerse- de alguna materia física (6). Esta es siempre símbolo de lo que con el Sacramento se granjea, e indica a la vez la naturaleza de "la gracia interna y espiritual" que mediante aquél se obtiene. Es

asimismo instrumento material para transmitir la gracia, no por modo simbólico, sino de hecho; siendo de advertir que por el cambio sutil que en ella se efectúa en virtud de las ceremonias a que se la somete, se la hace apta para elevados fines.

Ahora bien; todo objeto físico está compuesto de partículas sólidas, líquidas y gaseosas, como el análisis químico demuestra; mas por añadidura contiene éter, cuyas moléculas compenetran a las substancias más groseras. Las energías magnéticas funcionan en este éter, el cual se halla también en inmediato contacto con elementos de materia sutil que le son correlativos, y donde actúan energías más sutiles que las magnéticas, de igual naturaleza que ellas, pero más potentes.

Cuando se magnetiza un objeto, se verifica un cambio en su porción etérea, cuyos movimientos ondulatorios se alteran y sistematizan, haciéndoles seguir los movimientos ondulatorios del éter del magnetizador, con lo cual viene aquella porción a participar de la naturaleza de éste; en su consecuencia, las partículas más densas del objeto, en quienes funciona el éter, llegan poco a poco a mudar la proporción o tipo de sus vibraciones. Si el magnetizador tiene poder bastante para afectar los elementos correlativos más sutiles, los hará también vibrar al unísono consigo mismo.

Este es el secreto de las curas magnéticas: las vibraciones irregulares de la persona enferma se normalizan y acompasan conforme al diapasón de las vibraciones regulares del operador sano; y esto de modo tan preciso, como cuando con toques oportunos y repetidos se hace oscilar regularmente a un objeto que en forma irregular venga oscilando. 'Si un doctor magnetiza agua, puede curar con ella a un paciente; si magnetiza un paño y lo aplica al sitio dolorido, el enfermo sanará; si emplea un imán poderoso o la corriente derivada de una célula galvánica, devolverá la energía a un nervio. En cualquiera de estos casos se pone en movimiento el éter, mediante lo cual, las partículas físicas más densas son afectadas.

Iguales a los susodichos son los resultados que se dan cuando a la materia de que se hace uso en un Sacramento, se aplican la Palabra de Poder y el Signo de Poder. Causanse cambios magnéticos en el éter de la substancia física, y se afecta a los sutiles elementos correlativos en un grado que guarda proporción con el conocimiento, pureza y devoción del oficiante que la magnetiza o -hablando en términos religiosos-, que la consagra. Además, la Palabra y el Signo de Poder atraen a la celebración del rito a los Ángeles cuyo especial cometido les pone en contacto con las materias empleadas y con los actos que se ejecutan, y ellos entonces contribuyen con su poderosa ayuda, vertiendo sus propias energías magnéticas en los elementos sutiles y hasta en el éter físico, con lo que refuerzan las energías del celebrante. Nadie que tenga conocimientos, por someros que sean, sobre los poderes del magnetismo, podrá abrigar dudas acerca de la posibilidad de los cambios indicados en los objetos materiales y si un hombre de ciencia, que por ventura no cree en lo invisible, tiene poder, sin embargo, para impregnar el agua de su propia energía vital, hasta el punto de curar con ella una enfermedad física, ¿ con qué razón se negarán más altos poderes, aunque de naturaleza semejante, a otros hombres de vida santa, de carácter noble, de sabiduría que trasciende a lo que ven los ojos de la carne?

Los que son capaces de percibir las más elevadas formas del magnetismo, saben muy bien que los objetos consagrados varían mucho en cuanto a su poder, debiéndose las diferencias magnéticas a la gradación diversa en que, respecto a conocimiento, pureza y espiritualidad, se hallan los sacerdotes que los consagran.

Hay algunos que niegan todo magnetismo vital, y que de igual modo desdeñan el agua bendita de la religión y el agua magnetizada de la ciencia médica. Estos tales son consecuentes, aunque ignorantes. Mas los que admiten la utilidad de la segunda, y se burlan de la primera, muestran a las claras no ser sabios sino preocupados, no doctos,

sino sectarios; prueban que su falta de creencias religiosas inclina sus inteligencias, y los predispone a rechazar de manos de la religión lo mismo que están prontos a aceptar de manos de la ciencia. Algo más añadiremos en el Capítulo XIV sobre los "objetos sagrados" en general.

Vemos, pues, que la parte externa de los Sacramentos es de la mayor importancia. Verificanse cambios efectivos en las substancias usadas en ellos. Se las convierte en vehículos de energías superiores a las que naturalmente les son propias. Las personas que a ellas se acercan, que las tocan, logran el que sus cuerpos etéreos y sutiles sean afectados por su potente magnetismo, y colocados, por tanto, en condiciones de gran receptividad a más altas influencias, pues quedan acordados en la tonalidad de los elevados Seres a quienes atañen la Palabra y Signo empleados en la consagración. Entidades que pertenecen al mundo suprafísico, estarán presentes en la ceremonia y vertirán sus agraciantes y bienhechoras influencias sobre los circunstantes; y así todos los dignos participantes del rito sacramental, los suficientemente puros y devotos para ser concertados con las vibraciones producidas, sentirán purificadas y estimuladas sus emociones, su espiritualidad vivificada, y llenos de paz sus corazones, mediante tan íntimo contacto con las realidades invisibles.

Notas del capítulo 12

(1) Apocalipsis IV, 5.

(2) Las expresiones "fuerza y materia" están empleadas en el sentido que les da la ciencia. Mas la fuerza es una de las propiedades de la materia: la designada como Movimiento. Véase *Antes*, página 165.

(3) Job. XXXVIII, 4-7.

(4) Véase sobre las formas creadas por las notas musicales en algún libro científico que trate del sonido, especialmente el libro con láminas sobre *las Figuras de la Voz*, de Mrs. Watts-Hughes.

(5) Véase *Antes*, págs. 90 y 188-189.

(6) En el Sacramento de la Penitencia se omite la ceniza hoy día, salvo en ocasiones especiales; mas no por eso deja de ser parte del rito.

CAPITULO XIII

SACRAMENTOS (Continuación)

Vamos ahora a aplicar estos principios generales a ejemplos concretos, donde veremos cómo explican y justifican los ritos sacramentales que en todas las religiones se encuentran.

Será suficiente a nuestro propósito examinar tres de los siete 'Sacramentos usados en la Iglesia Católica. De ellos, dos son reconocidos como obligatorios por todos los cristianos, si bien los protestantes extremados los despojan de su verdadero carácter, atribuyéndoles solamente una importancia declaratoria y conmemorativa, en vez de su valor sacramental, a pesar de lo cual, las personas que de entre ellos están inspiradas de una devoción real y sincera, granjean algo de su influencia benéfica, aun negándolo en teoría. El tercero de los que vamos a estudiar, no es reconocido, ni siquiera nominalmente, como Sacramento por las Iglesias Protestantes, no obstante presentar los signos esenciales de tal sacramento, según se exponen en la definición del catecismo de la Iglesia Anglicana antes citado (1) . El primero en que vamos a ocuparnos, es el Bautismo; el segundo la Comunión; el tercero el Matrimonio. El haber colocado al matrimonio fuera de la dignidad de sacramento, ha degradado mucho su alto ideal; y en gran parte ha sido causa de esa flojedad de su vínculo que tanto deploran los hombres pensadores.

El Sacramento del Bautismo se encuentra en todas las religiones, no sólo al comienzo de la vida terrestre, sino también, y más generalmente, como ceremonia de purificación. En nuestros días, lo mismo que en la antigüedad, para dar ingreso en una religión a cualquier individuo, sea adulto o recién nacido, existe un rito de que es parte esencial el rociarlo con agua. El Reverendo Dr. Giles se expresa así: "La idea de emplear el agua como emblema de limpieza espiritual es demasiado obvia, para que cause sorpresa la antigüedad de la ceremonia. El Dr. Hyde, en su tratado sobre la *Religión de los Antiguos Persas*, XXXIV, 406, cuenta que prevalecía en este pueblo, y añade: "No usan ellos de la circuncisión para los niños, sino sólo del Bautismo o lavatorio para purificar las almas. Llevan el niño al templo, y presentándolo al sacerdote, lo colocan frontero al sol y al fuego; terminada la ceremonia, lo tienen por más sagrado que antes. Lord dice que para tal propósito llevan el agua en la corteza de la encina este árbol es, a la verdad, el *haum* de los Magos. A veces proceden de distinto modo, sumergiendo al niño en un gran receptáculo lleno de agua, según Tavernier. Después de esta ablución o bautismo, el sacerdote pone al niño el nombre designado por sus padres" (2) . Algunas semanas después del nacimiento de un niño hindú, se verifica una ceremonia, de la cual es parte rociarlo con agua. Tales aspersiones son comunes a todos los actos del culto hindú. Williamson cita autoridades que prueban la existencia del Bautismo entre los egipcios, persas, tibetanos, mogoles, mejicanos, peruanos, griegos, romanos, escandinavos y druidas (3) . Algunas de las plegarias que se recitan, son muy delicadas: "Entre en tu cuerpo esta agua azul celestial y quede en él, para que destruya y arroje de ti todo lo malo y adverso que antes del principio del mundo te fue dado." "¡Oh, niño! recibe el agua del Señor del mundo, vida nuestra: ella lava y purifica; borren estas gotas el pecado que antes de la creación del mundo te fue dado, pues todos nosotros a *su* poder nos hallamos sometidos."

Tertuliano, en un pasaje cuya cita hemos hecho ya (4), refiere el uso muy generalizado del Bautismo entre gentes no cristianas, y otros Padres de la Iglesia hacen igual indicación.

En la mayor parte de las comuniones religiosas se acompañan todas las ceremonias con

una forma menor del bautismo, empleándose el agua como símbolo de la purificación, lo cual responde a la idea de que ningún hombre debe ejercitar los actos del culto, sin que antes haya purificado su corazón y su conciencia, siendo la ablución externa símbolo de la interna limpieza. En las Iglesias Griega y Romana se coloca, próximo a cada puerta, un receptáculo de agua bendita, para que los fieles, al entrar, mojen sus dedos y hagan con ellos el signo de la cruz sobre Su frente antes de dirigirse hacia el altar. A este propósito dice Robert Taylor: "Las pilas bautismales de nuestras iglesias protestantes, y, apenas hay necesidad de decirlo, los pequeños depósitos de agua bendita colocados a la entrada de nuestras capillas católicas, no son imitaciones, sino una continuación, (más interrumpida, de la misma aqua minaria o amula, que el erudito Montfaucon, en sus *Antiquities*, manifiesta haber sido vasos de agua santa, colocados por los paganos a entrada de sus templos, para rociarse con ella al poner pie en los sagrados edificios" (5) .

Así en el Bautismo de recepción inicial en la Iglesia, como en esas otras abluciones menores, el agente material empleado es el agua, el gran fluido limpiador de la naturaleza, y por tanto, el símbolo más apropiado de la purificación. Sobre esta agua se pronuncia en el ritual anglicano un mantra, representado por la plegaria "Santificad esta agua para el lavado místico del pecado", después de lo cual se añade la fórmula "En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Amén" Esta es la Palabra de Poder, a la que acompaña el Signo de Poder: la Señal de la Cruz hecha sobre la superficie del agua, La Palabra y el Signo comunican al agua, según hemos explicado, una propiedad que antes no tenía, por lo que con razón se la llama "agua bendita." Los poderes tenebrosos no se aproximarán a ella; y esparcida sobre el cuerpo, hará experimentar una sensación de paz, e infundirá nueva vida espiritual. Cuando se bautiza un niño, la energía espiritual comunicada al agua por la Palabra y el Signo, refuerza en él la vida del espíritu; y como de nuevo se pronuncia sobre él la Palabra de Poder y se traza el Signo sobre su frente, sus cuerpos sutiles experimentan las consiguientes vibraciones, y 'el requerimiento hecho para la guarda de esta vida, así santificada, surte sus efectos a través del mundo invisible. El Signo es a la vez purificador y protector: purificador por la vida que por su medio se vierte; protector por las vibraciones que produce en los cuerpos sutiles. Estas vibraciones forman una muralla defensiva contra los ataques de las influencias hostiles de los mundos invisibles, y cada vez que se toca el agua bendita y se pronuncia la Palabra y se hace el Signo, la energía se renueva, y se refuerzan las vibraciones, cosas potentes en los mundos suprafísicos, y como portadoras de ayuda reconocidas.

En la Iglesia primitiva iba el Bautismo precedido de una preparación muy esmerada, pues los que en ella ingresaban, eran, por la mayor parte, conversos de otras religiones. Pasaba el converso por tres grados de instrucción definidos, en cada uno de los cuales permanecía hasta que había dominado sus enseñanzas, siendo después admitido en la Iglesia, mediante el Bautismo. Sólo cuando esto se había efectuado El le enseñaba el Credo, no confiado jamás a la escritura ni recitado en presencia de infiel alguno, pues era señal de reconocimiento, mostrando la situación del que, al pronunciarlo, daba testimonio de ser miembro bautizado de la Iglesia.

Cuán verdaderamente se creía por aquellos tiempos en la gracia que el Bautismo transmitía, pruébalo la costumbre, al fin muy extendida, de bautizarse en el lecho de muerte.

Hombres y mujeres del mundo, ciertos de la realidad de este Sacramento, pero remisos en abandonar los placeres para llevar vida inmaculada, retardaban la celebración del rito hasta que la muerte sobre ellos extendía su mano, entonces se apresuraban a recibirlo, para gozar de los beneficios de su gracia, y pasar a otra vida limpios y puros, y llenos de

espiritual energía. Contra tal abuso lucharon algunos de los grandes Padres de la Iglesia, y lucharon con éxito. Cuéntase una original anécdota, por uno de ellos referida, si mal no recordamos, por San Atanasio, que fue hombre de ingenio cáustico, no ajeno al empleo de la sátira para hacer comprender a sus oyentes la locura y perversidad de su conducta. Refirió una vez a su auditorio que había tenido una visión en que se sintió aproximar a la puerta del cielo, donde se encontró con San Pedro, que, como guardián suyo, estaba en ella. En vez de complaciente sonrisa, mostróle el Santo adusto ceño, y encarándosele, dijo: "Atanasio, ¿por qué estás continuamente enviándome esos sacos vacíos, sellados con esmero, pero que nada contienen?" Es éste uno de los dichos agudos que la antigüedad cristiana nos ofrece, cuando los fieles tenían por realidades estas cosas, y no por meras formas, como con demasiada frecuencia hoy día se tienen.

La costumbre del Bautismo infantil creció por grados en la Iglesia, y de aquí que la instrucción que en los primeros tiempos precedía al Bautismo, pasase a ser preparatoria de la Confirmación cuando ya despiertas inteligencia y mente, podían hacerse cargo de las promesas bautismales y ratificarse en ellas. Y es de considerar racional la recepción del niño en la Iglesia, si se reconoce que la vida del hombre discurre por los tres mundos, y que el Espíritu y el Alma que han venido a habitar el cuerpo recién nacido, lejos de ser inconscientes y faltos de entendimiento, son conscientes, inteligentes y poderosos en los mundos invisibles. Justo será y correcto el dar la bienvenida al "Hombre del corazón que está encubierto" (6) a su ingreso en la nueva etapa de su peregrinación, y el atraer hacia el vehículo que ha de habitar y conformar para su servicio, las influencias más socorridas. Si los ojos de los hombres se abrieran, como antaño los del criado de Elíseo, sin duda serían el monte lleno de caballos y de carros de fuego rodeando al profeta de Dios (7).

Vengamos ahora al segundo de los Sacramentos elegidos para nuestro estudio, el de la Eucaristía, símbolo del eterno Sacrificio ya explicado, pues el sacrificio de la misa que la Iglesia Católica celebra diariamente en todas partes, es imagen de aquel Sacrificio eterno, mediante el cual los mundos fueron creados y por siempre jamás son sostenidos. Deber es ofrecerlo diariamente, por cuanto la existencia de su arquetipo es perpetua, y porque con este rito toma parte el hombre en la obra de la Ley de Sacrificio, identificándose con ella, reconociendo su naturaleza obligatoria, y cooperando voluntariamente en su labor universal. Para que tal identificación sea completa, es necesario participar del Sacramento de modo material; mas las personas devotas que mentalmente se asocian a él, aun sin tener intervención física en el acto, pueden granjear muchos de sus beneficios, y contribuir al aumento de las influencias que por su mediación se difunden.

Esta gran función del culto cristiano pierde su fuerza y significado cuando se la considera nada más que como simple conmemoración de un sacrificio pasado, como alegoría pictórica despojada de la profunda verdad que le da vida, como rompimiento de pan y derrame de vino sin participación alguna en el Sacrificio eterno. Así mirada, se la convierte en mera corteza, en pintura muerta, en vez de realidad viviente. "La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión (comunicación; la participación) de la sangre de Cristo? dice San Pablo en I, Corintios, X, 16-. "El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?" y continúa indicando que todos los que comen de un sacrificio, se hacen copartícipes de una común naturaleza, y se juntan en un cuerpo especial unido al ser que se halla presente al sacrificio, y participante de su esencia propia. Trátase en esto de un hecho del mundo invisible, del cual habla el Apóstol con la autoridad del que lo conoce. Seres invisibles vierten su esencia en las substancias que se emplean en el rito sacramental, y los que de estas substancias participan -las cuales son asimiladas por el cuerpo, entrando a formar parte de sus componentes- quedan, por

lo tanto, unidos a aquellas entidades cuya esencia en ellas se vertió, y así participarán de una común naturaleza.

Esto es cierto aun respecto al alimento ordinario, tomado de manos de otra persona, pues, parte de su naturaleza, su magnetismo vital se mezcla con el propio nuestro. Cuánto más cierto, pues, será, cuando el alimento ha sido de propósito y solemnemente impregnado con magnetismos superiores que afectan a los cuerpos sutiles a la vez que al físico! Si queremos comprender el significado y el uso de la Eucaristía, debemos comprobar estos hechos de los mundos invisibles, para ver en ella un lazo entre lo celestial y lo terreno, así como también un acto del culto universal, una cooperación, una asociación con la Ley de Sacrificio; pues de otro modo pierde el Sacramento la parte más esencial de su importancia. El uso de pan y vino para materiales de este sacramento -al igual que el agua en el Bautismo-, es muy general y muy antiguo. Los persas ofrecían a Mithra pan y vino, y en el Tibet y en Tartaria se hacían ofertas semejantes. Jeremías habla de las tortas y libaciones que en Egipto ofrecían a la Reina del Cielo los judíos que profesaron el culto de aquella nación (8) .

En el Génesis se lee que Melchisedech, el Rey Iniciado, presentó pan y vino para bendecir a Abraham (9). En los diversos Misterios de Grecia se empleaba el pan y vino; y William-son habla también de su uso entre mejicanos, peruanos y druidas (10).

El pan es el símbolo general del alimento que construye el cuerpo, y el vino es símbolo de sangre, considerada como el fluido de vida, "porque la vida de la carne está en la sangre" (11). De aquí que se diga de los miembros de una familia que participan de la misma sangre; y ser de la sangre de una persona significa ser pariente suyo. De aquí, también, las antiguas ceremonias del "pacto de sangre": cuando una persona extraña ingresaba en una familia o tribu, se transfundía a sus venas algunas gotas de sangre de uno de los individuos de la colectividad de que se tratase, o bien aquella la bebía generalmente mezclada con agua, considerándose la desde este momento como si hubiese nacido en la familia o tribu, como si fuese de su propia sangre. De modo semejante participan los fieles que tocan la Eucaristía, del pan y el vino, símbolos del cuerpo y sangre de Cristo, es decir, de Su naturaleza y de Su vida, con lo que quedan hechos de su parentela, o en otros términos, unos con El. La palabra de Poder es la fórmula "Este es Mi Cuerpo", "Esta es Mi Sangre." Por medio de ella se verifica el cambio que en seguida vamos a considerar: la transformación de las substancias empleadas en vehículos de espirituales energías. El signo de Poder es la señal de la cruz hecha con la mano extendida sobre el pan y el vino: ceremonia no siempre efectuada por los protestantes. Estas son las condiciones esenciales externas del Sacramento de la Eucaristía.

Importa mucho comprender el cambio que en este Sacramento se verifica, pues se extiende más allá de la magnetización que hemos explicado, aunque ésta también se realiza. Nos encontramos aquí con una particular muestra de una ley universal.

Toda cosa visible es para el ocultista la última expresión -la física-, de una verdad invisible; toda cosa es expresión física de un pensamiento; un objeto cualquiera no es más que una idea exteriorizada y condensada. En suma: todos los objetos materiales del universo son ideas Divinas expresadas en materia física. Esto sentado, se hace evidente que la realidad de las cosas no reside en su forma externa, sino en su vida interna, en la idea que ha conformado y modelado la materia para hacerla expresión de sí misma. La materia de los mundos superiores, que es muy sutil y muy plástica, se amolda rápidamente a la idea, y cambia de forma tan pronto como el pensamiento cambia. Mas, conforme se desciende de mundo en mundo, la materia se va haciendo más densa y más pesada, siendo cada vez menos dispuesta para mudar las formas, lo cual se verifica más y más lentamente hasta penetrar en el mundo físico, en el cual la lentitud de los cambios

alcanza su mayor grado a causa de la resistencia que ofrece la extrema densidad de su materia. Con tiempo suficiente, sin embargo, aun esta pesada materia efectúa sus mudanzas bajo la presión de la idea que la anima, como puede observarse en los semblantes, donde acaba por grabarse la expresión de los pensamientos y emociones habituales. Esta verdad es fundamento de la que se llama doctrina de la Transubstanciación, sobre cuya inteligencia andan descaminados por modo extraordinario los protestantes en general. Mas éste es el signo de las verdades ocultas cuando se ofrecen al ignorante. La "substancia" que experimenta el cambio, es la idea que hace que una cosa sea lo que es. El "pan" no es mera harina y agua ; la idea que preside a la mezcla y manipulación del agua y de la harina, es realmente la "substancia" que lo hace "pan", y la harina y el agua son lo que en términos técnicos se llama los "accidentes", adaptaciones de materia que dan forma a la idea. Con una idea o substancia diferente la harina y el agua tomarían diferente forma, como lo hacen sin duda cuando son asimiladas por el cuerpo. En completa conformidad con este concepto, los químicos han descubierto que la misma especie y el mismo número de átomos químicos pueden coordinarse de bien distintas maneras, produciéndose, en consecuencia, cosas completamente diferentes en sus propiedades, aunque los materiales de que se compongan permanezcan inalterables. Estos "compuestos isoméricos" figuran entre los descubrimientos más interesantes de la química moderna. La ordenación de átomos semejantes presidida por ideas diferentes, da por resultado cuerpos distintos.

¿Cuál es, pues, el cambio de substancia en los materiales que en la Eucaristía se emplean? Ha cambiado la idea que moldea el objeto. En su condición normal, el pan y el vino son materias alimenticias, las cuales expresan ideas divinas relativas a la nutrición adecuada para la construcción de los cuerpos. La idea nueva es la de la naturaleza y vida de Cristo, adecuada a la construcción de la naturaleza y vida espiritual del hombre este es el cambio de substancia; el objeto permanece inalterable en sus "accidentes", en sus materiales físicos; pero la materia sutil con él relacionada, ha variado a impulsos de la trocada idea, y en virtud de tal mudanza, adquiere aquél propiedades nuevas que afectan a los cuerpos sutiles de los participantes, poniéndolos en el tono de la vida y naturaleza de Cristo. De los "merecimientos" del participante depende la extensión que haya de alcanzar la consonancia.

Los participantes indignos, sometidos al mismo proceso, serán poderosamente afectados; pues su naturaleza, que resiste el benéfico impulso, sufrirá quebranto, llegando hasta a romperse por la acción de fuerzas a las cuales es incapaz de responder, ni más ni menos que como se hace pedazos un objeto por efecto de vibraciones que es incapaz de reproducir.

El participante digno se hará uno con el Sacrificio, con el, Cristo, y en su consecuencia, quedará también unido a la Vida divina, que es el Padre del Cristo; pues siendo así que el sacrificio, por lo que respecta a la forma, viene a ser la entrega de la vida que contiene separada de otras, para, que haga parte de la Vida común, la ofrenda del aislado cauce para el curso de la Vida total, resultará que el que hace esta ofrenda y esta entrega efectúa, se volverá uno con Dios. Es donación de sí mismo, que a lo inferior se refiere, para formar parte de lo superior, cesión de la sombra carnal, instrumento de la voluntad separada, para constituirse en instrumento de la Voluntad del Todo: el presente de los "cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios" (12). Con razón, pues, enseña la iglesia que los que reciben la Eucaristía de manera adecuada, participan de la vida de Cristo, ofrecida por amor de los hombres. Transmutar lo más bajo en lo más alto, es el fin así de éste como de todos los demás Sacramentos. Los que a él se acercan, van buscando el permutar la fuerza inferior por la Superior, mediante su unión con esta

última y aquellos que conocen la verdad interna son capaces de comprobar la existencia más elevada; cualquiera sea la religión a que pertenezcan, pueden llegar con el empleo de sus sacramentos a un completo contacto con la Vida divina que sostiene los mundos, a condición solamente de que acudan a la ceremonia con la naturaleza receptiva, el acto de fe y el corazón abierto que son indispensables para que las posibilidades del Sacramento se conviertan en realidad.

El Sacramento del Matrimonio contiene las características de todo Sacramento tan clara y definidamente como el Bautismo y la Comunión. En él se exhiben lo mismo el signo externo que la gracia interna. El Material físico es el anillo -el círculo, emblema de lo perdurable-; la Palabra de Poder es la antigua fórmula: "en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" ; el Signo de Poder es la unión de las manos que simboliza la unión de las vidas. Estas son las exterioridades esenciales del Sacramento.

La gracia interna es la unión de mente con mente, de corazón con corazón, lo cual hace posible la realización de la unidad de espíritu; sin ésta el Matrimonio no es tal Matrimonio, sino una mera conjunción temporal de cuerpos. La alegoría pictórica la forman la entrega y aceptación del anillo, la invocación de los sagrados nombres, el contacto de las manos. 'Si no se recibe la gracia interna, si los participantes no se abren a ella mediante el deseo de que se efectúe la unión íntima de sus respectivas naturalezas en toda su integridad, el Sacramento estará para ellos desprovisto de sus propiedades benéficas, quedando reducido solamente a una fórmula vacía.

Pero el Matrimonio tiene todavía una significación más profunda. Las religiones han proclamado a una voz que es la imagen en la tierra de la unión de lo terrenal con lo celeste, de la unión del hombre con Dios. Y no para en esto su significado, porque además es imagen de la relación entre el Espíritu y la Materia, entre la Trinidad y el Universo. A tanto alcanza y tan hondo llega el sentido del ayuntamiento del hombre y la mujer en el Matrimonio.

En él figura el varón como representante del Espíritu -Trinidad de Vida- y la hembra como representante de la Materia - Trinidad de la substancia proveedora de la forma-. El uno da la vida, la otra la recibe y alimenta. Mutuamente se contemplan los dos, mitades inseparables de un todo, sin existencia separada. Así como Espíritu implica Materia, y Materia Espíritu, así también implica el esposo a la esposa, y la esposa al esposo. La Existencia abstracta se manifiesta en dos aspectos, dualismo de Espíritu y Materia, no dependientes el uno del otro, sino venidos a la manifestación en unión mutua; de igual manera se manifiesta la humanidad bajo dos aspectos, marido y mujer, incapaces de existir separados, mas mostrándose conjuntos, pues no son dos, sino una unidad. Así declaró Isaías a Israel: "Tu Hacedor es tu Esposo: Señor de huestes es Su nombre, Como el novio goza con la novia, así gozará tu Dios contigo" (13). Así escribió San Pablo que el misterio del Matrimonio representaba a Cristo ya la Iglesia (14).

Si imaginamos el Espíritu y la Materia en estado latente, o lo que es igual, sin manifestarse, veremos que la producción no es posible; juntamente manifestados, concebimos la evolución. De modo semejante, cuando las dos mitades humanas no se manifiestan como marido y mujer, no es posible la producción de nueva vida. Han de unirse además, para que la vida acrezca en cada uno, para que su evolución sea más rápida, más veloces sus progresos, en razón a que cada cual puede dar al otro una mitad, supliendo el uno lo que al otro le falta. Fundidos en uno, dan a luz las posibilidades espirituales humanas, y muestran a la vez al Hombre perfecto, en quien el Espíritu y la Materia están completamente desarrollados y equilibrados, al Hombre divino que en sí contiene marido y mujer, los elementos masculino y femenino de la naturaleza, a la manera que "Dios y Hombre forman un Cristo" (15).

Al estudiar el Sacramento del Matrimonio con este criterio, se comprende por qué las

religiones lo han considerado lazo indisoluble, juzgando preferible el que unas cuantas parejas mal avenidas sufran durante un corto período, a que el ideal del verdadero Matrimonio se rebaje de un modo permanente para todos. Las naciones elegirán si han de adoptar como ideal público del Matrimonio un vínculo celestial o terreno, si ha de procurarse con él la unidad espiritual o la unión meramente física: lo primero es la idea religiosa de la conjunción de ambos sexos, como Sacramento; lo segundo es la idea materialista de su contacto mediante un pacto ordinariamente soluble. El estudiante de los Misterios Menores debe siempre ver en él un rito sacramental.

Notas del capítulo 13

- (1) Véase: Antes, Páginas 204 y 205.
- (2) Christian Records, pág. 129.
- (3) The Great Law, págs. 161-166.
- (4) Véase Antes, pág. 98,
- (5) Diégesis, pág. 219,
- (6) I. San Pedro, III, 4.
- (7) Libro cuarto de los Reyes, VI, 17
- (8) Jeremías, XLIV.
- (9) Génesis XIV, 18-19
- (10) The Great Law , págs. 177-181, 185.
- (11) Levítico, XVII, II.
- (12) Romanos, XII, 1.
- (13) Isaías LIV. 5.-LXII. 5.
- (14) Efesios, V. 23-32.
- (15) Credo de Atanasio.

CAPITULO XIV

REVELACION

Todas las religiones conocidas conservan como depositarias, Libros Sagrados a los que acuden para resolver las cuestiones que, tocante a 'su propia índole, puedan ofrecerse. Estos libros contienen las enseñanzas dadas por los Fundadores respectivos o por maestros posteriores a quienes consideran como poseedores de conocimientos sobrehumanos. Y aun en el caso de producirse discordia en el seno de alguna de estas regiones, dando origen a sectas opuestas, acontece que estas mismas sectas muestran tal apego al Canon Sagrado, que en la interpretación de su texto fundan precisamente sus doctrinas particulares. ¡y así es que, por más apartados que en materia de creencias puedan hallarse los católicos y los protestantes que llevan su oposición al mayor extremo, unos y otros apelan, sin embargo, a una misma *Biblia*. Así también, por grande que sea la distancia que separa al filósofo vedantino del inculto vallbhacharya, ambos reconocen la autoridad suprema de los *Vedas*. Y de igual modo, shias y sunnis miran como sagrado al mismo *Koran*, a pesar de mediar entre ellos la más amarga rivalidad religiosa. Podrán suscitarse disputas y controversias sobre el significado de los textos, pero en todo caso se guarda hacia los libros la más profunda reverencia. Lo cual es acertado, pues tales libros contienen fragmentos de LA REVELACION, escogidos por Alguno de los Grandes Seres a quienes ha sido confiada; estos fragmentos se hallan incorporados en lo que el mundo llaman la Revelación o una Escritura, y en la cual se complace como en tesoro de inmensa valía.

Se han escogido los fragmentos conforme a las necesidades de los tiempos, a la capacidad del pueblo a quien se han dado, al tipo de la raza que se ha tratado de instruir. Generalmente se redactan de un modo peculiar y con tal arte, que ya constituyan historia, ya narración, canto, salmo o profecía, estas formas externas aparecen a los lectores superficiales e ignorantes como el contenido completo del libro; mas tales formas encubren significados más profundos, a veces por medio de números, a veces por medio de palabras combinadas con arreglo a un plan oculto -una verdadera cifra, en realidad-, otras veces con símbolos que conocen los que en estas materias están versados, y en casos valiéndose de alegorías trazadas como historias, y aun de otras muchas maneras.

Estos libros, por cierto, tienen algo de carácter sacramental: una forma al exterior y una vida al interior, un símbolo por fuera y una verdad por dentro. Sólo pueden explicar su sentido oculto los que para ello han sido adoctrinados por los maestros únicos en él; de aquí el dicho de San Pedro: "que ninguna profecía de la escritura es de particular interpretación" (1) . Las muy trabajadas explicaciones de los textos de la Biblia que llenan los volúmenes de la literatura patristica, parecen fantásticas y excesivas al prosaico pensamiento moderno. El trastejo de número de letras, la interpretación, aparentemente imaginativa, de párrafos que a simple vista son narraciones históricas sencillas, exasperan al lector moderno, que quiere hechos coherentes y claros, y que, sobre todo, exige que el terreno por donde anda sea firme. Se niega en absoluto a penetrar en los, a su parecer, movedizos tremedales que el místico, de fácil persuasión recorre en seguimiento de fuegos fatuos, que tan pronto aparecen como desaparecen de modo confuso, irracional y caprichoso. Sin embargo, los que escribieron esos desesperantes tratados, eran hombres de brillante inteligencia y de juicio sosegado, los

constructores más eminentes de la Iglesia; y aquellos que aciertan a leerlos con inteligencia, los encuentran llenos de sugerencias y señales que les apuntan a más de una obscura senda que conducen a la meta del conocimiento, las cuales no se hallarían de otro modo.

Ya hemos visto cómo Orígenes, alma sana, versada en el conocimiento oculto, enseña que las Escrituras son triples, constando de Cuerpo, Alma y Espíritu (2). Dice que el Cuerpo está formado de las palabras en que se hallan escritas las historias y narraciones, de las cuales afirma sin vacilar que no son literalmente ciertas, y sí sólo relatos para instrucción de los ignorantes; y aun llega a indicar que en tales cuentos se hacen declaraciones notoriamente falsas, con presupuesto de que las ostensibles contradicciones que en la superficie aparecen inciten al que leyere a hacer inquisición sobre el verdadero alcance de estos relatos imposibles. Añade que mientras los hombres son ignorantes, le es suficiente el Libro portador de enseñanzas instructivas; y como no ven las contradicciones e imposibilidades contenidas en las declaraciones tomadas en su sentido literal, no experimentan perturbación alguna con su lectura.

Conforme crece la mente y la inteligencia se desarrolla, las contradicciones e imposibilidades fijan la atención del hombre estudioso y lo llenan de confusiones. Se siente entonces impulsado a buscar un significado más profundo, y en esta tarea comienza a darse cuenta del Alma de las Escrituras. Esta alma es la recompensa del investigador inteligente que así se ha soltado de las ataduras de la letra que mata (3). En cuanto al Espíritu de las Escrituras, ese sólo puede verlo el hombre espiritualmente iluminado; únicamente aquéllos en quienes ha evolucionado el Espíritu, son capaces de entender el sentido espiritual: "nadie conoció las cosas que son Dios, sino el Espíritu de Dios. . . lo cual también hablamos, no con doctas palabras de humana sabiduría; sino con doctrina del Espíritu" (4).

No es difícil darse cuenta de la razón que ha presidido a esta manera de exponer la Revelación. Es el único medio de que una misma enseñanza sirva para inteligencias que se encuentran en grados de evolución diferentes, pues con el mismo libro se consigue educar a aquéllos para quienes en primer término se ha escrito, ya aquellos otros que, con el curso del tiempo, lleguen a alcanzar mayores progresos. El hombre es un ser progresivo; el sentido externo dado en otras edades a hombres de escaso desarrollo, tendría que ser muy limitado, ya menos que algo más completo y profundo se halle oculto en él, el valor de la Escritura desaparecería al cabo de unos cuantos milenios. Mas con el sistema de los sucesivos significados se le da un valor perenne, haciendo que los entendimientos evolucionados encuentren en ella tesoros escondidos, mientras les llega el día en que; dueños del todo, no necesiten ya el fragmento.

Las Biblias conocidas en el mundo son, pues, fragmentos de revelación, y, por tanto, justamente tenidas como Revelación.

El sentido inmediato y más profundo de esta palabra corresponde a la masa de enseñanzas confiada a la gran Fraternidad de Maestros espirituales para salud de la humanidad. Tales enseñanzas están consignadas en libros escritos con símbolos, donde se da cuenta de las leyes que rigen en todo el cosmos, de los principios que le sirven de cimiento, de los métodos a que su evolución se ajusta, de todos los seres que lo constituyen, de lo que fue su pasado, es su presente y será su porvenir: esta es La Revelación, tesoro inapreciable, que tienen a su cargo los Guardianes de la humanidad, y de donde sacan de tarde en tarde los fragmentos con que forman las Biblias para el mundo.

En tercer lugar viene la mejor Revelación y la más elevada y más completa, la que la propia Divinidad hace en el cosmos, al exhibir, unos después de otros, sus atributos, sus poderes, sus bellezas, en las formas varias que en su totalidad constituyen el universo.

Ella muestra su esplendor en el sol, su infinidad en los estrellados campos del espacio: en las montañas su fortaleza, en las arrollantes olas su energía, en los nevados picos y transparente atmósfera su pureza; su belleza ostenta en los saltos del torrente, en el espejo del tranquilo lago, en la floresta profunda, en la llanura inundada de luz; da señal, de su valor en el héroe, de su paciencia en el santo, de su ternura en el amor materno, de su celo protector en los cuidados paternos; manifiesta su sabiduría en el filósofo, sus conocimientos en el hombre de ciencia, su poder curativo en el médico; en los tribunales exhibe su justicia, en el comercio su riqueza, su doctrina en el sacerdocio, y en el artista su numen. Con la brisa murmura a nuestro oído, con el rayo del sol nos sonríe, con la enfermedad nos reprende, y ora con el éxito, ora con el fracaso, nos estimula. En todas partes hace que la vislumbremos para incitarnos a amarla, ya la vez se nos esconde para que aprendamos a estar solos. La verdadera Sabiduría es reconocerla en todo; el verdadero Deseo, amarla en todo; la verdadera Obra, servirla en todo. Este revelarse Dios a Sí mismo, es la Revelación suprema: las demás son subsidiarias y parciales.

Hombre inspirado es aquel a quien lo de esta Revelación le ha venido por acción directa del Espíritu Universal sobre el Espíritu separado, que es brote suyo, el cual ha sentido la influencia iluminadora de Espíritu sobre Espíritu. Ningún hombre conoce la verdad de modo tal que no pueda perderla ni dudar jamás de ella, mientras no le haya llegado la Revelación como si estuviese solo en el mundo, mientras lo Divino externo no haya hablado a lo Divino interno, en el templo del corazón humano; entonces el hombre conoce por sí mismo, no por mediación de otro.

En un grado menor es inspirado el hombre en el cual un ser superior excita poderes normalmente inactivos todavía, y hasta se posesiona de él, usando de su cuerpo como vehículo temporal. El hombre de este modo iluminado puede hablar, durante el tiempo de su inspiración, de asuntos ajenos por completo a su conocimiento, y declarar verdades que hasta entonces ni siquiera sospechaba. De este modo, sirviendo un hombre de instrumento, se dan a conocer a veces las verdades que la humanidad ha menester para su ayuda: una entidad elevada transfunde su vida a un vehículo humano, y de labios de éste brotan verdades. Es el caso de los grandes maestros, cuando expresan aun más de lo que saben: el Ángel del Señor ha purificado sus labios con fuego (5) . Así son los profetas del género humano, todos cuales, en determinados períodos, han hablado de las necesidades espirituales del hombre con profunda convicción, con intuición clara, con inteligencia completa. Viven entonces las palabras con vida inmortal, y el que las pronuncia es realmente un mensajero de Dios. El hombre que de tal modo ha obtenido el conocimiento; no puede jamás perder del todo la memoria de él, pues lleva dentro de su corazón una certidumbre que en ningún tiempo puede desaparecer por completo. La luz podrá desvanecerse, y envolverlo las tinieblas; podrá verse rodeado de nubes que le oculten el esplendor celeste: podrá sentirse acosado de amenazas, requerido a combates, comprometido en luchas; pero allá en su corazón anida el Secreto de la Paz: él conoce, o sabe que ha conocido.

Este recuerdo de la verdadera inspiración, esta realidad de la vida oculta, ha sido expresada en frases bellísimas por Federico Myers en su muy conocido poema "San Pablo." El apóstol habla de su propia experiencia, y trata de articular lo que recuerda: está representado como incapaz de reproducir del todo su conocimiento; no obstante él conoce, y su certidumbre es inquebrantable :

*Aunque sediento de alcanzar su gloria,
y aun habiendo su visión gozado,
Doy en vano tortura a mi memoria;*

*La impresión soberana
 Se escapa a mi asimiento;
 Sólo la pena de su ausencia siento,
 Mas a través de mi angustioso trance
 De mi ser se apodera algo indecible,
 y en tan extraño lance
 La presencia de Dios, jamás visible,
 A mi interna mirada es ostensible.
 Si de las llamas el fulgor trazase
 En la pared de vuestra casa un día
 Raras palabras de expresión siniestra,
 ¿Sentencia tal podría
 Quedar grabada en la memoria vuestra?
 Si algún extraño e inteligible trueno
 La historia os contase de una estrella,
 De terror y admiración cogidos,
 ¿Os fuera dado el acordaros de ella?
 Tal quedé yo de atónito y suspenso,
 / Que a duras penas entenderlo puedo,
 Mas tal es el clamor y tan intenso
 Del poder que en mi interior anida,
 Que por toda mi vida
 Su realidad se impone a mi conciencia
 y de mi ser lo juzgo única esencia.
 Que el que una vez de la Entidad excelsa
 Sintió la gran presencia,
 Dudas no abrigará, ni confusiones,
 Aunque a una voz el mundo
 Oponga a la verdad sus opiniones.
 Mas bien dudara el hombre si la tierra,
 De lluvias fecundada,
 Le regala el sustento,
 Que un alma que ha sido visitada
 Por tan gran pensamiento,
 Pueda dudar que es Dios a quien agrada
 Tomar en ella asiento.
 Aunque la arranquéis de su glorioso estado,
 y ciega y loca, abandonada sea
 En el flujo del mundo despiadado,
 No cejará jaliIás en la tarea
 De afirmar: "Lo he imitado " ;
 y así su estancia en el infierno fuera,
 Allí mismo también lo sostuviera.*

Los que en cierto sentido han comprobado que Dios los rodea, y está en ellos y en todas las cosas, serán capaces de comprender cómo un sitio o un objeto cualquiera puede hacerse "sagrado" en virtud de una ligera objetivación de esta perenne Presencia Universal, de tal modo que lleguen a ser aptos para sentirla los que normalmente se dan cuenta de su Omnipresencia. Generalmente efectúan estos hombres que han realizado

grandes progresos, en quienes está muy desarrollada la divinidad interna, y cuyos cuerpos sutiles, por lo tanto, están en aptitud de responder a las más sutiles vibraciones de la conciencia. Por intermedio de hombres tales pueden esparcirse las energías espirituales, las cuales "se unirán a un puro magnetismo vital. Les es dado así el verterlas sobre un objeto cualquiera, y entonces el éter y los cuerpos de más sutil materia de este objeto concordarán con las vibraciones de aquéllos conforme a lo ya explicado, y hasta lo divino que dentro del objeto reside, puede manifestarse más fácilmente. Tal objeto está "magnetizado", y si la magnetización es vigorosa, el objeto mismo se convierte en un centro magnético, capaz a su vez de magnetizar a cuantos a él se aproximen, de igual modo que un cuerpo electrizado por una máquina eléctrica afectara otros cuerpos que cerca de él sean colocados.

Un objeto que de esta suerte se ha convertido en "sagrado", en un adjunto de gran provecho para el que se dedica a la meditación o a la plegaria. Los cuerpos sutiles de éste adquirirán el tono de las vibraciones elevadas de aquél, y se sentirá, en su consecuencia, tranquilo, sosegado y en completa paz, sin necesidad de emplear esfuerzo alguno. Se encontrará, desde luego en un estado en el cual la plegaria y la meditación son fáciles y fructíferas, en vez de difíciles y estériles; y así en ejercicio, ordinariamente penoso, llega a hacerse gratisimo de una manera insensible. Cuando el objeto de que se trata, es una representación de alguna persona sagrada, como un crucifijo, una Virgen con el niño, un ángel o un santo, se logra más todavía, pues si el magnetismo del ser representado se ha impreso en su imagen mediante la Palabra y el Signo de Poder apropiados, dicho ser podrá reforzar aquel magnetismo con un ligero gasto de energía espiritual, siéndole posible, en su virtud, hacer llegar su influencia hasta el devoto y aun manifestársele por medio de la imagen, cosa que de otro modo no efectuaría, pues en el mundo espiritual se tiene por regla economizar las fuerzas haciéndose el gasto de energía en cantidades pequeñas con relación a lo que se reserva. De modo análogo, y aplicando las mismas leyes ocultas, puede explicarse el empleo de todos los objetos consagrados, tales como reliquias, amuletos, etc. Todos estos objetos son magnetizados, más o menos poderosos o inútiles, según sea el conocimiento, pureza y espiritualidad de la persona que los magnetiza.

Un lugar se hace sagrado de manera semejante, cuando sirve de morada a algún santo porque su magnetismo puro, al irradiar de él, pone todo el ambiente en el tono de las vibraciones que dan paz. A veces hombres santos o seres, pertenecientes a mundos superiores magnetizan directamente determinados sitios, de lo cual es ejemplo el caso mencionado en el Cuarto Evangelio, de un Ángel que a tiempos descendía a un estanque, y revolviendo el agua, le daba propiedades curativas (6) . En tales sitios aun los indiferentes hombres de mundo sienten en ciertas ocasiones la bienhechora influencia, experimentando cierta placidez y una inclinación hacia cosas elevadas, La Vida divina que en cada hombre reside, está siempre tratando de subyugar la forma y de amoldarla como expresión de sí misma; es, por lo tanto, fácil de entender cómo esta Vida resultará ayudada en su tarea, cuando la forma es puesta en vibraciones simpáticas con la de un Ser altamente desarrollado, pues el empeño de aquélla viene a ser reforzado, por un poder mayor. Este efecto se reconocerá por la sensación de tranquilidad, de calma y de paz que es su consecuencia; la mente pierde su inquietud y el corazón su ansiedad. Cualquier individuo que a sí mismo se observe, podrá darse cuenta de cómo en unos lugares le es tan fácil que en otros el sosegar la mente y dedicarse a la meditación, a los pensamientos religiosos y a la adoración. En una estancia o en un edificio en donde son frecuentes los pensamientos mundanos, las conversaciones frívolas o las meras corrientes de la vida ordinaria, es mucho más difícil hacer que la mente entre en reposo y se reconcentre, que en los sitios en cuya atmósfera

han flotado los pensamientos religiosos año tras año y siglo tras siglo; en ellos sosiega la mente y se aquietta insensiblemente, y la que en otros lugares habría exigido o serios esfuerzos, se consigue a poca costa en estos últimos.

Este fundamento racional tienen los sitios de peregrinación y los sitios de reclusión temporal; el hombre, recogiendo se en su propio ser, busca a Dios dentro de sí, ayudado del ambiente que han creado millares de individuos que antes de él allí también de igual modo le buscaron. En tales sitios no existe únicamente el magnetismo producido por un sol o santo o por la visita de una gran entidad del mundo invisible, sino que cada persona que penetre en ellos con ánimo devoto y reverente y esté además a tono con sus vibraciones, re fuerza éstas con su propia vida, dejando los lugares en mejores condiciones que tenían antes de entrar. La energía magnética lentamente se disipa; así que, un objeto o lugar sagrados vienen a quedar gradualmente desmagnetizados si se les abandona; pero se aumenta su magnetismo si se hace uso de ellos.

Por el contrario, la presencia del ignorante burlador perjudica a estos lugares y objetos, pues produce vibraciones antagónicas que debilitan a las en ellos existentes. Al modo que una onda sonora puede encontrarse con otra que la extinga, dando por resultado el silencio, así también las vibraciones de un pensamiento de mofa debilitan y aun extinguen las que proceden de un pensamiento de reverencia y amor. El efecto variará, ciertamente, según sean las fuerzas de las respectivas vibraciones, pero el daño no puede dejar de producirse, pues las leyes de la vibración son las mismas en los mundos superiores que en el físico, y las vibraciones de los pensamientos son expresión de energías reales.

Con esto comprenderá la razón y los efectos del consagrarse iglesias, capillas y cementerios. No se verifica la consagración con el mero propósito de hacer público apartado de un sitio que a fines especiales se destina sino que se le magnetiza en beneficio de todos los que han de frecuentarlo. Los mundos visibles e invisibles están relacionados entre sí y se compenetran; y por tanto, los que han adquirido el poder de alejar las energías del segundo, están en condiciones de servir mejor al primero.

Notas del capítulo 14

- (1) II, Pedro I, 20.
- (2) Véase *Antes*, pág. 69.
- (3) II. Corintios, III, 6.
- (4) I. Corintios, II, 1 y 11.
- (5) Isaías, VI, 6, 7.
- (6) San Juan, V, 4.

EPILOGO

Hemos llegado al final de un libro pequeño que encierra un asunto grande, donde únicamente hemos levantado una punta del Velo que encubre a la desatenta mirada del hombre la Virgen de la Eterna Verdad. Sólo ha podido verse la orla de su vestidura, bordada con oro, y sembrada de ricas perlas; pero, aun esta, levemente agitada, difunde fragancias celestiales: el sándalo y la rosa de mundos más hermosos que el nuestro. ¿Cuál sería, pues, la inimaginable gloria si, levantando todo el Velo, lográsemos ver el esplendor del rostro de la divina Madre, con el Niño que es la Verdad misma, en sus brazos? Siempre ocultarán sus caras ante ese Niño los serafines; ¿qué mortal podrá mirarlo y seguir viviendo? y sin embargo, puesto que en el hombre mora Ser tan excelso, ¿quién podrá estorbar a aquél pasar al-otro lado del Velo y ver con la faz descubierta la gloria del Señor? Desde la Cueva a los más altos Cielos se extendió la Senda, conocida por Camino de la Cruz, que el Verbo hecho carne recorrió.

Los que de la humanidad participan, participan también de la Divinidad; pueden, por tanto, andar por donde El anduvo.

"Lo que Tú eres, eso soy Yo."

LA PAZ SEA CON TODOS LOS SERES